Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

4
7
9.

N° 486.

Digitized by Google

4-7-5

Digitized by Google

Digitized by Google

LOS MISERABLES.

Digitized by Google

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5325848456
624207378
1326307826

Digitized by Google

R 4399
L-1-9.
840-31"18"
NUG
FIT
3816-3

GASPAR Y ROIG, EDITORES.

LOS

MISERABLES

POR

VICTOR HUGO,

EDICION ILUSTRADA CON LAMINAS,

TRADUCCION

DE D. NEMESIO FERNANDEZ CUESTA.

TOMO III.

ESCUELA NORMAL CENTRAL DE MAESTRAS

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERIA DE GASPAR Y ROIG,

CALLE DEL PRINCIPE, NUM. 4.

1863.

Digitized by Google

Digitized by Google

TERCERA PARTE.

MARIO.

LIBRO PRIMERO.

PARÍS ESTUDIADO EN SU ÁTOMO.

Digitized by Google

Digitized by Google

4-4.-9

I.

PARVULUS.

París tiene un hijo, y la selva un pájaro. El pájaro se llama gorrion; el hijo se llama el pilluelo.

Asociad estas dos ideas que contienen, la una todo el foco de luz, la otra toda la aurora; haced que se choquen estas dos chispas, París y la infancia, y resulta un pequeño ser: *Homuncio*, como diria Plauto.

Este pequeño ser es muy alegre. No come todos los dias, y va á los espectáculos, si le parece bien, todas las noches. No tiene camisa sobre sus carnes, ni zapatos en los pies, ni techo sobre la cabeza; como los pájaros que no tienen nada de esto. Tiene de siete á trece años, vive en bandadas, baquetea el empedrado, habita al aire libre, lleva un viejo pantalon de su padre que le pasa mas allá de los talones, un viejo sombrero de cualquier otro padre, que se le mete hasta las orejas, un solo

Digitized by Google

tirante de orillo amarillo; corre, espía, pregunta, pierde el tiempo, desgasta pipas, jura como un condenado, frecuenta la taberna, conoce á los ladrones, tutea á las mujeres públicas, habla el caló, canta canciones obscenas, y no tiene mal corazon. Esto consiste en que tiene en el alma una perla, la inocencia; y las perlas no se disuelven en el fango. Mientras el hombre es niño, Dios quiere que sea inocente.

Si se preguntase á esta gran ciudad: ¿Quién es ese? Responderia: Es mi hijo.

Digitized by Google

II.

SEÑAS PARTICULARES.

El pilluelo de París es el hijo enano de una giganta.

No exageramos; este querubin del arroyo tiene alguna vez camisa, pero no tiene aun entonces mas que una: tiene alguna vez zapatos, pero no suelen tener suela; tiene alguna vez casa, y la ama, porque en ella encuentra á su madre; pero prefiere la calle, porque en ella encuentra la libertad. Tiene sus juegos peculiares, su malicia, cuyo fondo es el odio á los tenderos: sus metáforas; morir se llama en su lenguaje *comer amargones por la raiz;* sus ocupaciones son proporcionar coches de alquiler, bajar el estribo de los carruajes, establecer paso de una acera á otra en los dias de mucha lluvia, lo que llama hacer *puentes de las Artes;* pregonar los discursos de la autoridad en favor del pueblo francés; ahondar las junturas del empedrado. Tiene su moneda, que se compone de todos los pedazos de cobre que se encuentra en la calle. Esta curiosa moneda, que toma el nombre de *loques*, tiene un curso invariable, y muy bien arreglado entre aquella reducida sociedad de gitanillos.

En fin, tiene su fauna á quien observa cuidadosamente en los rincones: la bestia de Dios, el pulgon de cabeza de muerto, la zancuda, el «diablo,» insecto negro que amenaza torciendo su cola, armada de dos

Digitized by Google

cuernos. Tiene su monstruo fabuloso, con escamas en el vientre sin ser un lagarto, con pústulas en el dorso, sin ser un sapo, que vive en los agujeros de los hornos viejos de cal, y de los pozos secos; negro, velludo, viscoso, que se arrastra, ya lenta, ya rápidamente; que no grita, pero que mira; tan terrible, que nadie le ha visto nunca. Este monstruo se llama la salamandra. Buscar salamandras entre las piedras es un placer estraordinario, y no menor es el de levantar el empedrado y ver las correderas. Cada region de París es célebre por los descubrimientos interesantes que en ella pueden hacerse. En los almacenes de las Ursulinas hay tijeretas; en el Panteon cien-pies; en los hoyos del campo de Marte, renacuajos.

En cuanto á los dichos, los de este niño no son menos notables que los de Talleyrand: no cede á este en cinismo, pero le gana en honradez. Está dotado de cierta jovialidad imprevista; desconcierta á los tenderos con su loca risa. Su diapason recorre todos los tonos, desde el elevado drama hasta el sainete.

Pasa un entierro: entre los que acompañan al muerto va un médico:—¡Calla! grita un pilluelo, ¿de cuándo acá los médicos llevan sus obras?

Otras veces, en medio de la multitud, un hombre grave, adornado de anteojos y diges, se vuelve indignado, y dice:

—Bribon, acabas de coger «la cintura» de mi mujer.

—¡Yo, señor! Registradme.

Digitized by Google

III.

SE DIVIERTE.

Por la noche, el *homuncio*, gracias á algunos sueldos que siempre halla medio de proporcionarse entra en un teatro. Asi que atraviesa aquel umbral mágico se trasfigura; era el pilluelo, se convierte en un titi. Los teatros son una especie de navío suelto que tiene la cala en lo alto: á esta cala sube el titi. El titi es al pilluelo lo que la mariposa á la oruga; es el mismo ser, pero volando y cerniéndose. Basta que esté allí derramando alegría con su poderoso entusiasmo, con su palmoteo de manos parecido á un palmoteo de alas, para que aquella cala estrecha, fétida, oscura, fea, mal sana, repugnante, abominable, se llame el Paraiso.

Dad á un ser lo inútil, y quitadle lo necesario, y tendreis el pilluelo.

El pilluelo no carece de cierta intuicion literaria. Su tendencia, lo decimos con todo dolor debido, no seria el gusto clásico: es por naturaleza poco académico. Puede verse un ejemplo de ello en la popularidad de la señorita Mars, popularidad que en este pequeño público de niños turbulentos, estaba sazonada con algo de ironía. El pilluelo la llamaba señorita *Muche*.

Digitized by Google

Este ser vocea, se burla, se mueve, lucha, lleva retazos como un niño pequeño, harapos como un filósofo; pesca en los albañales, caza en las cloacas, saca alegría de la inmundicia, azota las calles con su locuacidad, husmea y muerde, silba y canta, aclama y vocea, entona la aleluya por la música del Mambrú, salmodia todos los ritmos, desde el *De Profundis* hasta la Mascarada, encuentra sin buscar, sabe lo que ignora, es espartano hasta la ratería, loco hasta la sabiduría, lírico hasta la obscenidad, se acurrucaria en el Olimpo, se revuelca en el estiércol, y sale cubierto de estrellas. El pilluelo de París es Rabelais en pequeño.

No está contento con sus pantalones, si no tienen bolsillo de relój.

Se admira muy poco, se asusta menos aun, convierte las supersticiones en cantares, deshincha las exageraciones, pregona los misterios, saca la lengua á los aparecidos, despoetiza los fantasmas, introduce la caricatura en las hipérboles épicas. Y esto no quiere decir que el pilluelo sea prosáico; muy lejos de eso; pero reemplaza la vision solemne por la farsa de la fantasmagoría. Si se le presentase Adamastor, le diria el —¡Anda! ¡Espantajo!

Digitized by Google

IV.

PUEDE SER ÚTIL.

París empieza en el papanatas, y concluye en el pilluelo; dos seres que no puede tener ninguna otra ciudad: la aceptacion pasiva que se satisface con mirar, y la iniciativa inagotable; Prudhomme y Fouillou. Solo París tiene estos tipos en su historia natural. El papanatas representa la monarquía; el pilluelo la anarquía.

El pálido hijo de los arrabales de París vive y se desarrolla, se enrosca y «se desenrosca» en el padecimiento, en presencia de las realidades sociales y de las cosas humanas, como un testigo pensativo. Se le cree indiferente; no lo es. Mira dispuesto siempre á reirse; pero dispuesto tambien á otras cosas. Preocupaciones, abusos, ignominia, opresion, iniquidad, despotismo, injusticia, fanatismo, tiranía, ¡guardaos del pilluelo indiferente!

Este niño crecerá.

¿De qué masa se ha hecho? Del primer fango que se ha encontrado. Un puñado de barro y un soplo, como Adan. Basta que pase Dios; y siempre ha pasado un Dios por el pilluelo. La fortuna trabaja para este pequeño ser, y entendemos por fortuna la aventura. Este pigmeo, ama-

Digitized by Google

sado de la grosera tierra comun, ignorante, iletrado, aturdido, vulgar, populachero, ¿será un jonio ó un beocio? Esperad, *currit rota*, el espíritu de París, ese demonio que crea los hijos de la casualidad y los hombres del destino, al revés del alfarero latino, hace del cántaro una ánfora.

Digitized by Google

V.

SUS FRONTERAS.

El pilluelo ama la ciudad y ama tambien la soledad; tiene mucho de sabio: *urbis amator*, como Fusco; *ruris amator*, como Flaco.

El andar errante soñando, es emplear muy bien el tiempo para un filósofo, particularmente en esa especie de campiña bastarda bastante fea, pero estraña, y compuesta de dos naturalezas, que rodea algunas grandes ciudades, y entre ellas á París. Contemplar los alrededores es contemplar un anfibio. Concluyen los árboles y empiezan los tejados; concluye la yerba y empieza el empedrado; concluye el surco y empiezan las tiendas; concluyen los baches y empiezan las pasiones; concluye el murmullo divino y empieza el rumor humano; y de este contraste resulta un interés estraordinario.

De aquí los paseos sin objeto, en apariencia, del soñador, por estos lugares de poco atractivo y designados siempre por el transeunte con el epíteto: *tristes*.

El que escribe estas líneas ha sido mucho tiempo rondador de las barreras de París, que son para él una fuente de profundos recuerdos. Aquel césped cortado, aquellos senderos llenos de piedra, aquella greda, aquellas margas, aquellos yesos, aquella áspera monotonía de eriales y

Digitized by Google

barbechos, los plantíos de frutas tempranas de los hortelanos, descubiertos de repente en el fondo, aquella mezcla de lo campestre y lo urbano, aquellos vastos rincones donde los tambores de la guarnicion dan constantemente ruidosas lecciones, haciendo una especie de simulacro incompleto de una batalla, aquellos desiertos de dia y ladroneras de noche, el molino suelto que gira á impulso del viento, los aparatos de estraccion de las canteras, las tabernas en las esquinas de los cementerios, el encanto misterioso de las grandes tapias sombrías que cortan á escuadra inmensos y vagos terrenos, inundados de sol y llenos de mariposas; todo esto le atraia.

Casi nadie conoce aquellos sitios singulares, los pozos de la nieve, los barrancos, los tristes muros de Grenelle pintados de balazos, el Monte Parnaso, el Barranco de los lobos, los Aubiers sobre la cuesta del Marne, el monte del Raton, la tumba de Isoire, la Piedra Llana de Chatillon, donde hay una cantera vieja agotada que solo sirve para criar setas, y que forma á flor de tierra una trampa de tablas podridas. El campo de Roma es una idea; el de París es otra: porque no ver en lo que nos ofrece un horizonte mas que campos, casas ó árboles, es quedarse en la superficie: los aspectos de las cosas son pensamientos de Dios. El sitio en que una llanura se une á una poblacion, tiene siempre cierta melancolía penetrante. La naturaleza y la humanidad hablan á la vez, y aparecen las originalidades locales.

El que ha andado errante como nosotros por esas soledades contiguas á nuestros arrabales, que podrian llamarse los limbos de París, ha descubierto aquí y allá, en el rincon mas abandonado, en el momento mas inesperado, detrás de un seto poco poblado ó en el ángulo de una lúgubre pared, niños agrupados confusamente, fétidos, llenos de lodo y de polvo, haraposos, despeluznados, que juegan al chito, coronados de florecillas: son los niños de familias pobres escapados. El boulevard esterior es su medio respirable; los alrededores les pertenecen, y en ellos tienen su escuela los novilleros; allí cantan ingenuamente su repertorio de torpes canciones; allí están, ó por mejor decir, allí viven lejos de toda mirada, bajo el dulce sol de mayo ó de junio, arrodillados alrededor de un agujero hecho en la tierra, jugando á las chinas, disputando por un ochavo, irresponsables, huidos, sueltos, felices; y cuando os ven, se acuerdan de que tienen una industria, de que les hace

Digitized by Google

falta ganarse la vida, y os ofrecen en venta una vieja media de lana llena de saltones ó un manojo de lilas. El encuentro de estos niños es una de las mayores, pero mas dolorosas gracias de los alrededores de París.

Algunas veces, en aquel monton de muchachos hay algunas niñas, —tal vez sus hermanas, —ya casi mozas, flacas, nerviosas, atezadas por el sol y el aire, cubiertas de pecas, coronadas de centeno y amapolas, alegres, esquivas, descalzas; algunas están comiendo cerezas entre los trigos; se les oye reir por la tarde. Estos grupos, vivamente iluminados por la luz del medio dia, ó entrevistos en el crepúsculo, ocupan al pensador; y estas visiones se mezclan con sus pensamientos.

París es el centro, su campiña la circunferencia; para estos niños no hay mas mundo: nunca van mas allá; no pueden salir de la atmósfera parisiense, del mismo modo que los peces no pueden salir del agua. Para ellos, á dos leguas de las barreras no hay ya nada: Ivry, Gentilly, Arcueil, Belleville, Aubervilliers, Menilmontant, Choisy-le-Roi, Billancourt, Meudon, Issy, Vanvre, Sevres, Puteaux, Neuilly, Gennevilliers; Colombe, Romainville, Chatou, Asnieres, Bouguéal, Nanterre, Enghien, Noisy-le-Sec, Nogent, Gournay, Drancy, Gonesse; allí está el fin del universo.

Digitized by Google

VI.

UN POCO DE HISTORIA.

En la época casi contemporánea en que pasa la accion de este libro, no habia, como hoy, un agente de policía en cada boca-calle (beneficio que no es esta la ocasion de discutir); los muchachos vagabundos abundaban en París. Los estadistas dan por término medio doscientos sesenta niños sin asilo, recogidos entonces anualmente por las rondas de policía en los terrenos abiertos, en las casas en construccion y bajo los arcos de los puentes. Uno de estos nidos, que se hizo famoso, ha producido «las golondrinas del puente de Arcole.» Pero este es el mas desastroso de los síntomas sociales; porque todos los crímenes del hombre empiezan en la vagancia de sus primeros años.

Sin embargo, esceptuemos á París, creyendo que esta escepcion es justa, á pesar del recuerdo que acabamos de evocar. Mientras que en otras grandes ciudades, un muchacho vagabundo es un hombre perdido; mientras que en casi todas partes, el niño entregado á sí mismo está abandonado, en algun modo, á una especie de inmersion fatal en los vicios públicos, que devora en él la honradez y la conciencia; el pilluelo de París, decimos, tan gastado y tan corrompido en la superficie, se halla interiormente casi intacto. Y es una cosa magnífica, que debe-

Digitized by Google

mos hacer constar aquí, y que brilla en la espléndida probidad de nuestras revoluciones populares, la incorruptibilidad que resulta de la idea, que está en el aire de París, como la sal en el agua del Océano. Respirar el aire de París conserva el alma.

Pero no se opone en manera alguna á lo opresion de corazon que se siente cada vez que se encuentra á uno de esos niños, alrededor de los cuales parece que se ven flotar los hilos rotos de la familia. En la civilizacion actual, tan incompleta aun, no es muy estraña esta ruptura de la familia, perdiéndose en la sombra, ignorando lo que se han hecho los hijos, y dejando caer los pedazos de su corazon en la calle. De aquí provienen los destinos desconocidos; y esto se llama, porque tiene su nombre, «estar abandonado en las calles de París.»

Digamos de paso, que este abandono de niños no encontraba gran oposicion en la antigua monarquía. Algunas costumbres de Egipto y de Bohemia en las bajas regiones eran cosa que convenia á las altas esferas y á los poderosos. El odio á la enseñanza de los hijos del pueblo era un dogma. ¿De qué sirven «las medias luces?» Tal era la consigna. El niño vagabundo era el corolario del niño ignorante.

Por otra parte, la monarquía tenia repetidas veces necesidad de muchachos, y entonces espumaba las calles.

En tiempo de Luis XIV, para no ir mas lejos, el rey queria, con razon, crear una escuadra. La idea era buena; pero veamos el medio. No podia haber escuadra si al lado del buque de velas, juguete del viento, y para remolcarle, segun conviniera, no se tenia el barco que va á donde se quiere á fuerza de remo ó de vapor; las galeras eran entonces en la marina, lo que son hoy los vapores. Hacian falta, pues, galeras, y como las galeras no se mueven sin galeotes, hacian falta tambien galeotes. Colbert hacia que hubiese por medio de los intendentes provinciales y de los tribunales el mayor número posible de galeotes; y la magistratura se prestaba á ello con el mayor gusto. Tenia un hombre el sombrero puesto mientras pasaba una procesion; actitud de hugonote: á galeras. Se encontraba un muchacho en la calle, con tal que tuviese quince años, y no supiese dónde acostarse: á galeras. Gran reinado; gran siglo.

En tiempo de Luis XV desaparecian los niños de París; la policía los arrebataba, no se sabe para qué misterioso destino. Cuchicheábase

Digitized by Google

con miedo acerca de monstruosas suposiciones sobre los baños purpúreos del rey. Barbier habla sencillamente de estas cosas. Sucedia alguna vez que los exentos que perseguian á los niños, cogian alguno que tenia padres. Los padres desesperados acudian á los exentos. Intervenia entonces el tribunal, y mandaba ahorcar, ¿á quién? ¿á los exentos? No; á los padres.

Digitized by Google

VII.

DE CÓMO EL PILLUELO OCUPA UN LUGAR EN LAS CLASIFICACIONES DE LA INDIA.

La pillería parisiense es casi una casta. Pudiera decirse: El pilluelo nace.

Esta palabra pilluelo (*gamin*) se imprimió por primera vez, y pasó del lenguaje popular al literario en 1834. Apareció en un opúsculo titulado: *Claudio Gueux* (*Claudio el Mendigo*). El escándalo fue grande; pero la palabra pasó, y se aceptó.

Los elementos que constituyen la consideracion de los pilluelos entre sí son muy diversos. Sabemos de uno que era muy respetado y admirado por haber visto caer á un hombre desde lo alto de la torre de Nuestra Señora; otro por haber conseguido penetrar en el patio interior donde estaban temporalmente depositadas las estatuas de la cúpula de los Inválidos, y haber «afanado» un poco de plomo; otro por haber visto volcar una diligencia; otro, porque «conocia» á un soldado que por poco deja tuerto á un paisano.

Con esto se esplica la siguiente esclamacion de un pilluelo parisiense, epifonema profundo de que se rie el vulgo sin comprenderle: *Dios*

Digitized by Google

de Dios; ¡Tendré yo desgracia! ¡Decir que todavía no he visto caer á nadie de un piso quinto!

Tambien es notable esta otra frase de un campesino:—Tio Fulano, ha muerto vuestra mujer de su enfermedad: ¿por qué no habeis llamado á un médico?—¡Qué quereis, señor! nosotros los pobres *nos morimos solos*. Pero si en esta frase se pinta la pasividad del pueblo, en la siguiente se descubre la anarquía libre-pensadora del pilluelo del arrabal. Un condenado á muerte escucha á su confesor en el camino del suplicio. El hijo de París grita:—*Habla al clerizonte. ¡Oh! ¡Qué cobarde!*

Da importancia al pilluelo cierta audacia en materia de religion: ser espíritu fuerte es lo que conviene.

La asistencia á las ejecuciones constituye para él un deber. Enseña la guillotina y se rie:—La llama de varios modos:—Fin de la cena:—Soplamocos:—La tia de lo azul (del cielo):—El último bocado, etc. Para no perder nada del espectáculo, escala las paredes, se iza á los balcones, gatea á los árboles, se cuelga de las rejas, se abraza á las chimeneas. El pilluelo nace pizarrero, asi como nace marino. Un tejado no le asusta mas que un mástil. No hay fiesta que iguale á la de la Greve. Sanson (el verdugo) y el abate Montes (el cura de la cárcel), son los verdaderos nombres populares. Se azuza al paciente para animarle: alguna vez se le admira. Lacenaire, cuando era pilluelo, dijo, viendo morir con valor al atroz Dautun, esta frase, que encierra un porvenir: *Le tengo envidia*. En la pillería no se conoce á Voltaire, pero se conoce á Papavoine. Se confunde en la misma leyenda á los «políticos» y á los asesinos. Se conserva por tradicion el recuerdo del último vestido de todos. Saben que Tolleron llevaba un gorro de chispero, Avril un casquete de nutria, Louvel un sombrero redondo, que el viejo Delaporte era calvo y fue sin nada en la cabeza; que Castaing era sonrosado y muy guapo; que Bories tenia una perilla romántica; que Juan Martin conservaba los tirantes, y que Lecouffé y su madre iban riñendo.—*No os echeis en cara el cesto*, les gritó un pilluelo. Otro, por ver pasar á Debacker, siendo muy pequeño, se subió á la farola del muelle. Un gendarme, que estaba allí, frunce el entrecejo.—Dejadme subir, señor gendarme, dice el pilluelo. Y para enternecer á la autoridad, añade:—No me caeré.—Me importa muy poco que te caigas, responde el gendarme.

En la pillería, una desgracia memorable se aprecia mucho. Se lle-

Digitized by Google

ga á la cúspide de la consideracion si sucede que uno se corta «hasta el hueso.»

Los puños no son pequeños elementos de respeto; una de las cosas que el pilluelo dice con mas gusto es: *Yo soy muy fuerte*: *¡bah!*—Ser zurdo es envidiable. Ser vizco, es cosa superior.

Digitized by Google

VIII.

DONDE SE LEERÁ UNA BUENA OCURRENCIA DEL ÚLTIMO REY.

En el verano se metamorfosea en rana; y por la tarde, cuando cae la noche, delante de los puentes de Austerlitz y de Jena, desde lo alto de los montones de carbon y de las barcas de las lavanderas, se arroja de cabeza al Sena, infringiendo asombrosamente todas las leyes del pudor y de la policía. Sin embargo, como están vigilando los agentes, resulta de aquí una situacion muy dramática, que dió lugar una vez á un grito fraternal y memorable; grito que fue célebre en 1830, y es un aviso estratégico de un pilluelo á otro: se mide como un verso de Homero, con una notacion casi tan inesplicable como la melopea eleusiaca de las Panateneas, hallándose aquí reproducido el antiguo Evohé. Es este: *¡Ohé Titi, ohéée! y a de la grippe, y a de la cogne, prends tes zardes et va-t-en; passe par l'égout* (1).

Algunos de estos mosquitos—asi se llaman á sí mismos—saben leer; otros saben escribir, y todos saben pintarrajear. No dudan en adquirir

(1) Esta frase es intraducible; entre otras maneras, podria traducirse asi: ¡Eh! Titi, ¡eh! *cuidado no te trinquen por el troncho: hay moros en la costa; coge la ropa y vete: pasa por la alcantarilla.* Pero ni estas frases españolas se miden como un verso de Homero, ni son melòpea, ni cosa que lo valga.

Digitized by Google

por medio de una misteriosa enseñanza mutua, todas las habilidades que pueden ser útiles á la cosa pública: de 1815 á 1830 imitaba el graznido del pavo (1); de 1830 á 1848 pintarrajeaba una pera en las paredes. Una tarde de verano, Luis Felipe, que volvia á palacio á pie, vió á uno de estos pequeñuelos, que sudaba y se empinaba para pintar con un carbon una gigantesca pera en uno de los pilares de la verja de Neuilly; el rey, con aquella bondad que heredó de Enrique IV, ayudó al pilluelo, acabó de trazar la pera, y le dió un luis, diciéndole: *Ahí tambien hay una pera.* Al pilluelo le gusta mucho la gresca; le place un estado violento. Detesta á «los curas.» Un dia, en la calle de la Universidad, uno de estos picarillos presentaba un palmo de narices á la puerta-cochera del número 69.—¿Por qué haces eso á esa puerta? le preguntó uno que pasaba; y él respondió:—Porque vive ahí un cura. Y en efecto, allí vive el Nuncio. Sin embargo, cualquiera que sea el volterianismo del pilluelo, si se le presenta la ocasion de hacerse monaguillo, tal vez la acepta, y entonces ayuda á misa con todo esmero. Hay dos cosas en que se parece á Tántalo, y que desea siempre, sin conseguirlas nunca: derribar al gobierno, y que le cosan el pantalon.

El pilluelo, en el estado perfecto, conoce á todos los agentes de policía de París, y sabe, siempre que encuentra alguno, darle su nombre, porque tiene los nombres en la punta de la uña. Estudia sus costumbres, y tiene notas particulares sobre cada uno: lee como en un libro abierto en las almas de la policía; asi os podrá decir inmediatamente, y sin tropezar:—Fulano es un *traidor*, Zutano *es muy malo*; este es *grande*, aquel *ridículo*, (y todas estas palabras: traidor, malo, grande, ridículo, tienen en sus labios una acepcion particular):—Este se figura que el Puente Nuevo es suyo, y prohibe *á la gente* pasearse por la cornisa fuera del parapeto; el otro tiene la costumbre de tirar de las orejas *á las personas*, etc.

(1) Las caricaturas en la primera época, de que habla el autor, daban á la familia de los Borbones la figura de pavos; en la segunda época se pintaba la cara de Luis Felipe en forma de pera.

Digitized by Google

IX.

EL VIEJO ESPÍRITU DE LOS GALOS.

Este tipo de muchachos existia en Poquelin (Moliere), hijo de los mercados; le hay tambien en Beaumarchais. Esta pillería es una sombra del espíritu galo. Asociada al buen sentido le da fuerza, como el alcohol al vino. Algunas veces es un defecto. Homero repite muchas veces lo que ha dicho antes, es verdad, y puede decirse que Voltaire pillea. Camilo Desmoulins era de los arrabales. Championet, que trataba brutalmente los milagros, habia salido de las calles de París; de pequeño *habia inundado* los pórticos de San Juan de Beauvais y de San Estéban del Monte: habia tutcado á la urna de Santa Genoveva para despues dar órdenes en Nápoles á la redoma de San Genaro.

El pilluelo de París es respetuoso, irónico é insolente. Tiene feos dientes porque está mal alimentado, y su estómago padece; y buenos ojos porque es agudo. Delante de Jehová saltaria á pie juntillas las gradas del paraiso. Es fuerte para la lucha á zapatazos. Todos los crecimientos le son posibles. Juega en el arroyo, y se levanta en los motines; su descaro persiste ante la metralla; era un pilluelo, y es un héroe; como el tebano sacude la piel del leon; el tambor Barra era un pilluelo

Digitized by Google

de París; grita: ¡Adelante! como el caballo de la escritura; dice: ¡Va! y en un minuto pasa de rapazuelo á gigante.

Es hijo del cieno, y tambien de lo ideal. Medid esta escala que va desde Moliere á Barra.

En una palabra, el pilluelo es un ser que se divierte, porque es desgraciado.

Digitized by Google

X.

ECCE PARÍS, ECCE HOMO.

Para resumirlo ahora todo diremos, que el pilluelo de París hoy, como el *græculus* de Roma en otro tiempo, es el pueblo niño que tiene en la frente las arrugas del mundo viejo.

El pilluelo es una gracia de la nacion, y al mismo tiempo una enfermedad; enfermedad que es preciso curar con la luz.

La luz sanifica.

La luz alumbra.

Todas las generosas irradiaciones sociales parten de la ciencia, de las letras, de las artes, de la educacion. Formad hombres, formad hombres. Iluminadlos para que os calienten. Tarde ó temprano, la magnífica cuestion de la instruccion universal se establecerá con la irresistible autoridad de la verdad absoluta, y entonces los que gobiernen bajo la vigilancia de la idea francesa, tendrán que elegir entre los hijos de Francia ó los pilluelos de París, entre las llamas en la luz, ó los fuegos fátuos en las tinieblas.

El pilluelo representa á París, y París representa el mundo.

Porque París es un total: es la cúpula del género humano. Esta prodigiosa ciudad es un resúmen de todas las costumbres vivas y muertas.

Digitized by Google

El que ve á París, ve lo profundo de toda la historia con el cielo y las constelaciones en los intervalos. París tiene un capitolio, el Hôtel de Ville; un Partenon, Nuestra Señora; un Monte Aventino, el barrio de San Antonio; un Asinario, la Sorbona; un Panteon, el Panteon; una via Sacra, el boulevard de los Italianos; una torre de los Vientos, la opinion: y ha reemplazado las Gemonias con el ridículo. Su *majo* se llama faraute (*faraud*); su transtiberino se llama arrabalero (*faubourien*); su hammal se llama elmaton (le fort) del mercado; su lazarone se llama el pegre; su cockney se llama el vago (*gandin*). En París se halla todo lo qüe hay en cualquier otra parte. La verdulera de Dumarsais puede medirse con la vendedora de yerbas de Eurípides; el discobolo Veyano revive en el bailarin de cuerda Forioso; Terapontigono Miles estaria muy bien del brazo con el granadero Vadeboncœur; Damasipo el chalan viviria feliz entre los vendedores de trapo y hierro viejo; Vincennes cogeria á Sócrates lo mismo que la Agora enjaularia á Diderot; Grimod de la Reyniere ha descubierto el modo de hacer roastbeef con sebo, como Curtilo inventó el erizo asado; vemos reaparecer bajo el globo del Arco de la Estrella el trapecio de Plauto; el traga-espadas del Pecilo inventado por Apuleyo, es el traga-sables del Puente Nuevo; el sobrino de Rameau y Curculion el parásito corren parejas: Ergasilo podria ser presentado en casa de Cambaceres por Aigrefeuille: los cuatro elegantes de Roma Alcesimarco, Phadromo, Diabolo y Argyripo, bajan de la Courtille á la silla de posta de Labatut; Aulo Gelio no se detenia mas tiempo ante Congrio, que Cárlos Nodier ante Polichinela; Martita no es tigre, como tampoco Pardalisca era dragon; Pantolabio el bufon recuerda en el café inglés á Nomentano el vividor; Hermógenes es tenor de los Campos Elíseos, y en derredor suyo pide Trasio el mendigo, vestido de Bobeche; el importuno que os detiene en las Tullerías por el boton de la levita, os hace repetir despues de dos mil años el apóstrofe de Tesprion: *¿quis properantem me prehendit pallio?* El vino de Suresne parodia el vino de Alba; el vaso lleno de tinto de Desaugiers se equilibra con la gran copa de Balatron; el Padre Lachaise exhala con las lluvias nocturnas los mismos fuegos fátuos que las Esquilias, y la fosa del pobre comprada por cinco años equivale al ataud alquilado del esclavo.

Buscad algo que París no tenga. La cubeta de Trofonio no tiene nada que no se encuentre en la de Mesmer; Ergafilao resucita en Caglios-

Digitized by Google

tro; el brahman Vasafanta se encarna en el conde de San German; el cementerio de San Medardo hace tan buenos milagros como la mezquita umumié de Damasco.

París tiene un Esopo, que es Mayeux, y una Canidia, que es la señorita Lenormand. Agítase como Delfos en las fosforescentes realidades de la vision; hace girar las mesas como Dodona los trípodes. Pone á la griseta en el trono, del mismo modo que Roma á la cortesana; y en fin, si Luis XV es peor que Claudio, la Dubarry vale mas que Mesalina. París combina en un tipo inaudito, que ha vivido, y á cuyo lado hemos pasado, la desnudez griega, la úlcera hebráica y la gracia gascona. Mezcla á Diógenes, á Job y á Paíllasse; viste un espectro con números viejos del *Constitucional*, y crea á Chodruc Duclos.

Aunque Plutarco diga, *el tirano no envejece*, Roma, en tiempos de Sila y Domiciano, se resignaba y echaba agua en el vino. El Tiber era un Leteo si ha de creerse el elogio un poco doctrinario que de él hacia Vario Vibisco: *Contra Gracchos Tiberim habemus. Bibere Tiberim, id est seditionem oblivisci.* París bebe un millon de litros de agua al dia; pero esto no le impide en las ocasiones tocar generala y somaten.

Por lo demás, París es un buen muchacho: acepta todo regiamente, y no es escrupuloso en la eleccion de su Vénus; su Calipige es Hotentota; con tal de reirse todo lo perdona; la fealdad le divierte, la deformidad le alegra, el vicio le distrae; se puede ser pícaro siendo chistoso; ni aun la hipocresía, ese cinismo supremo, le incomoda; es tan literario, que no se tapa la hariz ante Basilio, ni se escandaliza mas de las palabras de Tartufe, que Horacio del «hipo» de Priapo. En París no falta ninguna faccion de la fisonomía universal. El baile de Mabile no es la danza polimnia del Janiculo; pero en él la revendedora de trajes atrae con sus miradas á la *loreta*, del mismo modo que la encubridora Estafila acechaba á la vírgen Planesia. La barrera del combate no es un coliseo; pero hay allí tanta ferocidad como si la mirase César. La hostalera Siriaca tiene mas gracia que la tia Saguet; pero si Virgilio frecuentaba la taberna romana, David de Angers, Balzac y Charlet, se han sentado en el figon parisiense. París reina; los genios brillan en su recinto, los diablos prosperan en él. Adonai pasa por él en su carro de doce ruedas de truenos y relámpagos; Sileno hace su entrada en un asno; Sileno, es decir, Ramponneau.

Digitized by Google

París es sinónimo de Cosmos; París es Atenas, Roma, Sibaris, Jerusalen, Pantin; es un compendio de todas las civilizaciones, y tambien de todas las barbaries. París sentiria no tener la guillotina.

Algo de guillotina es bueno. ¿Qué seria esta fiesta eterna sin esta salsa? Nuestras leyes han provisto sabiamente á tal necesidad; y gracias á ellas, la cuchilla se humedece en este continuo Carnaval.

Digitized by Google

XI.

BURLARSE ES REINAR.

París no tiene límites: ninguna otra ciudad ha ejercido esa dominacion que escarnece alguna vez á los que subyuga. *Agradaros, ¡oh! atenienses*, esclamaba Alejandro: París hace algo mas que la ley, hace la moda; hace mas que la moda, hace la rutina. Hace el tonto cuando quiere, y alguna vez tiene este lujo; pero entonces todo el universo hace el tonto con él: París vuelve despues en si, se restriega los ojos, y dice: ¡Qué estúpido soy! y suelta una carcajada á la faz del género humano. ¡Qué admirable es esta ciudad! ¡Qué cosa tan estraña el considerar que lo grandioso y lo burlesco hagan buena amistad; que lo magestuoso no se vea empañado por la parodia, y que la misma boca pueda soplar hoy en la trompeta del juicio final, y mañana en una flauta de tallo de cebolla. París tiene una jovialidad soberana: su alegría es el rayo; su farsa lleva un cetro; su huracan sale muchas veces de una mueca; sus esplosiones, sus jornadas, sus obras maestras, sus prodigios, sus epopeyas llegan hasta el fin del universo, y lo mismo sus tonterías. Su risa es la boca de un volcan que salpica toda la tierra; sus lazzi son chispas. Impone á los pueblos sus caricaturas lo mismo que su ideal; los mas grandes monumentos de la civilizacion humana aceptan sus iro-

Digitized by Google

nías y prestan su eternidad á sus truhanerías. París es grandioso; tiene un magnífico 14 de julio que da libertad al mundo; obliga á repetir á todas las naciones el juramento del Juego de pelota; su noche de 4 de agosto destruye en tres horas mil años de feudalismo; hace de su lógica el músculo de la voluntad unánime; se multiplica bajo todas las formas de lo sublime; llena con su resplandor á Washington, á Kosciusko, á Bolivar, á Botzaris, á Riego, á Bem, á Manin, á Lopez, á Juan Brown, á Garibaldi; está en todas partes donde resplandece el porvenir, en Boston en 1779, en la isla de Leon en 1820, en Pesth en 1848, en Palermo en 1860; murmura la poderosa consigna: *Libertad*, al oido de los abolicionistas americanos agrupados en la barca de Harper's Ferry, y al oido de los patriotas de Ancona reunidos en la sombra en los Arcos, ante la posada de Gozzi, á orillas del mar; crea á Canaris; crea á Quiroga; crea á Pisacane; irradia todo lo grande sobre la tierra; yendo al punto donde su soplo les empuja mueren Byron en Missolonghi, y Mazet en Barcelona; es tribuno con Mirabeau y cráter con Robespierre; sus libros, su teatro, sus artes, sus ciencias, su literatura, su filosofía, son los manuales del género humano: tiene á Pascal, á Regnier, á Corneille, á Descartes, á Rousseau; á Voltaire, para cada minuto, á Moliere, para todos los siglos; hace hablar su lengua á la boca universal, y esta lengua llega á ser el verbo; crea en todos los ánimos la idea del progreso; los dogmas libertadores que forja, son para las generaciones espadas flameantes, y con la inspiracion de sus pensadores y poetas se han formado desde 1789 todos los héroes de todos los pueblos. Pero esto no le impide tener pilluelos; y este genio enorme, que se llama París, trasfigurando el mundo con su luz, pinta con carbon la nariz de Bouginier en la pared del templo de Teseo, y escribe en las pirámides *Credeville, ladron.*

París está enseñando siempre los dientes; cuando no gruñe, rie.

Asi es París. Las columnas de humo de sus chimeneas son las ideas del universo. París será, si se quiere, un monton de barro y de piedras; pero por cima de todo, es un ser moral; es mas que grande, es inmenso. ¿Por qué? Porque es audaz.

La audacia: solo á este precio se obtiene el progreso.

Todas las conquistas sublimes son mas ó menos el premio del atrevimiento. Para que se verifique la revolucion, no basta que la presienta

Digitized by Google

Montesquieu, ni que Diderot la predique, ni que Beaumarchais la anuncie, ni que Condorcet la calcule, ni que Voltaire la prepare, ni que Rousseau la premedite: es preciso que Danton tenga audacia.

El grito *Audacia* es un *fiat lux*. Es necesario para que progrese el género humano, que encuentre en las cumbres de la sociedad lecciones permanentes y altivas de valor. La temeridad deslumbra á la historia, y es una gran luz para el hombre. La aurora es audaz cuando aparece. Intentar, desafiar, persistir, perseverar, ser fiel á sí mismo, luchar cuerpo á cuerpo con el destino, asombrar á la catástrofe con el poco miedo que nos cause, ora haciendo frente á los poderes injustos, ora insultando la victoria llena de embriaguez, resistir y persistir: estos son los ejemplos que necesitan los pueblos; esta es la luz que los electriza. El mismo formidable relámpago enciende la antorcha de Prometeo que el botafuego de Cambronne.

Digitized by Google

XII.

EL PORVENIR LATENTE EN EL PUEBLO.

En cuanto al pueblo parisiense, aun cuando sea un hombre hecho, siempre es el pilluelo; pintar al niño es pintar la ciudad: por esto hemos estudiado esta águila en el libre pajarillo.

En los arrabales es donde principalmente se presenta la raza parisiense: allí conserva su pureza de sangre; allí está su verdadera fisonomía: allí el pueblo trabaja y padece, y el padecimiento y el trabajo son las dos figuras del hombre. Allí hay cantidades inmensas de seres desconocidos en que hormiguean los tipos mas estraños, desde el descargador de la Rapée hasta el desollador de Montfaucon. *Fex urbis*, dice Ciceron; *mob* añade Burke indignado; turba, multitud, populacho. Estas palabras se pronuncian muy fácilmente. Sea; pero ¿qué importa? ¿qué importa que anden con los pies descalzos? No saben leer: tanto peor: ¿los abandonareis por eso? ¿Hareis de su desgracia una maldicion? ¿Acaso la luz no puede penetrar en esas masas? Volvamos á este grito: luz; obstinémonos en él: ¡luz, luz!—¿Quién sabe si esos seres opacos se harán trasparentes? ¿No son trasfiguraciones las revoluciones? Andad, filósofos, enseñad, ilustrad, iluminad, pensad alto, hablad alto, corred alegres hácia el vivo sol, fraternizad con las plazas

Digitized by Google

públicas, anunciad las buenas nuevas, prodigad los alfabetos, proclamad los derechos, cantad las marsellesas, sembrad el entusiasmo, arrancad verdes ramas de la encina, haced de la idea un torbellino. La multitud puede llegar á ser sublime. Sepamos utilizar esa vasta hoguera de principios y de virtudes que chisporrotea, estalla y se conmueve á ciertas horas. Esos pies descalzos, esos brazos desnudos, esos harapos, esa ignorancia, esa abyeccion, esas tinieblas, pueden emplearse en conquistar lo ideal. Mirad al través del pueblo, y descubrireis la verdad. Esa vil arena que oprimís bajo los pies, echadla en el horno, se fundirá, cocerá, se hará brillante cristal; y gracias á él, Galileo y Newton descubrirán los astros.

Digitized by Google

XIII.

EL NIÑO GAVROCHE.

Unos ocho ó nueve años despues de los acontecimientos que hemos referido en la segunda parte de esta historia, se veia en el boulevard del Temple, y en las regiones del Chateau d'Eau, un muchachillo de once á doce años, que hubiera realizado perfectamente el ideal del pilluelo que hemos bosquejado mas arriba, si con la sonrisa propia de su edad en los labios, no hubiera tenido el corazon absolutamente vacío y opaco. Este niño estaba envuelto en un pantalon de hombre, que no era de su padre, y en una camisa de mujer, que tampoco era de su madre. Algunas personas caritativas le habian socorrido con harapos; y sin embargo, tenia un padre y una madre; pero su padre no pensaba en él, ni su madre le amaba. Era uno de esos muchachos dignos de lástima entre todos los que tienen padre y madre y son huérfanos.

Este muchacho no se encontraba en ninguna parte tan bien como en la calle. El empedrado era para él menos duro que el corazon de su madre.

Sus padres le habian arrojado al mundo de un puntapie.

Habia empezado por sí mismo á volar.

Era un muchacho amigo de bulla, descolorido, listo, despierto,

Digitized by Google

truhan, de aire vivo y enfermizo. Iba, venia, cantaba, jugaba al chito, escarbaba en los arroyos; robaba, pero poquito á poquito, como los gatos y los pájaros, alegremente; se reia cuando le llamaban galopin, y se incomodaba cuando le llamaban granuja: no tenia casa, ni pan, ni lumbre, ni amor, pero estaba contento porque era libre.

Cuando estos pobres seres son ya hombres, casi siempre la rueda del órden social los encuentra y los tritura; pero mientras son muchachos, se escapan porque son pequeños. El menor agujero los salva.

Sin embargo, por mas abandonado que estuviese este niño, algunas veces, cada dos ó tres meses, decia: ¡Calla! ¡voy á ver á mamá! Y entonces dejaba el boulevard, el Circo, la Puerta de San Martin; bajaba al muelle, pasaba los puentes, entraba en el arrabal, llegaba á la Salpetriere, y se paraba precisamente en el núm. 50-52, que el lector conoce ya, en la casa de Gorbeau.

En esta época, la casa del número 50-52, habitualmente desierta, y eternamente adornada con el letrero: «Cuartos desalquilados,» estaba, cosa rara, habitada por ciertos individuos, que, como sucede siempre en París, no tenian ningun vínculo ni relacion entre sí. Todos pertenecian á esa clase indigente que principia en el último ciudadano entrampado, y que se prolonga de miseria en miseria por las capas mas inferiores de la sociedad, hasta esos dos seres en que vienen á concluir todas las cosas materiales de la civilizacion: el pocero que limpia las alcantarillas, y el trapero que recoge los harapos.

La «inquilina principal» del tiempo de Juan Valjean habia muerto, y habia sido reemplazada por otra semejante. No sé qué filósofo ha dicho: Nunca falta una vieja.

Esta nueva vieja se llamaba la señora Burgon, y no tenia nada notable en su vida mas que una dinastía de tres papagayos que habian reinado sucesivamente en su corazon.

Los mas miserables entre los que vivian en la casa, eran una familia de cuatro personas, padre, madre y dos hijas, ya bastante grandes; todos cuatro vivian en la misma buhardilla, en una de aquellas celdas de que hemos hablado.

Esta familia no ofrecia al pronto nada de particular, mas que su estrema desnudez; el padre al alquilar el cuarto dijo que se llamaba Jondrette. Algun tiempo despues de la mudanza, que se habia parecido,

Digitized by Google

usando una espresion memorable de la inquilina principal, *á la entrada de la nada*, este Jondrette habia dicho á la vieja, que como su antecesora era portera, y barria la escalera:—Tia fulana, si viniese alguno por casualidad á preguntar por un polaco, ó por un italiano, ó tal vez por un español, ese soy yo.

Esta familia era la familia del alegre pilluelo. Llegaba allí, encontraba la miseria, y lo que es mas triste, no veia ni una sonrisa; el frio en el hogar, el frio en los corazones. Cuando entraba le preguntaban:—¿De dónde vienes?—Y respondia:—De la calle.—Cuando se iba, le preguntaban:—¿A dónde vas?—Y respondia:—A la calle. Su madre le decia:—¿Pues á qué vienes aquí?

Este muchacho vivia en una carencia completa de afectos, como esas yerbas pálidas que se crian en las cuevas: mas no sentia el ser asi, y no echaba la culpa á nadie; no tenia idea exacta de lo que debian ser un padre y una madre.

Su madre amaba á sus hermanas.

Hemos olvidado decir que en el boulevard del Temple se llamaba este niño el pequeño Gavroche. ¿Por qué se llamaba Gavroche? Probablemente por lo mismo que su padre se llamaba Jondrette.

Parece que el instinto de ciertas familias miserables es romper los hilos que unen á sus individuos.

El cuarto que los Jondrette habitaban en la casa de Gorbeau estaba al estremo del corredor. El contiguo estaba ocupado por un jóven muy pobre que se llamaba Mario.

Digamos ahora quién era este Mario.

FIN DEL LIBRO PRIMERO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO SEGUNDO.

EL NOBLE DE LA CLASE MEDIA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

NOVENTA AÑOS Y TREINTA Y DOS DIENTES.

En las calles de Boucherat, de Normandía y de Saintonge, existen aun algunos vecinos antiguos que han conservado el recuerdo de un buen hombre, llamado el señor Gillenormand, y que hablan de él con placer. Este señor era viejo cuando ellos eran jóvenes. Su perfil, contemplado por los que miran melancólicamente el vago movimiento de las sombras que se llama pasado, no ha desaparecido aun del laberinto de las calles próximas al Temple, á las cuales se dieron en tiempo de Luis XIV los nombres de todas las provincias de Francia, asi como se dan en nuestros dias á las calles del nuevo barrio de Tívoli los nombres de todas las capitales de Europa; progresion, digámoslo de paso, en que es visible el progreso.

El señor Gillenormand, que vivia aun en 1831, era uno de esos hombres á quienes es curioso ver, porque han vivido mucho tiempo, y que son raros, porque antes fueron como todo el mundo, y despues no se parecen á nadie. Era un viejo particular, el tipo de otra edad en todo su rigor, el verdadero hombre de la clase media, un poco orgulloso del siglo XVIII, que vivia en su medianía con la misma altivez que un marqués vive con su marquesado. Habia cumplido noventa año

Digitized by Google

y andaba derecho, hablaba alto, bebia vino puro, comia, dormia y roncaba. Conservaba los treinta y dos dientes; y solo se ponia anteojos para leer. Era muy aficionado á las aventuras amorosas; pero afirmaba que hacia una docena de años habia renunciado decididamente á las mujeres. Decia que ya no podia agradar: pero no añadia:—Soy muy viejo, sinó:—Soy muy pobre: ¡si no estuviera arruinado! ¿eh?—No le quedaba en efecto mas que una renta de unas quince mil libras. Su sueño dorado era poseer cien mil francos de renta para tener queridas. No pertenecia, pues, á esa variedad enfermiza de octogenarios, que, como Voltaire, han estado moribundos lo que les faltaba de vida; no era la suya una longevidad cascada: aquel gallardo viejo estaba siempre fuerte. Era superficial, de genio pronto, iracundo. Enfurecíase por cualquier cosa, y muchas veces contra la verdad. Cuando se le contradecia levantaba el baston, y pegaba á la gente, como en el gran siglo. Tenia una hija de mas de cincuenta años, soltera, á quien golpeaba á su placer cuando se encolerizaba, y á quien habria dado azotes de buena voluntad. La trataba como si tuviera ocho años. Abofeteaba enérgicamente á sus criadas, y decia:—¡Ah, perdida! Uno de sus juramentos era: *¡Por el pantuflo de la pantuflada!* Tenia otras costumbres pacíficas muy singulares. Se hacia afeitar todos los dias por un barbero que habia estado loco, y que le odiaba, porque tenia celos del señor Gillenormand á causa de su mujer, bonita y coqueta barbera. El señor Gillenormand admiraba su propio discernimiento en todo, y se tenia y declaraba por muy sagaz. Uno de sus dichos era: «Tengo verdaderamente alguna penetracion; puedo decir cuando me pica una pulga de qué mujer viene.» Las palabras que pronunciaba con mas frecuencia eran: *el hombre sensible y la naturaleza.* Pero no daba á esta última palabra la gran acepcion que le ha dado nuestra época: la hacia entrar á su manera en las sátiras del hogar.—La naturaleza, decia, para que la civilizacion tenga un poco de todo, le da hasta el espécimen de una barbarie divertida. Europa tiene tipos de Asia y de Africa en miniatura. El gato es un tigre de salon, el lagarto es un cocodrilo de bolsillo. Las bailarinas de la ópera son salvajes de color de rosa. No comen á los hombres, pero los chupan; ó bien con sus artes los convierten en ostras y se los tragan. Los caribes no dejan mas que los huesos; ellas no dejan mas que la concha. Tales son nuestras costumbres. No devoramos, pero roemos; no esterminamos, pero arañamos.

Digitized by Google

II.

Á TAL AMO, TAL CASA.

Vivia en el Marais, calle de las Hijas del Calvario, número 6. La casa era suya; y ha sido ya demolida y reedificada: su número habrá cambiado tambien en la revolucion de números porque pasan las calles de París. El señor Gillenormand ocupaba una antigua y grande habitacion del primer piso, situada entre la calle y los jardines, y adornada hasta el techo de tapices de Gobelinos y de Beauvais que representaban asuntos pastoriles; los dibujos del techo y de los entrepaños estaban repetidos en pequeño en los sillones. Tenia la cama rodeada de un gran biombo de nueve hojas pintadas con laca de Coromandel. Anchas y largas cortinas pendian de las ventanas y puertas, formando al caer grandes y magníficos pliegues. El jardin, que estaba debajo de estas ventanas, comunicaba con la que estaba en la esquina, por medio de una escalera de doce ó quince peldaños, que el dueño de la casa subia y bajaba alegremente. Además de una biblioteca contigua á su cuarto, tenia un gabinetito, que le gustaba mucho; retiro galante, cubierto de una alfombra de color de paja flordelisada y llena de flores, hecha en las galeras de Luis XIV, y encargada por el señor Vivonne á sus presidiarios para su querida. El señor Gillenormand la habia heredado de una hermana de su abuelo ma-

Digitized by Google

terno, mujer de genio áspero que habia muerto centenaria. El señor Gimand habia tenido dos mujeres. Sus modales eran un término medio entre el cortesano, que no habia sido, y el hombre de toga, que hubiera podido ser. Era alegre y cariñoso cuando queria serlo. En su juventud habia sido de esos hombres á quienes engaña siempre su mujer, y no engaña nunca su querida, porque son á la vez los maridos mas bruscos y los amantes mas finos. Era tambien inteligente en pintura. Tenia en su cuarto un magnífico retrato, que no sabia de quién era, pintado por Jordaens, hecho á brochazos, con un millon de detalles como escogidos al acaso. El traje del señor Gillenormand no era el de Luis XV, ni el de Luis XVI; era el traje de los increibles del Directorio. Se habia tenido por jóven hasta entonces, y seguia todavía las modas de aquella época. Era un frac de paño fino con grandes solapas, larga cola y grandes botones de acero; calzon corto y zapatos de hebilla. Siempre tenia las manos metidas en los bolsillos. Decia con autoridad: *La revolucion francesa es una gavilla de foragidos.*

Digitized by Google

III.

LUGAS-ESPÍRITU.

A la edad de diez y seis años, una noche en la ópera, habia tenido el honor de que le dirigiesen sus anteojos á un tiempo dos bellezas, entonces ya maduras, célebres y cantadas por Voltaire: la Camargo y la Sallé. Cogido entre dos fuegos, habia hecho una retirada heróica hácia una bailarina llamada Nahemy, que tenia diez y seis años como él, arisca como un gato, y de quien estaba enamorado. Tenia muchos recuerdos, y decia:—¡Qué hermosa estaba aquella Guimard-Guimardina-Guimardineta la última vez que la ví en Longchamps, con el pelo rizado á la sentimental, con ven-á-verme de turquesas, vestido de color de recien venida, y manguito de agitacion!—Habia llevado en su adolescencia una chupa de Nain-Londrin, de la cual hablaba con gusto y efusion.—Yo estaba vestido como un turco de Levante Levantino, decia. La señora de Boufflers, que le habia visto por casualidad cuando tenia veinte años, le habia calificado de «loco encantador.» Se escandalizaba de todos los nombres que oia sonar en la política y en el poder, creyéndolos bajos y vulgares. Leia los periódicos, *los papeles noticieros*, *las gacetas*, como decia él, ahogándole la risa. «¡Oh! esclamaba: ¡Qué gentes son estas! ¡Corbiere! ¡Humaim! ¡Casimiro Perier! y esto es mi-

Digitized by Google

nistro. Me figuro leer en un periódico: ¡el señor Gillenormand ministro! ¡Vaya un sainete! Y serian tan tontos que esto no les sorprenderia. Llamaba alegremente á todas las cosas por su nombre bueno ó malo, y no se cuidaba de que hubiera delante señoras. Decia muchas groserías, obscenidades y porquerías con cierta tranquilidad é indiferencia, que eran casi elegantes. Asi se hacia en su siglo. Hagamos notar aquí que el tiempo de las perífrasis en verso ha sido el tiempo del lenguaje mas libre en prosa. Su padrino habia predicho que seria un hombre de genio, y le habia puesto estos dos nombres significativos: Lucas-Espíritu.

Digitized by Google

IV.

ASPIRANTE Á CENTENARIO.

Habia ganado premios en su niñez en el colegio de Moulins, que era su patria, y habia sido coronado por mano del duque de Nivernais, á quien llamaba el duque de Nevers. Ni la Convencion ni la muerte de Luis XVI, ni Napoleon, ni la vuelta de los Borbones, nada habia podido borrar el recuerdo de aquella coronacion. *El duque de Nevers* era para él la gran figura del siglo. ¡Qué amable gran señor! decia: ¡Qué bien le sentaba el cordon azul! A los ojos del señor Gillenormand, Catalina II habia reparado el crímen de la reparticion de Polònia, comprando en tres mil rublos el secreto del elixir de oro á Bestuchef. Esto le entusiasmaba:—El elixir de oro, decia, la tintura amarilla de Bestuchef, las gotas del general Lamotte valian en el siglo XVIII á luis el frasco de media onza, el gran remedio para las catástrofes amorosas, la panacea contra Venus. El que hubiera querido exasperarle y ponerle fuera de sí, no habría tenido mas que decirle, que el elixir de oro es el percloruro de hierro. El señor Gillenormand adoraba á los Borbones, y odiaba á 1793; referia sin cesar de qué manera se habia salvado en el Terror, y cómo habia necesitado mucho espíritu y mucho humor para

Digitized by Google

que no le cortasen la cabeza. Si algun jóven hacia delante de él elogio de la República, se ponia azul, y se irritaba hasta el desmayo. Algunas veces, aludiendo á su edad de noventa años, decia: *Creo que no veré dos veces el noventa y tres.* Otras decia, que pensaba vivir cien años.

Digitized by Google

V.

VASCO Y NICOLASITA.

Tenia sus teorías; y una de ellas era esta: «Cuando un hombre se »enamora apasionadamente de las mujeres, y tiene una mujer propia »de quien se cuida poco, fea, de mal genio, legítima, llena de dere»chos, que cita en seguida el Código, celosa, no hay mas que un medio »de librarse de ella y de vivir en paz; y es poner el bolsillo á su dispo»sicion. Esta abdicacion le hace libre. La mujer se ocupa entonces, »hasta con pasion, en el manejo de todo, se mancha los dedos de car»denillo, toma á su cargo la educacion de los criados, y la direccion »de los colonos, convoca á los procuradores, preside á los notarios, »arenga á los curiales, visita á los golillas, sigue los procesos, repasa »las escrituras, dicta los contratos, conoce su soberanía, vende, com»pra, arregla, manda, promete y compromete, ata y desata, cede, »concede y retrocede, ordena y desordena, atesora y prodiga, hace »calaveradas; felicidad magistral y personal; y todo esto la consuela. »Mientras su marido la desprecia, ella tiene la satisfaccion de arruinar »á su marido.» El señor Gillenormand se habia aplicado á sí mismo esta teoría, que habia concluido por ser en la práctica su historia. Su segunda mujer habia administrado de tal modo sus bienes, que el dia

Digitized by Google

feliz en que se quedó viudo, solo tenia lo justamente necesario para vivir, colocándolo todo á renta vitalicia; es decir unos quince mil francos de renta, cuyas tres cuartas partes debian estinguirse con él. No dudó, pues; importándole muy poco el cuidado de dejar una herencia. Por otra parte, habia visto que los patrimonios estaban sujetos á ciertas vicisitudes, y que podian convertirse, por ejemplo, *en bienes nacionales;* habia asistido á las conversiones del tercio consolidado, y creia muy poco en el gran libro.—*Todo eso va á parar á la calle Quincampoix*, decia.—La casa en que vivia en la calle de las Hijas del Calvario era suya, como hemos dicho ya: tenia dos criados, «un macho y una hembra.» Siempre que tomaba alguno nuevo le rebautizaba. Daba á los hombres el nombre de su provincia: Nimois, Contoise, Poitevin, Picardía. El último lacayo que habia tenido era un hombre grueso, cansino y fatigoso, de cuarenta y cinco años, incapaz de correr veinte pasos; pero como era natural de Bayona, el señor Gillenormand le llamaba Vasco. En cuanto á las criadas, todas se llamaban Nicolasitas (hasta la Magnon, de que hablaremos mas adelante).

Un dia se presentó á pretender una altiva cocinera, noble, descendiente de la elevada raza de los porteros:—¿Qué salario quereis al mes? le preguntó el señor Gillenormand.—Treinta francos.—¿Cómo os llamais?—Olimpia.—Pues ganarás cincuenta francos, y te llamarás Nicolasita.

Digitized by Google

VI.

DONDE EL LECTOR VISLUMBRARÁ Á LA MAGNON Y Á SUS DOS HIJOS.

En el señor Gillenormand el dolor se traducia en cólera; estaba furioso por estar desesperado. Tenia todas las preocupaciones, y se tomaba todas las licencias imaginables. Una de las cosas de que se componian su aspecto esterior y su satisfaccion íntima era, segun acabamos de indicar, el haberse quedado hecho un galan verde, y pasar por tal; lo cual llamaba «real fama.» La fama real le hacia alguna vez objeto de raras aventuras. Un dia le llevaron á su casa en una borrica, lo mismo que se lleva un cesto de ostras, un robusto niño recien-nacido, desgañitándose, muy bien envuelto en mantillas; le daba por suyo una criada echada de su casa seis meses antes. El señor Gillenormand tenia entonces ochenta años justos. En toda la vecindad se levantó un clamor de indignacion. ¿A quién queria hacer creer aquello la pícara criada? ¡Qué audacia! ¡Qué abominable calumnia! Pero el señor Gillenormand no sintió cólera alguna. Miró al chiquillo con la amable sonrisa de un hombre halagado por la calumnia, y dijo para que todos lo oyeran: «¿Y qué? ¿Qué es esto? »¿Qué hay? ¿Qué sucede? Os sorprendeis lo mismo que unos ignoran»tes. El señor duque de Angulema, bastardo de su magestad Cárlos IX,

Digitized by Google

»se casó á los ochenta y cinco años con una muchachuela de quince; el »señor Virginal, marqués de Alluye, hermano del cardenal de Sourdis, »arzobispo de Burdeos, tuvo á los ochenta y tres años, de una doncella »de la señora presidenta Jacquin, un hijo, un verdadero hijo de amor, »que fue caballero de Malta, y consejero de Estado de espada, un grande »hombre de este siglo; el abate Tabaraud es hijo de un hombre de »ochenta y siete años. Esto no tiene nada de estraordinario. Pues ¿y la »Biblia? Pero declaro, á pesar de esto, que este caballerito no es mio. »Que le cuiden, porque él no tiene la culpa.» La órden era caritativa, y la criada, que se llamaba Magnon, le hizo otro envio al año siguiente. Tambien era un niño. Ante este golpe, el señor Gillenormand capituló. Envió á la madre los dos chicuelos, comprometiéndose á pagar para su educacion ochenta francos al mes, bajo la condicion de que no volviera á las andadas. Y añadió: «Quiero que su madre los trate bien, y yo iré á verlos alguna vez;» y asi lo hizo. Habia tenido un hermano sacerdote, que habia sido rector de la Academia de Poitiers treinta y tres años, y habia muerto á los setenta y nueve. *Le he perdido jóven*, decia. Este hermano, de quien apenas queda memoria, era un avaro pacífico, que por ser sacerdote se creia obligado á dar limosna á los pobres que encontraba; pero nunca les daba mas que moneda falsa, ó sueldos que no pasaban, encontrando asi un medio de ir al infierno por el camino del paraiso. En cuanto al señor Gillenormand mayor, no comerciaba con la limosna, la daba con gusto y noblemente. Era benévolo, brusco y caritativo; si hubiera sido rico, su inclinacion le habria arrastrado á ser magnífico. Queria que todo lo que le rodeara se hiciese en grande, hasta las bribonadas. Un dia fue robado en una herencia por un agente de negocios, de una manera grosera y visible, y dijo estas palabras solemnes:—¡Oh, qué suciamente hecho! ¡Me avergüenzan esas manos puercas! Todo ha degenerado en este siglo, hasta los pillos. ¡Caramba! ¡No es ese el modo de robar á un hombre como yo! Me han robado como en un bosque, pero mal robado. *¡Silvæ sint consule dignæ!*—Ya hemos dicho que habia tenido dos mujeres; la primera, le dió una hija que permaneció soltera, y la segunda, otra que murió á los treinta años, y se habia casado por amor, por casualidad ó por otra causa, con un soldado de fortuna, que habia servido en los ejércitos de la República y del Imperio,

Digitized by Google

ganando la cruz en Austerlitz, y recibiendo el grado de coronel en Waterlóo. *Es la deshonra de mi familia*, decia el viejo Gillenormand. Tomaba mucho tabaco, y tenia una gracia particular para sacudir se la chorrera de encaje con el revés de la mano. Creia muy poco en Dios.

Digitized by Google

VII.

REGLA: NO RECIBIR Á NADIE MAS QUE POR LA NOCHE.

Tal era el señor Lucas-Espíritu Gillenormand, que aun no habia perdido sus cabellos, mas grises que blancos, y estaba siempre peinado en forma de orejas de perro.

En suma; á pesar de todo esto, era venerable. Tenia algo del siglo XVIII: era frívolo y grande.

En 1814, y en los primeros años de la Restauracion, el señor Gillenormand, que era aun jóven,—no tenia mas que setenta y cuatro años —habia vivido en el barrio de San German, calle de Servandoni, cerca de San Sulpicio, y no se habia retirado al Marais sino al salir del mundo, ya á los ochenta años cumplidos.

Y al salir del mundo se habia fortificado en sus costumbres. La principal y mas invariable, era tener la puerta absolutamente cerrada por el dia, y no abrirla á nadie ni por nada mas que de noche. Comia á las cinco, y abria despues la puerta. Era la moda de su siglo, y no queria oponerse á ella. El dia es la canalla, decia, y no merece mas que las maderas cerradas. Las personas de posicion encienden su espíritu cuando el cénit enciende sus estrellas.—Y se cerraba para todo el mundo, aunque fuese para el rey. Vieja elegancia de su tiempo.

Digitized by Google

VIII.

LAS DOS NO FORMAN PAREJA.

Las dos hijas del señor Gillenormand, de que acabamos de hablar, habian nacido con diez y seis años de intervalo. En su juventud se habian parecido muy poco, y habian sido lo mismo por su carácter que por su fisonomía, lo menos hermanas que pudieran ser. La menor era una alma bellísima amante de todo lo que era luz, pensando siempre en flores, versos y música, sumida en los espacios gloriosos, entusiasta, etérea, unida desde la infancia en el ideal á una vaga figura heróica. La mayor tenia tambien su quimera; veia en el azul un asentista, algun gran contratista muy rico, un marido espléndidamente tonto, un millon hecho hombre, ó bien un prefecto; las recepciones de la Prefectura, los ugieres de antecámara con la cadena al cuello, los bailes oficiales, las arengas de la alcaldía, ser la «señora prefecta:» todo esto fermentaba en su imaginacion. Las dos hermanas se estraviaban asi, cada una en su respectivo sueño, cuando eran jóvenes. Ambas tenian alas; la una como un ángel, la otra como un ganso.

Pero, aquí abajo á lo menos, no se realiza ninguna ambicion; en nuestra época no se hace terrenal ningun paraiso. La menor se habia casado con el hombre de sus sueños, pero murió. La mayor no se habia casado.

Digitized by Google

En el momento en que esta sale á la escena en la historia que vamos escribiendo, era una virtud vieja, una mojigata incombustible, una de las narices mas agudas, y uno de los talentos mas obtusos que pueden encontrarse. Señal característica: fuera del estrecho círculo de su familia, nadie habia sabido nunca su nombre de pila. Se la conocia por la *señorita Gillenormand mayor*.

En materia de canto, la señorita Gillenormand mayor, hubiera ganado punto á una *miss*. Era el pudor llevado al estremo: tenia un recuerdo horrible en su vida; un dia le habia visto un hombre la liga.

La edad no habia hecho sino aumentar este pudor intransigente. Para ella su pechera no era nunca demasiado opaca, ni subia demasiado: multiplicaba los broches y los alfileres allí donde á nadie podia ocurrírsele mirar. Es muy propio de la mojigatería poner tantos mas centinelas, cuanto menos atacada está la fortaleza.

Sin embargo, y el que pueda esplicará estos misterios de la inocencia, se dejaba abrazar sin repugnancia por un oficial de lanceros, sobrino segundo suyo, que se llamaba Teodulo.

Prescindiendo de este favorecido lancero, el epíteto *Mojigata* con que la hemos calificado, era absolutamente propio. La señorita Gillenormand era una especie de alma crepuscular. La mojigatería es semi-virtud y semi-vicio.

Unia á la mojigatería la falsa devocion que es el forro que le conviene. Era de la cofradía de la Vírgen, y llevaba en ciertas fiestas un velo blanco, mascullaba oraciones especiales, adoraba la «sagrada sangre» y el «sagrado corazon,» permanecia horas enteras en contemplacion ante un altar de jesuita antiguo, en una capilla cerrada al comun de los fieles, y allí dejaba elevarse al alma entre pequeñas nubes de mármol, y grandes rayos de madera dorada.

Tenia una amiga de capilla, vírgen vieja como ella, llamada la señorita Vaubois, enteramente boba, á cuyo lado la señorita Gillenormand era un águila. Fuera del *Agnus Dei* y de las *Ave Marías*, la señorita Vaubois no sabia mas que los diversos modos de hacer confituras; era, pues, perfecta en su género; era el armiño de la estupidez, sin una sola mancha de inteligencia.

Si hemos de decir la verdad, la señorita Gillenormand habia ganado mas bien que perdido al envejecer, como sucede siempre con las na-

Digitized by Google

turalezas pasivas. No habia sido mala nunca, lo cual es una bondad relativa; además, los años desgastan los ángulos, y habia ya adquirido la dulzura que da el tiempo. Estaba siempre triste, con una tristeza oscura, cuyo secreto ni aun ella misma poseia. En toda su persona se descubria el estupor de una vida que concluia sin haber empezado.

Dirigia la casa de su padre; y el señor Gillenormand la tenia á su lado del mismo modo que monseñor Bienvenido tenia á su hermana. Estas uniones de un viejo y de una vieja soltera no son raras, y presentan el espectáculo siempre tierno de dos debilidades que se sostienen mutuamente.

Habia además en la casa, entre esta solterona y este viejo, un jóven siempre tembloroso y mudo delante del señor Gillenormand, el cual no le hablaba nunca sino con voz severa, y algunas veces con el baston levantado:—*¡Aquí, caballerito!—Bergante, pillo, acérquese usted.—Responda usted, tunante.—¡Que le vea yo á usted, galopin!...* etc., etc.

Le idolatraba.

Era su nieto. Ya nos encontraremos con este jóven.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO TERCERO.

EL ABUELO Y EL NIETO.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

UNA TERTULIA ANTIGUA.

Cuando el señor Gillenormand vivia en la calle de Servandoni, frecuentaba varias reuniones muy buenas y muy nobles, en las cuales era recibido, aunque él no era noble. Como tenia dos clases de talento, primera el que poseia realmente, y segunda, el que le prestaban, era bastante buscado y agasajado. No iba á ninguna parte sino con la condicion de dominar. Hay personas que quieren á cualquier costa tener influencia, y que hablen de ellos; donde no pueden ser oráculos, son bufones. El señor Gillenormand no era de esta naturaleza; el dominio que ejercia en los salones realistas que frecuentaba, no costaba nada á su amor propio. Era en todas partes oráculo; á veces rivalizaba con Bonald, y aun con Bergy-Puy-Vallée.

Hácia 1817 pasaba invariablemente dos tardes por semana en una casa próxima, en la calle de Fe[illegible], en casa de la señora baronesa de T., digna y respetable mujer, cuyo marido habia sido en tiempo de Luis XVI, embajador de Francia en Berlin. El baron de T., que en vida era sumamente aficionado á los éstasis y á las visiones magnéticas, habia muerto arruinado en la emigracion, dejando por toda herencia diez volúmenes manuscritos, encuadernados en tafilete encarnado y con cantos

Digitized by Google

dorados, de memorias muy curiosas acerca de Mesmer y de su varilla. La señora de T. no habia publicado las Memorias por dignidad, y se sostenia con una corta renta, que se habia salvado no sabemos cómo: vivia lejos de la córte, de la *sociedad muy mezclada*, como ella decia, en un aislamiento noble, altivo y pobre. Algunos amigos se reunian dos veces por semana alrededor de su chimenea de viuda, y formaban una tertulia realista pura. Tomaban té, y daban, segun que el impulso del viento se dirigia á la elegía ó al ditirambo, gemidos ó gritos de horror sobre el siglo, sobre la Carta, sobre los buonapartistas, sobre la prostitucion del cordon azul en los plebeyos, sobre el jacobinismo de Luis XVIII, y se hablaba en voz baja de las esperanzas que dejaba concebir el hermano del rey, despues Cárlos X.

Acogíanse allí con trasportes de alegría las canciones picarescas, en que se llamaba *Necolás* á Napoleon. Las duquesas mas delicadas, y las mujeres mas encantadoras del mundo se estasiaban oyendo coplas como esta, dirigidas á los «federados:»

Meteos en los calzones
La camisa, que se escapa,
No digan que los patriotas
Levantan bandera blanca.

Divertíanse con juegos de palabras que creian terribles, equívocos inocentes, que suponian llenos de veneno, con cuartetas, y aun dísticos, como estos, contra el ministerio moderado Desolles, de que formaban parte los señores Decases y Deserre:

Pour raffermir le trône ébranlé sur sa base
Il faut changer de sole et de serre et de case (1).

O arreglaban la lista de la Cámara de los Pares, «Cámara abominablemente jacobina,» y combinaban en ella los nombres de manera que resultaban frases como esta: *Damas, Sabran, Gouvion-Saint-Cyr*. Todo alegremente.

En aquella tertulia parodiaban la revolucion, porque tenian cierta

(1) Estos retruécanos son intraducibles. Suponiendo que Desolles significase De suelos; Deserre quisiera decir Desierras, y Decase De casa, equivaldrian á estos otros:

Para afirmar el trono conmovido en su basa,
Hay que cambiar de suelos, de sierras y de casa.

Digitized by Google

manía para aguzar la misma cólera en sentido inverso. Cantaban tambien su *ça ira*.

¡Ah, ça ira! ¡ça ira! ¡ça ira!
Les Buonapartistes á la lanterne.

Las canciones son como la guillotina; cortan indistintamente, hoy esta cabeza, mañana aquella. No hay mas que una variacion.

En el proceso de Fualdes, que ocurrió en aquella época, en 1816, se tomaba partido por Bastide ó por Jausion, porque Fualdes era buonapartista. Llamábase á los liberales, *los hermanos y amigos*, lo que equivalia á hacerles la mayor injuria.

Como algunos campanarios, la tertulia de la señora baronesa de T. tenia dos gallos. El uno era el señor Gillenormand; y el otro el conde de Lamothe-Valois, del cual se decia al oido con cierto respeto: *¿No sabeis? Es el Lamothe del asunto del collar*. Los partidos suelen presentar estas amnistías tan singulares.

Consignemos aquí que en la clase media, ciertas posiciones pierden importancia cuando mantienen relaciones con gente de poca valía; es preciso mirar bien con quién se trata, porque asi como hay pérdida de calórico en la proximidad de un cuerpo frio, asi tambien se pierde consideracion con el trato de gente menospreciada. Pero la parte alta de la sociedad antigua saltaba por cima de esta ley como por cima de todas las demás. Marigny, hermano de la Pompadour, entraba en casa del señor príncipe de Soubise. ¿A pesar de ser lo que era? No, sino precisamente por ser lo que era. Du Barry, padrino de la Vaubernier, era muy bien recibido en casa del señor mariscal de Richelieu. Esa sociedad es el Olimpo: Mercurio y el príncipe de Guemené están en él como en su casa; se admite al ladron con tal que sea dios.

El conde de Lamothe, que en 1815 era un viejo de setenta y cinco años, no tenia de notable mas que su aspecto reservado y sentencioso, su anguloso y frio rostro, sus maneras sumamente finas, su traje abotonado hasta la barba, y sus largas piernas siempre cruzadas y metidas en un ancho pantalon sin gracia alguna, de color de barro de Siena cocido. El color del rostro era el mismo del pantalon.

Este señor de Lamothe era «muy considerado» en esta tertulia, á causa de su celebridad; y, cosa estraña, pero cierta, á causa tambien de su nombre de Valois.

Digitized by Google

En cuanto al señor Gillenormand, la consideracion que gozaba era absolutamente de buen género. Habia adquirido autoridad. A pesar de su ligereza, y sin que se perjudicase en lo mas mínimo su galantería, tenia un modo de ser imponente, digno, noble y modestamente altivo, que hacia mas respetable su edad. Nadie llega á ser un siglo andando impunemente. Los años concluyen por rodear la cabeza de una aureola venerable.

Tenia, además, esos dichos que son completamente de la escuela clásica. Asi, cuando el rey de Prusia, despues de haber restaurado á Luis XVIII, le hizo una visita con el nombre de conde de Rupin, fue recibido por el descendiente de Luis XIV, casi como marqués de Brandeburgo, y con la impertinencia mas delicada. El señor Gillenormand lo aprobó, diciendo: — *Todos los reyes que no son el rey de Francia, son reyezuelos de provincia.* Un dia oyó esta pregunta y esta respuesta:— ¿A qué ha sido condenado el redactor del *Correo francés?*—A ser suspendido.—El *sus* está demás; deberia ser *pendido* ó colgado, observó el señor Gillenormand. Dichos como este crean una posicion.

Una vez en un *Te Deum*, en que se celebraba el aniversario de la vuelta de los Borbones, vió pasar al señor Talleyrand, y dijo:—Ese es su escelencia el Mal.

El señor Gillenormand iba casi siempre á la tertulia acompañado de su hija, aquella alta señorita que á la sazon pasaba de los cuarenta años y representaba cincuenta, y de un guapo niño de siete años, blanco, sonrosado, fresco, de alegres é inocentes ojos, que al entrar en la sala oia siempre murmurar á su alrededor estas frases: ¡Qué hermoso es! ¡Qué lástima! ¡Pobre niño! Este niño era el mismo de quien hemos hablado no hace mucho. Se le llamaba «pobre niño» porque su padre era «un bandido del Loira.»

Este bandido del Loira era el yerno del señor Gillenormand, de quien hemos dicho ya que habia sido calificado por éste como *la deshonra de su familia.*

Digitized by Google

II.

UN ESPECTRO ROJO DE AQUEL TIEMPO.

Todo el que hubiera pasado en aquella época por la pequeña aldea de Vernon, y se hubiera detenido un momento en aquel hermoso puente monumental, que será sustituido en breve probablemente por algun feo puente de hierro, habria podido observar dirigiendo su vista desde lo alto del parapeto, á un hombre de unos cincuenta años, con gorra de badana, vestido de un pantalon y una especie de casaca de burdo paño gris, en la cual llevaba cosida una cosa amarilla que en su tiempo habia sido una cinta roja, calzado con almadreñas, tostado por el sol; de modo que tenia la cara casi negra, y el pelo casi blanco, con una gran cicatriz que se corria desde la frente hasta la mejilla; encorvado, doblado, envejecido antes de tiempo, paseándose casi todos los dias con una azadilla y una podadera en la mano, por uno de aquellos espacios rodeados de tapias, inmediatos al puente, que se estienden costeando como una cadena de terrados la orilla izquierda del Sena: bonitos cercados llenos de flores, de los cuales podria decirse si fueran mucho mayores: son jardines; y si fueran un poco mas pequeños: son ramilletes. Todos estos cercados terminan por un lado en el rio, y por otro en una casa.

Digitized by Google

El hombre de la casaquilla y las almadreñas vivia en 1817 en el mas pequeño de estos cercados, y en la mas humilde de todas estas casas. Vivia solo y solitario, silenciosa y pobremente con una criada, que no era ni jóven ni vieja, ni bonita ni fea, ni campesina ni cortesana. El cuadrado de tierra que llamaba su jardin, tenia fama en el pueblo por la belleza de las flores que cultivaba; porque las flores eran toda su ocupacion.

A fuerza de trabajo, de perseverancia, de cuidado y de cubos de agua, habia conseguido crear, despues del Creador, y habia inventado algunos tulipanes y ciertas dálias, que parecian haber sido olvidadas por la naturaleza. Era ingenioso; habia descubierto antes que Soulange Bodin la formacion de montecillos de tierra de brezo para cultivar los raros y preciosos arbustos de América y de la China. En el verano, desde que asomaba el dia, estaba en su jardin, cavando, cortando, escardando, segando, andando por medio de sus flores con cierto aspecto de bondad, de tristeza y de dulzura; á veces se quedaba pensativo é inmóvil horas enteras, escuchando el canto de un pájaro en un árbol, ó el ruido de un niño en una casa; á veces con los ojos fijos en el estremo de la hojita de una yerba, en alguna gota de rocío convertida por los rayos del sol en un rubí. Comia muy frugalmente, y bebia mas leche que vino: cedia ante un niño, y le regañaba su criada. Era tímido hasta parecer arisco; salia muy poco, y no veia á nadie mas que á los pobres que llamaban á su ventana, y al padre Mabeuf, el cura, que era un buen hombre de bastante edad. Sin embargo, si algun convecino ó forastero llamaba á su puerta, deseando ver sus tulipanes y sus rosas, abria sonriéndose. Este era el «bandido del Loira.»

El que hubiera leido por aquel tiempo las memorias militares, las biografías, el *Monitor* y los boletines del gran ejército, habria echado de ver un nombre repetido con frecuencia, el de Jorje Pontmercy. Muy jóven aun, este Jorje Pontmercy, era soldado en el regimiento de Saintonge. Cuando estalló la revolucion, el regimiento de Saintonge fué agregado al ejército del Rhin. Los antiguos regimientos de la monarquía conservaron los nombres de las provincias, aun despues de la caida del trono, y no fueron reformados hasta 1794. Pontmercy peleó en España, en Worms, en Neustadt, en Turkheim, en Alcey, en Maguncia, donde fue uno de los doscientos que formaban la retaguardia de

Digitized by Google

Houchard. Fue tambien de aquellos doce que pelearon contra el ejército del príncipe de Hesse, detrás de la vieja muralla de Andernach, y no se replegó sobre el grueso del ejército sino cuando el cañon enemigo abrió la brecha desde el cordon del parapeto hasta la misma escarpa. Estuvo con Kleber en Marchiennes, y en la accion de Monte Polisel, en que le rompió un brazo una bala de cañon. Despues pasó á la frontera de Italia, y fue uno de los treinta granaderos que defendieron el desfiladero de Tende con Joubert. Joubert fue nombrado entonces ayudante-general, y Pontmercy subteniente. Estuvo despues al lado de Berthier, en medio de la metralla, en aquella jornada de Lodi que hizo decir á Bonaparte: *Berthier ha sido artillero, soldado de caballería y granadero.* Vió caer en Novi á su antiguo general Joubert, en el momento en que alzando el sable, gritaba: ¡Adelante! Embarcóse despues con su compañía para un asunto del servicio, en un barquillo que iba de Génova á otro puerto de la costa, y cayó en una emboscada de siete ú ocho velas inglesas. El capitan del barco queria arrojar al mar los cañones, ocultar los soldados en el entrepuente, y pasar oculto como un buque mercante; pero Pontmercy hizo brillar los colores nacionales en el mástil del pabellon, y pasó orgullosamente bajo los cañones de las fragatas británicas. Veinte leguas mas allá, creciendo siempre su audacia, con su barquichuelo atacó y apresó un gran trasporte inglés que llevaba tropas á Sicilia, tan cargado de hombres y caballos, que iba atestado hasta las velas. En 1805 perteneció á la division Malher, que se apoderó de Günzburgo contra el archiduque Fernando. En Wettingen recibió en sus brazos, en medio de una lluvia de balas, al coronel Maupetit, herido mortalmente, á la cabeza del 9.° de dragones; y se distinguió en Austerlitz en aquella admirable marcha escalonada, hecha bajo el fuego enemigo.

Cuando la caballería de la guardia imperial rusa destruyó un batallon del 4.° regimiento de línea, Pontmercy fue de los que le vengaron arrollando á esta tropa. El emperador le concedió la cruz. Pontmercy vió sucesivamente caer prisioneros á Wurmser en Mántua, á Melas en Alejandría, á Mack en Ulm. Formó parte del octavo cuerpo del gran ejército, mandado por Mortier, y conquistador de Hamburgo. Despues pasó al regimiento 55 de línea, que llevaba antes el nombre de Flandes. En Eylau estuvo en el cementerio en que el heróico capitan Luis

Digitized by Google

Hugo, tio del autor de este libro, sostuvo solo con su compañía, compuesta de ochenta y tres hombres, durante dos horas, todo el empuje del ejército enemigo. Pontmercy fue uno de los tres que salieron vivos de aquel cementerio: estuvo tambien en Friedland. Vió á Moscow y el Beresina, se encontró en Lutzen, Bautzen, Dresde, Wachau, Leipzig, y en los desfiladeros de Gelenhausen, y despues en Montmirail, Chateau-Tierry, Craon, en las orillas del Marne, en las riberas del Aisne, y en la temible posicion de Laon. En Arnay-le-Duc, siendo capitan, acuchilló á diez cosacos, y salvó, no á un general, sino á un cabo. Pontmercy fue acuchillado tambien en esta ocasion, y hubo que estraerle veintisiete esquirlas del brazo izquierdo. Ocho dias antes de la capitulacion de París, acababa de permutar con un compañero, y de entrar en la caballería, pues tenia lo que en el antiguo régimen se llamaba *doble mano*, es decir, igual aptitud para manejar como soldado el sable ó el fusil, y como oficial, un escuadron ó un batallon. De esta aptitud, perfeccionada por la educacion militar, han nacido ciertos cuerpos especiales, como los dragones, que son al mismo tiempo soldados de á pie y de á caballo. Acompañó á Napoleon á la isla de Elba. En Waterlóo era ya jefe de un escuadron de coraceros en la brigada Dubois. El fue quien cogió la bandera del batallon de Luxemburgo, y fué á ponerla á los pies del emperador, todo cubierto de sangre, pues habia recibido, al apoderarse de ella, un sablazo en la cara. El emperador, lleno de satisfaccion, le dijo: *Eres coronel, baron y oficial de la legion de honor*. Pontmercy respondió: *Señor, os lo agradezco por mi viuda*. Una hora despues caia en el barranco de Ohain. ¿Quién era este Jorje Pontmercy? Era el bandido del Loira.

Ya conocemos algo su historia. Despues de Waterlóo, Pontmercy, sacado, como hemos dicho, del barranco, consiguió unirse al ejército, y fué arrastrándose de hospital en hospital ambulante hasta los acantonamientos del Loira.

La Restauracion le dejó á media paga, y despues le envió de cuartel, es decir, sujeto á vigilancia, á Vernon. El rey Luis XVIII, considerando como no sucedido todo lo que se habia hecho en los Cien Dias, no le reconoció ni la gracia de oficial de la legion de honor, ni su grado de coronel, ni su título de baron; pero él no perdia ocasion de firmarse *el coronel baron de Pontmercy*. No tenia mas que una vieja casaca azul, y no salia nunca sin poner en ella la roseta de oficial de la legion de honor. El fis-

Digitized by Google

cal de S. M. le previno que se le perseguiria por uso «ilegal» de esta condecoracion; y cuando lo supo por tercera persona, Pontmercy respondió con amarga sonrisa: O yo no entiendo el francés, ó vos no le hablais; lo cierto es que no os comprendo.—Y despues salió ocho dias seguidos con su roseta: nadie se atrevió á inquietarle. Dos ó tres veces el ministro de la Guerra y el comandante general del departamento le escribieron con este sobre: *Al señor comandante Pontmercy*; pero él devolvió las cartas sin abrirlas. Napoleon, por entonces, hacia lo mismo en Santa Elena con las cartas de sir Hudson Lowe, dirigidas *al general Bonaparte*. Pontmercy habia concluido, permítasenos la frase, por tener en la boca la misma saliva que el emperador.

En Roma hubo tambien prisioneros cartagineses que se negaban á saludar á Flaminio, y mostraban tener algo del alma de Anibal.

Una mañana encontró al fiscal de S. M. en la calle de Vernon, y dirigiéndose á él, le dijo:—Caballero fiscal, ¿me es permitido llevar mi cicatriz en la cara?

No tenia mas que su mezquina media paga de jefe de escuadron. Habia alquilado en Vernon la casa mas pequeña que encontró, y en ella vivia solo, como acabamos de decir. En tiempo del Imperio, y entre dos guerras, tuvo tiempo para casarse con la señorita Gillenormand. El viejo ciudadano indignado en el fondo, consintió, suspirando y diciendo:—*Las familias mas principales se ven obligadas á hacer lo mismo.* En 1815 murió la señora Pontmercy, mujer admirable, elevada, poco comun, y digna de su marido, dejándole un niño. Este niño habria sido la felicidad del coronel en su soledad; pero el abuelo habia reclamado imperiosamente á su nieto, declarando que si no se le entregaban le desheredaria. El padre cedió por el interés del niño, y no pudiendo tener al lado á su hijo, se dedicó á amar las flores.

Por lo demás, habia renunciado á todo; no se movia, ni conspiraba. Dividia su pensamiento entre la inocencia de su presente y la grandeza de su pasado; pasaba el tiempo esperando un clavel, ó acordándose de Austerlitz.

El señor Gillenormand no tenia relaciones con su yerno. El coronel era para él «un bandido,» y él era para el coronel un «necio.» El abuelo no hablaba nunca del coronel sino para hacer alguna alusion burlesca á su «baronía.» Habian convenido espresamente en que Pontmercy no

Digitized by Google

trataria nunca de ver ni hablar á su hijo, sopena de ver á este espulsado de la casa y desheredado: los Gillenormand miraban á Pontmercy como un apestado. Querian educar al niño á su manera. El coronel obró mal quizá al aceptar estas condiciones; pero pasó por ellas creyendo obrar bien, y sacrificarse solo á sí mismo.

La herencia del abuelo Gillenormand era poca cosa; pero la de la señorita Gillenormand mayor era grande, porque su madre habia sido muy rica; y habiendo ella permanecido soltera, el hijo de su hermana era su heredero natural. El niño, que se llamaba Mario, sabia que tenia padre; pero nada mas. Nadie abria la boca para hablarle de él; pero la gente con quien le hacia tratar su abuelo, con sus cuchicheos, sus medias palabras, sus guiños de ojos, habia llamado la atencion del niño con el tiempo, y éste habia concluido por comprender alguna cosa; y como tomaba naturalmente por una especie de infiltracion y de lenta penetracion las ideas y las opiniones que formaban á su alrededor, por decirlo asi, una atmósfera, llegó poco á poco á no pensar en su padre sino lleno de vergüenza, y con el corazon oprimido.

Mientras Mario iba creciendo en esta atmósfera, cada dos ó tres meses se escapaba el coronel, iba furtivamente á París como un perseguido por la justicia que ha roto sus cadenas, y se apostaba en San Sulpicio á la hora en que la señorita Gillenormand llevaba á Mario á misa; y allí, temblando de que se volviese la tia, oculto detrás de un pilar, inmóvil, sin atreverse apenas á respirar, estaba mirando á su hijo. Aquel hombre, lleno de cicatrices, tenia miedo de una vieja soltera.

De aquí habian provenido sus relaciones con el cura de Vernon, señor Mabeuf.

Este digno sacerdote tenia un hermano, mayordomo de fábrica de San Sulpicio, que habia visto muchas veces á este hombre contemplando á su hijo, y habia fijado su atencion en la cicatriz que le cruzaba el carrillo, y la gruesa lágrima que pendia de sus ojos. Aquel hombre, de aspecto tan varonil, que lloraba como una mujer, habia chocado al mayordomo: su rostro le habia impresionado. Un dia que fué á Vernon á ver á su hermano, se encontró en el puente al coronel Pontmercy, y conoció en él al hombre de San-Sulpicio. El mayordomo habló de él al cura, y ambos, bajo un pretesto cualquiera, hicieron una visita al coronel,

Digitized by Google

visita que trajo detrás de sí otras muchas. El coronel, muy reservado al principio, concluyó por abrir su corazon, y el cura y el mayordomo llegaron á saber toda la historia, y cómo Pontmercy sacrificaba su felicidad por el porvenir de su hijo. Esto hizo que el cura le mirase con veneracion y ternura, y el coronel le cobró afecto. Por lo demás, cuando por casualidad se encuentran un anciano sacerdote y un viejo militar, si ambos son sinceros y buenos, nadie se comprende ni se amalgama mas fácilmente; porque en el fondo son una misma cosa; el uno se sacrificá por la patria de aquí abajo, y el otro por la patria de allá arriba: no hay mas diferencia.

Dos veces al año, el 1.° de enero y el dia de San Jorge, escribia Mario á su padre cartas obligadas que le dictaba su tia, y que parecian copiadas de algun formulario: esto era lo único que toleraba el señor Gillenormand; el padre respondia en cartas muy tiernas, que el abuelo se guardaba en el bolsillo sin leerlas.

Digitized by Google

III.

REQUIESCANT.

La tertulia de la señora T. era todo lo que Mario Pontmercy conocia del mundo; aquel era el único agujero por donde podia mirar la vida. El agujero era sombrío, y recibia por él mas frio que calor, mas tinieblas que luz.

Este niño, que era la alegría y la luz, al entrar en aquel mundo estraño, adquirió en poco tiempo tristeza, y lo que es mas opuesto á sus años, gravedad. Rodeado de todas aquellas personas imponentes y singulares, miraba en su derredor con serio asombro: todo contribuia á aumentar en él este estupor. En la tertulia de la señora T, habia algunas viejas nobles muy venerables, que se llamaban Mathan, Noé, Lévis, que se pronunciaba Levi, y Cambis, que se pronunciaba Cambises. Aquellas caras antiguas y aquellos nombres bíblicos se mezclaban en la cabeza del niño con el antiguo testamento que aprendia de memoria; y cuando estaban todas sentadas en círculo, alrededor de una lumbre moribunda, iluminadas apenas por una lámpara de pantalla verde, con sus severos perfiles, sus cabellos grises ó blancos, sus largos vestidos de otra edad, en los que no se distinguian mas que colores lúgubres, dejando caer á intervalos palabras magestuosas y graves, el niño Mario las

Digitized by Google

contemplaba con ojos azorados, creyendo ver en ellas, no mujeres, sino patriarcas y magos; no seres reales, sino fantasmas.

A estas fantasmas se agregaban varios curas que frecuentaban aquella tertulia, y algunos nobles; el marqués de Sass****, secretario de órdenes de la princesa de Berry; el vizconde de Val***, que publicaba bajo el pseudónimo de *Cárlos Antonio* odas monorimas; el príncipe de Beauf*******, que siendo aun jóven tenia cabellera gris, y una mujer bonita y de talento, cuyos trajes de terciopelo escarlata con trencilla de oro, muy escotados, eran el escándalo de aquella sombría casa; el marqués de C***** de E******, que sabia mejor que nadie en Francia «la urbanidad proporcionada;» el conde de Am***** buen hombre, de benévolo semblante, y el caballero de Port-de-Guy, columna de la biblioteca del Louvre, llamada el gabinete del rey. El señor Port-de-Guy, calvo, y más bien envejecido que viejo, contaba que en 1793, cuando tenia diez y seis años, habia sido condenado á presidio por refractario, y atado á la misma cadena que un octogenario, el obispo de Mirepoix, refractario tambien, pero como sacerdote, mientras que él lo era como soldado. Estaban en Tolon, y su oficio era ir á recoger por la noche del cadalso las cabezas y los cuerpos de los guillotinados por el dia: llevaban á cuestas aquellos troncos destilando sangre, de modo que los capotes de presidiario tenian por bajo de la nuca una costra de sangre, seca por la mañana, y húmeda por la noche. En la tertulia de la señora T. abundaban estas narraciones trágicas; y á fuerza de maldecir á Marat se aplaudia á Trestaillon. Algunos diputados de los llamados *introuvables*, jugaban su partida de wist; eran el señor Thibord del Chalard, el señor Lemarchant de Gomicourt, y el célebre burlon de la derecha el señor Cornet-Dincourt. El bailío de Ferrette con su calzon corto y sus delgadas pantorrillas entraba de paso alguna vez en el salon, al ir á casa del señor Talleyrand. Habia sido compañero de locuras del señor conde de Artois, y al revés de Aristóteles acurrucado bajo Campaspe, habia hecho andar á la Guimard á cuatro pies, y de consiguiente habia demostrado á los siglos cómo puede quedar vengado un filósofo por un bailío.

Respecto de los sacerdotes, concurrian allí: el abate Halma, el mismo á quien el señor Larose, su colaborador en *El Rayo* decia: *¡Bah! ¿Quién no tiene cincuenta años? Solamente algun boquirubio*; el abate

Digitized by Google

Letourneur; predicador del rey; el abate Frayssinous, que no era aun ni conde, ni obispo, ni ministro, ni par, y que llevaba una sotana vieja sin botones ya, y el abate Keravenant, cura de San German de los Prados; y además el nuncio del papa, que era entonces monseñor Macchi, arzobispo de Nisibis, despues cardenal, que se distinguia por su larga y pensativa nariz, y otro monseñor, que se titulaba el abate Palmieri, prelado doméstico, uno de los siete protonotarios participantes de la Santa Sede, canónigo de la insigne basílica liberiana, abogado de los santos, *postulatore dei santi*, lo que se refiere á los asuntos de canonizacion, y significa, poco mas ó menos, postulador ó receptor de memoriales para un sitio en los altares; y en fin, dos cardenales, el señor de la Luzerne y el señor Cl******—T*******. El señor cardenal de la Luzerne era escritor, y tuvo algunos años despues el honor de firmar al lado de Chateaubriand algunos artículos en el *Conservador*. El señor de Cl******—T******* era arzobispo de Toul***, y solia ir con frecuencia á París á pasar una temporada en casa de su sobrino el marqués de T.*******, que fue ministro de la Guerra y de la Marina. El cardenal era un viejo alegre que enseñaba sus medias moradas bajo la sotana arremangada; su manía era odiar la Enciclopedia, y jugar locamente al billar. La gente que por entonces pasaba en las noches de verano por la calle M***** donde vivia el señor Cl******—T******* se paraba para oir el choque de las bolas, y la aguda voz del cardenal que gritaba á su conclavista, monseñor Cottset, obispo *in partibus* de Caryste: *Apunta, abate, que he hecho carambola*. El cardenal de Cl******—T******* habia sido presentado en casa de la señora de T. por su mas íntimo amigo el señor de Roquelaure, antiguo obispo de Senlis, y uno de los cuarenta. El señor de Roquelaure era notable por su alta estatura, y por su asiduidad en la Academia. Al través de la puerta-vidriera de la sala próxima á la biblioteca, en que la Academia francesa celebraba entonces sus sesiones, los curiosos podian ver todos los jueves al antiguo obispo de Senlis, casi siempre en pie, recien empolvado, con medias moradas, volviendo la espalda á la puerta para dejar ver mejor su alzacuello. Todos estos eclesiásticos, que eran tan cortesanos como hombres de Iglesia, aumentaban la gravedad de la tertulia de T., en la cual recargaban el aspecto señorial cinco pares de Francia, el marqués de Vib,—el marqués de Tal—, el marqués de Herb—, el vizconde Damb—y el duque de Val.—

Digitized by Google

Este, aunque era príncipe de Mon—, es decir, príncipe soberano estranjero, tenia formada tan alta idea de Francia y de la dignidad de par, que todo lo veia al través de ambas cosas, y solia decir: *Los cardenales son los pares de Francia de Roma, los lores son los pares de Francia de Inglaterra.* Por lo demás, como la revolucion en este siglo debe entrar en todas partes, aquel salon feudal estaba, segun hemos dicho, dominado por un hombre de la clase media. El señor Gillenormand reinaba allí.

Aquella era la nata y la quinta esencia de la sociedad parisiense que seguia la bandera blanca: allí se ponian á discusion los nombres mas conocidos, aunque fueran realistas; porque en la fama hay algo de anarquía. Si Chateaubriand hubiera entrado allí, habria producido el efecto del padre Duchesne. Sin embargo, en esta sociedad ortodoxa entraban por tolerancia algunos arrepentidos. El conde Benh*** fue admitido á título de correccion.

Las tertulias «nobles» de hoy no se parecen á aquellas. El barrio de San German moderno huele á hereje, y los realistas de ahora son demagogos, digámoslo en elogio suyo.

En casa de la señora T., como la tertulia se componia de lo mas superior, dominaba un gusto esquisito y altivo bajo una urbanidad escogida. Las costumbres llevaban consigo toda clase de refinamientos involuntarios, que eran el antiguo régimen enterrado, pero vivo. Algunas de estas costumbres, en el lenguaje sobre todo, eran muy caprichosas; los observadores superficiales habrian tomado por provincialismos lo que no eran mas que antiguallas. Oíase decir allí *la señora generala*; y no era del todo inusitada *la señora coronela*. La encantadora señora de Leon, en recuerdo, sin duda, de las duquesas de Longueville y de Chevreuse, preferia este apelativo á su título de princesa. La marquesa de Crequy se habia llamado tambien *la señora coronela*.

En este pequeño círculo aristocrático, se inventó el refinamiento de decir en las Tullerías al hablar al rey en intimidad *el rey* en tercera persona, y no decir nunca *vuestra magestad*, porque este tratamiento habia sido «profanado por el usurpador.»

Allí juzgaban los hechos y los hombres; se burlaban del siglo, con lo cual quedaban dispensados de comprenderle; auxiliábanse en esta ignorancia, y se comunicaban mutuamente la cantidad de luz que cada

Digitized by Google

uno poseia. Matusalen enseñaba á Epimenides: el sordo ponia al corriente al ciego; declarábase como no pasado el tiempo desde Coblenza, y asi como Luis XVIII estaba por la gracia de Dios en el vigésimo quinto año de su reinado, asi los emigrados se encontraban de derecho en el vigésimo quinto año de su adolescencia.

Todo estaba en armonía; nada habia vivido demasiado; la palabra apenas era un soplo; el periódico en conformidad con el salon, parecia un papiro. Habia algunos jóvenes, pero estaban casi muertos. En la antecámara, las libreas estaban muy gastadas; porque aquellas personas que eran de una edad pasada, tenian criados de su época. Todo aquello parecia que habia vivido hacia mucho tiempo, y luchaba con el sepulcro. Todo su diccionario se reducia casi á estas palabas: Conservar, Conservacion, Conservador. Lo que importaba era *estar en buen olor*. Y en efecto, las opiniones de aquellos grupos venerables, estaban embalsamadas; sus ideas olian á nardo. Era aquel un mundo en estado de momia. Los amos estaban embalsamados, los criados empajados.

Una digna marquesa vieja, recien llegada de la emigracion y arruinada, no tenia mas que una criada, y seguia diciendo: *Mis criados*.

Pero, ¿y qué hacian en la tertulia de la señora T.? Eran ultras.

¿Y qué quiere decir ser ultra? Esta palabra no tiene hoy significacion, aunque lo que representa no haya desaparecido. Espliquémosla.

Ser ultra es ir mas allá; es hacer la guerra al cetro en nombre del trono, y á la mitra en nombre del altar; es maltratar lo que se arrastra; es arrojarse en el tiro de caballos para que vayan mas de prisa; es censurar á la hoguera porque quema poco á los herejes; es reprender al idólatra por su poca idolatría; es insultar por esceso de respeto; es hallar en el papa poco papismo, en el rey poco realismo, y mucha luz en la noche; es estar descontento del alabastro, de la nieve, del cisne y de la azucena en nombre de la blancura; es ser partidario de las cosas hasta el punto de ser su enemigo; es llevar el pró hasta el contra.

El espíritu ultra caracteriza especialmente la primera fase de la Restauracion.

No hay nada en la historia semejante al cuarto de hora que empieza en 1814 y termina en 1820 al advenimiento del señor de Villèle, el hombre práctico de la derecha. Estos seis años fueron un momento

Digitized by Google

estraordinario, ruidoso y triste á la vez, risueño y sombrío, iluminado como por la claridad del alba, y cubierto al mismo tiempo de las tinieblas de las grandes catástrofes que llenaban aun el horizonte, y se iban perdiendo lentamente en lo pasado. Hubo en aquella luz y en aquella sombra, un pequeño mundo nuevo y viejo, bufon y triste, juvenil y senil, frotándose los ojos, porque nada se parece al acto de despertar como la vuelta de una emigracion; grupo que miraba á Francia con recelo, y era mirado por Francia con ironía; viejos buhos, marqueses finchados, los que desaparecen y los aparecidos, «los ex...» estupefactos de todo, buenos y nobles aristócratas que se sonreian por estar en Francia, y lloraban tambien sorprendidos al volver á su patria, desesperados de no encontrar su monarquía; la nobleza de las cruzadas, despreciando á la nobleza del Imperio, es decir, á la nobleza de la espada; las razas históricas que habian perdido la significacion de la historia; los hijos de los compañeros de Carlomagno, menospreciando á los compañeros de Napoleon.

Las espadas, como acabamos de decir, se enviaban recíprocamente el insulto; la espada de Fontenoy era cosa de risa, y estaba cubierta de orin; la espada de Marengo era odiosa, y no se veia en ella mas que un sable. El *antiguamente* desconocia al *ayer*. No se tenia el sentimiento de lo grande, ni el sentimiento de lo ridículo; y hubo quien llamó Scapin á Bonaparte. Aquel mundo ya no existe; nada queda de él, repitámoslo. Cuando sacamos de él por casualidad alguna figura, y tratamos de hacerla revivir por medio de la imaginacion, nos parece estraña como de un mundo antediluviano; y es que en efecto ha sido sumergido tambien por un diluvio. Ha desaparecido bajo dos revoluciones. ¡Qué olas tan poderosas son las ideas! ¡Cómo cubren rápidamente todo lo que deben destruir y sepultar en cumplimiento de su mision, y cuán pronto escavan terribles profundidades!

Tal era la fisonomía de las tertulias de aquellos tiempos lejanos y cándidos, en que el señor Martainville tenia mas agudeza que Voltaire.

Estas tertulias tenian una literatura y una política propias. Creíase en Fievée; el señor Agier ponia la ley; comentábase á Colnet, publicista que vendia libros viejos en el muelle Malaquais. Napoleon era conocido solo por el Ogro de Córcega; pero despues la introduccion en la

Digitized by Google

historia del señor marqués de Buonaparte, teniente general de los ejércitos del rey, fue una concesion al espíritu del siglo.

Aquellas tertulias no se conservaron puras mucho tiempo. Desde 1818 empezaron á germinar en ellas algunos doctrinarios; matiz sospechoso, que tenia por sistema ser realista disculpándose de serlo. Los doctrinarios estaban avergonzados donde los ultras triunfaban. Tenian talento y guardaban silencio; su dogma político estaba convenientemente aderezado de gravedad; debian, pues, triunfar. Hacian, muy útilmente, escesos de corbata blanca y frac abotonado. El error ó la desgracia del partido doctrinario ha sido crear una juventud envejecida. Tomaban posturas de sabios; soñaban en ingertar en el principio absoluto y escesivo un poder templado. Oponian, y alguna vez con rara inteligencia, al liberalismo demoledor un liberalismo conservador; y se les oia decir: «Gracia para el realismo: nos ha hecho mas de un beneficio. Nos ha »traido de nuevo la tradicion, el culto, la religion, el respeto; es fiel, »valiente, caballeresco, amante, leal. Viene á mezclar, aunque con pe»sar, las nuevas grandezas de la nacion, con las grandezas seculares »de la monarquía. Tiene la desgracia de no comprender la revolucion, »el imperio, la gloria, la libertad, las nuevas ideas, las nuevas genera»ciones, el siglo. Pero este defecto que tiene respecto de nosotros, ¿no »le tenemos nosotros algunas veces tambien respecto de él? La revolu»cion de que somos herederos, debe tener la inteligencia de todo. El con»trasentido del liberalismo es atacar el realismo. ¡Qué falta! ¡Qué cegue»dad! La Francia revolucionaria no tiene respeto á la Francia histórica, es »decir, á su madre, es decir, á sí misma. Despues del 5 de setiembre se »trata á la nobleza de la monarquía como despues del 8 de julio se trataba »á la nobleza del Imperio. Ellos han sido injustos con el águila; nosotros lo »somos con la flor de lis. ¿Se desea, pues, siempre tener algo que pros»cribir? ¿Es útil acaso desdorar la corona de Luis XIV, raspar el escudo »de Enrique IV? ¡Nos burlamos del señor de Vaublanc, que borraba »las N del puente de Jena! ¿Y qué hacia? Lo que hacemos nosotros. »Bouvines nos pertenece lo mismo que Marengo; y las flores de lis lo »mismo que las N. Este es nuestro patrimonio. ¿Por qué disminuirlo? »No debemos renegar de la patria ni en lo pasado, ni en lo presente. »¿Por qué no hemos de admitir toda la historia? ¿Por qué no hemos de »amar á toda Francia?»

Digitized by Google

De este modo criticaban y protegian los doctrinarios al realismo, descontento porque le criticaban, irritado porque le protegian.

Los ultras caracterizaron la primera época del realismo; la congregacion caracterizó la segunda. A la pasion sucedió la habilidad. Dejemos aquí este bosquejo.

En el curso de esta narracion, el autor ha encontrado en su camino este momento curioso de la historia contemporánea; y al pasar, ha debido dirigirle una mirada, y trazar alguno de los perfiles singulares de aquella sociedad desconocida hoy. Pero lo hace rápidamente, sin ninguna idea amarga ó burlesca. Algunos recuerdos afectuosos y respetuosos, pues que se refieren á su madre, le unen á este pasado. Por otra parte, digámoslo, aquel pequeño mundo tenia su grandeza. Podemos sonreirnos; pero no despreciarle ni odiarle. Era la Francia de otro tiempo.

Mario Pontmercy hizo, como todos los niños, algunos estudios. Cuando salió de las manos de su tia Gillenormand, su abuelo le entregó á un digno profesor de la mas pura inocencia clásica, y aquella jóven alma que empezaba á abrirse, pasó de una mojigata á un pedante. Mario pasó los años de colegio, y entró en la escuela de Derecho. Era realista fanático y austero. Amaba muy poco á su abuelo, cuya alegría y cuyo cinismo le incomodaban, y era sombrío respecto de su padre.

Por lo demás, era un jóven entusiasta y frio, noble, generoso, altivo, religioso, exaltado, digno hasta la dureza, puro hasta ser insociable.

Digitized by Google

IV.

FIN DEL BANDIDO.

La conclusion de los estudios clásicos de Mario coincidió con la salida del mundo del señor Gillenormand. El viejo se despidió del arrabal de San German y de las reuniones de la señora T., y fué á establecerse en el Marais en su casa de la calle de las Hijas del Calvario, donde tenia por criados, además del portero, á la doncella Nicolasita, que habia sucedido á la Magnon y al Vasco finchado y cansino, de que hemos hablado algunas páginas antes.

Mario acababa de cumplir diez y siete años en 1827, y un dia al volver á su casa vió á su abuelo con una carta en la mano.

—Mario, dijo el señor Gillenormand, mañana partirás para Vernon.

—¿Para qué? dijo Mario.

—Para ver á tu padre.

Mario se estremeció. En todo habia pensado escepto en que podría llegar un dia en que tuviese que ver á su padre. No podia encontrar nada mas inesperado, mas sorprendente, y digámoslo, mas desagradable. Era la antipatía obligada á convertirse en simpatía; no era un disgusto, sino un trabajo fatigoso.

Mario, además de sus motivos de antipatía política, estaba conven-

Digitized by Google

cido de que su padre, el acuchillador como le llamaba el señor Gillenormand en los dias de mayor amabilidad, no le amaba; esto era evidente, porque le habia abandonado asi y entregado á otros. Creyendo que no era amado, no amaba. Nada mas sencillo, se decia.

Se quedó tan estupefacto, que no preguntó nada al señor Gillenormand. El abuelo añadió:

—Parece que está malo: te llama.

Y despues de un rato de silencio:

—Marcharás mañana por la mañana. Creo que hay en la plaza de las Fuentes un carruaje que sale á las seis y llega por la noche. Toma el billete: dice que corre prisa.

Despues arrugó la carta y se la metió en el bolsillo.

Mario hubiera podido partir aquella misma noche, y estar al lado de su padre al dia siguiente por la mañana; porque de la calle de Bouloy salia entonces una diligencia que iba á Ruan de noche, y pasaba por Vernon. Pero ni el señor Gillenormand ni Mario pensaron en informarse.

Al dia siguiente al anochecer llegaba Mario á Vernon. Principiaban á encenderse las luces: preguntó al primer transeunte: *¿La casa del señor Pontmercy?* Porque en su interior era de las mismas ideas que la Restauracion, y no reconocia tampoco en su padre el grado de coronel, ni la baronía.

Indicáronle la casa: llamó; abrióle una mujer con una lamparilla en la mano:

—¿El señor Pontmercy? dijo Mario.

La mujer permaneció inmóvil.

—¿Es aquí? preguntó Mario.

La mujer hizo con la cabeza un signo afirmativo.

—¿Puedo hablarle?

La mujer hizo un signo negativo.

—¡Es que soy su hijo! dijo Mario. Me espera.

—Ya no os espera, dijo la mujer.

Mario echó entonces de ver que estaba llorando.

La mujer le señaló con el dedo la puerta de una sala baja, donde entró.

En aquella sala, iluminada por una vela de sebo colocada sobre la chimenea, habia tres hombres; uno de pie, otro de rodillas y otro en

Digitized by Google

camisa y echado cuan largo era sobre los ladrillos. El que estaba en el suelo, era el coronel.

Los otros dos eran un médico y un sacerdote que oraba.

El coronel habia sido atacado hacia tres dias de una fiebre cerebral: al principio de la enfermedad tuvo un fatal presentimiento, y escribió al señor Gillenormand para llamar á su hijo. El mal habia aumentado; y el dia mismo de la llegada de Mario á Vernon, el coronel habia tenido un acceso de delirio; se habia levantado del lecho á pesar de la oposicion de la criada, gritando:—¡Mi hijo no viene! ¡voy á buscarle!—Y habiendo salido de su cuarto cayó en los ladrillos de la antecámara. Acababa de espirar.

Habian sido llamados el médico y el cura; pero uno y otro habian llegado demasiado tarde. Tambien el hijo llegó tarde.

A la luz crepuscular de la vela se distinguia en la mejilla del tendido y pálido coronel, una gruesa lágrima que habia salido de su ojo ya moribundo. El ojo se habia apagado, pero la lágrima no se habia secado aun. Aquella lágrima era la tardanza de su hijo.

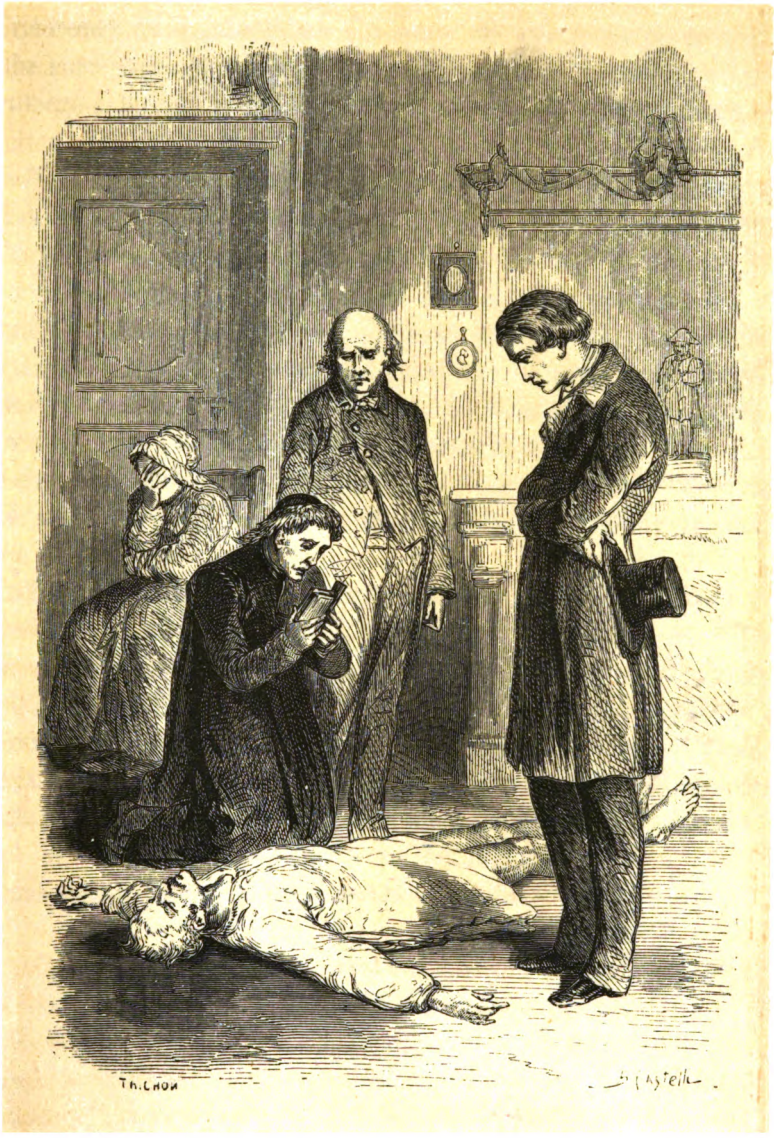
Mario contempló aquel hombre, á quien veia por primera y última vez; contempló aquella fisonomía venerable y varonil, aquellos ojos abiertos que no miraban, aquellos cabellos blancos, aquellos miembros robustos, en los que se veian acá y allá líneas oscuras que eran sablazos, y unas como estrellas rosadas, que eran agujeros de balas. Contempló aquella gigantesca cicatriz que imprimia un sello de heroismo en aquella fisonomía, marcada por Dios con el sello de la bondad. Pensó en que aquel hombre era su padre, y en que aquel hombre estaba muerto, y permaneció inmóvil.

La tristeza que esperimentó fue la misma que hubiera sentido ante cualquier otro muerto.

Y sin embargo, en aquella sala se respiraba el dolor, un dolor punzante. La criada sollozaba en un rincon, el cura rezaba y se le oia sollozar, el médico se secaba las lágrimas: el cadáver lloraba tambien.

El médico, el cura y la mujer, miraban á Mario al través de su aflicion, sin decir una palabra: allí era él el estraño: se sentia poco conmovido, avergonzado y en una situacion embarazosa: tenia el sombrero en la mano y le dejó caer al suelo para hacer creer que el dolor le quitaba la fuerza necesaria para sostenerle.

Digitized by Google



MUERTE DEL CORONEL PONTMERCY.

Digitized by Google

Digitized by Google

Al mismo tiempo sentia como un remordimiento, y se reconvenia por obrar asi. Pero ¿era esto culpa suya? ¡No amaba á su padre! ¿Y qué?

El coronel no dejaba nada. La venta de sus muebles apenas alcanzaba para pagar el entierro. La criada encontró un pedazo de papel que entregó á Mario; en él estaba escrito lo siguiente por el mismo coronel:

—«*Para mi hijo.*—El emperador me hizo baron en el campo de batalla de Waterlóo. La Restauracion me niega este título que he comprado con mi sangre; mi hijo le tomará y le llevará. No hay que decir que será digno de él.» A la vuelta, el coronel habia añadido: «En esta misma batalla de Waterlóo, un sargento me salvó la vida: se llama Thenardier. Creo que últimamente tenia una posada en un pueblo de los alrededores de París, en Chelles ó en Montfermeil. Si mi hijo le encuentra, haga por él todo el bien que pueda.»

Mario cogió este papel y le guardó, no por amor á su padre, sino por ese vago respeto á la muerte, que tan imperiosamente vive en el corazon del hombre.

Nada quedó del coronel. El señor Gillenormand hizo vender á un prendero su espada y su uniforme. Los vecinos echaron á perder el jardin, y cogieron las flores mas raras; las demás plantas se convirtieron en maleza, y murieron.

Mario permaneció solo cuarenta y ocho horas en Vernon. Despues del entierro volvió á París, y se entregó de nuevo al estudio del derecho, sin pensar mas en su padre, que si no hubiera existido nunca. El coronel fue enterrado en dos dias, y olvidado en tres.

Mario llevaba una gasa en el sombrero. A esto se redujo todo.

Digitized by Google

V.

DONDE SE VERA CUÁN UTIL ES IR Á MISA PARA HACERSE REVOLUCIONARIO.

Mario habia conservado los hábitos religiosos de la infancia. Un domingo que fué á misa á San Sulpicio, á la misma capilla de la Vírgen á que le llevaba su tia cuando era pequeño, estaba distraido y mas pensativo que de ordinario y se habia colocado detrás de un pilar, y arrodillado, sin advertirlo, sobre una silla de terciopelo de Utrecht, en cuyo respaldo estaba escrito este nombre: *señor Mabeuf, mayordomo*. Apenas empezó la misa se presentó un anciano, y le dijo:

—Caballero, ese es mi sitio.

Mario se apartó en seguida, y el viejo ocupó su silla.

Cuando acabó la misa, Mario permaneció pensativo á algunos pasos; el viejo se acercó otra vez, y le dijo:

—Os pido perdon de haberos distraido antes y de distraeros aun un momento; pero tal vez me habreis creido impertinente, y debo daros una esplicacion.

—Es inútil, caballero, dijo Mario.

—¡Oh! contestó el viejo, no quiero que formeis mala idea de mí. Este sitio es mio. Me parece que desde él es mejor la misa. ¿Y por qué? Voy

Digitized by Google

á decíroslo. A este mismo sitio he visto venir por espacio de diez años, cada dos ó tres meses, regularmente, á un pobre padre que no tenia otro medio ni otra ocasion de ver á su hijo, porque se lo impedian cuestiones de familia. Venia á la hora en que sabia que traian á su hijo á misa. El niño no sabia que su padre estaba ahí; ni aun sabia, tal vez, el inocente que tenia padre. El padre se ponia detrás de una columna para que no le viesen; miraba á su hijo y lloraba. ¡Cuánto le queria el pobre hombre! Yo lo he visto. Ese sitio está como santificado para mí, y he tomado la costumbre de venir á él á oir misa. Le prefiero al sillon de la mayordomía que deberia ocupar. He tratado un poco á ese caballero de que os hablo. Tenia un suegro y una tia rica, y parientes que amenazaban desheredar al hijo si le veia; y se sacrificaba, porque su hijo fuese algun dia rico y feliz. Le separaban de ellos las opiniones políticas. Ciertamente yo apruebo la opinion política; pero hay personas que no la tienen con prudencia. ¡Dios mio! Porque un hombre haya estado en Waterlóo no es un monstruo; no por eso se debe separar á un padre de su hijo. Era un coronel de Bonaparte; y ha muerto, segun creo. Vivia en Vernon, donde tengo un hermano cura, y se llamaba una cosa como Pontmarie ó Montpercy... Tenia una gran cicatriz de un sablazo.

—Pontmercy, dijo Mario, poniéndose pálido.

—Precisamente, Pontmercy. ¿Le habeis conocido?

—Caballero, dijo Mario, era mi padre.

El viejo mayordomo juntó las manos, y esclamó:

—¡Ah, sois su hijo! Sí, ahora debia de ser ya un hombre. Pues bien, podeis decir que habeis tenido un padre que os ha querido mucho.

Mario ofreció el brazo al anciano y le acompañó hasta su casa.

Al dia siguiente dijo al señor Gillenormand:

—Hemos arreglado entre algunos amigos una partida de caza. ¿Me dejais ir por tres dias?

—¡Por cuatro! respondió el abuelo; anda, diviértete. Y guiñando el ojo, dijo en voz baja á su hija:

—Algun amorcillo.

Digitized by Google

VI.

DONDE SE VERÁN LAS CONSECUENCIAS DE HABER ENCONTRADO Á UN MAYORDOMO.

Mas adelante veremos á donde fué Mario.

El jóven estuvo tres dias ausente, despues volvió á Paris, se fué derecho á la biblioteca de Jurisprudencia, y pidió la coleccion del *Monitor*.

Leyó el *Monitor*, leyó la historia de la República y del Imperio, el *Memorial de Santa Elena*, todas las memorias, todos los periódicos, todos los boletines, todas las proclamas, todo lo devoró. La primera vez que encontró el nombre de su padre en los boletines del gran ejército, tuvo calentura toda una semana. Visitó á los generales á cuyas órdenes habia servido Jorge Pontmercy, y entre otros al conde H. El mayordomo Mabeuf, á quien habia vuelto á ver, le contó la vida de Vernon, el retiro del coronel, sus flores, su soledad. Mario llegó á conocer enteramente á aquel hombre raro, sublime y amable, á aquella especie de leon-cordero, que habia sido su padre.

Mientras tanto, ocupado en este estudio que le consumia todo el tiempo y todos sus pensamientos, casi no veia al señor Gillenormand. Presentábase á las horas de comer; buscábanle despues; mas ya no estaba en casa. La tia murmuraba. Gillenormand se sonreia:—¡Ba! ¡Ba! Está en

Digitized by Google

la edad de los amores.—Y alguna vez añadia:—¡Demonio! creia que esto era una distraccion; pero voy viendo que es una pasion. Era una pasion en efecto: Mario iba adorando á su padre.

Un cambio estraordinario se estaba verificando en sus ideas. Las fases de este cambio fueron muchas y sucesivas; y como esta es la historia de muchos talentos de nuestra época, creemos útil seguir estas fases paso á paso, é indicarlas todas.

La historia en que habia fijado la vista le deslumbraba.

El primer efecto fue un deslumbramiento.

La República, el Imperio, no habian sido para él hasta entonces mas que palabras monstruosas. La República, una guillotina en un crepúsculo; el Imperio, un sable en la noche. Pero acababa de mirar ambas cosas, y donde no esperaba encontrar mas que un caos de tinieblas, habia visto con inaudita sorpresa, y con no menos temor y alegría, brillar astros como Mirabeau, Vergniaud, Saint-Just, Robespierre, Camilo Desmoulins, Danton, y salir un sol, Napoleon. No sabia donde estaba: retrocedia ciego ante tanta claridad. Poco á poco, fue pasando el asombro, se acostumbró á quel esplendor, consideró los actos sin pasion, examinó á los hombres sin terror; la Revolucion y el Imperio se pusieron luminosamente en perspectiva ante su vista, y vió á cada uno de estos dos grupos de sucesos y de hombres resumirse en dos grandes hechos; la República en la soberanía del derecho civil restituida al pueblo; el Imperio, en la soberanía de la idea francesa impuesta á Europa: vió salir de la revolucion la gran figura del pueblo, y del Imperio la gran figura de Francia. Y declaró en su conciencia que todo esto habia sido bueno.

No creemos necesario indicar aquí lo que pasó por alto su deslumbramiento en esta primera apreciacion demasiado sintética. Lo que pintamos es el estado de su mente en marcha; y los progresos no se hacen en una etapa. Dicho esto de una vez para siempre, asi para lo que precede, como para lo que sigue, continuemos.

Entonces conoció que hasta aquel momento no habia comprendido, ni á su patria, ni á su padre. No habia conocido, ni á una, ni á otro; habia tenido una especie de venda voluntaria ante los ojos. Ahora veia; y por un lado admiraba, y por otro adoraba.

Estaba lleno de pesares, de remordimientos; pensaba desesperado que no podia decir todo lo que tenia en el alma mas que á una tumba.

Digitized by Google

¡Oh! si su padre hubiera vivido, si le tuviera aun, si Dios, compadecido y bondadoso, hubiera permitido que viviera aun su padre, cómo habria corrido, cómo se habria precipitado, cómo le habria gritado: ¡Padre! ¡mírame! ¡soy yo! ¡yo que tengo el mismo corazon que tú! ¡Soy tu hijo! ¡Cómo habria abrazado su encanecida frente, inundado sus cabellos de lágrimas, contemplado su cicatriz, estrechado sus manos, adorado su ropa, besado sus pies! ¡Oh! ¿por qué habia muerto su padre tan pronto, antes de tiempo, antes de la justificacion, antes del amor de su hijo? Mario tenia un llanto continuo en el corazon, que decia á cada momento: ¡Ay! Al mismo tiempo se hacia mas formal, mas grave, se afirmaba en su fe, en su pensamiento. A cada instante un rayo de luz de la verdad venia á completar su razon; verificábase en él un verdadero crecimiento interior. Sentia una especie de engrandecimiento natural, producido por dos cosas nuevas para él; su patria y su padre.

Como sucede cuando se posee una clave, todo se abria para él; se esplicaba lo que habia aborrecido, y penetraba en lo que habia condenado. Veia claramente el sentido providencial, divino y humano, de las grandes cosas que le habian enseñado á detestar, y de los grandes hombres á quienes le habian enseñado á maldecir. Cuando pensaba en sus antiguas ideas, que eran de ayer, y sin embargo, le parecian muy viejas, se indignaba y se sonreia. De la rehabilitacion de su padre habia pasado naturalmente á la rehabilitacion de Napoleon.

Sin embargo, hagamos notar que esta no se habia verificado sin trabajo.

Desde la infancia le habian imbuido en el juicio que el partido de 1814 habia formado acerca de Bonaparte. Ahora bien, todas las preocupaciones de la Restauracion, sus intereses y sus instintos tendian á desfigurar á Napoleon: le execraban mas aun que á Robespierre: la Restauracion habia esplotado hábilmente el cansancio de la nacion y el odio de las madres. Bonaparte habia llegado á ser una especie de monstruo casi fabuloso; y para presentarle á la imaginacion del pueblo, que como hemos dicho hace poco, se parece á la imaginacion de los niños, el partido de 1814 evocaba sucesivamente todas las máscaras mas horribles, desde lo que es terrible sin dejar de ser grandioso, hasta lo terrible grotesco, desde Tiberio hasta el Coco. Asi hablando de Bonaparte, ca-

Digitized by Google

da uno podia libremente sollozar, ó reventar de risa con tal que le odiase. Mario no habia tenido nunca, acerca de este hombre—como le llamaban —mas ideas que estas, y se habian combinado en su mente con la tenacidad propia de su carácter. Tenia dentro de sí mismo un hombrecillo testarudo que odiaba á Napoleon.

Pero leyendo la historia, estudiándola en los documentos y en los materiales, se fue rasgando poco á poco el velo que cubria á Napoleon á los ojos de Mario. Entrevió primero algo inmenso, y sospechó que se habia engañado acerca de Bonaparte como en lo demás; cada dia veia mejor, y empezó á subir lentamente, paso á paso, primero casi con sentimiento, y despues con entusiasmo, y como atraido por una fascinacion irresistible, los escalones sombríos, luego los iluminados vagamente, y por último, los luminosos y radiantes del entusiasmo.

Una noche estaba solo en su pequeña habitacion que lindaba con el tejado. La vela estaba encendida; leia, apoyado de codos en la mesa, al lado de la ventana abierta. Una multitud de pensamientos salian del espacio, y se mezclaban con sus ideas. ¡Qué espectáculo es la noche! Oyense ruidos sordos sin saber de dónde vienen; se ve centellar como una chispa á Júpiter, que es mil doscientas veces mayor que la Tierra; el azul es negro, las estrellas brillan. Esto es sublime.

Leia los boletines del gran ejército, esas estrofas homéricas, escritas sobre el campo de batalla; veia en ellos por intervalos el nombre de su padre, y siempre el nombre del emperador; aparecia á sus ojos todo el gran imperio; sentia como una marea que se elevase en su interior; en algunos momentos le parecia que su padre pasaba á su lado como un soplo, y le hablaba al oido; íbase abstrayendo poco á poco; creia oir los tambores, el cañon, las cornetas, el paso mesurado de los batallones, el galope sordo y lejano de la caballería; de tiempo en tiempo sus ojos se elevaban al cielo, y veian brillar en las profundidades sin fondo las colosales constelaciones; y bajaban despues al libro y veian moverse confusamente otras cosas colosales. Tenia el corazon oprimido. Estaba enajenado, tembloroso, anhelante; mas de pronto, sin saber él mismo lo que por él pasaba, ni á quién obedecia, se levantó, estendió ambos brazos fuera de la ventana, miró fijamente á la sombra, al silencio, al infinito tenebroso, á la inmensidad eterna, y gritó: ¡Viva el emperador!

Digitized by Google

Desde aquel momento el Ogro de Córcega,—el usurpador,—el tirano,—el monstruo amante incestuoso de sus hermanas,—el histrion que tomaba lecciones de Talma,—el envenenador de Jafa,—el tigre,—Buonaparte,—todo esto desapareció y dejó el sitio en su espíritu á un vago y brillante esplendor, en que brillaba á una altura inaccesible el pálido fantasma de mármol del César. El emperador solo habia sido para su padre el querido capitan á quien admira, y por quien se sacrifica el soldado; para Mario, fue algo mas; fue el constructor predestinado del grupo francés, sucesor del grupo romano en la dominacion del universo; fue el prodigioso arquitecto de un cataclismo, el continuador de Carlo-Magno, de Luis XI, de Enrique IV, de Richelieu, de Luis XIV y del comité de Salvacion pública, que tenia sin duda sus defectos, sus faltas, su crímen, es decir, era hombre, pero era grande en sus faltas, brillante en sus manchas, poderoso en su crímen.

Fue el hombre predestinado que obligó á todas las naciones á decir: —la gran nacion;—fue mas propiamente la encarnacion de la Francia conquistando la Europa con la espada, y el mundo con la luz que despedia. Mario vió en Bonaparte el espectro deslumbrador que se elevará siempre en la frontera, y guardará el porvenir. Déspota, pero dictador, déspota, hijo de una república, y símbolo de una revolucion, Bonaparte fue para Mario el hombre-pueblo, asi como Jesus era el Hombre-Dios.

Vése aquí que, como sucede á todos los recien convertidos á una religion, su conversion le embriagaba, le precipitaba y le llevaba demasiado lejos. Su temperamento era asi; puesto en una pendiente, le era casi imposible detenerse. El fanatismo por el sable le arrebataba, y se complicaba en su espíritu con el entusiasmo por la idea. No conocia que con el genio admiraba juntamente la fuerza, es decir, que instalaba en los dos recintos de su idolatría lo divino y lo brutal. Bajo varios puntos de vista se habia vuelto á engañar otra vez. Todo lo admitia. Hay un modo de encontrarse con el error en el camino de la verdad. Tenia una especie de buena fe violenta que todo lo abrazaba en conjunto. En la nueva via en que habia entrado, al juzgar los errores del antiguo régimen, lo mismo que al medir la gloria de Napoleon, despreciaba las circunstancias atenuantes.

Sea como fuese, habia dado un paso inmenso. Donde habia visto antes la caida de la monarquía, veia ahora el porvenir de Francia. Ha-

Digitized by Google

bia cambiado la orientacion. Lo que habia sido el Ocaso era el Levante. Habia dado una vuelta completa.

Todas estas revoluciones se verificaban en él sin que su familia lo sospechase.

Cuando en esta misteriosa metamorfosis hubo perdido completamente la antigua piel de borbónico y de ultra; cuando se despojó del traje de aristócrata y de realista; cuando fue completamente revolucionario, profundamente demócrata y casi republicano, se dirigió á casa de un grabador de la calle de Orfevres, y mandó hacer cien tarjetas con esta inscripcion: *El baron Mario Pontmercy.*

Lo cual era una consecuencia lógica del cambio que se habia verificado en él, cambio en que todo gravitaba alrededor de su padre.

Solo que como no conocia á nadie, y no podia dejar las tarjetas en ninguna portería, se las guardó en el bolsillo.

Por otra consecuencia natural, á medida que se aproximaba á su padre, á su memoria, á las cosas porque el coronel habia peleado veinticinco años, se alejaba de su abuelo. Ya hemos dicho que hacia algun tiempo no le agradaba el genio del señor Gillenormand. Entre ambos habia todas las disonancias que puede haber entre un jóven grave y un viejo frívolo. La alegría de Jeronte repugna y exaspera á la melancolía de Werther. Mientras que habian tenido unas mismas opiniones políticas y comunes ideas, Mario se encontraba como en un puente con el señor Gillenormand. Cuando se hundió el puente, los separó el abismo. Además, Mario sentia inesplicables impulsos de rebelion cuando recordaba que el señor Gillenormand, por estúpidos motivos, le habia separado sin piedad del coronel, privando al hijo de su padre, y al padre de su hijo.

A fuerza de compasion hácia su padre, habia llegado casi á tener aversion á su abuelo.

Pero nada de esto, como hemos dicho, salia al esterior. Solamente cada dia se mostraba mas frio, mas lacónico en la mesa, y con mas frecuencia ausente de la casa.

Cuando su tia le reprendia, era muy respetuoso, y daba por pretesto sus estudios, el curso, los exámenes, las conferencias, etc. El abuelo no salia de su infalible diagnóstico:—¡Enamorado! ¡Yo bien sé lo que son esas cosas!

Mario hacia de cuando en cuando algunas escapatorias.

Digitized by Google

—¿Pero á dónde va? preguntaba la tia.

En uno de estos viajes, siempre cortos, fué á Montfermeil para cumplir la indicacion que su padre le habia dejado hecha, y buscó al antiguo sargento de Waterlóo, al posadero Thenardier. Thenardier habia quebrado; la posada estaba cerrada, y nadie sabia qué habia sido de él. Mario, á causa de estas investigaciones, estuvo cuatro dias fuera de su casa.

—Decididamente, dijo el abuelo, se estravía.

Habíase notado que llevaba bajo la camisa, sobre el pecho, algo que pendia de una cinta negra que colgaba del cuello.

Digitized by Google

VII.

ALGUN AMORCILLO.

Hemos hablado de un lancero.

Era un sobrino tercero que tenia el señor Gillenormand por parte de padre, y que llevaba, lejos de la familia y del hogar doméstico, la vida de guarnicion. El teniente Teodulo Gillenormand tenia todas las condiciones necesarias para ser lo que se llama un lindo oficial. Tenia «cuerpo de señorita,» cierto modo triunfal de arrastrar el sable, y bigote retorcido. Iba raras veces á París, tanto que Mario no le habia visto nunca. Los dos primos solo se conocian de nombre. Teodulo era, segun creemos haber dicho ya, el favorito de la tia Gillenormand, que le preferia porque no le veia. No ver á las personas es una cosa que permite suponer en ellas todas las perfecciones.

Una mañana la señorita Gillenormand mayor entró en su cuarto tan conmovida como podia permitirlo su afabilidad. Mario acababa de pedir á su abuelo permiso para hacer un viaje, diciendo que pensaba partir aquella misma noche.—¡Anda! le habia respondido el abuelo, y el señor Gillenormand habia añadido aparte, arqueando las cejas: ¡Duerme fuera con reincidencia! La señorita Gillenormand habia subido á su cuarto muy azorada, y habia dejado escapar en la escalera esta es-

Digitized by Google

clamacion:—¡Es mucho! y esta interrogacion:—¿Pero á dónde va? Entreveia alguna aventura de corazon mas ó menos ilícita, una mujer en la penumbra, una cita, un misterio, y no la hubiera disgustado haberla podido echar el lente. La cala y cata de un misterio es como el principio de un escándalo; no le detestan las almas mas santurronas. Hay en los secretos receptáculos de la mojigatería alguna curiosidad para el escándalo.

Veíase, pues, dominada por el vago prurito de saber una historia.

Para distraerse de esta curiosidad, que la agitaba un poco mas de lo que era costumbre, se habia refugiado en sus habilidades, y se habia puesto á festonear con algodon y sobre algodon uno de esos bordados del Imperio y de la Restauracion, en que hay muchas ruedas de cabriolé. Obra tosca, obrera brusca. Estaba hacia algunas horas en su silla cuando se abrió la puerta. La señorita Gillenormand levantó la nariz; el teniente Teodulo estaba en su presencia haciéndole el saludo de ordenanza. Dió un grito de alegría. Una mujer puede ser vieja, mojigata, devota, tia, pero siempre se alegra al ver entrar en su cuarto á un lancero.

—¡Tú aquí, Teodulo! esclamó.

—De paso, tia.

—Pero ¡abrázame! ¡ven!

—¡Ya está! dijo Teodulo.

Y la abrazó. La tia Gillenormand fué á su tocador y le abrió.

—¡Te quedarás con nosotros lo menos una semana!

—Me marcho esta tarde, tia.

—¡No es posible!

—Matemáticamente.

—Quédate, Teodulito, te lo ruego.

—El corazon dice que sí, pero la consigna dice que no. La historia es muy sencilla. Cambiamos de guarnicion; estábamos en Melun y nos llevan á Gaillon. Para ir de la antigua guarnicion á la nueva tenemos que pasar por París, y me he dicho: Voy á ver á mi tia.

—Pues aquí tienes por la molestia.

Y le puso diez luises en la mano.

—Por el placer querreis decir, querida tia.

Teodulo la abrazó por segunda vez, y ella tuvo el placer de que la rozara un poco el cuello con los cordones del uniforme.

Digitized by Google

—¿Haces el viaje á caballo con tu regimiento?

—No, tia. He querido veros, y tengo un permiso especial. El asistente lleva mi caballo, y yo voy por la diligencia. Y á propósito, tengo que preguntaros una cosa.

—¿El qué?

—¿Está de viaje tambien mi primo Mario Pontmercy?

—¿Cómo sabes tú eso? dijo la tia, súbitamente escitada en lo mas vivo de la curiosidad.

—Al llegar he ido á la diligencia á tomar mi asiento en berlina.

—¿Y qué?

—Que habia ido ya un viajero á tomar un asiento en imperial, y he visto su nombre en la hoja.

—¿Qué nombre?

—Mario Pontmercy.

—¡Ah, pícaro! esclamó la tia. Tu primo no es un muchacho de juicio como tú. ¡Decir que va á pasar la noche en diligencia!

—Como yo.

—Pero tú lo haces por obligacion, y él por desórden.

—¡Ah! dijo Teodulo.

En esto sucedió una cosa notable á la señorita Gillenormand: se le ocurrió una idea. Si hubiera sido hombre, se habria dado una palmada en la frente.

—¿Sabes que tu primo no te conoce? preguntó repentinamente á Teodulo.

—No. Yo le he visto; pero él nunca se ha dignado mirarme.

—¿Y vais á viajar juntos?

—El en imperial, y yo en berlina.

—¿A dónde va esa diligencia?

—A los Andelys.

—¿Y va allí Mario?

—Sí, como no sea que haga lo que yo, y se quede en el camino. Yo bajo en Vernon para tomar la silla de Gaillon. No sé el itinerario de Mario.

—¡Mario! ¡qué nombre tan vulgar! ¡Qué ocurrencia el haberle llamado Mario! ¡Pero tú á lo menos te llamas Teodulo!

—Mejor quisiera llamarme Alfredo, dijo el oficial.

Digitized by Google

—Escucha, Teodulo.

—Ya escucho, tia.

—Pon atencion.

—Pongo atencion.

—¿Estás?

—Sí.

—Pues bien; Mario se ausenta á menudo.

—¡Eh!

—Viaja.

—¡Ah!

—Duerme fuera de casa.

—¡Oh!

—Quisiéramos saber qué hay en esto.

Teodulo respondió con la calma de un hombre curtido.

—Algun amorío.

—Y con esa risa entre cuero y carne que pone de manifiesto la certidumbre, añadió:

—Alguna chica.

—Es evidente, dijo la tia, que creyó oir hablar al señor Gillenormand, y que sintió salir irresistiblemente su conviccion de esta palabra *chica*, acentuada casi de la misma manera por el tio y el sobrino. Despues añadió:

—Haznos un favor. Sigue un poco á Mario; esto te será fácil porque no te conoce; y supuesto que hay una chica, haz por verla. Nos escribirás la aventura, y se divertirá el abuelo.

No le gustaba mucho á Teodulo este espionaje; pero los diez luises le habian conmovido y creia que podrian traer otros detrás de sí. Aceptó, pues, la comision, y dijo:—Como querais, tia; añadiendo por lo bajo: —Ya estoy convertido en dueña.

La señorita Gillenormand le abrazó.

—No harias tú nunca esto, Teodulo. Tú obedeces á la disciplina, eres esclavo de la consigna, eres un hombre escrupuloso y fiel á tus deberes, y no abandonarias á tu familia por ir á ver á una muchacha.

El lancero satisfecho hizo el mismo gesto que haria el célebre ladron Cartucho elogiado por su probidad.

En la noche que siguió á este diálogo, Mario subió á la diligencia

Digitized by Google

sin sospechar que iba vigilado. En cuanto al vigilante, la primera cosa que hizo fue dormirse con un sueño completo y concienzudo. Argos pasó roncando toda la noche.

Al despuntar el dia, el mayoral de la diligencia gritó:—¡Vernon! ¡Relevo de Vernon! ¡Los viajeros de Vernon!—Y el teniente Teodulo se despertó.

—¡Bueno! murmuró medio dormido aun; aquí es donde me bajo.

Despues empezó á despejarse su memoria poco á poco, y se acordó de su tia, de los diez luises, y de la promesa que habia hecho de contar los hechos y los gestos de Mario. Esto le hizo reir.

—Ya no estará tal vez en el coche, pensó abotonándose el peto. Ha podido quedarse en Poissy, y ha podido quedarse en Triel; si no ha bajado en Meulan, puede haber bajado en Mantes, á menos que no se haya apeado en Rolleboise, ó que no haya llegado hasta Pacy, pudiendo allí volver, á la izquierda, hácia Evreux, ó á la derecha hácia Laroche-Guyon. Echadle un galgo, tia. ¿Qué diablos voy á escribir ahora á esta buena vieja?

En aquel momento apareció en la vidriera de la berlina un pantalon negro que descendia de la imperial.

—¿Será Mario? se dijo el teniente.

En efecto, era Mario.

Al pie del coche, y entre los caballos y los postillones, una jovencita del pueblo ofrecia flores á los viajeros.

—Llevadme flores, señoras, dijo.

Mario se acercó á la jóven, y le compró las flores mas hermosas que llevaba en la cesta.

Por de pronto, dijo Teodulo saltando de la berlina, esto ya me interesa. ¿A quién diantres va á llevar esas flores? Es preciso que sea una mujer muy guapa para merecer tan hermoso ramillete. Quiero conocerla.

Y no ya por mandato, sino por curiosidad personal, como los perros que cazan por cuenta propia, se puso á seguir á Mario.

Este no fijó la atencion en Teodulo. De la diligencia bajaron algunas mujeres elegantes; no las miró: parecia que no veia nada alrededor.

—¡Está enamorado! pensó Teodulo.

Mario se dirigió hácia la iglesia.

Digitized by Google

—¡Magnífico! dijo Teodulo. ¡La iglesia! Eso es. Las citas sazonadas con un poco de misa son las mejores. No hay nada tan esquisito como una ojeada que pasa por encima de Dios.

Mario llegó á la iglesia, pero no entró; dió la vuelta por detrás de la cabecera del templo, y desapareció en el ángulo de uno de los estribos del abside.

—La cita es fuera, dijo Teodulo. Veamos la chica.

Y se adelantó de puntillas hácia el sitio en que habia dado la vuelta Mario.

Cuando llegó allí se quedó estupefacto.

Mario, con la frente entre ambas manos, estaba arrodillado en la yerba, sobre una tumba. Habia deshojado el ramo. En el estremo de la fosa, en una alturita, que indicaba la cabecera, habia una cruz de madera, negra, con este nombre en letras blancas: EL CORONEL BARON DE PONTMERCY. Oíase sollozar á Mario.

La muchacha era una tumba.

Digitized by Google

VIII.

MÁRMOL CONTRA GRANITO

Allí era donde habia ido Mario la primera vez que se ausentó de París. Allí iba cada vez que el señor Gillenormand decia: Pasa la noche fuera.

El teniente Teodulo se quedó desconcertado á consecuencia de este encuentro inesperado de un sepulcro; esperimentando una sensacion desagradable y singular, que no hubiera podido analizar, y que se componia del respeto á una tumba, y del respeto á un coronel. Retrocedió, pues, dejando á Mario solo en el cementerio; y hubo en esta retirada algo de disciplina. Presentósele la muerte con grandes charreteras, y casi la hizo el saludo militar. No sabiendo qué escribir á la tia, tomó el partido de no escribirla; y probablemente no hubiera tenido resultado alguno el descubrimiento hecho por Teodulo sobre los amores de Mario, si por una de esas coincidencias misteriosas, tan frecuentes en la casualidad, la escena de Vernon no hubiese tenido, por decirlo asi, una especie de eco en París.

Mario volvió de Vernon tres dias despues muy temprano, llegó á casa de su abuelo, y cansado de las dos noches que habia pasado en la

Digitized by Google

diligencia, conociendo la necesidad de reparar su insomnio con una hora de escuela de natacion, subió rápidamente á su cuarto, y sin emplear mas tiempo que el necesario para quitarse el leviton de viaje y el cordon negro que llevaba al cuello, se fué al baño.

El señor Gillenormand se levantó de madrugada como todos los viejos fuertes, le oyó entrar, y se apresuró á subir lo mas pronto que le permitieron sus viejas piernas la escalera del cuarto de Mario, con objeto de abrazarle, y de preguntarle al mismo tiempo, para vislumbrar de dónde venia.

Pero el jóven habia empleado menos tiempo en bajar que el octogenario en subir, y cuando el abuelo Gillenormand entró en la buhardilla, ya Mario habia salido.

La cama estaba hecha, y sobre ella estaban tendidos el leviton y el cordon negro.

—Mejor quiero esto, dijo el señor Gillenormand.

Y un momento despues entró en la sala en que estaba sentada la señorita Gillenormand, bordando sus ruedas de cabriolé.

La entrada fue triunfal.

El señor Gillenormand llevaba en una mano el leviton y el cordon en la otra.

—¡Victoria! esclamó, ¡vamos á penetrar el misterio! ¡Vamos á saber el fin del fin; vamos á palpar los libertinajes de nuestro hombre reservado! ¡Ya tenemos aquí la novela! Tengo el retrato.

En efecto, del cordon pendia una cajita de tafilete negro, muy semejante á un medallon.

El viejo tomó la caja y la contempló algunos momentos sin abrirla, con ese aire de voluptuosidad, de placer y de cólera, de un pobre diablo famélico, que viese pasar por sus narices una magnífica comida que no fuese para él.

—Porque esto es evidentemente un retrato. Yo no me engaño. Esto se lleva tiernamente sobre el corazon. ¡Qué tontos son! ¡Algun abominable feosticon, que hará temblar probablemente! ¡Los jóvenes tienen hoy tan mal gusto!

—Veámosle, padre, dijo la vieja solterona.

La caja se abrió apretando un resorte, pero no encontraron en ella mas que un papel cuidadosamente doblado.

Digitized by Google

—*De la misma al mismo,* dijo el señor Gillenormand echándose á reir. Yo sé lo que es esto; ¡un billete amoroso!

—¡Ah! ¡Leámosle! dijo la tia.

Se puso los anteojos, desdoblaron el papel, y leyeron esto:

—«*Para mi hijo.*—El emperador me hizo baron en el campo de ba»talla de Waterlóo. La Restauracion me niega este título que he com»prado con mi sangre; mi hijo le tomará y le llevará. No hay que decir »que será digno de él.»

Lo que el padre y la hija esperimentaron entonces no puede decirse. Se quedaron helados como por el soplo de una calavera. No se dijeron ni una palabra. Solamente el señor Gillenormand, dijo en voz baja, y como hablándose á sí mismo:

—Es la letra de ese acuchillador.

La tia examinó el papel, le volvió en todos sentidos, y despues le volvió á poner en la cajita.

En aquel momento cayó al suelo del bolsillo de la levita un paquetito cuadrado, envuelto en papel azul. La señorita Gillenormand le recogió, y desdobló el papel azul; era el ciento de tarjetas de Mario. Cogió una y se la dió al señor Gillenormand, que leyó: *El baron Mario Pontmercy.*

El viejo llamó y acudió Nicolasita. El señor Gillenormand cogió el cordon, la caja y la levita, lo tiró al suelo en medio de la sala, y dijo:

—Llévate esos guiñapos.

Pasó una hora larga en el mas profundo silencio. El viejo y la solterona se habian sentado volviéndose la espalda, y pensaban cada uno por su parte probablemente lo mismo. Al cabo de esta hora, la tia Gillenormand dijo:

—¡Estamos lucidos!...

Algunos momentos despues apareció Mario. Volvia del baño. Antes de haber atravesado el umbral del salon, vió á su abuelo que tenia en la mano una de sus tarjetas. El abuelo al verle esclamó con su aire de superioridad plebeya y burlona, que tenia algo de fulminante:

—¡Vaya, vaya, vaya, vaya, vaya! Ahora eres baron. Te felicito. ¿Qué quiére decir esto?

Mario se ruborizó ligeramente, y respondió:

Digitized by Google

—Eso quiere decir que soy hijo de mi padre.

El señor Gillenormand dejó de reirse, y dijo con dureza:

—Tu padre soy yo.

—Mi padre, dijo Mario con los ojos bajos y gravemente, era un hombre modesto y heróico, que sirvió gloriosamente á la República y á la Francia; que fue grande en la historia mas grande que han hecho los hombres; que vivió un cuarto de siglo en el campo de batalla, por el dia bajo la metralla y las balas y de noche entre la nieve, en el lodo, bajo la lluvia; que tomó dos banderas; que recibió veinte heridas; que ha muerto en el olvido y en el abandono, y que no ha cometido en su vida mas que dos faltas, amar demasiado á dos ingratos: á su pais y á mí.

Esto era mas de lo que el señor Gillenormand podia oir. A esta palabra, *la República*, se habia levantado, ó por mejor decir, se habia enderezado repentinamente. Cada una de las palabras que Mario acababa de pronunciar habia hecho en el rostro del viejo realista el efecto del soplo de un fuelle de fragua sobre un tizon encendido. De oscuro habia pasado á rojo, de rojo á purpúreo, y de purpúreo al color de la llama.

—¡Mario! esclamó, ¡abominable criatura! ¡yo no sé lo que era tu padre! ¡No quiero saberlo! ¡No sé nada! ¡no lo sé! ¡Pero lo que sé es que entre esa gente no ha habido nunca mas que miserables; que todos ellos son unos perdidos, asesinos, gorros rojos, ladrones! ¡Digo que todos! ¡Repito que todos! ¡Yo no conozco á ninguno! ¡Repito que todos! ¡Lo oyes, Mario! Ya lo ves, eres tan baron como mi zapatilla.

¡Todos eran bandidos que han servido á Robespierre! ¡Todos foragidos que han servido á Bu-o-naparte! ¡Todos traidores, que han ¡vendido! ¡vendido! ¡vendido á su rey legítimo! ¡Todos cobardes, que han huido ante los prusianos y los ingleses en Waterlóo! Esto es lo que sé. Si vuestro padre es de ellos, lo ignoro, lo siento; tanto peor: soy vuestro servidor.

A su vez, Mario era el tizon y el señor Gillenormand el fuelle. Mario temblaba de pies á cabeza; no sabia qué hacer; le ardia la frente. Era el sacerdote que ve arrojar al viento todas sus hostias; el faquir que ve á un pasajero escupir á su ídolo. Era imposible que tales cosas se hubiesen dicho delante de él impunemente. ¿Pero qué habia de hacer?

Digitized by Google

Su padre acababa de ser pisoteado y humillado en su presencia; pero ¿por quién? Por su abuelo. ¿Cómo vengar al uno sin ultrajar al otro? Le era igualmente imposible insultar al abuelo y no vengar á su padre. De un lado, tenia una tumba sagrada; de otro, unos cabellos blancos. Permaneció algunos instantes aturdido y vacilante, con aquel torbellino dentro de la cabeza; despues, levantó los ojos, miró fijamente á su abuelo, y gritó con voz tonante:

—¡Abajo los Borbones! ¡abajo ese cerdo de Luis XVIII!

Luis XVIII habia muerto hacia cuatro años; pero á Mario esto no le importaba.

El anciano pasó del color escarlata á una blancura mayor que la de sus cabellos. Se volvió hácia un busto del señor duque de Berry que estaba encima de la chimenea, y le saludó respetuosamente con cierta magestad singular. Despues pasó dos veces lentamente y en silencio desde la chimenea á la ventana, y desde la ventana á la chimenea, atravesando toda la sala, y haciendo resonar el pavimento como si anduviese por él una figura de piedra. A la segunda vez, se inclinó ante su hija, que asistia á esta escena con el estupor de una oveja, y le dijo sonriéndose, con una sonrisa casi tranquila:

—Un baron como este caballero y un plebeyo como yo, no pueden vivir bajo un mismo techo.

Y despues enderezándose, pálido, tembloroso, temible, con la frente ensanchada por la terrible radiacion de la cólera, estendió el brazo hácia Mario, y le gritó:

—¡Véte!

Mario salió de la casa.

Al dia siguiente el señor Gillenormand dijo á su hija:

—Enviareis cada seis meses sesenta doblones á ese bebedor de sangre, y no me volvereis á hablar de él.

Y como tenia aun una inmensa cantidad de furor que no sabia en qué emplear, siguió llamando de vos á su hija, por espacio de mas de tres meses.

Mario, por su parte, habia salido indignado. Una circunstancia, que debemos decir, agravó aun su exasperacion, porque siempre hay alguna pequeña fatalidad que complica los dramas domésticos, y aumenta los motivos de queja, aunque no aumente los verdaderos agravios. Ni-

Digitized by Google

colasita, al llevar precipitadamente por órden del abuelo los «guiñapos» de Mario á su cuarto, habia dejado caer, sin saberlo, y probablemente en la escalera de la buhardilla, que era oscura, el medallon de tafilete negro que contenia el papel escrito por el coronel. Ni el papel, ni el medallon pudieron ser habidos; y Mario quedó convencido de que el señor «Gillenormand,» porque desde aquel dia llamó asi á su abuelo, habia echado al fuego «el testamento de su padre.» Sabia de memoria las pocas líneas escritas por el coronel, y por consiguiente nada habia perdido. Pero el papel, la letra, aquella reliquia sagrada, todo esto era su mismo corazon. ¿Qué habian hecho de ello?

Mario se habia ido sin decir ni saber á dónde, con treintá francos, su reloj, y algunas ropas en un saco de noche. Subió á un cabriolé de plaza, le tomó por horas, y se dirigió á la ventura al barrio latino.

¿Qué iba á ser de Mario?

Digitized by Google

LIBRO CUARTO.

LOS AMIGOS DEL A B C.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

UN GRUPO QUE HA ESTADO Á PUNTO DE SER HISTORICO.

En aquella época, indiferente en apariencia, corria vagamente cierto estremecimiento revolucionario. El soplo que salia de las profundidades de 1789 y 92 estaba en el aire. La juventud, permítasenos la palabra, estaba en la época de la muda. Se trasformaba, casi sin saberlo, por el mismo movimiento del tiempo. La aguja que anda en el cuadrante marcha tambien en las almas. Cada uno daba el paso hácia adelante que debia dar. Los realistas se hacian liberales; los liberales se hacian demócratas.

Era aquella como una marea creciente, complicada con mil reflujos; y como lo propio del reflujo es mezclarlo todo, resultaban de aquí combinaciones de ideas muy singulares: se adoraba á la vez á Napoleon y á la libertad. Ahora escribimos la historia; y aquellos eran los aspectos de aquel tiempo; porque las opiniones tienen sus fases. El realismo volteriano, variedad caprichosa, tuvo un contrapeso no menos estraño, el liberalismo bonapartista.

Otros grupos políticos eran mas serios. En ellos se sondeaba el principio; se buscaba un fundamento en el derecho; se apasionaban por lo absoluto; se vislumbraban las realizaciones infinitas; lo absoluto por

Digitized by Google

su misma rigidez impulsa el ánimo hácia el cielo, y le hace flotar en el espacio ilimitado. No hay nada mejor que el dogma para crear la meditacion; y nada es mas propio que la meditacion para engendrar el porvenir. La utopia hoy, es carne y hueso mañana.

Las opiniones avanzadas tenian doble fondo. Un principio de misterio amenazaba el «órden establecido» que era sospechoso y receloso; signo altamente revolucionario. La intencion secreta del poder se encuentra en la zapa con la intencion secreta del pueblo. La incubacion de las insurrecciones responde á la premeditacion de los golpes de Estado.

No habia entonces todavía en Francia esas vastas organizaciones ocultas, como el tugenbund aleman y el carbonarismo italiano; pero se iban ya ramificando algunos agujeros oscuros. La congourde se bosquejaba en Aix; y habia en París, entre otras asociaciones de este género, la sociedad de los amigos del A B C.

¿Y qué eran los amigos del A B C? Una sociedad que tenia por objeto, en apariencia, la educacion de los niños, y en realidad el mejoramiento de los hombres.

Declarábanse amigos del A B C. El A B C era el pueblo (1), y querian realzarle. Retruécano de que haríamos mal en reirnos; porque estos retruécanos son muchas veces cosa grave en política: díganlo el *Castratus ad castræ*, que hizo de Narsés un general de ejército; el *Barbari* y *Barberini*; el *Fueros* y *Juzgos;* el *tu es Petrus et super hanc Petram*, etc.

Los amigos del A B C eran pocos: componian una sociedad secreta en estado de embrion, casi podríamos decir, una pandilla, si las pandillas pudiesen producir héroes. Se reunian en París en dos puntos, cerca de los Mercados, en una taberna llamada de *Corinto*, de que trataremos despues, y cerca del Panteon, en un cafetucho de la plaza de San Miguel, llamado el *Café Musain*, que hoy ha desaparecido. El primero de estos sitios de reunion estaba cerca de los jornaleros, y el segundo cerca de los estudiantes.

Los conciliábulos habituales de los amigos del A B C se celebraban en una sala interior del café Musain. Esta sala, bastante apartada del

(1) Estas tres letras se leen en francés lo mismo que el adjetivo *Abaissé*, el oprimido, el abatido. Es un equívoco intraducible en castellano.

Digitized by Google

café, con el cual se comunicaba por un largo corredor, tenia dos ventanas y una puerta con escalera secreta, que daba á la callejuela de Grés. Allí se fumaba, se bebia, se jugaba y se reia. Se hablaba de todo á gritos, y de una cosa en voz baja. En la pared estaba clavado un antiguo mapa de Francia en tiempo de la República, indicio suficiente para escitar el olfato de un agente de policía.

La mayor parte de los amigos del A B C eran estudiantes, en cordial inteligencia con algunos obreros. Véanse algunos nombres de los principales, que pertenecen en algun modo á la historia: Enjolras, Combeferre, Juan Prouvaire, Feuilly, Courfeyrac, Bahorel, Lesgle ó Laigle, Joly, Grantaire.

Estos jóvenes formaban una especie de familia á fuerza de amistad. Todos, escepto Laigle, eran del Mediodía.

Este grupo era muy notable: ya se ha desvanecido en las profundidades invisibles que están detrás de nosotros. En el punto del drama á que hemos llegado, no será tal vez inútil hacer penetrar un rayo de claridad en aquella reunion de jóvenes antes de que el lector los vea sumergirse en la sombra de una aventura trágica.

Enjolras, á quien hemos nombrado el primero por la razon que se verá despues, era hijo único y rico; jóven simpático, capaz de ser terrible, y angélicamente hermoso; era Antinoo encolerizado. Hubiérase dicho, al ver el pensativo fulgor de su mirada, que habia ya atravesado en alguna existencia anterior el apocalipsis revolucionario, y conservaba su tradicion como un testigo: sabia todos los pormenores de la gran cosa. Era una naturaleza pontificia y guerrera, estraña en un adolescente: era celebrante y militante; bajo el punto de vista inmediato, soldado de la democracia; y por cima del movimiento contemporáneo, sacerdote de lo ideal. Tenia la pupila profunda, los párpados un poco enrojecidos, el labio inferior grueso, y dispuesto siempre á espresar el desden; la frente elevada. Mucha frente en una cara es lo mismo que mucho cielo en un horizonte. Como ciertos jóvenes de principios de este siglo y fines del pasado, que han adquirido celebridad muy pronto, tenia una juventud escesiva, fresca como la de una jóven, aunque con sus horas de palidez. Era ya hombre, y parecia un niño. Sus veintidos años parecian diez y siete; era grave y parecia ignorar que hubiese en la tierra un ser llamado mujer.

Digitized by Google

No tenia mas que una pasion, el derecho; ni mas que un pensamiento, destruir los obstáculos. En el monte Aventino hubiera sido Graco, y en la Convencion, Saint-Just. Apenas conocia las razas; desconocia la primavera; no oia cantar á los pájaros; la garganta desnuda de Evadne no le habria conmovido mas que á Aristogiton; para él, como para Armodio, las flores solo servian para ocultar la espada. Era severo en sus alegrías, y bajaba castamente los ojos ante todo lo que no era la República. Era el enamorado de marmóreo de la libertad. Su palabra tenia cierta áspera inspiracion, y la vibracion del himno. A veces desplegaba sus alas inesperadamente. ¡Desgraciado el amor si se hubiese atrevido á pasar á su lado! Si alguna modistilla de la plaza de Cambray ó de la calle de San Juan de Beauvais, al ver aquella fisonomía que parecia escapada del colegio, aquella figura de paje, aquellas largas cejas rubias, aquellos ojos azules, aquella cabellera movida tumultuosamente por el viento, aquellas mejillas sonrosadas, aquellos labios vírgenes, aquellos dientes perfectos, hubiera sentido algun apetito de aquella aurora, y hubiera tratado de ensayar el efecto de su belleza en Enjolras; una mirada sorprendente y temible le habria mostrado bruscamente el abismo, y le habria enseñado á no confundir el querubin enamoradizo de Beaumarchais con el formidable querubin de Ezequiel.

Al lado de Enjolras, que representaba la lógica de la revolucion, Combeferre representaba su filosofía. Entre la lógica y la filosofía de la revolucion hay esta diferencia: que la lógica puede ir á parar á la guerra, mientras que la filosofía no puede menos de tener por última consecuencia la paz. Combeferre completaba y rectificaba á Enjolras. Era mas bajo y mas grueso. Queria que se imbuyesen en los ánimos los principios estensos de ideas generales; revolucion, decia, pero tambien civilizacion: y en derredor de la montaña á pico, abria el vasto horizonte azul. De aquí provenia, que en todas las teorías de Combeferre habia algo de accesible y practicable. La revolucion era mas respirable con él que con Enjolras, porque Enjolras espresaba el derecho divino, y Combeferre el derecho natural. El primero se eslabonaba con Robespierre, el segundo confinaba con Condorcet. Combeferre vivia mas que Enjolras la vida de todo el mundo. Si hubiera sido dado á estos dos jóvenes llegar á la historia, el uno habria sido el justo, el otro el sabio. Enjolras era mas viril, Combeferre mas humano. *Homo* y *Vir*; estas palabras los califican exac-

Digitized by Google

tamente. Combeferre era tan afable como severo Enjolras, por su inocencia natural. Le gustaba la palabra ciudadano, pero preferia la palabra hombre; y de buena gana habria dicho *Hombre* como los españoles, en vez de *Homme* como los franceses. Todo lo leia, iba á los teatros, seguia los cursos públicos, aprendia de Arago la polarizacion de la luz, se apasionaba por una leccion en que Geoffroy-Saint-Hilaire habia esplicado la doble funcion de la arteria carótida esterna, y de la arteria carótida interna; la una que constituye el rostro, y la otra que constituye el cerebro; estaba al corriente, seguia á la ciencia paso á paso; confrontaba á Saint-Simon con Fourier, descifraba los geroglíficos, rompia los guijarros que encontraba, y hablaba de geología; pintaba de memoria una mariposa bombix; señalaba las faltas del diccionario de la Academia francesa; estudiaba á Puysegur y Deleuze; no afirmaba nada, ni aun los milagros; no negaba nada, ni aun las apariciones; hojeaba la coleccion del *Monitor;* meditaba. Decia: el porvenir está en manos del maestro de escuela, y le ocupaban mucho las cuestiones de educacion. Queria que la sociedad trabajase sin descanso en la elevacion del nivel intelectual y moral, en la monetizacion de la ciencia, en la circulacion de las ideas, en el crecimiento intelectual de la juventud; y temia que la pobreza de los métodos actuales, la miseria del punto de vista literario, limitado á dos ó tres siglos llamados clásicos, el dogmatismo tiránico de los pedantes oficiales, las preocupaciones escolásticas y la rutina, concluyesen por hacer de nuestros colegios bancos de ostras artificiales. Era sabio, purista, preciso, politécnico, trabajador, y al mismo tiempo pensativo «hasta la quimera,» como decian sus amigos. Creia en todos los sueños, en los caminos de hierro, y en la anestesia quirúrgica, en la persistencia de la imágen en la cámara oscura, en el telégrafo eléctrico y en la direccion de los globos. Por lo demás, se asustaba poco de las ciudadelas que se edificaban en todas partes contra el género humano, por la supersticion, el despotismo y la preocupacion. Era de esos que creen que la ciencia acabará por apoderarse de ellas por sorpresa. Enjolras era un jefe, Combeferre un guia. Habríase deseado pelear con uno, y marchar con el otro. Y no porque Combeferre no fuese capaz de pelear, ni se negase á luchar cuerpo á cuerpo con el obstáculo, y á atacarle á viva fuerza y por esplosion, sino porque preferia poner poco á poco, por medio de la enseñanza de axiomas y de la promulgacion de

Digitized by Google

las leyes positivas, al género humano, de acuerdo con sus destinos; y entre dos claridades, se inclinaba mas á la iluminacion que al incendio. Cierto es que un incendio puede producir una aurora, pero ¿por qué no ha de esperarse la salida del sol? Un volcan alumbra, pero alumbra mejor el alba. Combeferre preferia tal vez la blancura de lo bello al resplandor de lo sublime. Una claridad turbada por el humo, un progreso comprado con la violencia, solo satisfacian á medias á aquel espíritu tierno y grave. El acto de precipitarse verticalmente un pueblo en la verdad, un 93, le asustaba; sin embargo, la estancacion le repugnaba mas, porque veia en ella la putrefaccion y la muerte; y en último caso, preferia la espuma al miasma, el torrente á la cloaca, la catarata del Niágara al lago de Montfaucon. En suma, no queria, ni pararse, ni correr. Mientras que sus tumultuosos amigos, prendados caballerescamente de lo absoluto, adoraban é invocaban las espléndidas aventuras revolucionarias, Combeferre se inclinaba á dejar obrar al progreso, al buen progreso, frio tal vez, pero puro; metódico, pero irreprensible; flemático, pero imperturbable. Combeferre se habria arrodillado, habria suplicado con las manos juntas para que llegase el porvenir con todo su candor, y para que nada turbase la inmensa evolucion virtuosa de los pueblos. *Es necesario que el bien sea inocente*, repetia sin cesar. Y en efecto: si la grandeza de la revolucion consiste en mirar fijamente el deslumbrador ideal, y volar hácia él al través de los rayos, llevando en las manos sangre y fuego, la belleza del progreso consiste en no tener mancha alguna. Entre Washington, que representa el uno, y Danton, que es la encarnacion de la otra, hay la misma diferencia que entre el ángel de alas de cisne, y el ángel de alas de águila.

Juan Prouvaire era un tipo mas templado aun que Combeferre. Se llamaba Johan por un capricho pasajero que se mezclaba con el poderoso y profundo movimiento de donde ha salido el estudio tan necesario de la edad media. Juan Prouvaire era enamorado, cultivaba un tiesto, tocaba la flauta, hacia versos, amaba al pueblo, se compadecia de la mujer, lloraba por los niños, confundia en la misma esperanza el porvenir y Dios, y censuraba á la revolucion por haber cortado una cabeza real, la de Andrés Chenier. Tenia la voz habitualmente delicada, pero en ocasiones viril. Era literato hasta la erudicion, y casi orientalista. Era bueno sobre todo, y preferia en poesía lo inmenso, preferencia que fácil-

Digitized by Google

mente comprende todo el que sabe que la bondad confina con la grandeza. Sabia el italiano, el latin, el griego y el hebreo, lo cual le servia para no leer mas que cuatro poetas: Dante, Juvenal, Esquilo é Isaías. En francés daba la preferencia á Corneille sobre Racine, y á Agripa de Aubigné sobre Corneille. Le gustaba vagar por los campos cubiertos de avena silvestre y de campanillas, y le ocupaban tanto las nubes como los acontecimientos. Su espíritu solia tomar dos actitudes: una mirando al hombre, otra mirando á Dios; estudiaba ó contemplaba. Por el dia profundizaba las cuestiones sociales: el salario, el capital, el crédito, el matrimonio, la religion, la libertad de pensar, la libertad de amar, la educacion, la penalidad, la miseria, la asociacion, la propiedad, la produccion y la reparticion, el enigma de aquí abajo que cubre de sombra el hormigueo humano; por la noche, contemplaba los astros, esos seres enormes. Como Enjolras era rico, é hijo único. Hablaba despacio, inclinaba la cabeza, bajaba los ojos, se sonreia con embarazo, se cuidaba poco, tenia mala facha, se ruborizaba por nada y era muy tímido. Por lo demás, era intrépido.

Feuilly era un abaniquero, huérfano de padre y madre, que ganaba penosamente tres francos al dia, y que no tenia mas que un pensamiento: libertar al mundo. Tenia otra idea fija: instruirse; lo que llamaba tambien libertarse. Habia aprendido por sí solo á leer y escribir: todo lo que sabia lo habia aprendido asi. Tenia corazon generoso, y queria abrazar lo inmenso. Aquel huérfano habia hecho hijos adoptivos suyos á los pueblos. Habiéndole faltado su madre, habia pensado en la patria, y no queria que hubiese en la tierra un hombre sin patria. Alimentaba en sí mismo, con la adivinacion profunda del hombre del pueblo, lo que llamamos hoy *la idea de las nacionalidades*. Habia estudiado la historia solo para indignarse con conocimiento de causa. En aquel entusiasta cenáculo de utopistas, que trataba principalmente de Francia, él representaba el esterior; su manía eran la Grecia, la Polonia, la Hungría, la Rumanía y la Italia. Pronunciaba estos nombres continuamente, á propósito y fuera de propósito, con la tenacidad del derecho. La Turquía sobre la Grecia y la Tesalia, la Rusia sobre Varsovia, el Austria sobre Venecia; todas estas violaciones le exasperaban; pero entre todas, la gran violencia de 1772 le sublevaba. No hay elocuencia mas soberana que la verdad de la indignacion; y él era elocuente con esta elocuencia.

Digitized by Google

No se agotaba nunca su tema al tratar de la fecha infame de 1772, y del noble y valiente pueblo suprimido por la traicion; de aquel crímen de tres criminales, de aquella monstruosa asechanza, prototipo y patron de todas las horribles supresiones de Estados, que despues han venido á caer sobre nobles naciones, y que han raspado, por decirlo asi, su partida de bautismo. Todos los atentados sociales contemporáneos se derivan de la reparticion de Polonia. La reparticion de Polonia es un teorema, cuyos corolarios son los actuales crímenes políticos. No hay un déspota, ni un traidor, desde hace un siglo, que no haya visado, aprobado, firmado y rubricado, *ne varietur*, la reparticion de Polonia.

Cuando se examina el legajo de las traiciones modernas, esta se presenta la primera. El Congreso de Viena consultó este crímen antes de cometer el suyo: 1772 es el grito del cazador; 1815 es la comida que se da á los perros. Tal era el tema habitual de Feuilly. Este pobre obrero se habia hecho el tutor de la justicia, y ella le recompensaba haciéndole grande; porque hay efectivamente algo de eternidad en el derecho. Varsovia no puede ser tártara, asi como Venecia no puede ser tudesca: los reyes perderán el tiempo y el honor en esta empresa: tarde ó temprano, la patria sumergida reaparece y flota en la superficie. La Grecia vuelve á ser Grecia, y la Italia, Italia.

La protesta del derecho contra el hecho persiste siempre; el robo de un pueblo no prescribe; porque estas grandes estafas no tienen porvenir, y no se borra la marca de una nacion como la de un pañuelo.

Courfeyrac tenia un padre que se llamaba el señor de Courfeyrac, porque una de las falsas ideas de la clase media de la Restauracion en materia de aristocracia y de nobleza, era creer en la partícula *de*, y sabido es que esta partícula no tiene significacion alguna. Pero la clase media del tiempo de *la Minerva* estimaba tanto este pobre *de*, que se creia obligado á abdicarle. El señor de Chauvelin se hacia llamar señor Chauvelin; el señor de Caumartin, señor Caumartin; el señor Constant de Rebecque, Benjamin Constant; el señor de Lafayette, señor Lafayette; Courfeyrac no quiso quedarse atrás, y se llamaba Courfeyrac á secas.

Podríamos detenernos aquí en lo que se refiere á Courfeyrac y nos limitamos á decir: Courfeyrac: véase Tolomyes.

Digitized by Google

Courfeyrac tenia, en efecto, esa verbosidad de jóven, que podria llamarse la belleza del diablo del espíritu. Esta gracia se pierde despues como la gracia del gatito, y concluye cuando tiene dos pies en el ciudadano, y cuando tiene cuatro en el gato.

Las generaciones que pasan por la escuela y las promociones de la juventud, se trasmiten este género de númen, que se pasan de mano en mano, *quasi cursores*, casi siempre el mismo; de modo que como acabamos de indicar, cualquiera que hubiera oido á Courfeyrac en 1828, habria creido oir á Tolomyes en 1817. Pero Courfeyrac era un buen muchacho. Bajo estas aparentes semejanzas esteriores, la diferencia entre Tolomyes y él era muy grande. El hombre latente que existia en ellos era en el primero distinto del segundo. Tolomyes era un procurador; Courfeyrac un paladin.

Enjolras era el jefe, Combeferre el guia, Courfeyrac el centro. Los otros daban mas luz, él daba mas calor; tenia todas las cualidades de un centro, la redondez y la irradiacion.

Bahorel habia figurado en el tumulto sangriento de junio de 1822, con ocasion del entierro del jóven Lallemand.

Bahorel era un muchacho de buen humor y de mala compañía, bravo, gastador, pródigo hasta llegar á la generosidad, hablador hasta llegar á la elocuencia, atrevido hasta llegar al descaro; la mejor pasta de diablo que es posible encontrar; tenia chalecos temerarios, y opiniones de color de escarlata; era camorrista, es decir, nada le gustaba tanto como una riña, si no era un motin; y nada mas que un motin, si no una revolucion; estaba siempre dispuesto á romper una vidriera, despues á desempedrar una calle y despues á derribar un gobierno, para ver el efecto. Era estudiante de *undécimo* año de leyes. Huia el estudio del derecho; pero le practicaba: tenia por divisa: *abogado nunca*, y por armas una mesa de noche, en la cual se veia un bonete cuadrado. Siempre que pasaba por delante de la escuela de derecho, lo que sucedia pocas veces, se abotonaba la levita; porque aun no se habia inventado el gaban; y tomaba precauciones higiénicas. Cuando hablaba del portal de la escuela, decia: ¡qué hermoso viejo! y del decano señor Delvincourt: ¡qué monumento! Veia en los cursos un motivo de canciones, y en los profesores tipos de caricaturas. Gastaba en no hacer nada una gruesa renta, como de tres mil francos. Sus padres eran

Digitized by Google

unos campesinos, á quienes habia sabido inculcar el respeto á su hijo.

Y decia de ellos: son campesinos y no de la clase media; por eso no carecen de inteligencia.

Era hombre caprichoso, y vivia esparcido en varios cafés: los demás tenian sus hábitos; él no tenia ninguno. Andaba ocioso, y aquí debemos advertir que el andar errante es propio de todos los hombres, pero el andar ocioso es propio de los parisienses. En el fondo, era un talento penetrante, y mas pensador de lo que parecia.

Servia de lazo entre los amigos del A B C y otros grupos aun informes, pero que debian concluir de delinearse mas adelante.

Habia además en aquel cónclave de jóvenes una cabeza calva.

El marqués de Avaray, á quien Luis XVIII hizo duque por haberle ayudado á subir á un coche de plaza el dia en que emigró, contaba que en 1814, á su vuelta á Francia, cuando el rey desembarcó en Calais, le presentó un hombre un memorial.

—¿Qué pedís? dijo el rey.

—Señor, una administracion de Correos.

—¿Cómo os llamais?

—L'Aigle (el Aguila).

El rey frunció el entrecejo, miró la firma del memorial, y vió el nombre escrito asi: LESGLE. Esta ortografía poco bonapartista tranquilizó al rey, y le hizo sonreir.—Señor, continuó el hombre del memorial, tengo entre mis antepasados un perrero, á quien llamaban Lesgueules (Bocaza). Este mote me ha dado mi nombre. Me llamo Lesgueules, por contraccion Lesgle, y por corrupcion L'Aigle.—Esto hizo que el rey acabara de sonreirse; y por fin, le dió la administracion de Correos de Meaux, no sabemos si inocente ó intencionadamente.

El miembro calvo del grupo era hijo de este Lesgle ó Legle, y se firmaba Legle (de Meaux) (1). Sus camaradas, para abreviar, le llamaban Bossuet.

Bossuet era un muchacho alegre y desgraciado. Su especialidad consistia en que todo le salia mal; pero él se reia de todo. A los veinti-

(1) *Legle de Meaux* se pronuncia lo mismo que *l'aigle de Meaux*, el águila de Meaux, nombre con que se conoce á Bossuet.

Digitized by Google

cinco años era ya calvo. Su padre habia conseguido comprar una casa y un campo; pero él por nada habia tenido tanta prisa como por perder en una falsa especulacion el campo y la casa; y no le habia quedado nada. Tenia ciencia y talento, pero todo le salia al revés; en todo perdia; en todo se veia engañado; lo que construia se venia abajo aplastándole. Si partia leña se cortaba un dedo; si tenia una querida, descubria en seguida que ella tenia tambien un amigo. A cada momento le sucedia una desgracia: de aquí provenia su jovialidad. Solia decir: *vivo en la casa del tejado cuyas tejas se caen.* Se admiraba muy poco, porque para él el accidente era lo previsto; recibia con serenidad la mala suerte, y se sonreia de los reveses del destino como quien oye una broma.

Era pobre, pero tenia un bolsillo inagotable de buen humor. Llegaba con facilidad á su último ochavo, pero nunca á su última risa. Cuando entraba la adversidad en su casa, la saludaba cordialmente como á un amigo antiguo, y daba cariñosas palmadas en el vientre á la catástrofe; tenia franqueza con la fatalidad hasta el punto de llamarla por su nombre familiar:—Buenos dias, Mala Suerte, le decia.

Estos reveses de fortuna le habian dado cierto genio inventivo, abundante en recursos. No tenia dinero, pero encontraba medio de hacer, cuando le parecia bien, «gastos desenfrenados.» Una noche se comió «cien francos» en una cena con una muchachuela, que le inspiró en medio de la orgía esta frase memorable: *Fille de cinq louis, tire moi mes bottes* (1).

Bossuet se encaminaba lentamente hácia la profesion de abogado; estudiaba las leyes lo mismo que Bahorel. Bossuet tenia poca casa, y á veces ninguna. Vivia, ya en casa de uno, ya en casa de otro; y con mas frecuencia con Joly, que estudiaba medicina, y tenia dos años menos que Bossuet.

Joly era el enfermo imaginario jóven. Lo único que habia conseguido al estudiar medicina era hacerse mas enfermo que médico. A los veintitres años se creia valetudinario, y pasaba la vida mirándose la lengua al espejo. Afirmaba que el hombre se imanta como una

(1) Estas palabras tienen tres traducciones distintas: Hija de cinco luises de oro, tírame de las botas: Hija de cinco Luises, tírame de las botas: Hija de San Luis, tírame de las botas.

Digitized by Google

aguja; ponia la cama en su alcoba con la cabecera al Mediodía, y los pies al Norte, para que durante la noche no contrariase la circulacion de la sangre la gran corriente magnética del globo; y cuando habia tempestad, se tomaba el pulso. Por lo demás, era el mas alegre de todos. Estas contradicciones, la juventud y la manía, la aprension y el buen humor se avenian perfectamente, y formaban un ser escéntrico y divertido, á quien sus camaradas, pródigos de consonantes aladas, llamaban Jolllly.—Puedes volar con cuatro L, le decia Juan Prouvaire (1).

Joly tenia la costumbre de tocarse las narices con el puño del baston, lo que indica un espíritu sagaz.

Todos estos jóvenes tan diferentes, y de los cuales no puede hablarse, en suma, sino sériamente, tenian una misma religion: el progreso.

Todos eran los hilos directos de la revolucion francesa. Los mas frívolos llegaban á ser solemnes cuando se pronunciaba esta fecha: 1789. Sus padres, segun la carne, eran, ó habian sido fuldenses, realistas, doctrinarios: poco importaba esta mezcla anterior á ellos, que eran jóvenes; no les concernia en nada: por sus venas corria en toda su pureza la sangre de los principios; y se consagraban sin intermedio alguno al derecho incorruptible, y al deber absoluto.

Afiliados é iniciados, bosquejaban subterráneamente el ideal.

En medio de todos estos corazones apasionados, y de todos estos ánimos llenos de conviccion, habia un escéptico. ¿Cómo se encontraba allí? Por una justaposicion. Este escéptico se llamaba Grantaire, y se firmaba habitualmente con este geroglífico: R.—Era un hombre que se guardaba bien de creer en nada; uno de los estudiantes que mas habian aprendido en sus cursos de París: sabia que el mejor café era el del café Lemblin, y el mejor billar el del café Voltaire; que habia buenas galletas y buenas chicas en el Ermitage del boulevard del Maine, pollos con salsa picante en casa de la tia Saguet; esquisitos pescados á la marinera en la barrera de la Cunette, y cierto vinillo blanco en la del Combate. Sabia los buenos sitios para todo; manejaba la chancla y el zapato; bailaba algo, y sabia usar el palo; era además gran bebedor, é incon-

(1) *Aile*, ala, se lee en francés lo mismo que *ele*.

Digitized by Google

mensurablemente feo. La pespunteadora de botines mas bonita de aquel tiempo, Irma Boissy, indignada de su fealdad, habia dicho esta sentencia: *Grantaire es imposible*; pero la fatuidad de Grantaire no se desconcertaba. Miraba tierna y fijamente á todas las mujeres, como diciéndoles: ¡*si yo quisiera*! y trataba de hacer creer á sus compañeros que se veia generalmente solicitado.

Todas estas palabras: derechos del pueblo, derechos del hombre, contrato social, revolucion francesa, república, democracia, humanidad, civilizacion, religion, progreso, carecian para Grantaire casi completamente de significacion. Se reia de ellas. El escepticismo, esa caries de la inteligencia, no le habia dejado ni una idea entera en la cabeza. Vivia con ironía, y su axioma era este: No hay mas que una certidumbre: mi vaso lleno. Se burlaba de todos los sacrificios en todos los partidos, lo mismo del hermano que del padre; lo mismo de Robespierre jóven, que de Loizerolles:—Bastante han avanzado con estar muertos, esclamaba. Decia del Crucifijo: Este es un suplicio que ha triunfado. Correton, jugador, libertino, embriagado con frecuencia, disgustaba á aquellos jóvenes esperanzados, cantando sin cesar: *Me gustan las muchachas, me gusta el buen vino,* con el tono de: ¡Viva Enrique IV!

Este escéptico, tenia no obstante un fanatismo; fanatismo que no era ni una idea, ni un dogma, ni un arte, ni una ciencia; era un hombre: Enjolras. Grantaire admiraba, amaba y veneraba á Enjolras. ¿A quién se unia aquel incrédulo anarquista en aquella falange de espíritus absolutos? Al mas absoluto. ¿Cómo le subyugaba Enjolras? ¿Por las ideas? No; por el carácter. Fenómeno observado muchas veces. Un escéptico que se une á un creyente, es una cosa tan sencilla, como la ley de los colores complementarios; siempre nos atrae lo que nos falta; nadie ama la luz como el ciego; los enanos adoran al tambor mayor; el sapo tiene siempre los ojos en el cielo; ¿para qué? para ver volar á los pájaros. Grantaire, en el cual se arrastraba la duda, se complacia en ver cernirse la fe en Enjolras. Tenia necesidad de Enjolras. Sin esplicárselo, y aun sin tratar de hacerlo, aquella naturaleza casta, sana, firme, recta, dura, cándida, le atraia. Admiraba instintivamente á su contrario. Sus ideas flexibles, dislocadas, enfermas, deformes, se unian á Enjolras como á una espina dorsal. Su raquitismo moral se apoyaba en aquella firmeza. Grantaire, al lado de Enjolras era alguien. Además es-

Digitized by Google

taba compuesto de dos elementos en apariencia incompatibles. Era irónico y cordial; su indiferencia era amorosa: su mente podia pasarse sin creencias, pero su corazon no podia prescindir de la amistad. Contradiccion profunda; porque un afecto es una conviccion; pero su naturaleza era asi; porque hay hombres que parece que han nacido para ser el verso, el anverso y el reverso; que son al mismo tiempo Polux y Patroclo, Niso y Eudamidas, Efestion y Pechmeya. Solo viven á condicion de estar unidos á otro; su nombre es una continuacion, y solo se escribe precedido de la conjuncion *y*; su existencia no les pertenece; es el otro lado de un destino que no es el suyo. Grantaire era uno de estos hombres; era el reverso de Enjolras.

Casi podria decirse que las afinidades principian con lás letras del alfabeto. En el abecedario la O y la P son inseparables. Podeis á vuestro gusto, pronunciar O y P, ó sea Orestes y Pílades.

Grantaire, verdadero satélite de Enjolras, frecuentaba este círculo de jóvenes; solo allí vivia: solo allí gozaba, y los seguia á todas partes. Todo su placer era ver ir y venir aquellos perfiles en los vapores del vino. Se le toleraba por su buen humor,

Enjolras, creyente y sobrio, despreciaba á este escéptico y á este borracho; solo le concedia un poco de lástima altanera. Grantaire era un Pílades no aceptado. Tratado con dureza por Enjolras, rechazado y alejado bruscamente, volvia sin cesar á él, y decia de Enjolras:—¡Qué hermoso mármol!

Digitized by Google

II.

ORACION FUNEBRE DE BLONDEAU, POR BOSSUET.

Una tarde, que tenia, como va á verse, alguna coincidencia con los sucesos que hemos contado mas arriba, Laigle de Meaux estaba sensualmente recostado en las jambas de la puerta del café Musain. Tenia el aspecto de una cariátide en vacaciones. No llevaba consigo mas que sus ensueños, y estaba mirando á la plaza de San Miguel. Estar recostado, es una manera de estar echado de pie, que no es impropia de los soñadores. Laigle de Meaux pensaba sin melancolía en un percance que le habia sucedido el dia anterior en la escuela de Derecho, y que modificaba sus proyectos personales para el porvenir; proyectos, por otra parte, bastante vagos.

La meditacion no se opone á que pase un cabriolé, ni á que el que medita se fije en él. Laigle de Meaux, cuya vista erraba en una especie de difusa vagancia, vió, al través de su somnambulismo, un vehículo de dos ruedas que pasaba por la plaza al paso y como indeciso. ¿Qué iba á hacer este cabriolé? ¿Por qué iba al paso? Laigle le observó. Iba dentro, al lado del cochero, un jóven, y delante del jóven, un grueso saco de noche. El saco mostraba á los transeuntes este nombre escrito en gruesas letras negras en un papel cosido á la tela: Mario Pontmercy.

Digitized by Google

Este nombre hizo cambiar de posicion á Laigle. Se enderezó, y gritó al jóven del cabriolé:

—¡Señor Mario Pontmercy!

El cabriolé interpelado se detuvo.

El jóven, que tambien parecia ir meditando, levantó los ojos.

—¡Eh! dijo.

—¿Sois el señor Mario Pontmercy?

—Efectivamente.

—Os buscaba, volvió á decir Laigle de Meaux.

—¿Pues cómo? preguntó Mario, porque era él, que salia de casa de su abuelo, y tenia delante de sí un rostro que no habia visto nunca. No os conozco.

—Ni yo tampoco á vos, dijo Laigle.

Mario creyó haberse encontrado con un burlon, y tener que aceptar una broma en medio de la calle. No estaba del mejor humor en aquel momento, y frunció el entrecejo; pero Laigle de Meaux imperturbable prosiguió:

—¿No fuísteis anteayer á la cátedra?

—Es posible.

—Es cierto.

—¿Sois estudiante? preguntó Mario.

—Sí señor, como vos. Anteayer entré en clase por casualidad; ya comprendereis que alguna vez le dan á uno estas ideas. El profesor iba á pasar lista, y no ignorais cuán ridículos son todos los profesores en este momento. A las tres faltas os borran de la matrícula: sesenta francos perdidos.

Mario empezó á escuchar. Laigle continuó:

—El que pasaba lista era Blondeau. Ya le conoceis; tiene una nariz muy puntiaguda y muy maliciosa que olfatea con delirio á los que faltan á clase. Principió socarronamente por la letra P. Yo no escuchaba porque no estaba comprometido en esa letra. La lista no iba mal, no habia ni una radiacion, porque todo el universo estaba presente. Blondeau estaba triste, y yo me decia: Blondeau, amor mio, hoy no harás ninguna ejecucion. Pero de repente llama á *Mario Pontmercy*. Nadie responde. Blondeau, lleno de esperanza, repite mas fuerte: *Mario Pontmercy*, y coge la pluma. Caballero, yo tengo corazon, y me dije rápi-

Digitized by Google

damente: Ese es un buen muchacho, á quien van á borrar de la lista. Atencion. Este es un verdadero vividor que no es exacto; no es un buen discípulo; no es un gastador de bancos, un estudiante que estudia, un barbilampiño pedante, profundo en ciencias, letras, teología y sapiencia; uno de esos talentos rudos prendidos con cuatro alfileres, uno por cada facultad. Es un honrado perezoso que anda vagando, que practica las novilladas, que cultiva las modistas, que hace el amor á las bellas, y que quizá en este momento esté en casa de mi querida. Salvémosle. ¡Muera Blondeau! En aquel instante, Blondeau mojaba en el tintero su negra pluma de borrar, paseó su fiera pupila por el auditorio, y repitió por tercera vez: *¡Mario Pontmercy!* Yo respondí: *¡Presente!* Y esto hizo que no os borraran...

—¡Caballero!... dijo Mario.

—Y que el borrado haya sido yo, añadió Laigle de Meaux.

—No os comprendo, dijo Mario.

Laigle continuó:

—Nada mas sencillo. Yo estaba cerca de la cátedra para responder, y cerca de la puerta para marcharme. El profesor me miraba con cierta fijeza. De repente Blondeau, que debe ser la nariz maligna de que habla Boileau, salta á la letra L. La L es mi letra, porque soy de Meaux, y me llamo Lesgle.

—¡L'Aigle! interrumpió Mario, ¡qué hermoso nombre!

—Caballero, Blondeau llegó á este hermoso nombre, y gritó *¡Laigle!* Yo respondí: *¡Presente!* Entonces Blondeau me miró con la dulzura del tigre, se sonrió, y me dijo: si sois Pontmercy, no sois Laigle (el águila): frase que parece poco cortés para vos, pero que era muy lúgubre para mí. Dicho esto me borró.

Mario esclamó:

—Caballero, cuánto siento...

—Ante todo, dijo Laigle, quiero embalsamar á Blondeau con algunas frases de sentido elogio. Le supongo muerto; para lo cual no habria que cambiar mucho en su delgadez, en su palidez, en su heladez, en su rigidez y en su fetidez. Y digo: *Erudimini qui judicatis terram.* Aquí yace Blondeau, el Blondeau-Nariz, el Blondeau-Nasica, el buey de la disciplina, *bos disciplinæ*, el moloso de la consigna, el ángel de la lista, que fue recto, cuadrado,

Digitized by Google

exacto, rígido, honrado y repugnante. Dios le borró como él á mí.

—Siento tanto... replicó Mario.

—Jóven, le dijo Laigle de Meaux, sírvaos esto de leccion: sed mas puntual en adelante.

—Os pido mil perdones.

—No os espongais á que borren á vuestro prójimo.

—Estoy desesperado.

Laigle soltó un carcajada.

—Y yo muy alegre. Estaba ya á punto de ser abogado, y esta raya me salva. Renuncio á los triunfos del foro. No defenderé á la viuda, ni atacaré al huérfano. Nada de toga, nada de estrados. Mi radiacion está obtenida; y á vos os lo debo, señor Pontmercy. Debo haceros solemnemente una visita de agradecimiento. ¿Dónde vivís?

—En este cabriolé, dijo Mario.

—Señal de opulencia, respondió Laigle con tranquilidad. Os felicito. Teneis una habitacion de nueve mil francos por año.

En este momento salió Courfeyrac del café.

Mario se sonrió tristemente.

—Estoy en esta casa desde hace dos horas, y deseo salir de ella; pero esta es una historia, y no sé á dónde ir.

—Caballero, dijo Courfeyrac, venid á mi casa.

—Tengo la prioridad, observó Laigle, pero no tengo casa.

—Cállate, Bossuet, repuso Courfeyrac.

—¡Bossuet! dijo Mario, creia que os llamábais Laigle (el águila).

—De Meaux, respondió Laigle, y por metáfora, Bossuet.

—Courfeyrac subió al cabriolé.

—Cochero, dijo, hostería de la Puerta de Santiago.

Y la misma tarde, Mario se instaló en un cuarto de la hostería de la Puerta de Santiago al lado de Courfeyrac.

Digitized by Google

III.

ADMIRACION DE MARIO.

En pocos dias se hizo Mario amigo de Courfeyrac: la juventud es la estacion de las soldaduras prontas, y de las cicatrizaciones rápidas. Mario, al lado de Courfeyrac, respiraba libremente, cosa que era bastante nueva para él. Courfeyrac no le habia hecho ninguna pregunta, ni habia pensado siquiera en esto. A cierta edad, las fisonomías lo dicen todo en seguida, y la palabra es inútil. Hay jóvenes de quienes podria decirse que tienen una fisonomía parlante. Se miran y se conocen.

Sin embargo, una mañana Courfeyrac le hizo bruscamente esta interrogacion:

—A propósito, ¿teneis opinion política?

—¡Vaya! dijo Mario, casi ofendido de la pregunta.

—¿Qué sois?

—Demócrata bonapartista.

—Matiz gris de raton confiado, dijo Courfeyrac.

Al dia siguiente, Courfeyrac llevó á Mario al café Musain, y le dijo al oido sonriéndose: Es preciso que os dé entrada en la revolucion. Le condujo á la sala de los amigos del A B C, y le presentó á los demás

Digitized by Google

compañeros, diciendo solo esta palabra, que Mario no comprendió: Un discípulo.

Mario habia caido en un avispero de talentos, pero aunque silencioso y grave, no era el menos alado, ni el menos armado.

Mario, hasta entonces solitario y aficionado al monólogo y al aparte, por costumbre y por gusto, se quedó como asustado ante aquella bandada de pájaros. Todas aquellas variadas iniciativas le solicitaban y le atraian en diversos sentidos á la vez. El va-y-ven tumultuoso de todos aquellos ingenios libres y laboriosos conmovia sus ideas en revuelto torbellino, y alguna vez en su turbacion se iban tan lejos de él, que le costaba trabajo recogerlas. Oia hablar de filosofía, de literatura, de arte, de historia y de religion, de una manera inaudita. Vislumbraba aspectos estraños, y como no los ponia en perspectiva, no estaba seguro de no ver el caos. Al abandonar las opiniones de su abuelo por las de su padre, habia creido haber adquirido ideas fijas; pero ahora sospechaba con inquietud, y sin atreverse á afirmarlo, que no las tenia. El prisma por el cual lo veia todo empezaba de nuevo á moverse. Cierta oscilacion conmovia todos los horizontes de su cerebro, produciendo en él una estraña confusion casi dolorosa.

Parecia que para aquellos jóvenes no habia «cosas sagradas.» Mario oia, sobre todo, un idioma nuevo y singular que dañaba su alma, aun muy tímida.

Veíase un cartel de teatro, adornado con un título de tragedia del antiguo repertorio, llamado clásico, y gritaba Bahorel:—¡Abajo la tragedia preferida por los tenderos! Y Mario oia que Combeferre contestaba:

—Haces mal, Bahorel; los tenderos prefieren la tragedia, y debemos en este punto dejarlos tranquilos. La tragedia con peluca tiene su razon de ser, y yo no soy de esos que á nombre de Esquilo, le disputan el derecho de existir. En la naturaleza hay bosquejos; en la creacion hay parodias hechas. Un pico que no es pico, alas que no son alas, aletas que no son aletas, patas que no son patas, y un grito doloroso que mueve á risa: tal es el pato. Pero supuesto que la volatería existe al lado del ave, no veo razon para que la tragedia clásica no viva frente á frente de la tragedia antigua.

O bien la casualidad hacia que Mario pasase por la calle de Juan

Digitized by Google

Jacobo Rousseau entre Enjolras y Courfeyrac, y este cogiéndole del brazo, le decia:

—Prestadme atencion. Esta es la calle de la Yesería, que se llama hoy de Juan Jacobo Rousseau, á causa de una familia especial que vivia en ella hace unos sesenta años. Esta familia la componian Juan Jacobo y Teresa. De cuando en cuando nacian algunos pequeñuelos. Teresa los daba al mundo, y Juan Jacobo los daba á la Inclusa.

Y Enjolras reprendia á Courfeyrac:

—¡Silencio ante Juan Jacobo! Admiro á ese hombre: renegaba de sus hijos, es verdad, pero prohijó al pueblo.

Ninguno de aquellos jóvenes pronunciaba nunca esta palabra: el Emperador. Solo Juan Prouvaire decia algunas veces Napoleon: todos los demás decian Bonaparte. Enjolras pronunciaba *Buonaparte*.

Mario se asombraba vagamente. *Initium sapientiæ*.

Digitized by Google

IV.

LA SALA INTERIOR DEL CAFÉ MUSAIN.

Una de las conversaciones que tuvieron estos jóvenes, conversaciones á las cuales asistia Mario, tomando parte en ellas alguna vez, habia producido una verdadera sacudida en su ánimo.

Pasaban estas escenas en la sala interior del café Musain. Casi todos los amigos del A B C estaban reunidos allí aquella noche. El quinqué estaba solamente encendido. Se hablaba de todo, pero sin pasion y con ruido. Escepto Enjolras y Mario que se callaban, todos los demás arengaban un poco. Las conversaciones entre camaradas son muchas veces tumultos pacíficos. Era aquello un juego y una confusion tanto como una conversacion. Echábanse unos á otros palabras que eran recogidas. Se hablaba en los cuatro estremos.

En aquella sala no se admitia á ninguna mujer, mas que á Luisita, la fregatriz de la vajilla del café, que la atravesaba de tiempo en tiempo para ir del fregadero al «laboratorio.»

Grantaire, completamente borracho, ensordecia el rincon de que se habia apoderado, razonando y desrazonando á grito herido:

—Tengo sed. Mortales, decia, estoy soñando; sueño que el tonel de Heidelberg tiene un ataque de apoplegía, y que yo soy una sangui-

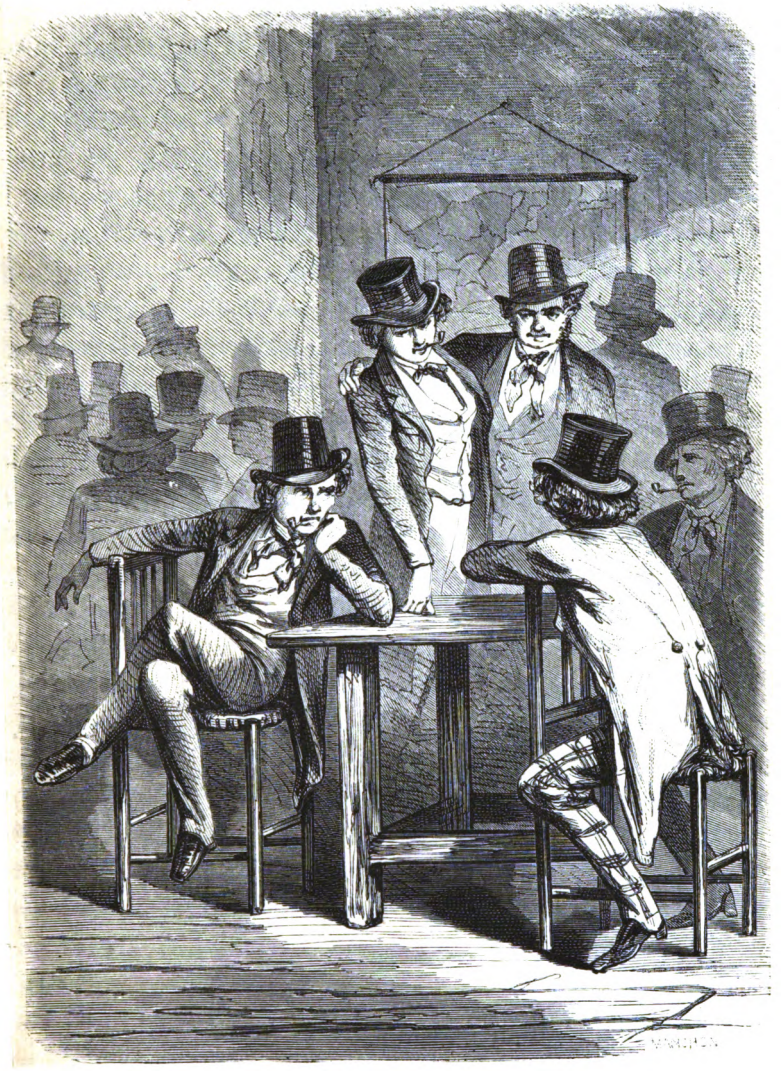
Digitized by Google

juela de la docena de ellas que le van á aplicar. Quisiera beber. Deseo olvidar la vida. La vida es una invencion repugnante, inventada por no sé quién. Ni dura ni vale nada. Se cansa uno viviendo. La vida es una decoracion en que hay muy poco practicable. La felicidad es una ventana vieja pintada solo por un lado. El Eclesiástico dice: Todo es vanidad; y pienso como este buen hombre, que tal vez nunca ha existido. El cero, no queriendo ir desnudo, se ha vestido de vanidad. ¡Oh vanidad que todo lo revistes de grandes palabras! ¡Una cocina es un laboratorio, un bailarin un profesor, un saltimbamqui un gimnasta, un boxador un pugilista, un boticario un químico, un peluquero un artista, un albañil un arquitecto, un jockey un sportman, un escarabajo un pterigibranquio. La vanidad tiene un revés y un derecho; el derecho es tonto, es el negro con sus cuentas de cristal; el revés es necio, es el filósofo con sus andrajos. Lloro por el uno, y me rio del otro. Los que se llaman honores y dignidades, y aun el honor y la dignidad, son generalmente oropeles. Los reyes juegan con el orgullo humano. Calígula hacia cónsul á un caballo; Cárlos II hacia caballero á un solomillo de vaca. Pavoneaos ahora entre el cónsul Incitatus, y el baron Roastbeef. En cuanto al valor intrínseco de las personas, no es mas respetable. Escuchad el panegírico que el vecino hace de su vecino. Lo blanco sobre lo blanco es una cosa feroz; si hablase la azucena ¡cómo pondria á la paloma! Una hipócrita que habla de una devota es mas venenosa que el áspid y que el búngaro azul. Es lástima que yo sea un ignorante, porque os citaria una porcion de cosas; pero nada sé. Siempre he tenido chispa; por ejemplo, cuando era escolar en casa de Gros, en vez de embadurnar cuadritos, pasaba el tiempo en afanar manzanas; rapaz es el masculino de rapiña. Esto en cuanto á mí. En cuanto á vosotros, valeis otro tanto. Me rio de vuestras perfecciones, escelencias y cualidades. Toda cualidad se pierde en un defecto; la economía linda con la avaricia, la generosidad con la prodigalidad, la bravura con la fanfarronería; mucha piedad es decir fanatismo; hay tantos vicios en la virtud como agujeros en el manto de Diógenes. ¿A quién admirais, al muerto ó al matador? ¿A César ó á Bruto? Generalmente al matador. ¡Viva Bruto! porque mató. Esto es la virtud. Virtud, sí, pero locura tambien. Estos grandes hombres tienen faltas muy curiosas. El Bruto que mató á César estaba enamorado de la estatua de un niño. Esta estatua era del estatuario griego Es-

Digitized by Google

trongilion, que habia modelado tambien la figura de amazona llamada Bella-Pierna, Eucnemos, que Neron llevaba consigo en los viajes. Estrongilion no dejó mas que dos estatuas que pusieron de acuerdo á Bruto y á Neron. Bruto se enamoró de una, y Neron de otra. La historia no es mas que una continua repeticion. Cada siglo plagia á otro. La batalla de Marengo es copia de la de Pydna; el Tolbiac de Clodoveo y el Austerlitz de Napoleon se parecen como dos gotas de sangre. Yo hago poco caso de la victoria. No hay nada tan estúpido como vencer; la verdadera gloria es convencer. Pero ¡tratad de probarme alguna cosa! Os contentais con el éxito: ¡qué medianías! Con la conquista, ¡qué miseria! ¡Ah! Vanidad y vileza en todo. Todo obedece al éxito, aun la gramática: *Si volet usus,* dice Horacio. Por lo tanto desprecio al género humano. ¿Descenderé ahora del todo á la parte? ¿Quereis que admire á los pueblos? ¿Qué pueblo quereis, Grecia? Los atenienses, es decir, los parisienses de entonces, mataban á Focion, como quien dice, de Coligny, y adulaban á los tiranos hasta el punto que Anaceforo decia de Pisistrato: Su orin atrae á las abejas. El hombre mas notable de Grecia, en el espacio de cincuenta años, fue el gramático Filetas, que era tan diminuto, que tenia que ponerse plomo en los zapatos para que no le arrebatase el viento. En la gran plaza de Corinto habia una estatua esculpida por Silanion, y citada en su catálogo por Plinio; representaba á Epistato. ¿Y qué habia hecho Epistato? Habia inventado la zancadilla. Esto resume la Grecia y la gloria. Pasemos á otros pueblos. ¿Admiraré á Inglaterra? ¿Admiraré á Francia? ¡A Francia! ¿Y por qué? ¿Porque tiene un París? Acabo de deciros mi opinion sobre Atenas. ¿A Inglaterra? ¿Y por qué? ¿Porque tiene un Lóndres? Odio á Cartago. Además, Lóndres, metrópoli del lujo, es capital de la miseria. Solo en la parroquia de Charing-Cross mueren cien personas al año de hambre. Tal es la Albion. Y para acabar, añado, que he visto bailar á una inglesa con corona de rosas y anteojos azules. Asi, pues, una higa para Inglaterra. Si no admiro á John Bull, ¿admiraré á su hermano Jonathan? Me gusta muy poco este hermano que tiene esclavos. Quitad el *time is money,* ¿y qué queda de Inglaterra? Quitad el *cotton is king,* ¿y qué queda de América? Alemania es la linfa; Italia la bílis. ¿Nos estasiaremos ante Rusia? Voltaire la admiraba; pero admiraba tambien á la China. Convengo en que Rusia tiene sus bellezas, entre otras, un gran despotismo; pero compadezco á los

Digitized by Google



LA SALA INTERIOR DEL CAFÉ MUSAIN.

Digitized by Google

Digitized by Google

déspotas: tienen una salud delicada. Hay un Alejo decapitado, un Pedro cosido á puñaladas, un Pablo estrangulado, otro Pablo hundido á taconazos, varios Ivanes degollados, varios Nicoláses y Basilios envenenados; todo lo cual indica, que el palacio de los emperadores de Rusia tiene tristes condiciones de insalubridad. Todos los pueblos civilizados ofrecen á la meditacion del hombre pensador un hecho: la guerra. Pero la guerra civilizada agota y totaliza las formas del banditismo, desde el salteamiento del ladron de trabuco en las gargantas del monte Jaxa hasta el merodeo de los indios Comanches en el Paso-Dudoso. ¡Bah! me direis: Europa vale mas que Asia. Convengo en que el Asia es una farsa; pero no sé por qué os reis del gran lama, vosotros, pueblos de Occidente, que habeis mezclado con vuestras modas y vuestra elegancia, todas las inmundicias complicadas de la magestad, desde la camisa sucia de la reina Isabel hasta la silla del retrete del Delfin. Señores humanos, os digo: ¡Mamola! Bruselas es el pueblo que consume mas cerveza, Stockholmo mas aguardiente, Madrid mas chocolate, Amsterdam mas ginebra, Lóndres mas vino, Constantinopla mas café, París mas ajenjo. A esto están reducidas todas las nociones útiles: París sobresale. En París hasta los traperos son sibaritas; Diógenes hubiera querido ser mejor trapero en la plaza Maubert, que filósofo del Pireo. Ahora atended: las tabernas de los traperos se llaman *bibinas:* las mas célebres son la *Cacerola* y el *Matadero*. Pero ¡oh! figones, bodegones, tapones, tabernas; chiscones, cachimares, bibinas de traperos, caravanserrallos de las califas, yo os tomo por testigos, yo soy un voluptuoso; como en casa de Richard un cubierto de cuarenta sueldos, y quiero tapices de Persia, tales que pueda rodar por ellos Cleopatra desnuda. ¿Dónde está Cleopatra? ¡Ah! eres tú, Luisita. Buenos dias.

Asi Grantaire, mas que borracho, se deshacia en palabras, abrazando á la fregatriz de la vajilla del café, en su rincon de la sala interior del café Musain.

Bossuet trató de imponerle silencio, estendiendo hácia él la mano; pero Grantaire continuó mas entusiasmado:

—Aguila de Meaux ¡abajo las patas! No me causas ningun efecto con tu gesto de Hipócrates, rechazando los presentes de Artajerjes. Te dispenso de calmarme. Además, estoy triste. ¿Qué quereis que os diga? El hombre es malo, deforme; la mariposa es un ser completo; el hombre

Digitized by Google

fracasó. Dios se equivocó al hacer este animal. Una multitud es una coleccion de fealdades. Cualquiera es un miserable. Mujer rima con mal ser. Sí, tengo spleen complicado con melancolía, con nostalgia, con hipocondría. Me desespero, rabio, se me abre la boca, me fastidio, me aburro, me embrutezco...

—¡Silencio R mayúscula! dijo Bossuet que discutia un punto de derecho con otros, y que estaba metido hasta medio cuerpo en una frase del caló forense, cuyo fin era este:

—En cuanto á mí, aunque apenas soy legista, y á lo mas puedo pasar por procurador de aficion, sostengo, que conforme á la costumbre de Normandía, el dia de San Miguel, y cada año, deberia pagarse un equivalente al señor, salvos los demás derechos, por todos y cada uno, tanto propietarios como herederos, por todas las enfiteusis, arrendamientos, alodios, contratos periciales, hipotecarios é hipotecables...

—Ecos, ninfas lastimeras, murmuró Grantaire.

Cerca de éste, y en una mesa casi silenciosa, una hoja de papel, un tintero y una pluma entre dos copas, anunciaban que se estaba bosquejando un vaudeville. Este gran negocio se trataba en voz baja, y tocándose las dos cabezas que trabajaban:

—Principiemos por buscar los nombres. Cuando se tienen los nombres, se halla en seguida el argumento.

—Es cierto. Dicta: yo escribo.

—¿Señor Dorimon?

—¿Rentista?

—Sin duda.

—Su hija Celestina.

—...tina. ¿Qué mas?

—¿El coronel Sainval?

—Sainval está muy usado: yo le llamaria Valsain.

Al lado de estos aspirantes vaudevillistas habia otro grupo que se aprovechaba tambien del ruido para hablar bajo: discutia un duelo. Un viejo de treinta años aconsejaba á un jóven de diez y ocho, y le esplicaba con qué adversario tenia que habérselas.

—¡Diablo! Desconfiad: es un magnífico florete: tira muy limpio. Conoce el ataque, no pierde golpe. Tiene puño, impetuosidad, viveza, el quite justo, y respuestas matemáticas. ¡Caramba! y es zurdo.

Digitized by Google

En el rincon opuesto á Grantaire, estaban Joly y Bahorel jugando al dominó, y hablando de amor.

—Eres feliz, decia Joly. Tienes una querida que siempre está riendo.

—Pues es un defecto, respondió Bahorel; las queridas hacen muy mal en reir, porque asi nos animan á engañarlas. El verlas alegres quita el remordimiento; pero si uno las ve tristes, le parece cargo de conciencia el dejarlas.

—¡Ingrato! ¡Es tan bueno tener una mujer que se rie! ¿Y no reñís nunca?

—Eso depende del convenio que hemos celebrado. Al hacer nuestra santa alianza nos hemos designado á cada uno nuestra frontera, y no la pasamos nunca. La que está al Norte pertenece al canton de Vaud, la del Sur á Gex. De aquí proviene la paz.

—La paz es la felicidad en el acto de la digestion.

—Y tú, Jolllly, ¿cómo vas de tu desavenencia con la señorita?..... Ya sabes á quién aludo.

—Sigue desdeñándóme con una paciencia cruel.

—Y sin embargo, eres un tierno enamorado.

—¡Ah!

—Yo en tu lugar la plantaria.

—Eso es muy fácil de decir.

—Y de hacer. ¿No se llama Musicheta?

—Sí. ¡Ah! pobre Bahorel; es una chica soberbia, muy literaria, con diminutos pies, y pequeñas manos, bien compuesta, blanca, torneada, con ojos de hechicera. Estoy loco.

—Pues, querido, entonces es preciso agradarla, ser elegante, y hacer efectos de rodilla. Compra en casa de Staub un buen pantalon de cuero de lana. Esto da cierto tono.

—¿A cómo? gritó Grantaire.

En el tercer rincon se oia una discusion poética. La mitología pagana disputaba con la teología. Se trataba del Olimpo, y le defendia Juan Prouvaire por romanticismo. Juan Prouvaire solo era tímido en los momentos de reposo. Una vez escitado, estallaba; cierto sello de alegría marcaba su entusiasmo, y era á la vez risueño y lírico.

—No insultemos á los dioses, decia. Los dioses no se han ido quizá. Júpiter no me causa el efecto de un muerto. Decís que los dioses son

Digitized by Google

sueños; pues bien, aun en la naturaleza, tal como es hoy, despues de la desaparicion de los sueños, se encuentran todos los antiguos mitos paganos. Una montaña de aspecto de una ciudadela, mirada de perfil, como Vignemale, es aun para mí el tocado de Cibeles; nadie me ha demostrado que Pan no venga por la noche á soplar en el tronco hueco de los sauces, tapando sucesivamente los agujeros con los dedos; y siempre he creido que está para algo en la cascada de Pissevache.

En el último rincon se hablaba de política: se maltrataba la Carta otorgada. Combeferre la defendia débilmente, y Courfeyrac la atacaba enérgicamente en brecha. En la mesa habia un ejemplar de la malhadada Carta-Touquet. Courfeyrac la habia cogido, y la sacudia, mezclando con sus argumentos el ruido del papel.

—En primer lugar, yo no quiero reyes; aunque no sea mas que bajo el punto de vista económico, no los quiero; un rey es un parásito. Los reyes no se tienen gratis. Oid esto: carestía de los reyes. A la muerte de Francisco I, la deuda pública en Francia era de treinta mil libras de renta; á la muerte de Luis XIV ascendia á dos mil seiscientos millones de veintiocho libras el marco, lo que equivaldria en 1760, segun Desmarets, á cuatro mil quinientos millones, y ascenderia hoy á doce mil millones. En segundo lugar, con perdon de Combeferre, una Carta otorgada es un mal espediente de civilizacion. Salvar la transicion, dulcificar el tránsito, amortiguar la sacudida, hacer pasar insensiblemente á la nacion de la monarquía á la democracia por la práctica de las ficciones constitucionales, son razones muy detestables. ¡No, no! No alumbremos nunca al pueblo con luz falsa. Los principios se debilitan y palidecen en vuestra bodega constitucional. Fuera bastardías, fuera compromisos, fuera concesiones del rey al pueblo. En todas estas concesiones hay un artículo 14. Al lado de la mano que da, está la garra que quita. Rechazo vuestra Carta. Una Carta es una máscara; bajo ella está la mentira. Un pueblo que acepta una Carta, abdica. El derecho debe ser completo; si no, no es derecho. ¡No! ¡Fuera la Carta!

Era invierno, dos leños chispeaban en la chimenea. Courfeyrac, ante aquella tentacion no pudo resistir. Arrugó la pobre Carta-Touquet y la echó al fuego. El papel hizo llama; Combeferre miró filosóficamente cómo se quemaba la obra maestra de Luis XVIII, y se contentó con decir:

Digitized by Google

—La Carta convertida en humo.

Y los sarcasmos, los chistes, las agudezas, esa cosa francesa que se llama el *entrain*, esa cosa inglesa que se llama el *humour*, el bueno y el mal gusto, las buenas y las malas razones, la loca chispa del diálogo, creciente á cada momento, y cruzándose por todos los puntos de la sala, formaban sobre las cabezas una especie de alegre bombardeo.

Digitized by Google

V.

ENSÁNCHASE EL HORIZONTE.

El choque de los ingenios jóvenes ofrece la particularidad admirable de que no se puede nunca prever la chispa, ni adivinar el relámpago. ¿Qué va á brotar en un momento dado? Nadie lo sabe. La carcajada parte de la ternura: la gravedad sale de un momento de burla. Los impulsos provienen de la primera palabra que se oye. La vena de cada uno es soberana. Un chiste basta para abrir la puerta de lo inesperado. Estas conversaciones son, pues, entretenimientos de bruscos cambios, en que la perspectiva varía de repente. La casualidad es el maquinista de estas discusiones.

Asi una idea grave, que surgió caprichosamente de entre un juego de palabras, atravesó esta conversacion en que se tiroteaban confusamente Grantaire, Bahorel, Prouvaire, Bossuet, Combeferre y Courfeyrac.

¿Cómo brota una frase en un diálogo? ¿Cuál es la causa de que quede escrita con letra bastardilla en la imaginacion de los que la oyen? Acabamos de decirlo: nadie lo sabe. En medio del ruido, Bossuet terminó un apóstrofe dirigido á Combeferre con esta fecha:

—18 de junio de 1815: Waterlóo.

Digitized by Google

Al oir este nombre Waterlóo, Mario, apoyando los codos en una mesa, y cerca de un vaso de agua, se quitó el puño de la barba, y principió á mirar fijamente al auditorio.

—Por Dios esclamó Courfeyrac (*Pardiez* iba estando en desuso por aquel tiempo), este número 18 es muy estraño, y me llama la atencion. Es el número fatal de Bonaparte. Poned á Luis delante, y al brumario detrás, y tendreis todo el destino del hombre, con la particularidad significativa de que el principio es pisoteado por el fin.

Enjolras, que hasta entonces habia permanecido mudo, rompió el silencio, y dijo á Courfeyrac:

—Tú quieres decir el crímen por la expiacion.

Esta palabra *crímen* pasaba el límite de lo que podia aceptar Mario, conmovido ya por la brusca evocacion de Waterlóo.

Se levantó, y fué lentamente hácia el mapa de Francia que habia en la pared, en cuya parte inferior se veia una isla en un cuadrito separado, y puso el dedo en este cuadrito, diciendo:

—Córcega; isla pequeña, que ha hecho grande á Francia.

Estas palabras fueron como un soplo de aire helado. Todos se interrumpieron. Conocióse que iba á empezar algo.

Bahorel, replicando á Bossuet, estaba dispuesto á recostarse, tomando su actitud favorita, pero renunció á ello por escuchar.

Enjolras, cuyos ojos azules no se fijaban en nadie, y parecian contemplar el vacío, respondió sin mirar á Mario:

—Francia no necesita ninguna Córcega para ser grande. Francia es grande porque es Francia: *Quia nominor leo.*

Mario no esperimentó deseo alguno de retroceder. Se volvió hácia Enjolras, y dejó oir su voz con una vibracion que provenia del estremecimiento del corazon:

—No permita Dios que yo deprima á la Francia. Pero no es deprimirla unirla á Napoleon. Discutamos. Yo soy nuevo entre vosotros, pero os confieso que no me asustais. ¿Dónde estamos? ¿qué somos? ¿qué sois? ¿qué soy yo? Hablemos del Emperador. Os oigo decir Buonaparte, acentuando la u como los realistas; y os advierto que mi abuelo lo hacia mejor aun: decia ¡Buonaparté! Os creia jóvenes: ¿En qué poneis vuestro entusiasmo? ¿qué haceis? ¿qué admirais si no admirais al Emperador? ¿qué mas necesitais? Si no considerais grande á éste, ¿qué gran-

Digitized by Google

des hombres quereis? Napoleon lo tenia todo. Era un ser completo. Su cerebro era el cubo de las facultades humanas. Hacia códigos como Justiniano; dictaba como César; su conversacion tenia la brillantez de Pascal y la precision de Tácito. Hacia la historia y la escribia. Sus boletines son Iliadas; combinaba las cifras de Newton con las metáforas de Mahoma; dejaba detrás de sí en Oriente palabras grandes como las pirámides; en Tilsit enseñaba la magestad á los emperadores; en la Academia de Ciencias contestaba á Laplace; en el Consejo de Estado discutia con Merlin; daba alma á la geometría de estos y á las argucias de aquellos; era legista con los procuradores, y sideral con los astrónomos; como Cromwell apagando una vela de dos, se iba al Temple á regatear una borla de cortina; todo lo veia y lo sabia; lo que no le impedia reir con la risa del mas bonachon al lado de la cuna de su hijo. De pronto, la Europa se asustaba y escuchaba; los ejércitos se ponian en marcha, rodaban los parques de artillería; los puentes de barcas cubrian los rios; las nubes de caballería galopaban entre el huracan; habia gritos, trompetas, temblor de tronos; oscilaban las fronteras de los reinos en el mapa; se oia el ruido de una espada sobrehumana que salia de la vaina; se le veia elevarse sobre el horizonte con una llama en la mano, y la radiacion en los ojos, desplegando en medio del rayo sus dos alas, es decir, el gran ejército y la guardia veterana. ¡Era el arcángel de la guerra!

Todos callaban y Enjolras bajaba la cabeza. El silencio produce siempre alguna aquiescencia, ó por lo menos una especie de descanso sobre las armas. Mario, casi sin tomar aliento, continuó con entusiasmo creciente:

—Seamos justos, amigos. ¡Qué brillante destino de un pueblo, ser el Imperio de semejante emperador, cuando el pueblo es Francia, y asocia su genio al genio del gran hombre! Aparecer y reinar, marchar y triunfar, tener por etapas todas las capitales, hacer reyes de los granaderos, decretar caidas de dinastías, transfigurar la Europa á paso de carga, sentir, cuando amenazais, que poneis la mano en el pomo de la espada de Dios, seguir en un solo hombre á Anibal, á César y á Carlomagno, ser el pueblo de un hombre que mezcla con todas vuestras auroras la noticia de una brillante victoria, tener por despertador el cañon de los Inválidos, arrojar en abismos de luz palabras prodigiosas que resplandecen para siempre: Marengo, Arcole, Austerlitz, Jena, Wa-

Digitized by Google

gram; hacer brillar á cada instante en el zénit de los siglos constelaciones de victorias; dar el Imperio francés por contrapeso al Imperio romano; ser la gran nacion y producir el gran ejército; hacer volar las legiones por todos los pueblos, asi como una montaña envia á todas partes sus águilas; vencer, dominar, fulminar, ser en medio de Europa un pueblo dorado á fuerza de gloria; tocar al través de la historia una marcha de titanes; conquistar el mundo dos veces, por conquista y por deslumbramiento, esto es sublime. ¿Qué hay mas grande?

—Ser libre, dijo Combeferre.

Mario bajó á su vez la cabeza: esta sola palabra, pronunciada sencilla y friamente, atravesó como una hoja de acero su épica efusion, y sintió que se desvanecia. Cuando levantó la vista, Combeferre no estaba allí. Probablemente satisfecho de su réplica á la apoteosis, acababa de salir, y todos, escepto Enjolras, le habian seguido. La sala estaba vacía. Enjolras se habia quedado solo con Mario, y le miraba atentamente. Mario ordenó un poco sus ideas, y no se creyó derrotado. Habia en él un resto de entusiasmo que iba á traducirse sin duda en silogismos desplegados contra Enjolras, cuando se oyó cantar en la escalera á uno que se retiraba: era Combeferre. Véase lo que cantaba:

Si César me hubiera dado
La guerra y la victoria,
Y me hubiera obligado
A dejar á mi madre por la gloria,
Habria dicho á Augusto:
Da el cetro á quien te cuadre.
No es eso de mi gusto:
Yo prefiero quedarme con mi madre.

El acento tierno y severo con que cantaba Combeferre daba á esta cancion cierta estraña grandeza. Mario pensativo, mirando al techo, repitió casi maquinalmente: ¡Mi madre!

En este momento sintió en el hombro la mano de Enjolras.

—Ciudadano, le dijo Enjolras, mi madre es la República.

Digitized by Google

VI.

RES AUGUSTA.

Aquella noche produjo en Mario una conmocion profunda, y una oscuridad triste en su alma. Esperimentó lo que tal vez esperimenta la tierra en el momento en que abre su seno el hierro para depositar en ella el grano de trigo: solo siente la herida; el movimiento del gérmen y el placer del fruto vienen despues.

Mario se quedó sombrío. ¿Debia abandonar una fe, cuando acababa de adquirirla? Se dijo que no; se aseguró que no debia dudar; pero á pesar suyo, dudaba. Vivir entre dos religiones, no habiendo dejado aun la una, ni entrado todavía en la otra, es insoportable. El crepúsculo solo conviene á las almas de los murciélagos. Mario tenia una pupila abierta, y necesitaba la verdedura luz. Las sombras de la duda le hacian padecer. Por mas deseo que tuviera de quedarse donde estaba, y de permanecer firme, se veia obligado irresistiblemente á avanzar, á examinar, á pensar, á ir mas adelante. ¿A dónde debia llevarle este impulso? Temia, despues de haber dado tantos pasos que le habian aproximado á su padre, dar otros nuevos que le alejasen de él. Su malestar se aumentaba con todas las reflexiones que hacia. Todo lo veia escarpado en derredor suyo. Ya no estaba de acuerdo, ni con su abuelo, ni con sus amigos;

Digitized by Google

era temerario para el uno, retrógrado para los otros; se vió, pues, doblemente aislado por el lado de la vejez y por el de la juventud. Dejó de ir al café Musain.

En esta turbacion de su conciencia, apenas pensaba en algunos pormenores bastante serios de la vida; pero las realidades de la vida no se dejan olvidar, y vinieron á caer sobre él bruscamente.

Una mañana entró en su cuarto el amo de la casa, y le dijo:

—El señor Courfeyrac ha respondido por vos.

—Sí.

—Pero me hace falta dinero.

—Decid al señor Courfeyrac que venga, que tengo que hablarle, dijo Mario.

Fué Courfeyrac y les dejó el patron. Mario le dijo lo que no habia pensado aun decirle, que estaba solo en el mundo, y no tenia parientes.

—¿Y qué vais á hacer? dijo Courfeyrac.

—No lo sé, respondió Mario.

—¿Qué vais á ser?

—No lo sé.

—¿Teneis dinero?

—Quince francos.

—¿Quereis que os preste?

—No. Nunca.

—¿Teneis ropa?

—Esta.

—¿Teneis alhajas?

—¡Un reloj!

—¿De plata?

—De oro. Vedle aquí.

—Yo sé de un prendero que os comprará una levita y un pantalon.

—Bueno.

—No tendreis ya mas que un pantalon, un chaleco, un sombrero y un frac.

—Y las botas.

—¡Qué! ¿no ireis con los pies descalzos? ¡Qué opulencia!

Digitized by Google

—Tendré bastante.

—Sé de un relojero que os comprará el reloj.

—Bueno.

—No, no es bueno. ¿Qué hareis despues?

—Lo que sea preciso. A lo menos todo lo que sea honrado.

—¿Sabeis inglés?

—No.

—¿Sabeis aleman?

—No.

—Tanto peor.

—¿Por qué?

—Porque un librero amigo mio está publicando una especie de enciclopedia, para la cual podríais traducir artículos alemanes ó ingleses. Se paga mal, pero se vive.

—Aprenderé el inglés y el aleman.

—¿Y mientras tanto?

—Comeré mi ropa y mi reloj.

Llamaron al prendero, y compró la ropa en veinte francos. Fueron á casa del relojero, y vendieron el reloj en cuarenta y cinco francos.

—Esto no va mal, decia Mario á Courfeyrac al entrar de vuelta en su casa; con los quince francos tengo ochenta.

—¿Y la cuenta del patron?

—Es verdad, la olvidaba, dijo Mario.

El patron presentó la cuenta, y hubo que pagarla en seguida. Subia á setenta francos.

—Me quedan diez francos, dijo Mario.

—¡Malo! dijo Courfeyrac; gastareis cinco francos en comer mientras aprendeis el inglés, y cinco francos mientras aprendeis el aleman. Esto será tragar una lengua muy pronto, ó gastar unos cien sueldos muy lentamente.

Mientras tanto, la tia Gillenormand, bastante buena en el fondo en las tristes ocasiones, habia concluido por descubrir la morada de Mario.

Una mañana, cuando Mario volvia de la cátedra, se encontró con una carta de su tia y las *setenta pistolas*, es decir, seiscientos francos en oro en una cajita cerrada.

Digitized by Google

Mario devolvió los treinta luises á su tia con una respetuosa carta, en que aseguraba que tenia medios de existencia, y podia cubrir todas sus necesidades. En aquel momento le quedaban tres francos.

La tia no dijo nada al abuelo, por miedo de acabarle de exasperar completamente. Además, ¿no habia dicho: no me hableis nunca de ese bebedor de sangre?

Mario salió de la casa de la puerta de Santiago, no queriendo contraer deudas.

FIN DEL LIBRO CUARTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO QUINTO.

ESCELENCIA DE LA DESGRACIA.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

MARIO INDIGENTE.

La vida empezó á ser muy áspera para Mario. Comerse la ropa y el relój no era nada. Se vió reducido á esa situacion inesplicable, que se llama *comerse los codos*, cosa horrible, que quiere decir, dias sin pan, noches sin sueño y sin luz, hogar sin fuego, semanas sin trabajo, porvenir sin esperanza; la levita rota por los codos, el sombrero viejo que hace reir á las jóvenes, la puerta que se encuentra cerrada de noche porque no se paga á la patrona, la insolencia del portero y del bodegonero, la burla de los vecinos, las humillaciones, la dignidad ultrajada, el trabajo de cualquier clase aceptado, los disgustos, la amargura, el abatimiento. Mario aprendió á devorar todo esto, y á no tener que devorar muchas veces mas que estas cosas. En estos momentos de la existencia en que el hombre tiene necesidad de orgullo, porque tiene necesidad de amor, se vió burlado porque andaba mal vestido, y ridículo porque era pobre. A la edad en que la juventud inflama el corazon con imperial altivez, bajó mas de una vez los ojos á sus botas agujereadas, y conoció la injusta vergüenza, el punzante bochorno de la miseria. ¡Prueba terrible y admirable de que los débiles salen infames, y los fuertes sublimes; crisol en que el destino arroja al hom-

Digitized by Google

bre cuando quiere hacer de él un ser despreciable, ó un semidios!

Porque hay muchas acciones grandes en esas pequeñas luchas. Hay valor terco é ignorado que se defiende palmo á palmo en la sombra contra la fatal invasion de las necesidades y de la ignominia; hay nobles y misteriosos triunfos que no ve ninguna mirada, que no tienen la indemnizacion de ninguna clase de fama, ni el saludo de ninguna clase de aplausos. La vida, la desgracia, el aislamiento, el abandono, la pobreza, son campos de batalla que tienen sus héroes; héroes oscuros, pero mas grandes á veces que los héroes ilustres.

Hay naturalezas firmes y raras que han sido creadas asi; porque la miseria, que es casi siempre una madrastra, es algunas veces madre; la desnudez engendra en ocasiones el vigor del alma y del talento; la miseria amamanta la altivez; la desgracia suele ser un buen alimento para los corazones magnánimos.

Hubo una época en la vida de Mario, en que él mismo barria su miserable cuarto, en que él mismo iba á comprar dos cuartos de queso de Bric á casa de la frutera, en que esperaba que cayese la oscuridad del crepúsculo para entrar en la panadería, y comprar una libreta que llevaba furtivamente á su buhardilla, como si la hubiera robado. Alguna vez se veia deslizarse en la carnicería del rincon, entre las parlanchinas cocineras que le codeaban, á un jóven, de aspecto zurdo, con unos libros bajo el brazo, que al entrar se quitaba el sombrero, dejando ver el sudor que corria de su frente; hacia un profundo saludo á la carnicera sorprendida, otro al criado de la carnicería, pedia una chuleta de carnero, la pagaba dando seis ó siete sueldos, la envolvia en un papel, la ponia debajo del brazo entre dos libros, y se iba. Aquel jóven era Mario: con aquella chuleta, que cocia él mismo, vivia tres dias.

El primer dia comia la carne, el segundo se bebia el caldo, y el tercero roia el hueso. En varias ocasiones la tia Gillenormand hizo tentativas, y le envió los sesenta doblones. Mario se los devolvió siempre, diciendo que nada necesitaba.

Aun estaba de luto por su padre cuando se verificó en él la revolucion que hemos descrito; desde entonces no habia abandonado el traje negro; pero el traje le abandonó á él. Llegó un dia en que no tuvo frac; aun podia durarle el pantalon. ¿Qué hacer? Courfeyrac, á quien

Digitized by Google

habia hecho algunos favores, le dió un frac viejo. Mario hizo que se le volviera del revés por treinta francos un portero cualquiera, y se encontró con un frac nuevo. Pero era verde; y Mario desde entonces no salió sino despues de caer la noche, con lo cual hacia que su traje pareciese negro. Queria vestirse siempre de luto, y se vestia con las sombras de la noche.

Al través de todo esto se recibió de abogado. Se creia que vivia en casa de Courfeyrac, casa que era decente, y en la cual un cierto número de libros de derecho sostenidos y completados por algunos volúmenes de novelas descabaladas figuraban la biblioteca que exigen los reglamentos. Se hacia dirigir las cartas á casa de Courfeyrac.

Cuando Mario fue abogado, dió parte á su abuelo en una carta fria, pero llena de sumision y de respeto. El señor Gillenormand cogió la carta temblando, la leyó, y la tiró hecha cuatro pedazos al cesto. Dos ó tres dias despues, la señorita Gillenormand oyó á su padre, que estaba solo en su cuarto, hablar en voz alta, lo que le sucedia siempre que estaba muy agitado; aplicó el oido, y oyó que el anciano decia:—Si no fueses un imbécil, sabrias que no se puede ser á un tiempo baron y abogado.

Digitized by Google

II.

MARIO POBRE.

Con la miseria sucede lo que con todo: llega á hacerse posible; concluye por tomar una forma y arreglarse. Se vegeta, es decir, se desarrolla uno de cierto modo miserable, pero suficiente para vivir. Véase cómo se habia arreglado la existencia de Mario.

Habia salido ya de la gran estrechura; el desfiladero se ensanchaba un poco delante de él. A fuerza de trabajo, de valor, de perseverancia y de voluntad, habia conseguido sacar de su trabajo unos setecientos francos por año. Habia aprendido el aleman y el inglés; y gracias á Courfeyrac que le habia puesto en contacto con su amigo el librero, desempeñaba en la literatura librera el modesto papel de *utilidad*.

Hacia prospectos, traducia de los periódicos, anotaba ediciones, compilaba biografías, etc.; producto neto, fuese bueno ó malo el año, setecientos francos. Con esto vivia. ¿Cómo? No enteramente mal. Vamos á decirlo.

Mario ocupaba en la casa de Gorbeau, mediante el precio anual de treinta francos, un chiribitil sin chimenea, llamado gabinete, donde no habia en materia de muebles, mas que lo indispensable. Estos muebles eran suyos. Daba tres francos al mes á la vieja inquilina principal,

Digitized by Google

por barrer el chiribitil, y por subirle por la mañana un poco de agua caliente, un huevo fresco y un panecillo de á sueldo. Con este pan y este huevo se desayunaba, de modo que el almuerzo le costaba de dos á cuatro sueldos, segun estaban caros ó baratos los huevos. A las seis de la tarde bajaba por la calle de Santiago á comer en casa de Rousseau, en frente de Basset, el vendedor de estampas del rincon de la calle de Maturins. No comia sopa: tomaba una racion de carne de seis sueldos, media racion de legumbres de tres sueldos, y un postre de otros tres; y por otros tres pan á discrecion. En cuanto al vino, bebia agua. Cuando pagaba en el mostrador, donde estaba sentada magestuosamente la señora Rousseau, siempre gruesa, y aun fresca en aquel tiempo, daba un sueldo al mozo, y la señora Rousseau le daba una sonrisa. Despues se iba. Por diez y seis sueldos tenia una comida y una sonrisa.

Este restaurant (1) de Rousseau, donde se vaciaban tan pocas botellas y tantas tinajas, era mas bien un calmante que un restaurante. Ya no existe: su dueño tenia un buen mote: le llamaban *Rousseau el acuático.*

Almorzando, pues, por cuatro sueldos y comiendo por diez y seis, le salia el alimento por veinte sueldos diarios, es decir, trescientos sesenta y cinco francos al año. Añadiendo á esto los treintas francos de alquiler, y los treinta y seis de la vieja, mas algunos otros gastillos, resulta que por cuatrocientos cincuenta francos, tenia Mario casa, comida y servicio. El vestir le costaba cien francos, la ropa blanca cincuenta, la lavandera otros cincuenta, y el todo no pasaba de seiscientos cincuenta francos. Le quedaban, pues, cincuenta. Era rico, hasta el punto, de que prestaba á veces diez francos á un amigo. Courfeyrac le habia tomado á préstamo una vez sesenta francos. En cuanto á la lumbre, como Mario no tenia chimenea, la habia «simplificado.»

Mario tenia siempre dos trajes completos; uno viejo «para todos los dias,» y otro nuevo para las ocasiones; ambos eran negros. Solo tenia tres camisas, una puesta, otra en la cómoda, y la tercera en casa de la lavandera; las renovaba á medida que se usaban; y como estaban casi siempre rotas, le obligaban á ir abotonado hasta la barba.

(1) La palabra *restaurant* no tiene una traduccion exacta en castellano: la hemos dejado asi para conservar el juego de palabras entre *restaurant* y *calmant.*

Digitized by Google

Para llegar Mario á esta situacion floreciente le habian sido necesarios algunos años: años muy rudos, difíciles unos de atravesar, otros de subir; pero no habia decaido ni un solo dia. Todo lo habia padecido en materia de desnudez; todo lo habia hecho escepto contraer deudas. Se daba testimonio de que nunca habia debido un sueldo á nadie, porque creia que una deuda era el principio de la esclavitud; y se decia, que un acreedor es peor que un amo, porque un amo no posee mas que la persona, pero un acreedor posee la dignidad, y puede abofetearla. Preferia no comer á pedir prestado, y asi habia pasado muchos dias ayunando. Conociendo que los estremos se tocan, y que si no se está apercibido, la aminoracion de los bienes de fortuna puede llegar al alma, cuidaba celosamente de su altivez. Una frase ó un acto que en otra ocasion le hubiera parecido una deferencia, le parecia entonces una humillacion, y se erguia. No se aventuraba en nada para no tener que retroceder. Tenia en su fisonomía una especie de rubor severo. Era tímido hasta la aspereza.

En todas sus pruebas se sentia animado, y aun algunas veces impulsado por una fuerza secreta que tenia dentro de sí. El alma ayuda al cuerpo, y en ciertos momentos le sirve de apoyo. El alma es el único pájaro que sostiene su jaula.

Al lado del nombre de su padre se habia grabado otro nombre en su corazon: el nombre de Thenardier. Mario en su naturaleza entusiasta y grave, rodeaba de una especie de aureola al hombre á quien, en su pensamiento, debia la vida de su padre, á aquel intrépido sargento que habia salvado al coronel en medio de las bombas y las balas de Waterlóo. Nunca separaba el recuerdo de este hombre del recuerdo de su padre, y los asociaba en su veneracion. Era una especie de culto de dos grados, el altar mayor para el coronel, y uno pequeño para Thenardier. Lo que redoblaba la ternura de su reconocimiento era la idea del infortunio en que sabia que habia caido y desaparecido Thenardier. Mario habia sabido en Montfermeil la ruina y la quiebra del desgraciado posadero. Desde entonces habia hecho esfuerzos inauditos para encontrar sus huellas, y llegar á él en el tenebroso abismo de la miseria en que habia desaparecido. Habia escudriñado toda la comarca; habia ido á Chelles, á Bondy, á Gournay, á Nogent, á Lagny y por espacio de tres años se habia dado solo á buscarle, gastando en estas esploraciones el poco di-

Digitized by Google

nero que ahorraba. Nadie habia podido darle noticias de Thenardier; creian que se habia ido al estranjero. Sus acreedores le habian buscado tambien, con menos amor que Mario, pero con tanto teson, y no habian podido echarle mano. Mario se acusaba y se reprendia casi por no haber conseguido nada en sus investigaciones. Esta era la única deuda que le habia dejado el coronel, y Mario tenia á honra el pagarla.—¡Cómo! pensaba, cuando mi padre yacia moribundo en el campo de batalla, Thenardier supo encontrarle al través del humo y de la metralla, y llevarle sobre sus hombros, y no le debia nada sin embargo; y yo que debo tanto á Thenardier no podré encontrarle en esta sombra en que agoniza, y volverle á mi vez de la muerte á la vida! ¡Ah! ¡Yo le encontraré!—Y en efecto, por encontrarle hubiera dado Mario un brazo, y por sacarle de la miseria toda su sangre. Volver á verle, hacerle un favor cualquiera, decirle: No me conoceis; pues bien, ¡yo os conozco! aquí estoy, disponed de mí: este era el deseo mas dulce y magnífico de Mario.

Digitized by Google

III.

MARIO HOMBRE.

En esta época tenia Mario veinte años, y hacia tres que habia abandonado á su abuelo. Habian quedado ambos en los mismos términos de una y otra parte, sin tratar de aproximarse ni de verse. Además, ¿para qué se habian de ver? ¿para chocar? ¿Quién habria hecho conocer la razon al otro? Mario era el vaso de bronce; pero el señor Gillenormand era la olla de hierro.

Pero digamos aquí que Mario se habia equivocado al juzgar el corazon de su abuelo. Habia creido que su abuelo no le habia amado nunca, y que aquel buen hombre, vivo, duro y risueño, que juraba, gritaba, tronaba y levantaba el baston, no habia tenido para él á lo mas sino ese afecto ligero y grave á la vez, de los gerontes de comedia. Mario se engañaba. Hay padres que no quieren á sus hijos, pero no hay ni un abuelo que no adore á su nieto. En el fondo, ya lo hemos dicho, el señor Gillenormand idolatraba á Mario. Le idolatraba á su manera, con acompañamiento de sofiones, y aun de golpes; mas cuando desapareció el niño sintió un negro vacío en el corazon; exigió que no le hablasen mas de él, sintiendo en su interior el ser tan bien obedecido. En los primeros dias esperó que el buonapartista, el jacobino, el terrorista, el setem-

Digitized by Google

brista, volveria; pero pasaron las semanas, pasaron los meses, pasaron los años, y con gran desesperacion del señor Gillenormand, el bebedor de sangre no volvió. No podia menos de echarle de casa, se decia el abuelo, y se preguntaba:—Si volviera á pasar lo mismo, ¿volveria yo á obrar del mismo modo? Su orgullo respondia inmediatamente que sí; pero su encanecida cabeza que sacudia en silencio, respondia tristemente que no. Tenia sus horas de abatimiento. Le faltaba Mario; y los viejos tienen tanta necesidad de afectos como de sol. Para ellos el afecto es tambien calor. Por mas fuerte que fuese su naturaleza, la ausencia de Mario habia producido alguna variacion en él. Por nada en el mundo hubiera querido dar un paso hácia «aquel pícaro,» pero padecia. Nunca preguntaba por él, pero no pensaba nunca en otra cosa. Vivia cada vez mas retirado en el Marais. Era aun, como en otros tiempos, alegre y violento, pero su alegría tenia una dureza convulsiva, como si contuviese dolor y cólera, y su violencia terminaba siempre por una especie de abatimiento manso y sombrío. Decia algunas veces:—¡Oh! ¡Si volviera, qué bofeton habia de darle!

En cuanto á la tia, pensaba demasiado para amar mucho: Mario no era para ella mas que una especie de perfil negro y vago, y habia concluido por cuidarse de él mucho menos que del gato ó del loro, que probablemente tendria.

Lo que acrecentaba el secreto padecimiento del señor Gillenormand era que le guardaba íntegro sin dejar adivinar nada. Su tristeza era como uno de esos hornillos nuevamente inventados que queman su mismo humo.

Sucedia á veces que llegaba algun oficioso malhadado, y le hablaba de Mario, y le preguntaba:—¿Qué hace, ó qué ha sucedido de vuestro señor nieto?—El viejo ciudadano respondia suspirando, si estaba triste, ó sacudiéndose los vuelillos, si queria parecer alegre:—El señor baron de Pontmercy pleitea en algun rincon.

Mientras que el viejo padecia, Mario se aplaudia á sí mismo. Como á todos los buenos corazones, la desgracia le habia hecho perder la amargura. Solo pensaba en el señor Gillenormand con dulzura; pero se habia propuesto no recibir nada del hombre *que habia sido malo para su padre*. Era aquello como la traduccion mitigada de su primera indignacion.

Digitized by Google

Por otra parte, se creia dichoso por haber padecido, y por padecer aun, porque lo hacia por su padre. La dureza de su vida le satisfacia y le agradaba. Decíase con cierta alegría que *aquello era lo menos*;—que era una expiacion;—que sin esto habria sido castigado de otro modo y mas tarde por su impía indiferencia hácia su padre, y hácia tal padre; —que no habria sido justo que su padre hubiese sobrellevado todo el padecimiento, y él nada; que por otra parte, ¿qué eran sus trabajos y su desnudez comparados con la vida heróica del coronel?—y que, en fin, el único medio de acercarse y asemejarse á su padre, era ser tan valiente contra la indigencia como el coronel lo habia sido contra el enemigo; y que esto era sin duda lo que el coronel habia querido decir con estas palabras: *será digno de él.*—Palabra que Mario seguia llevando, no sobre su pecho, porque habia desaparecido el escrito del coronel, sino en su corazon.

Además, el dia en que su abuelo le habia espulsado, no era mas que un niño; pero ahora era un hombre, y lo conocia. La miseria, repetimos, habia sido buena para él. La pobreza en la juventud, cuando puede salir adelante, tiene una cosa magnífica: la propiedad de dirigir toda la voluntad hácia el esfuerzo, y toda el alma hácia la aspiracion. La pobreza pone de manifiesto la vida material en toda su desnudez, y la hace horrible. De aquí provienen esos inesplicables impulsos hácia la vida ideal. El jóven rico tiene cien distracciones brillantes y groseras: las carreras de caballos, la caza, los perros, el tabaco, el juego, los banquetes, y todo lo demás; ocupaciones de las regiones bajas del alma, á costa de las regiones mas altas y delicadas. El jóven pobre encuentra gran dificultad en ganar su pan; come, y cuando ha comido, no le queda mas que el ensueño de la meditacion. Asiste á los espectáculos gratis que Dios le presenta; contempla el cielo, el espacio, los astros, las flores, los niños, la humanidad en que padece, la creacion en que brilla. Contempla tanto la humanidad, que descubre el alma; contempla tanto la creacion, que descubre á Dios. Medita; conoce que es grande; medita mas, y conoce que es sensible. Del egoismo del hombre que padece, pasa á la compasion del hombre que medita. Un admirable sentimiento brilla en él; el olvido de sí mismo y la piedad para todos. Al pasar de los goces sinnúmero que la naturaleza ofrece, da y prodiga á las almas abiertas, y niega á las almas cerradas, llega á compadecer,

Digitized by Google

él millonario de la intelegencia, á los millonarios del dinero. De su corazon se borra todo el odio á medida que va entrando toda la claridad en su espíritu.

Por otra parte, ¿es desgraciado?—No. La miseria de un jóven no es nunca miserable. Cualquier jóven, por pobre que sea, con su salud, su fuerza, su paso vivo, sus ojos brillantes, su sangre que circula ardorosa, sus cabellos negros, sus mejillas frescas, sus labios sonrosados, sus dientes blancos, su aliento puro, dará siempre envidia á un viejo, aunque sea emperador. Cada dia por la mañana se pone á ganar el sustento, y mientras sus manos ganan el pan, su espina dorsal adquiere gallardía, su cerebro adquiere ideas; y cuando concluye el trabajo, vuelve á los éstasis inefables, á la contemplacion, á los goces; vive con los pies en la afliccion, en los obstáculos, en el suelo, en los abrojos, y á veces en el lodo, y con la cabeza en la luz. Es firme, sereno, dulce, pacífico, atento, grave, satisfecho con poco, benévolo, y bendice á Dios que le ha dado dos riquezas de que carecen muchos ricos: el trabajo que le hace libre, y la inteligencia que le hace digno.

Esto era lo que habia pasado en Mario, que para decirlo todo, se habia dedicado bastante á la contemplacion. Desde el dia en que habia podido ganar su vida casi con seguridad, se habia estacionado, encontrando buena la pobreza, y descontando algo del trabajo para darlo al pensamiento; es decir, que pasaba dias enteros meditando, sumergido y abstraido como un visionario en las muchas voluptuosidades del éstasis y de la irradiacion interior.

Habia planteado de este modo el problema de la vida: dar el menor tiempo posible al trabajo material para dar el mayor tiempo posible al trabajo impalpable; en otros términos, dedicar algunas horas á la vida real, y el resto al infinito. No advertia, creyendo no carecer de nada, que la contemplacion comprendida de esta manera, concluye por ser una de las formas de la pereza; que se habia satisfecho con dominar las primeras necesidades de la vida, y que descansaba demasiado pronto.

Era evidente, que para esta naturaleza enérgica y generosa, este no podia ser mas que un estado transitorio, y que al primer choque con las inevitables complicaciones del destino, Mario despertaria.

En tanto, y aunque fuese ya abogado, y á pesar de lo que pensaba el señor Gillenormand, no informaba, no ponia ni siquiera un pedimen-

Digitized by Google

to. La meditacion le habia alejado de la abogacía. Tratar con los procuradores, ir á la Audiencia, buscar causas, todo esto le cansaba. ¿Y por qué habia de hacerlo? Ninguna razon veia para cambiar de modo de vivir. El librero comerciante y oscuro le daba ya un trabajo seguro, un trabajo poco penoso, y como acabamos de ver, le bastaba.

Uno de los libreros para quienes trabajaba, el señor Magimel, creo, le habia ofrecido emplearle en su casa, alojarle bien, darle un trabajo regular y mil quinientos francos al año. ¡Estar bien alojado! ¡mil quinientos francos! Es verdad; ¡pero renunciar á la libertad! ¡Estar asalariado! ¡Ser una especie de literato hortera! En el pensamiento de Mario aceptar esta nueva posicion, era llegar á estar mejor y peor al mismo tiempo; ganaba en bienestar y perdia en dignidad; era una desgracia completa y hermosa que se cambiaba en una incomodidad fea y ridícula; una cosa asi como un ciego convertido en tuerto. No quiso aceptar el trato.

Mario vivia solitario. A causa de la aficion que tenia á permanecer estraño á todo, y tambien á causa de haberse asustado demasiado, no habia entrado decididamente en el grupo presidido por Enjolras. Habian quedado como buenos amigos; estaban dispuestos á ayudarse mutuamente en la ocasion y de todas las maneras posibles; pero nada mas. Mario tenia dos amigos: uno jóven, Courfeyrac, y otro viejo, el señor Mabeuf: se inclinaba al viejo, porque le debia en primer lugar, la revolucion que en su interior se habia realizado, y en segundo lugar, haber conocido y amado á su padre. *Me ha hecho la operacion de la catarata*, decia.

Ciertamente, la intervencion de aquel mayordomo habia sido decisiva.

Y sin embargo, el señor Mabeuf no habia sido en esta ocasion mas que el agente tranquilo é impasible de la Providencia. Habia iluminado á Mario por casualidad y sin saberlo, como hace una vela que lleva cualquiera; habia sido la vela, no el cualquiera.

En cuanto á la revolucion política interior de Mario, el señor Mabeauf era incapaz de comprenderla, de quererla y de dirigirla.

Como hemos de encontrar mas adelante al señor Mabeuf, no estará de mas que digamos sobre él algunas palabras.

Digitized by Google

VI.

EL SEÑOR MABEUF.

El dia en que el señor Mabeuf decia á Mario: *ciertamente, yo apruebo las opiniones políticas*, esplicaba el verdadero estado de su ánimo. Todas las opiniones políticas le eran indiferentes; todas las aprobaba sin distincion con tal que le dejasen tranquilo, del mismo modo que los griegos llamaban á las furias, «las bellas, las buenas, las graciosas,» las *Eumenides*. La opinion política del señor Mabeuf consistia en amar apasionadamente las plantas, y sobretodo los libros. Tenia, como todo el mundo, su terminacion en *ista*, sin la cual nadie hubiera podido vivir en aquel tiempo; pero no era ni realista, ni bonapartista, ni cartista, ni orleanista, ni anarquista: era librista.

No comprendia que los hombres no tuviesen mas ocupacion que odiarse por necedades como la carta, la democracia, la legitimidad, la monarquía, la república, etc., cuando hay en este mundo tantas clases de musgos, de yerbas y de arbustos, que podian contemplar, y montones de libros en folio y aun en treinta y dozavo que podian hojear. Se cuidaba mucho de no ser inútil; el tener libros no le impedia leer, y el ser botánico no le impedia ser jardinero. Cuando habia conocido á Pontmercy habia nacido entre el coronel y él la simpatía de que lo que el

Digitized by Google

coronel hacia por las flores, lo hacia él por los frutos. El señor Mabeuf habia llegado á conseguir peras de semilla, tan sabrosas como las de San German; de una de estas combinaciones ha nacido á lo que parece el mirabel de octubre, tan célebre hoy y no menos perfumado que el mirabel de verano. Iba á misa mas bien por bondad que por devocion, y porque amando el rostro de los hombres, pero odiando su ruido, los encontraba reunidos y silenciosos solo en la iglesia. Conociendo que todos deben ser alguna cosa en el Estado, habia escogido la carrera de mayordomo de fábrica. Por lo demás, no habia conseguido nunca amar á ninguna mujer tanto como á una cebolla de tulipan, ni á ningun hombre tanto como á un elzevir. Habia cumplido hacia ya tiempo sesenta años, cuando un dia le preguntó uno:—¿No os habeis casado?—Me he olvidado de ello, contestó. Cuando le ocurria alguna vez,—porque, ¿á quién no le ocurre?—decir:—¡Oh, si fuese rico!—no lo decia nunca echando el lente á una jóven bonita, como el señor Gillenormand, sino contemplando un libro. Vivia solo con una ama vieja. Padecia de gota en las manos, y cuando dormia, sus viejos dedos, entorpecidos por el reumatismo, se agarrotaban en los pliegues de las sábanas. Habia escrito y publicado *Una Flora de las cercanías de Cauteretz* con láminas iluminadas, obra bastante apreciada, cuyas planchas poseia y vendia por sí mismo. Dos ó tres veces al dia llamaban á su puerta en la calle Mezieres con este objeto. Asi sacaba muy bien dos mil francos al año, y en esto consistia casi toda su fortuna. Aunque era pobre, habia tenido habilidad para hacerse, á fuerza de paciencia, de privaciones y de tiempo, con una coleccion preciosa de ejemplares raros de todos géneros. Nunca salia sin llevar un libro bajo el brazo, y casi siempre volvia con dos. El único adorno de las cuatro habitaciones en el piso bajo, que con un pequeño jardin componian su casa, eran unos herbarios en cuadros y grabados de antiguos maestros. La vista de un sable ó de un fusil le dejaba helado: en su vida se habia aproximado á un cañon, ni aun al de los Inválidos. Tenia un estómago regular, un hermano cura, los cabellos enteramente blancos, ningun diente ni en la boca ni en el espíritu, temblor en todo el cuerpo, acento picardo, risa infantil, el miedo fácil, y el aire de un carnero viejo. No tenia mas lazos de amistad ni trato con los vivos que los que le unian á un viejo librero de la puerta de Santiago, llamado Royol. Su sueño dorado era aclimatar el añil en Francia.

Digitized by Google

Su criada era tambien una variedad de la inocencia. Era una pobre vieja y vírgen. Su gato Sultan, que hubiera podido maullar el Miserere de Allegri en la capilla Sixtina, habia llenado su corazon, y bastaba para la cantidad de pasion que tenia. Ninguno de sus pensamientos habia llegado al hombre: nunca habia podido ir mas allá de su gato, y tenia como éste, bigotes. Toda su gloria se cifraba en sus papalinas blancas. Empleaba el tiempo los domingos, despues de misa, en contar la ropa blanca en su baul, y en estender sobre su cama vestidos en corte que compraba, y no se hacia nunca. Sabia leer, y el señor Mabeuf la llamaba *la tia Plutarco*.

El señor Mabeuf habia simpatizado con Mario, porque siendo Mario jóven y afable, templaba su ancianidad sin asustar su timidez. La juventud con afabilidad produce en los viejos el efecto del sol sin viento. Cuando Mario estaba saturado de gloria militar, de pólvora de cañon, de marchas y contramarchas, y de todas aquellas prodigiosas batallas en que su padre habia dado y recibido tantos sablazos, se iba á ver al señor Mabeuf, y éste le hablaba de los héroes bajo el punto de vista de las flores.

Hácia 1830, su hermano el cura habia muerto, y casi de repente como cuando llega la noche, todo el horizonte se habia oscurecido para el señor Mabeuf. Una quiebra—de notario—le hizo perder una suma de diez mil francos, que era todo lo que poseia de la herencia de su hermano y de su patrimonio. La revolucion de Julio produjo una crísis en el comercio de libros. En tiempos revueltos lo que menos se vende es una *Flora*, y la *Flora de las cercanías de Cauteretz* se quedó sin venta, pasándose las semanas sin presentarse un comprador. Alguna vez el señor Mabeuf se estremecia al oir llamar:—Señor, le decia tristemente la tia Plutarco, es el aguador.—De pronto un dia el señor Mabeuf abandonó la calle Mezieres, abdicó las funciones de mayordomo de fábrica, renunció á San Sulpicio, vendió una parte, no de sus libros, sino de sus estampas—que apreciaba menos,—y fué á instalarse en una casita del boulevard Montparnasse, donde no vivió mas que un trimestre, por dos razones: primera, porque el piso bajo y el jardin costaban trescientos francos, y no se atrevia á pagar mas de doscientos de alquiler; y segunda, porque la casa estaba cerca del tiro de Fatou, y oia á cada momento pistoletazos, lo cual le era insoportable.

Digitized by Google

Cogió, pues, su *Flora*, sus planchas, sus herbarios, sus carteras y sus libros, y se estableció cerca de la Salpetrière, en una especie de cabaña del barrio de Austerlitz, donde por cincuenta escudos al año tenia tres piezas, un jardin cerrado por un seto y pozo. Se aprovechó de esta mudanza para vender casi todos sus muebles. El dia que entró en esta nueva habitacion estuvo muy contento, y clavó él mismo los clavos para colgar los cuadros y los herbarios, cavó en el jardin el resto del dia, y por la noche, viendo que la tia Plutarco tenia el aspecto triste y pensativo, le dió un golpecito en el hombro, y le dijo sonriéndose:—¡Ya tenemos el añil!

Solo dos visitantes, el librero de la puerta de Santiago y Mario, eran admitidos en su cabaña de Austerlitz, nombre algo guerrero, y que por lo mismo le era bastante desagradable.

Por lo demás, como acabamos de indicar, los cerebros absortos en una sabia meditacion ó en una locura, ó lo que sucede mas frecuentemente, en las dos cosas á la vez, solo son sensibles con mucha lentitud á las realidades de la vida. Su mismo destino es como una cosa lejana para ellos. De estas concentraciones resulta una pasividad, que si fuese racional, se asemejaria á la filosofía. Estos hombres declinan, descienden, se deslizan, y aun se desploman, sin notarlo. Concluyen, es verdad, por despertar; pero tardíamente. Mientras tanto parece que son estraños á la partida entablada entre su felicidad y su desgracia. Son la puesta, y miran la partida con indiferencia.

Asi es, que al través de esta oscuridad que se formaba en derredor suyo, todas sus esperanzas morian una despues de otra, y sin embargo, el señor Mabeuf permaneccia sereno, un poco puerilmente, pero muy profundamente. Sus hábitos intelectuales tenian la oscilacion de un péndulo. Una vez impulsado por una ilusion, seguia andando por mucho tiempo, aun cuando la ilusion hubiese desaparecido. Un reloj no se detiene en el momento mismo en que se pierde la llave.

El señor Mabeuf tenia inocentes placeres, que eran poco costosos é inesperados; la menor casualidad se los proporcionaba. Un dia la tia Plutarco leia una novela en un rincon del cuarto; leia en voz alta, creyendo que asi lo entendia mejor; porque leer alto es afirmarse á sí mismo en la lectura; y hay personas que leen muy alto, y que parece se dan una especie de palabra de honor de lo que leen.

Digitized by Google

EL SR. MABEUF.

Digitized by Google

Digitized by Google

La tia Plutarco leia, pues, con esta energía la novela que tenia en la mano, y el señor Mabeuf la oia sin escuchar.

Siguiendo su lectura la tia Plutarco llegó á esta frase: tratábase de un oficial de dragones y de una bella jóven:

«....La beldad se incomodó (1), y el dragon....»

Aquí se interrumpió para limpiar los anteojos.

—Budda y el dragon, repitió á media voz el señor Mabeuf. Sí, es verdad, habia un dragon, que desde el fondo de su caverna arrojaba llamas por la boca y encendia el cielo. Ya habian sido incendiadas muchas estrellas por este monstruo, que tenia además garras de tigre. Budda fué á la caverna, y pudo convertir al dragon. Es un buen libro ese que estais leyendo, tia Plutarco. No hay leyenda mas bonita.

Y el señor Mabeuf cayó en una deliciosa meditacion.

(1) En francés: *La belle bouda, et le dragon... Bouda* se encjó ó incomodó, y *Bouddha*, el dios Budda, se pronuncian lo mismo, produciendo este juego de palabras, intraducible en castellano.

Digitized by Google

V.

LA POBREZA BUENA VECINA DE LA MISERIA.

Mario tenia simpatía hácia aquel cándido anciano que se veia cogido lentamente por la indigencia, y que se iba asustando poco á poco, pero sin entristecerse aun. Mario encontraba á Courfeyrac y buscaba al señor Mabeuf, pero muy raramente; una ó dos veces al mes á lo mas.

El mayor placer de Mario era dar largos paseos solo por los boulevares esteriores, ó por el campo de Marte, ó por las calles de árboles menos frecuentadas del Luxemburgo. Algunas veces pasaba medio dia mirando una huerta, los cuadros de lechugas, las gallinas entre el estiércol, ó un caballo dando vueltas á una noria. Los que pasaban, le miraban con sorpresa, y algunos hallaban en él un aspecto sospechoso y una fisonomía siniestra. Sin embargo, no era mas que un jóven pobre meditando sin objeto.

En uno de aquellos paseos habia descubierto el caseron de Gorbeau, y habiéndole tentado el aislamiento y el bajo precio, se instaló en él. No se le conocia allí mas que por el señor Mario.

Algunos de los antiguos generales ó compañeros de su padre le invitaron cuando le conocieron, á que fuese á visitarlos; y Mario no habia rehusado, porque aquellas visitas eran otras tantas ocasiones de hablar

Digitized by Google

de su padre. Asi, iba de tiempo en tiempo á casa del conde Pajol, á casa del general Bellavesne, á casa del general Fririon, y á los Inválidos. Allí se tocaba y se bailaba, y en aquellas noches, Mario se ponia el frac nuevo; pero no iba nunca á estas reuniones ni á estos bailes, sino los dias en que helaba mucho, porque no podia pagar un coche, y no queria llevar las botas sino como un espejo.

Decia algunas veces, pero sin amargura:—Los hombres están constituidos de tal modo, que se puede entrar en una reunion cubierto de lodo por todas partes, escepto en las botas. No se os pregunta para recibiros mas que por una cosa irreprensible, ¿por la conciencia?—No: por las botas.

Todas las pasiones, escepto las del corazon, se disipan en la meditacion. La fiebre política de Mario habia desaparecido. La revolucion de 1830, satisfaciéndole y calmándole, habia conspirado á este fin. Habia, pues, permanecido el mismo, escepto en la cólera. Tenia siempre las mismas opiniones, pero se habian dulcificado. Propiamente hablando, no tenia ya opiniones, tenia simpatía. ¿Y á qué partido pertenecia? Al de la humanidad; y en la humanidad escogia la Francia; en la nacion, el pueblo; y en el pueblo, la mujer. A esta se dirigia principalmente su piedad. Preferia una idea á un hecho, un poeta á un héroe, y admiraba mas un libro como el de Job, que un triunfo como Marengo. Cuando despues de un dia de meditacion, se iba por las noches á los boulevares, y al través de las ramas de los árboles descubria el espacio sin fondo, los resplandores sin nombre, el abismo, la sombra, el misterio, le parecia muy pequeño todo lo humano.

Creia y tal vez con razon, haber llegado á la verdad de la vida y de la filosofía humana, y habia concluido por no mirar casi mas que al cielo, única cosa que la verdad puede ver desde el fondo de su pozo.

Esto no le impedia multiplicar los planes, las combinaciones, los castillos en el aire, los proyectos para el porvenir. En aquel estado fantástico, si la vista de un hombre hubiera podido penetrar hasta el interior de Mario, se habria deslumbrado ante la pureza de aquella alma. En efecto: si fuese dado á nuestros carnales ojos ver en la conciencia de otro, se juzgaria con mas acierto á un hombre por lo que sueña en su imaginacion, que por lo que piensa: porque en el pensamiento hay voluntad; en el sueño no la hay. Este sueño ó meditacion, cuando es espontáneo,

Digitized by Google

toma y conserva, aun en lo gigantesco é ideal, la figura de nuestro espíritu. Nada sale mas directamente y mas sinceramente del fondo mismo de nuestra alma, que esas aspiraciones irreflexivas y desmesuradas hácia los esplendores del destino. En ellas, mas que en las ideas compuestas, razonadas y coordinadas, puede encontrarse el verdadero carácter de cada hombre. Las quimeras de nuestra imaginacion son los objetos que mas se nos parecen. Cada uno sueña lo desconocido y lo imposible, segun su naturaleza.

Hácia mediados de este año de 1831, la vieja que servia á Mario le contó que iban á despedir á sus vecinos, á la miserable familia Jondrette. Mario, que pasaba casi todo el dia fuera de casa, apenas sabia si tenia vecinos.

—¿Y por qué los despiden?

—Porque no pagan el alquiler. Deben dos plazos.

—¿Y cuánto es?

—Veinte francos, dijo la vieja.

Mario tenia treinta francos ahorrados en un cajon.

—Tomad, dijo á la vieja, ahí teneis veinticinco francos. Pagad por esa pobre gente, dadles cinco francos, y no digais que lo hago yo.

Digitized by Google

VI.

EL SUSTITUTO.

La casualidad hizo que el regimiento de que era teniente Teodulo fuese de guarnicion á París, lo cual dió ocasion á que se ocurriese una segunda idea á su tia Gillenormand. Habia ideado la primera vez hacer vigilar á Mario por Teodulo, y ahora armó un complot para hacer á Teodulo sucesor de Mario.

A todo evento, y para el caso de que el abuelo esperimentase la vaga necesidad de ver una fisonomía jóven en la casa, porque estos rayos de aurora son algunas veces gratos á las ruinas, era útil buscar otro Mario. Pues sea, dijo ella; esto es una simple errata como las que veo en los libros: dice Mario, léase Teodulo.

Un sobrino segundo es casi lo mismo que un nieto; y á falta de un abogado se toma un lancero.

Una mañana que el señor Gillenormand estaba leyendo alguna cosa, como *La Quotidienne*, entró su hija, y le dijo con la voz mas dulce, porque se trataba de su favorito:

—Padre mio, Teodulo va á venir hoy por la mañana á presentaros sus respetos.—¿Qué Teodulo?—Vuestro sobrino.—¡Ah! dijo el abuelo.

Y siguió leyendo sin pensar mas en el sobrino, que no era para él sino

Digitized by Google

un Teodulo cualquiera; no tardó mucho en tener mal humor, lo que le sucedia casi siempre que leia. El «papel» que tenia, realista como era de esperar, anunciaba para el dia siguiente, sin amenidad ninguna, uno de los sucesos diarios de escasa importancia del París de entonces:—Que los alumnos de las escuelas de Derecho y de Medicina debian reunirse en la plaza del Panteon á medio dia—para deliberar.—Se trataba de una de las cuestiones del momento: de la artillería de la guardia nacional, y de un conflicto entre el ministro de la Guerra y la «Milicia ciudadana» con motivo de los cañones depositados en la plaza del Louvre. Los estudiantes debian deliberar sobre esto. No era necesario mas para enfurecer al señor Gillenormand.

Pensó en Mario, que era estudiante, y que probablemente iria como los demás «á deliberar á medio dia en la plaza del Panteon.»

Cuando estaba pensando en esto penosamente entró el teniente Teodulo vestido de paisano, lo que era hábil, y fue discretamente introducido por la señorita Gillenormand. El lancero habia hecho este razonamiento:—El viejo druida no lo ha colocado todo á renta vitalicia; y esto vale muy bien que uno se disfrace de paisano de cuando en cuando. La señorita Gillenormand dijo en voz alta á su padre:

—Teodulo, vuestro sobrino.

Y en voz baja al teniente:

—Aprueba todo lo que diga. Y se retiró.

El teniente, poco acostumbrado á encuentros tan venerables, balbuceó con alguna timidez:—Buenos dias, tio, é hizo un saludo misto, compuesto del bosquejo involuntario y maquinal del saludo militar, terminado por un saludo de paisano.

—¡Ah! ¿sois vos? Está bien. Sentáos, dijo el abuelo.

Y dicho esto, olvidó completamente al lancero.

Teodulo se sentó y el señor Gillenormand se levantó, y se puso á pasear de un lado á otro de la sala con las manos en los bolsillos, hablando alto, y dando tormento con sus viejos dedos irritados á los dos relojes que llevaba en los dos bolsillos del calzon.

—¡Ese monton de mocosos! ¡y eso se convoca en la plaza del Panteon! ¡Por vida de los chicos! ¡Galopines, que estaban ayer mamando! ¡Si les apretaran la nariz, aun saldria leche! ¡Y eso va á deliberar mañana á medio dia! ¿A dónde vamos? ¿á dónde vamos? Es claro que va-

Digitized by Google

mos á un abismo; ¡esto nos lleva á los descamisados! ¡La artillería ciudadana! ¡Deliberar sobre la artillería ciudadana! ¡Ir á charlar á medio dia acerca de las pedorretas de la guardia nacional! ¿Y con quién se van á encontrar allí? Véase á dónde conduce el jacobinismo. Apuesto todo lo que se quiera, un millon contra cualquier cosa, á que no habrá allí mas que perseguidos por la justicia y presidiarios cumplidos. Los republicanos y los presidiarios no son mas que una nariz y un pañuelo. Cornet decia: ¿A dónde quieres que vaya, traidor? Y Fouché respondia: Adonde quieras imbécil. Estos son los republicanos,

—Es verdad, dijo Teodulo.

El señor Gillenormand medio volvió la cabeza, vió á Teodulo, y continuó:

—¡Cuando pienso que ese tunante ha hecho la picardía de hacerse carbonario! ¿Por qué has abandonado tu casa? Por hacerte republicano. Pst. En primer lugar, el pueblo no quiere tu república, no la quiere, porque tiene buen juicio, y sabe muy bien que siempre ha habido reyes, y que los habrá siempre; sabe muy bien que el pueblo, despues de todo, no es mas que el pueblo, y se burla de tu república; ¿lo oyes, tonto? ¿No es bastante horrible semejante capricho? ¡Enamorarse del padre Duchêne, poner buena cara á la guillotina, cantar romances, y tocar la guitarra debajo del balcon del 93! Vamos, merecen que se les escupa por tontos. Todos son lo mismo; ni uno se esceptúa. Basta respirar el aire que corre por la calle para ser insensato; el siglo XIX es un veneno. Cualquier perdido se deja crecer la barba de chivo, se cree un verdadero personaje, y deja plantados á sus ancianos padres. Esto es lo republicano, esto es lo romántico; y hacedme el favor de decir: ¿qué significa esto de romántico? Todas las locuras posibles. Hace un año el ser romántico era ir á *Hernani*. Ahora pregunto yo: ¿qué es *Hernani*? ¡Antítesis, abominaciones que ni siquiera están escritas en francés! Y luego se ponen cañones en la plaza del Louvre. ¡Tales son las violencias de este tiempo!

—Teneis razon, tio, dijo Teodulo.

El señor Gillenormand continuó:

—¡Cañones en la plaza del Museo! ¿Y para qué? Cañon ¿qué me quieres? ¿Quereis ametrallar al Apolo del Belveder? ¿Qué tienen que hacer vuestros cartuchos con la Venus de Médicis? ¡Oh! ¡Estos jóvenes de aho-

Digitized by Google

ra son todos unos perdidos! ¡Que gran cosa es su Benjamin Constant! Y los que no son malvados, son necios. Hacen todo lo que pueden para ser feos; van mal vestidos, tienen miedo de las mujeres, están alrededor de las faldas con un aire de mendigos que hace reir á las piedras; palabra de honor, que se les puede llamar los pobres vergonzantes del amor. Son deformes, y se completan siendo estúpidos; repiten los retruécanos de Tiercelin y de Potier, gastan levitas-sacos, chalecos de palafrenero, camisas gruesas, pantalones de paño burdo, botas de mal becerro, y su lengua se parece á su plumaje. Podria uno servirse de su jerga para remendar sus zapatos. Y toda esta inepta gentecilla tiene opiniones políticas. Veamos: deberia prohibirse severamente tener opiniones políticas. Fabrican sistemas, refunden la sociedad, demuelen la monarquía, echan por tierra todas las leyes, ponen el granero en el lugar de la cueva, y á mi portero en el lugar del rey; trastornan la Europa de arriba á abajo, reedifican el mundo, y tienen por una gran fortuna mirar socarronamente las piernas de las lavanderas que suben en sus carros. ¡Ah, Mario! ¡Ah! ¡vagabundo! ¡ir á vociferar en la plaza pública! ¡Discutir, debatir, tomar medidas! ¡porque esto lo llaman medidas, santo Dios! El desórden se empequeñece y se hace estúpido. He visto el caos, y ahora veo los puches. ¡Unos escolares deliberar sobre la guardia nacional! Esto no se veria, ni aun en el pais de los Ogibbewas, ni en el de los Cadodaches. ¡Los salvajes que andan desnudos, con la cabezota adornada con un volante de jugar á la pelota y con una maza en la pata, son menos brutos que estos bachilleres! ¡Monigotes que no valen cuatro sueldos, haciéndose los entendidos y los graves! ¡Deliberar y raciocinar! Este es el fin del mundo. Es evidentemente el fin de este miserable globo terráqueo; era preciso una convulsion final, y la da la Francia. ¡Deliberad, pillos! Todas estas cosas sucederán mientras se vaya á leer periódicos á las galerías del Odeon, lo cual cuesta un sueldo, y el sentido comun, y la inteligencia, y el corazon, y el alma, y el talento. Salen de allí, y se separan de su familia. Todos los periódicos son una peste; todos hasta *La Bandera Blanca*, porque en el fondo Martainville era un jacobino. ¡Ah, justo ciclo! ¡Tú podrás gloriarte de haber desesperado á tu abuelo!

—Es evidente, dijo Teodulo.

Y aprovechando el momento en que el señor Gillenormand tomaba

Digitized by Google

aliento, el lancero añadió magistralmente: — No deberia haber mas periódicos que el *Monitor*, ni mas libros que el *Anuario militar*.

El señor Gillenormand prosiguió:

— ¡Lo mismo que su Sieyes! ¡Un regicida que llegó á senador! Porque siempre concluyen por esto. Se hieren el rostro con su tuteamiento ciudadano para llegar á hacerse llamar el señor conde. El señor conde, asi en letras gordas como el brazo de los camorristas de setiembre. ¡El filósofo Sieyes! Me hago la justicia de que no he hecho nunca mas caso de las filosofías de estos filósofos que de los anteojos del pagano de Tívoli. Vi un dia á los senadores que pasaban por el muelle Malaquais con mantos de terciopelo morado sembrados de abejas, con sombreros á lo Enrique IV. Estaban horribles: parecian los monos de la córte del tigre. Ciudadanos, os declaro que vuestro progreso es una locura, vuestra humanidad un delirio, vuestra revolucion un crímen, vuestra república un monstruo, y que vuestra jóven Francia vírgen sale de un lupanar, y os lo sostengo á todos, quien quiera que seais, aunque fuéseis publicistas, aunque fuéseis economistas, aunque fuéseis legistas, aunque fuéseis mas conocedores en materia de libertad, igualdad y fraternidad que la cuchilla de la guillotina. Os lo declaro, amigos.

—Pardiez, esclamó el teniente, todo eso es admirablemente verdadero.

El señor Gillenormand interrumpió un gesto que habia empezado, se volvió, miró fijamente al lancero frunciendo el ceño, y le dijo:

—Sois un imbécil.

FIN DEL LIBRO QUINTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO SESTO.

LA CONJUNCION DE DOS ESTRELLAS.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

EL APODO: MANERA DE FORMAR NOMBRES DE FAMILIA.

Por aquella época era Mario un hermoso jóven de mediana estatura, de cabellos muy espesos y negros, frente ancha é inteligente; las ventanas de la nariz abiertas con cierta espresion apasionada; aspecto sincero y tranquilo, y sobre todo, un no sé qué en el rostro que denotaba á la par altivez, reflexion é inocencia. Su perfil, cuyas líneas eran todas redondeadas, sin dejar de ser firmes, tenia esa dulzura germánica que ha penetrado en la fisonomía francesa por Alsacia y Lorena, y aquella absoluta carencia de ángulos, que hacia distinguir tan fácilmente á los sicambros entre los romanos, y que distingue á la raza leonina de la raza aquilina. Hallábase en esa época de la vida en que la imaginacion de los hombres que piensan, se compone casi en iguales proporciones, de reflexion y de sencillez. Dada una situacion grave, tenia cuanto se necesitaba para ser estúpido; un paso mas, y podia ser sublime. Sus modales eran reservados, frios, políticos, poco francos. Como su boca era graciosísima, sus labios los mas encarnados, y sus dientes los mas blancos del mundo, su sonrisa atemperaba lo que habia de severo en su fisonomía. En ciertos momentos formaban singular

Digitized by Google

contraste aquella frente casta, y aquella sonrisa voluptuosa. Tenia pequeños los ojos, y grande la mirada.

En el tiempo de su mayor miseria, observaba que las jóvenes se volvian á mirarle cuando pasaba, lo cual era causa de que huyese ó se ocultase con la muerte en el alma. Creia que le miraban por sus vestidos viejos, y que se reian de ellos: el hecho es que le miraban por su gracia, y que aun habia alguna que soñaba con ella.

Aquella muda desavenencia entre él y las lindas transeuntes le habia hecho huraño. No eligió ninguna por la sencilla razon de que huia de todas. Vivió asi indefinidamente;—bestialmente, como decia Courfeyrac.

Courfeyrac solia decir tambien:—No aspires á ser venerable (se tuteaban: ya se sabe que las amistades jóvenes propenden al tuteamiento). Querido, un consejo. No leas tanto en los libros, y mira un poco mas las faldas. Siempre hay algo de bueno en ellas, ¡oh, Mario! A fuerza de huir y de ponerte colorado, te embrutecerás.

Otras veces Courfeyrac le encontraba, y le decia:—Buenos dias, señor cura.

Cuando Courfeyrac le habia dirigido alguna frase por este estilo, Mario huia mas que nunca durante ocho dias de las mujeres, y procuraba á todo trance no encontrarse con Courfeyrac.

Habia, sin embargo, en la inmensa creacion dos mujeres de quienes Mario no huia, y contra las cuales no tomaba precaucion ninguna. Verdad es que hubiera sido estremada su admiracion, si le hubieran dicho que eran mujeres. Una era la vieja barbuda que barria su cuarto, y de la cual decia Courfeyrac:—Viendo que su criada se deja la barba, Mario no se deja la suya. La otra mujer era una jóven, á la cual veia frecuentemente, pero sin mirarla nunca.

Desde hacia mas de un año, Mario observaba en una calle de árboles desierta del Luxemburgo, la que costea el parapeto ó muro del Vivero, á un hombre y á una niña, casi siempre sentados uno al lado del otro en el mismo banco, en el estremo mas solitario del paseo por el lado de la calle del Oeste. Cada vez que esa casualidad, que se entromete en los paseos de las personas meditabundas, llevaba á Mario por aquella calle, y esto sucedia casi todos los dias, hallaba allí la misma pareja.

El hombre podria tener sesenta años: parecia triste y serio: toda su

Digitized by Google

persona presentaba el aspecto robusto y fatigado de los militares retirados. Si hubiera llevado una condecoracion, Mario habria dicho: Es un antiguo oficial. Tenia buen aspecto, pero inabordable, y nunca fijaba su mirada en la mirada de nadie. Vestia un pantalon azul, un leviton tambien azul, y un sombrero de anchas alas, traje que parecia siempre nuevo; una corbata negra y una camisa de cuákero, es decir, deslumbrante por su blancura, pero de tela gruesa. Al pasar un dia una griseta junto á él dijo: ¡Vaya un viejo bien aseado! Tenia el pelo muy blanco.

La primera vez que la jóven que le acompañaba fué á sentarse con él en el banco que parecia habian adoptado, era una muchacha de trece ó catorce años, flaca, hasta el punto de ser casi fea, encogida, insignificante, y que tal vez prometia tener bastante buenos ojos. Solo que los tenia siempre levantados con una especie de desagradable seguridad. Tenia ese aspecto á la vez aviejado é infantil de las colegialas de un convento, y vestia un traje mal cortado de merino negro. Parecian ser padre é hija.

Mario examinó durante dos ó tres dias á aquel viejo, que no era todavía un anciano, y á aquella niña, que no era todavía una jóven: y despues no puso mas atencion en ellos. Estos, por su parte, parecia que ni aun le veian. Hablaban entre sí con aire apacible é indiferente. La jóven charlaba sin cesar y alegremente; el viejo hablaba poco, pero á cada momento fijaba en ella sus ojos, llenos de una inefable ternura paternal.

Mario habia contraido maquinalmente la costumbre de pasearse por aquella calle, en la cual los encontraba todos los dias.

Véase lo que pasaba.

Generalmente Mario llegaba por el estremo de la calle, opuesto á su banco, y la recorria á lo largo; pasaba por delante de la pareja: despues volvia y recorria de nuevo el paseo hasta el estremo por donde habia entrado, y volvia á comenzar. Repetia este va y viene cinco ó seis veces cada dia, y el paseo otras cinco ó seis veces por semana, sin que á pesar de tanto encuentro, aquellas personas y él hubieran llegado á cambiar un saludo.

Aquel hombre y aquella niña, aunque parecian, ó tal vez porque parecian, evitar las miradas, naturalmente habian despertado la aten-

Digitized by Google

cion de cinco ó seis estudiantes, que de cuando en cuando se paseaban por el Vivero; los estudiosos despues de sus clases, los otros despues de su partida de billar. Courfeyrac, que era de estos últimos, los observó algun tiempo; pero pareciéndole fea la muchacha, puso buen cuidado en alejarse pronto. Habia huido como un Parto, lanzándoles en vez de dardo un apodo. Habiéndole chocado únicamente el traje de la chica y los cabellos del viejo, llamó á la jóven *señorita Negro*, y al padre *señor Blanco*, y con tal suerte, que no conociéndoles nadie, é ignorando su verdadero nombre, el apodo ocupó el lugar é hizo las veces de aquel. Los estudiantes decian:—¡Ah! ya está el señor Blanco en su puesto; y Mario, como los demás, halló muy cómodo llamar á aquel desconocido el señor Blanco.

Seguiremos su ejemplo, y adoptaremos el nombre de Blanco para mayor facilidad de este relato.

Mario continuó asi, viéndoles casi todos los dias á la misma hora durante el primer año. El hombre le agradaba, pero la muchacha le parecia un poco tosca y muy sin gracia.

Digitized by Google

II.

LUX FACTA EST.

El segundo año, precisamente en el punto de esta historia á que ha llegado el lector, sucedió que la costumbre de pasear por el Luxemburgo se interrumpió, sin que el mismo Mario supiera por qué, y estuvo cerca de seis meses sin poner los pies en aquel paseo. Por fin, un dia volvió allá: era una serena mañana de estío, y Mario estaba alegre como se suele estar cuando hace buen tiempo. Parecíale que llevaba en el corazon todos los cantos de los pájaros que oia y todo el cielo azul que veia al través del ramaje de los árboles.

Fuése en derechura «á su paseo,» y cuando estuvo en la estremidad, divisó, siempre en el mismo banco, la consabida pareja. Solamente que cuando se acercó, vió que el hombre continuaba siendo el mismo, pero le pareció que la jóven no era la misma. La persona que ahora veia era una hermosa y alta criatura con las formas mas encantadoras de la mujer, en ese momento preciso en que se combinan todavía con las gracias mas cándidas de la niña; momento fugaz y puro, que solo pueden traducir estas dos palabras: quince años. Tenia admirables cabellos castaños, matizados con reflejos de oro; una frente que parecia hecha de mármol; mejillas que parecian formadas de hojas de rosa; un

Digitized by Google

sonrosado pálido; una blancura que revelaba cierta emocion interior; una boca de forma esquisita de la cual se desprendia la sonrisa como una luz y la palabra como una música; una cabeza que Rafael hubiera dado á María, colocada sobre un cuello que Juan Gujon hubiera dado á Venus. Y para que nada faltase á aquella figura encantadora, la nariz no era bella, era linda; ni recta, ni aguileña, ni italiana, ni griega; era la nariz parisiense, es decir, algo espiritual, fina, irregular y pura que desespera á los pintores y encanta á los poetas.

Cuando Mario pasó cerca de ella no pudo ver sus ojos que tenia constantemente bajos. Solo vió sus largas pestañas de color castaño llenas de sombra y de pudor.

Esto no impedia que la hermosa jóven se sonriese escuchando al hombre de cabellos blancos que le hablaba; y nada tan encantador como aquella fresca sonrisa con los ojos bajos.

En el primer momento, Mario creyó que era otra hija del mismo hombre, hermana sin duda de la primera. Pero cuando la costumbre le condujo por segunda vez cerca del banco y la hubo examinado con atencion, conoció que era la misma. En seis meses la niña se habia hecho jóven: esto era todo. Nada mas frecuente que este fenómeno. Hay un momento en que las niñas, en un abrir y cerrar de ojos, pasan de capullo á rosa. Se las dejó ayer niñas, y se las halla hoy jóvenes seductoras.

Esta no solo habia crecido, sino que se habia idealizado. Asi como bastan tres dias de abril para que ciertos árboles se cubran de flores, seis meses habian bastado para vestirla de belleza. Su abril habia llegado.

Se ven algunas veces personas pobres y mezquinas, que parecen despertarse, pasan súbitamente de la indigencia al fausto, hacen gastos de todos géneros, y se convierten de pronto en deslumbradoras, pródigas y magníficas. Consiste esto en una fortuna improvisada, en un plazo vencido. La jóven habia cobrado su semestre.

No era ya la colegiala con su sombrero anticuado, su traje de merino, sus zapatos rusos y sus manos encarnadas. El buen gusto se habia desarrollado en ella á la par de la belleza. Era una señorita bien puesta, con cierta elegancia sencilla y rica sin pretension. Llevaba un vestido de damasco negro, un abrigo de la misma tela y un sombrero de crespon blanco. Sus guantes blancos dejaban ver la finura de su mano que

Digitized by Google

jugaba con el mango de marfil chinesco de una sombrilla, y su botita de seda dibujaba su pequeño y bien formado pie. Cuando se pasaba por su lado se percibia cierta penetrante fragancia de juventud que exhalaba todo su traje.

Por lo que hace al hombre, era siempre el mismo.

La segunda vez que Mario llegó cerca de ella, la jóven alzó los párpados: sus ojos eran de un azul celeste y profundo; pero en aquel azul velado no habia todavía mas que la mirada de una niña. Miró á Mario con indiferencia como hubiera mirado á la mona que corria por bajo de los sicomoros, ó al jarron de mármol que proyectaba su sombra sobre el banco. Mario, por su parte, continuó el paseo pensando en otra cosa.

Pasó todavía cuatro ó cinco veces cerca del banco donde estaba la jóven, pero sin mirarla.

Los dias siguientes volvió como de ordinario al Luxemburgo: como de ordinario halló «al padre y á la hija,» pero no hizo alto en ellos. No pensó mas en aquella jóven cuando fue hermosa que lo que habia pensado cuando era fea. Pasaba, sí, cerca del banco donde ella estaba, pero solo por costumbre.

Digitized by Google

III.

EFECTO DE PRIMAVERA.

Un dia el aire estaba tibio: el Luxemburgo inundado de sombra y de sol; el cielo puro como si los ángeles lo hubiesen lavado por la mañana: los pajarillos cantaban alegremente posados en el ramaje de los castaños: Mario habia abierto toda su alma á la naturaleza: en nada pensaba; vivia y respiraba. Pasó cerca de aquel banco; la jóven alzó los ojos, y sus dos miradas se encontraron.

¿Qué habia esta vez en la mirada de la jóven? Mario no hubiera podido decirlo. No habia nada y lo habia todo. Fue un relámpago estraño.

Ella bajó los ojos: él continuó su camino.

Lo que acababa de ver no era la mirada ingénua y sencilla de un niño; era una sima misteriosa que se habia entreabierto, y luego bruscamente cerrado.

Hay un dia en que toda jóven mira asi. ¡Desgraciado del que se encuentra cerca!

Esta primer mirada de un alma que no se conoce todavía á sí misma, es como el alba en el cielo. Es el despertar de alguna cosa radiante y desconocida. Nada puede pintar el encanto peligroso de esa luz que ilumina vagamente de pronto adorables tinieblas, y que se compone de

Digitized by Google

toda la inocencia del presente, y de toda la pasion del porvenir. Es una especie de ternura indecisa que se revela por casualidad, y que espera. Es un lazo que la inocencia tiende á su pesar, y en el cual aprisiona los corazones sin saberlo y sin quererlo; es una vírgen que mira como una mujer.

Es raro que á donde quiera que caiga esta mirada no haga nacer una profunda meditacion. Todas las clases de pureza y todas las especies de candor se encuentran reunidas en este rayo celeste y fatal, que tiene aun mas que las miradas mejor elaboradas de las coquetas, el mágico poder de hacer brotar súbitamente en el fondo del alma esa flor sombría, llena de perfumes y de venenos, que se llama amor.

Por la tarde, al volver á su buhardilla, Mario fijó la vista en su vestido, y notó por primera vez que tenia el poco aseo, la inconveniencia y la estupidez inaudita de irse á pasear al Luxemburgo con su vestido de «todos los dias,» es decir, con un sombrero roto hácia el ala, con botas gruesas como las de un carretero, un pantalon negro que estaba blanquecino por las rodillas, y una levita negra que palidecia por los codos.

Digitized by Google

IV.

PRINCIPIO DE UNA GRANDE ENFERMEDAD.

Al dia siguiente á la hora acostumbrada Mario sacó de su armario su frac nuevo, su pantalon nuevo, su sombrero nuevo y sus botas nuevas. Revistióse de esta panoplia completa, calzóse guantes, lujo prodigioso, y se fué al Luxemburgo.

En el camino se encontró á Courfeyrac, y fingió no verle. Courfeyrac, al volver á su casa, dijo á sus amigos:

—Acabo de encontrarme al sombrero nuevo y al frac nuevo de Mario, y á Mario dentro. Sin duda iba de exámen, porque llevaba un aire completamente estúpido.

Llegado que hubo Mario al Luxemburgo, dió la vuelta al estanque; miró los cisnes, luego permaneció largo rato contemplando una estatua, que tenia la cabeza completamente negra de moho, y á la cual le faltaba una cadera.—Cerca del estanque habia un caballero como de cuarenta años, y abdómen prominente, que llevaba de la mano á un muchacho de cinco años, y le decia:—Evita los escesos. Mantente, hijo mio, á igual distancia del despotismo y de la anarquía. Mario escuchó á aquel hombre; luego dió todavía otra vuelta al estanque, y por fin se encaminó hácia «su calle» lentamente, y como si fuera á pesar suyo.

Digitized by Google

Hubiérase dicho que se veia obligado á ir, y retenido á la vez por un impulso contrario. El por su parte no examinaba sus sensaciones, y creia hacer lo que todos los dias.

Al desembocar en el paseo, divisó al otro estremo «en su banco» al señor Blanco y á la jóven. Abotonóse hasta arriba el frac, le estiró por el pecho y espalda para que no hiciese arrugas, examinó con cierta complacencia los reflejos lustrosos de su pantalon, y se fué derecho al banco. Habia algo de ataque en aquella marcha, y hasta humos de conquista ciertamente. Digo, pues, que se fué derecho al banco, como podria decir: Annibal marchó sobre Roma.

Por lo demás, todos sus movimientos eran maquinales, y las ocupaciones habituales de su imaginacion y de sus trabajos no habian sufrido ninguna interrupcion. Pensaba en aquel momento que el *Manual del bachillerato* era un libro estúpido, y que era preciso que le hubiesen compuesto personas de una sandez estremada para que en él se examinasen y analizasen como obras maestras del espíritu humano tres tragedias de Racine, y solo una comedia de Moliére. Sentia un agudo zumbido de oidos; y al acercarse al banco, volvió á estirar las arrugas de su frac, y sus ojos se fijaron sobre la jóven, pareciéndole que llenaba todo el estremo de la calle con una vaga luz azulada.

A medida que se acercaba, iba acortando el paso. Llegado que hubo á cierta distancia del banco, mucho antes de llegar al fin de la calle, se detuvo, y él mismo no pudo saber cómo fue, pero ello es que se volvió en direccion opuesta á la que llevaba. Ni aun se dijo que no pensaba andar todo el paseo. La jóven apenas pudo verlo de lejos y notar el buen aire que tenia con su vestido nuevo. Sin embargo, él caminaba muy derecho para tener buena facha, en el caso de que le mirara alguien que estuviese detrás.

Llegó al estremo opuesto; despues volvió, y esta vez se acercó un poco mas al banco. Aproximóse hasta la distancia de tres intervalos de árboles; pero allí sintió no sé qué imposibilidad de ir mas adelante, y dudó. Creyó ver el rostro de la jóven volverse hácia él; sin embargo, hizo un esfuerzo viril y violento, dominó su vacilacion, y continuó avanzando. Algunos segundos despues pasaba por delante del banco, tieso y firme, encarnado hasta las orejas, sin atreverse á mirar ni á derecha ni á izquierda, con la mano metida entre los botones del frac,

Digitized by Google

como un hombre de Estado. En el momento que pasó—bajo el cañon de la plaza,—comenzó á latirle fuertemente el corazon. Ella vestia, como la víspera, su traje de damasco, y su sombrero de crespon. Mario oyó una voz inefable que debia ser «su voz.» Hablaba tranquilamente. Estaba muy bonita: lo conocia, aunque no procuraba verla.—No podria menos de estimarme, pensaba Mario, y de tenerme en consideracion si supiese que soy yo el verdadero autor de la disertacion sobre el escudero Marcos Obregon que el señor Francisco de Neufchateau ha puesto como de su cosecha, al frente de su edicion del *Gil Blas*.

Pasó el banco, llegó hasta la estremidad de la calle que estaba muy cercana, despues volvió y cruzó nuevamente por delante de la jóven. Esta vez estaba muy pálido. Por lo demás, cuanto sentia era desagrable. Alejóse del banco y de la jóven; y como, aun volviéndola la espalda, se figuraba que le miraba, esto le hacia tropezar.

No trató mas de acercarse al banco: detúvose á la mitad de la calle, y allí, cosa que nunca hacia, se sentó, mirando de reojo á un lado y otro, y pensando, en las mas recónditas profundidades de su espíritu, que al fin y al cabo era difícil que las personas cuyo sombrero blanco y vestido negro admiraba, fuesen absolutamente insensibles á su lustroso pantalon y á su frac nuevo.

Al cabo de un cuarto de hora se levantó como si fuera á comenzar de nuevo su paseo en direccion de aquel banco que aparecia rodeado de una aureola. Quedóse, sin embargo, en pie é inmóvil. Por la primera vez desde hacia quince meses, se dijo á sí mismo que aquel, señor que se sentaba allí todos los dias con aquella jóven, habria reparado sin duda en él, y que le habria parecido estraña su asiduidad.

Por la primera vez tambien conoció que era algo irreverente designar á aquel desconocido, aun en el secreto de su pensamiento, con el apodo del señor Blanco.

Permaneció, pues, algunos minutos, con la cabeza baja, haciendo dibujos en la arena con una varita que tenia en la mano.

Despues volvióse bruscamente al lado opuesto al banco al señor Blanco y á su hija, y se marchó á su casa.

Digitized by Google

Aquel dia se olvidó de ir á comer. A las ocho de la noche se acordó de que no habia comido; y siendo ya muy tarde para bajar á la calle de Santiago; ¡bah! dijo, y comió un pedazo de pan.

No se acostó sino despues de haber cepillado su traje, y de haberlo doblado con gran cuidado.

Digitized by Google

V.

CAEN VARIOS RAYOS SOBRE LA TIA BOUGON.

Al dia siguiente, la tia Bougon, pues asi llamaba Courfeyrac á la portera inquilina principal, y criada del caseron Gorbeau (en realidad se llamaba la tia Bourgon, como ya hemos dicho, pero el tarambana de Courfeyrac nada respetaba); la tia Bougon, decimos, observó estupefacta que el señorito Mario salia otra vez con su vestido nuevo.

Volvió al Luxemburgo, pero no pasó del banco que estaba á la mitad del paseo. Sentóse allí, como la víspera, considerando de lejos y viendo distintamente el sombrero blanco, el traje negro, y sobre todo, la claridad azulada. No se movió de aquel punto, y no volvió á su casa hasta que cerraron las puertas de Luxemburgo. No vió retirarse al señor Blanco y á su hija; y dedujo de aquí, que habian salido del jardin por la verja de la calle del Oeste. Posteriormente, algunas semanas despues, cuando pensó en ello, no pudo nunca acordarse dónde habia comido aquel dia.

Al dia siguiente, era el tercero, la tia Bougon quedó estupefacta otra vez: Mario salió con su vestido nuevo.—¡Tres dias de seguida! esclamó la portera,

Y trató de seguirle; pero Mario andaba muy de prisa á grandes pa-

Digitized by Google

Digitized by Google

LA TIA BOUGON

Digitized by Google

sos, de modo que seguirle era para la tia Bougon como si un hipopótamo tratase de seguir á un corzo. Le perdió de vista á los dos minutos, y volvióse sofocada, casi asfixiada por su asma, y furiosa.—¡Habráse visto! esclamaba. ¿Hay valor para ponerse el vestido nuevo todos los dias, y para hacer correr á la gente de esta manera?

Mario se habia encaminado al Luxemburgo.

La jóven estaba allí con el señor Blanco. Mario se acercó lo mas que pudo, aparentando leer en un libro, pero permaneció todavía muy lejos; luego volvió á sentarse en su banco, donde pasó cuatro horas mirando saltar á los bulliciosos gorriones, que le parecia que se burlaban de él.

Asi pasaron quince dias. Mario iba al Luxemburgo, no para pasearse, sino para sentarse siempre en el mismo sitio, y sin saber por qué, luego que llegaba allí no se movia. Todas las mañanas se ponia su vestido nuevo para no dejarse ver, y al dia siguiente volvia á hacer lo mismo.

Decididamente ella tenia una hermosura maravillosa. La sola observacion que pudiera hacerse parecida á una crítica, era que la contradiccion que existia entre su mirada, que era triste, y su sonrisa, que era alegré, daba á su rostro un aspecto como estraviado, lo cual hacia que en ciertos momentos aquella dulce cara pareciera estraña, sin dejar de ser encantadora.

Digitized by Google

VI.

PRISIONERO.

Uno de los últimos dias de la segunda semana, Mario estaba como, de costumbre, sentado en su banco, teniendo en la mano un libro abierto, del cual hacia dos horas que no habia vuelto una hoja. De repente se estremeció: al final de la calle se verificaba un acontecimiento: el señor Blanco y su hija acababan de levantarse: la hija habíase apoyado en el brazo del padre, y ambos se dirigian lentamente hácia el medio del paseo donde se encontraba Mario. Este cerró su libro, luego le abrió y procuró leer: temblaba; la aureola venia recta á él.

—¡Ah, Dios mio! pensaba; no me darán tiempo para tomar una postura conveniente.

En tanto continuaban avanzando el hombre de cabellos blancos y la jóven. Parecíale que aquello duraba siglos, cuando en realidad solo habian pasado algunos segundos.

—¿Qué vendrán á hacer? se preguntaba. ¡Cómo! ¿Va á pasar por aquí? ¿Sus pies van á pisar esa arena, en esta calle, á dos pasos de mí?

Estaba completamente trastornado; hubiera querido en aquel instante ser hermoso; tener una condecoracion. Oia aproximarse el ruido dulce y mesurado de sus pasos. Imaginábase que el señor Blanco le di-

Digitized by Google

rigia miradas irritadas. ¿Irá á hablarme este caballero? pensaba. Bajó la cabeza: cuando la levantó, estaban pegando con él. La jóven pasó, y al pasar, le miró. Le miró fijamente con cierta dulzura pensativa que hizo estremecerse á Mario de la cabeza á los pies. Le pareció que le reconvenia por haber estado tanto tiempo sin llegarse hasta ella, y que le decia:—Yo soy quien vengo. Mario quedó deslumbrado ante aquellas pupilas llenas de rayos y de abismos.

Sentia arder una hoguera en su cerebro. Ella se habia acercado á él: ¡qué alegría! Y luego, ¡cómo le habia mirado! Le pareció mas bella que nunca la habia visto. Bella, con una hermosura á la par femenil y angélica; con una belleza completa que hubiera hecho cantar al Petrarca, y arrodillarse al Dante. Le parecia estar nadando en pleno cielo azul. Al mismo tiempo estaba horriblemente incomodado, porque tenia empolvadas las botas.

Creia estar seguro de que ella habia mirado tambien sus botas.

La siguió con la vista hasta que desapareció. Luego se puso á pasear por Luxemburgo como un loco. Es probable que á ratos se riera solo y hablara en alta voz. Pasaba tan pensativo junto á las niñeras, que cada cual le creia enamorado de ella.

Salió del Luxemburgo, esperando encontrarla en alguna calle.

Encontróse con Courfeyrac bajo los arcos del Odeon, y le dijo:—Vente á comer conmigo. Fueron á casa de Rousseau y gastaron seis francos. Mario comió como un buitre, y dió seis sueldos de propina al mozo. Á los postres dijo á Courfeyrac:—¿Has leido el periódico? ¡Qué buen discurso ha hecho Andry de Puyrabeau!

Estaba perdidamente enamorado.

Despues de comer dijo á Courfeyrac:—Te convido al teatro. Y se fueron á la Puerta-San-Martin á ver á Frederick en *El Castillo de San Alberto*. Mario se divirtió enormemente.

Al mismo tiempo su esquivez se redobló. Al salir del teatro se negó á mirar la liga de una modistilla que saltaba un arroyuelo. Y Courfeyrac llegó á causarle horror por haber dicho: *de buena gana aumentaria mi coleccion con esa mujer*.

Courfeyrac le habia convidado á almorzar al dia siguiente en el café Voltaire. Mario acudió á la cita, y comió aun mas que la víspera. Estuvo á la vez pensativo y muy alegre. Hubiérase dicho que aprovechaba to-

Digitized by Google

das las ocasiones para reir á carcajadas, y abrazó tiernamente á un provinciano que le presentaron. Habíase formado en torno de la mesa un círculo de estudiantes; se habia hablado de las tonterías pagadas por el Estado, que se administran desde la cátedra en la Sorbona; luego la conversacion recayó sobre las faltas y lagunas de los diccionarios y prosodias de Quicherat. Mario interrumpió la discusion para esclamar:

—Sin embargo, debe de ser muy agradable tener una condecoracion.

—¡Esto es chistoso! dijo Courfeyrac por lo bajo á Juan Prouvaire.

—No, respondió Juan Prouvaire; al contrario, es serio.

Y era serio en efecto. Mario se hallaba en esa primera hora violenta y llena de encanto en que comienzan las grandes pasiones.

Una mirada habia hecho todo esto.

Cuando la mina está cargada, cuando el combustible está pronto nada es mas fácil. Una mirada es una chispa.

La suerte estaba echada: Mario amaba á una mujer: su destino entraba en lo desconocido.

La mirada de las mujeres se parece á ciertos rodajes tranquilos en la apariencia, pero forminables. Pasamos á su lado todos los dias quieta é impunemente y sin sospechar nada. Llega un momento en que hasta olvidamos que aquello está allí. Se va, se viene, se sueña, se habla, se rie. De pronto nos sentimos cogidos: todo acabó. La rueda nos detiene; la mirada nos ha preso. Nos ha preso, no importa por dónde, ni cómo; por una parte cualquiera de nuestro pensamiento que vagaba sin objeto; por una distraccion que hemos tenido: estamos perdidos. Pasaremos completamente por toda la máquina; se apodera de nosotros un encadenamiento de fuerzas misteriosas, y en vano luchamos; no hay socorro humano posible. Vamos á caer de engranaje en engranaje, de angustia en angustia, de tortura en tortura; nosotros, nuestra imaginacion, nuestra fortuna, nuestro porvenir, nuestra alma: y segun que nos hallemos en poder de una criatura malvada, ó de un noble corazon, no saldremos de esa espantosa máquina, sino desfigurados por la vergüenza, ó trasfigurados por la pasion.

Digitized by Google

VII.

AVENTURAS DE LA LETRA U EN EL TERRENO DE LAS SUPOSICIONES.

El aislamiento, el desapego de todo, el orgullo, la independencia, la inclinacion á las bellezas naturales, la falta de actividad cuotidiana y material, la vida retraida, las luchas secretas de la castidad, y el éstasis benévolo ante la creacion entera, habian preparado á Mario para ser poseido de ese espíritu que se llama la pasion. El culto que tributaba á su padre habia llegado poco á poco á ser una religion, y como toda religion se habia retirado al fondo de su alma. Faltaba algo en primer término, y vino el amor.

Un mes largo pasó, durante el cual Mario fué todos los dias al Luxemburgo. Llegada la hora, nada podia detenerle.—Está de servicio, decia Courfeyrac. Mario vivia en continuo éstasis: verdad es que la jóven le miraba.

Habia acabado por atreverse, y se aproximaba al banco. Sin embargo, no pasaba por delante, obedeciendo á la vez al instinto de timidez y al de prudencia de los enemorados. Juzgaba útil no llamar «la atencion del padre.» Combinaba sus paradas detrás de los árboles y de los pedestales de las estatuas con un maquiavelismo profundo, para mostrarse lo mas posible á la jóven, y dejarse ver lo menos posible del viejo. Al-

Digitized by Google

gunas veces permanecia inmóvil mas de media hora á la sombra de un Leonidas ó de un Espartaco cualquiera, teniendo en la mano un libro, por encima del cual sus ojos, suavemente levantados, iban á buscar á la hermosa jóven, la cual por su parte volvia hácia él con vaga sonrisa su perfil encantador. Hablando lo mas natural y lo mas tranquilamente del mundo con el hombre de los cabellos blancos, apoyaba sobre Mario los rayos misteriosos de una mirada virginal y apasionada. Antigua é inmemorial habilidad que Eva sabia desde el primer dia del mundo, y que toda mujer sabe desde el primer dia de su vida. Su boca contestaba al uno, y su mirada respondia al otro.

Preciso es creer, sin embargo, que el señor Blanco habia llegado al fin á notar algo, porque frecuentemente al ver á Mario se levantaba y se ponia á pasear. Habia abandonado su sitio acostumbrado, y habia escogido al estremo opuesto de la calle el banco inmediato al gladiador, como para ver si Mario le seguiria allí. Mario no comprendió este juego, y cometió esta falta. «El padre» comenzó á no ser tan puntual como antes al paseo, y á no llevar todos los dias á «su hija.» Algunas veces iba solo; entonces Mario se marchaba: otra falta.

Mario no se cuidaba de estos síntomas. De la fase de la timidez habia pasado, progreso natural y fatal, á la fase de la ceguedad. Su amor crecia: soñaba con él todas las noches; y además habia tenido una dicha inesperada, que fue como aceite sobre fuego; y redobló las tinieblas en derredor de sus ojos.

Una tarde, al anochecer, habia hallado en el banco que «el señor Blanco y su hija» acababan de abandonar, un pañuelo; un pañuelo sencillo y sin bordados, pero blanco, fino, y que le pareció que exhalaba inefables perfumes. Apoderóse de él con trasporte. Aquel pañuelo estaba marcado con las letras U. F. Mario no sabia nada de aquella hermosa jóven, ni de su familia, ni su nombre, ni su casa. Aquellas dos letras eran la primera noticia que tenia de ella; adorables iniciales sobre las que comenzó inmediatamente á formar conjeturas. U era evidentemente la inicial del nombre:—¡Ursula! pensó; ¡qué delicioso nombre!

Besó el pañuelo, le aspiró, le puso sobre su corazon, sobre su carne durante el dia, y por la noche bajo sus labios para dormirse.

—¡Aspiro en él toda su alma! esclamaba.

Digitized by Google

JUAN VALJEAN Y COSETTE.

Digitized by Google

Digitized by Google

Aquel pañuelo era buenamente del anciano, que lo habia dejado caer del bolsillo.

Los dias que siguieron á este hallazgo, Mario se presentó en el Luxemburgo besando el pañuelo, ó estrechándolo contra su corazon. La hermosa jóven nada de aquella pantomima comprendia, y asi lo daba á entender por medio de señas imperceptibles.

—¡Oh pudor! decia Mario.

Digitized by Google

VIII.

HASTA LOS INVÁLIDOS PUEDEN SER DICHOSOS.

Ya que hemos pronunciado la palabra pudor, y pues que nada ocultamos, debemos decir que una vez, sin embargo, al través de sus éstasis, esperimentó Mario de parte de «su Ursula» un agravio muy serio. Era uno de esos dias en que la jóven hacia al señor Blanco levantarse del asiento y pasear por la calle de árboles. Una fresca brisa de mayo agitaba las copas de los plátanos. El padre y la hija, enlazados del brazo, acababan de pasar por delante del banco de Mario, el cual, levantándose al momento, los siguió con la vista como convenia á la situacion en que se encontraba su ánimo.

De pronto una ráfaga de viento, un poco mas alegre y juguetona que las demás, encargada sin duda de los asuntos de la primavera, voló desde el Vivero, se abatió sobre la calle de árboles, envolvió á la jóven en un encantador estremecimiento digno de las ninfas de Virgilio, y de los famosos de Teócrito, y levantó su vestido, aquel vestido mas sagrado que la túnica de Isis, casi hasta la altura de la liga, mostrando al descubierto una pierna de forma esquisita. Mario la vió, y aquel espectáculo le exasperó y le puso furioso.

La jóven bajó rápidamente el vestido con un movimiento de susto

Digitized by Google

encantador; pero no por eso se indignó menos Mario. Estaba solo en la alameda, es verdad, pero podia haber habido alguno. ¿Y si hubiera habido alguno? ¿Se comprende una cosa semejante? Era horrible lo que la jóven acababa de hacer.—¡Ay! la pobre nada habia hecho: solo habia un culpable, el viento. Pero Mario, en quien rugia confusamente el Bartolo que hay en todo querubin, estaba determinado á enfadarse, y sentia celos hasta de su sombra. Asi, en efecto, se depiertan en el corazon humano, y se imponen, aun sin derecho, los acres y estraños celos de la carne. Por lo demás, y aun prescindiendo de los celos, la vista de aquella hermosa pierna no habia tenido para él nada de agradable: la media blanca de la primera mujer que hubiera encontrado le hubiera causado mas placer.

Cuando «su Ursula,» despues de haber llegado al estremo de la alameda, volvió á pasar con el señor Blanco por delante del banco donde Mario se habia sentado de nuevo, éste la dirigió una mirada irritada y feroz. La jóven esperimentó ese movimiento de hombros y ese leve arqueamiento de cejas, que significa: ¿qué tendrá?

Esta fue «su primera riña.»

Apenas acababa Mario de reñir con ella de este modo por medio de los ojos, cuando una persona atravesó el paseo. Era un inválido encorvado, arrugado y todo cano, con uniforme del tiempo de Luis XV, que llevaba al pecho la pequeña placa ovalada de paño encarnado, con espadas cruzadas, cruz de San Luis del soldado, é iba adornado además de una manga del uniforme sin brazo dentro, una barba de plata y una pierna de palo. Mario creyó notar que aquel ente tenia el aire estremadamente satisfecho. Le pareció que el viejo cínico al pasar cojeando por su lado, le habia dirigido una guiñada fraternal y alegre, como si una casualidad cualquiera hubiese hecho que estuviesen de inteligencia, y que hubieran saboreado en comun alguna buena fortuna. ¿Qué teniapara estar tan contento aquel resto de Marte? ¿Qué habia pasado entreaquella pierna de palo y ella? Mario estaba en el colmo de los celos. ¡Tal vez estaba aquí! dijo, ¡y tal vez ha visto !... Y le entraron ganas de esterminar al inválido.

Con el tiempo todo se olvida: la cólera de Mario contra «Ursula,»

Digitized by Google

por justa y por legítima que fuese, pasó. Acabó por perdonar; pero tuvo que hacer un grande esfuerzo, y se manifestó irritado con ella tres dias.

Sin embargo, al través de todo esto, y á causa de todo esto, la pasion crecia, y llegaba hasta la locura.

Digitized by Google

IX.

ECLIPSE.

Acabamos de ver cómo Mario habia descubierto, ó creido descubrir, que ella se llamaba Ursula.

Comiendo se abre el apetito, y en amor sucede lo que en la mesa. Saber que se llamaba Ursula era mucho y era poco. Mario en tres ó cuatro semanas devoró aquella felicidad; deseó otra, y quiso saber dónde vivia.

Habia cometido una primera falta: caer en la emboscada del banco del gladiador. Habia cometido la segunda: no permanecer en el Luxemburgo cuando iba solo el señor Blanco. Cometió la tercera, que fue inmensa: siguió á «Ursula.»

Vivia en la calle del Oeste, en el sitio menos frecuentado, en una casa nueva de tres pisos, de modesta apariencia.

Desde aquel momento, Mario añadió á su dicha de verla en el Luxemburgo, la de seguirla hasta su casa.

Su hambre se aumentaba. Sabia cómo se llamaba, á lo menos de nombre; nombre lindísimo, el verdadero nombre de una mujer: sabia donde vivia, quiso saber quién era.

Una noche, despues de seguir al padre y á la hija hasta su casa,

Digitized by Google

luego que los vió desaparecer tras de la puerta-cochera, entróse en su seguimiento, y preguntó valientemente al portero:

—¿Es el señor del piso principal el que acaba de entrar?

—No, contestó el portero. Es el inquilino del tercero.

Habia dado un paso: este triunfo alentó á Mario.

—¿Interior ó esterior? preguntó.

—La casa no tiene mas que cuartos á la calle, contestó el portero.

—¿Y cuál es la profesion de ese caballero? replicó Mario.

—Es rentista, caballero; un hombre muy bueno, y un señor muy caritativo, que hace mucho bien á los pobres, aun cuando no es rico.

—¿Cómo se llama? añadió Mario.

El portero alzó la cabeza, y dijo:

—¿Acaso sois polizonte?

Mario se fué un poco mohino, pero encantado; progresaba.

—Bueno, pensó; sé que se llama Ursula, que es hija de un rentista, y que vive ahí en ese piso tercero de la calle del Oeste.

Al dia siguiente, el señor Blanco y su hija solo dieron un pequeño paseo en el Luxemburgo: todavía era muy de dia cuando se marcharon. Mario los siguió á la calle del Oeste como acostumbraba. Al llegar á la puerta-cochera, el señor Blanco hizo pasar primero á su hija; luego se detuvo antes de atravesar el umbral, se volvió y miró fijamente á Mario.

Al dia siguiente ya no fueron al Luxemburgo, y Mario esperó en balde todo el dia.

Entrada la noche fué á la calle del Oeste, y vió luz en las ventanas del tercer piso, y se paseó por debajo hasta que se apagó la luz.

Al dia siguiente tampoco fueron al Luxemburgo. Mario esperó todo el dia, y luego fué á ponerse de centinela bajo las ventanas. Esto le entretenia hasta las diez de la noche. Ya no comia. La fiebre alimenta al enfermo, y el amor al enamorado.

Asi pasaron ocho dias. El señor Blanco y su hija no volvieron á parecer por el Luxemburgo. Mario formaba tristes conjeturas: no se atrevia á espiar la puerta-cochera durante el dia. Contentábase con ir de noche á contemplar la claridad rojiza de los cristales. Veia de cuando en cuando pasar algunas sombras, y el corazon le latia con este espectáculo.

Digitized by Google

Al octavo dia, cuando llegó bajo las ventanas, no habia luz en estas.—¡Calla! esclamó: todavía no han encendido luz, y sin embargo, es ya muy de noche: ¿habrán salido? Esperó hasta las diez, hasta las doce, hasta la una de la mañana; pero no se encendió ninguna luz tras de las vidrieras del tercer piso, ni entró nadie en la casa. Se fué, pues, muy triste.

A la mañana siguiente (porque no vivia sino de dia siguiente en dia siguiente, ni habia hoy para él, digámoslo asi); á la otra mañana no vió á nadie en el Luxemburgo: lo esperaba; al anochecer fué á la casa. No se veia ninguna luz en las ventanas: las persianas estaban cerradas: el piso tercero estaba oscuro como boca de lobo.

Mario llamó á la puerta-cochera, entró y dijo al portero:

—¿El señor del piso tercero?

—Se ha mudado, contestó el portero.

Mario vaciló, y dijo débilmente:

—¿Cuándo?

—Ayer.

—¿Dónde vive ahora?

—No lo sé.

—¿No ha dejado las señas de su nueva casa?

—No.

Y el portero, levantando la nariz, conoció á Mario.

—¡Calla! dijo: sois vos: ¿con que decididamente sois de policía?

FIN DEL LIBRO SESTO.

Digitized by Google

Digitized by Google

LIBRO SÉTIMO.

EL PATRON MINETTE.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

LAS MINAS Y LOS MINEROS.

Las sociedades humanas tienen todas lo que en los teatros se llama *el foso*. El suelo social está minado por todas partes, ya en favor del bien, ya en favor del mal. Estas obras se superponen unas á otras. Hay las minas superiores y las minas inferiores. Hay un alto y un bajo en ese oscuro subsuelo que se abre á veces bajo la civilizacion, y que nuestra indiferencia y dejadez huellan á cada momento. La Enciclopedia del siglo último era una mina casi á cielo abierto. Las tinieblas, esas sombrías encubridoras del cristianismo primitivo, solo esperaban una ocasion para hacer esplosion en tiempo de los Césares, y para inundar de luz al género humano. Porque en las tinieblas sagradas hay luz latente. Los volcanes están llenos de una sombra capaz de arrojar llamas. Toda lava comienza por ser noche. Las catacumbas donde se dijo la primera misa, no eran solo la cueva de Roma, sino que eran tambien el subterráneo del mundo.

Hay bajo el edificio social, la complicada maravilla de los sótanos de todo edificio grande, escavaciones de todas clases. Allí están la mina religiosa, la mina filosófica, la mina política, la mina económica y la mina revolucionaria. Unos cavan con la pica de la idea, otros con el

Digitized by Google

número, otros con la cólera. Se llaman y se responden desde una catacumba á la otra. Las utopias caminan por bajo de tierra en las galerías, y se ramifican en todos sentidos. Encuéntranse á veces y fraternizan. Juan Jacobo presta su pico á Diógenes, que á su vez le presta su linterna. Algunas veces combaten entre sí. Calvino anda á la greña con Socino. Pero nada detiene ni interrumpe la tension de todas estas energías hácia su fin, ni la vasta actividad simultánea que va y viene, sube, baja, y vuelve á subir en aquellas oscuridades, y que trasforma lentamente lo superior por lo inferior, el esterior por el interior: inmenso hormiguero desconocido. La sociedad apenas sospecha esta escavacion, que dejándole la superficie, le cambia las entrañas. Tantos pisos subterráneos suponen otros tantos trabajos diferentes, otras tantas estracciones diversas. ¿Qué sale de todas estas profundas simas? El porvenir.

Cuanto mas se ahonda, mas misteriosos son los trabajadores. El trabajo es bueno hasta un grado que el filósofo social sabe conocer. Mas allá de este grado, es dudoso y misto: mas abajo llega á ser terrible. A cierta profundidad, las escavaciones no son ya penetrables al espíritu de civilizacion: el límite respirable del hombre está traspasado; y es posible un principio de monstruos.

La escala descendente es estraña: cada uno de sus escalones corresponde á un piso en que la filosofía puede asentar el pie, y donde se encuentra á uno de esos obreros, algunas veces divinos, otras veces deformes. Mas abajo de Juan Huss, se halla Lutero: mas abajo de Lutero, está Descartes; por bajo de Descartes, está Voltaire; por bajo de Voltaire, está Condorcet; por bajo de Condorcet, Robespierre; por bajo de Robespierre, Marat; por bajo de Marat, Babeuf. Y asi se continúa. Mas abajo aun, en el límite que separa lo indistinto de lo invisible, se divisan confusamente otros hombres sombríos, que acaso no existen aun. Los de ayer son espectros: los de mañana son larvas. La vista del espíritu los distingue oscuramente. El trabajo embrionario del porvenir es una de las visiones del filósofo.

¡Inaudito espectáculo! ¡Un mundo en el limbo, en el estado de feto!

Saint-Simon, Owen, Fourier, se hallan tambien allí en simas laterales.

Realmente, aunque cierto encadenamiento divino, invisible, une entre sí, y sin saberlo ellos mismos, á todos estos minadores subterrá-

Digitized by Google

neos que casi siempre se creen aislados, y no lo están, sus trabajos son muy diversos, y la luz de los unos contrasta con las llamaradas de los otros. Los unos son paradisiacos, los otros son trágicos. Sin embargo, sea el que quiera el contraste, todos estos trabajadores, desde el mas alto al mas nocturno, desde el mas sabio hasta el mas loco, tienen una semejanza, y es el desinterés. Prescinden de sí propios, no piensan en sus personas, ni en sus particulares intereses: ven otra cosa distinta de ellos mismos. Tienen una mirada, y esa mirada busca lo absoluto. El primero tiene todo el cielo en los ojos; el último, por enigmático que sea, tiene tambien en sus pupilas la pálida claridad del infinito. Respetemos de todos modos á todo el que tiene por signo la pupila estrella.

La pupila sombra es el otro signo.

En ella principia el mal. Delante de aquel, que no tiene mirada, meditad y estremeceos. El órden social tiene tambien sus mineros negros.

Hay un punto en que el ahondamiento es el enterramiento; en que la luz se apaga.

Por bajo de todas esas minas que acabamos de indicar, mas abajo de todas esas galerías, mas abajo de todo este sistema inmenso venoso subterráneo del progreso y de la utopia; mucho mas adentro en la tierra, mas bajo que Marat, mas bajo que Babeuf, mas abajo, muchísimo mas abajo, y sin relacion ninguna con los pisos superiores, se halla la última zapa. Sitio formidable. Es lo que hemos designado con el nombre de foso. Es el foso de las tinieblas. Es la cueva de los ciegos. *Inferi*.

Este foso se comunica con los abismos.

Digitized by Google

II.

EL BAJO FONDO.

Allí el desinterés desaparece. El demonio se bosqueja vagamente. La máxima es: cada cual para sí. El yo ciego, aulla, busca, tantea y roe. El ugolino social se halla en este caso.

Los seres feroces que vagan por estas profundides, casi bestias, casi fantasmas, no se ocupan en el progreso universal; ignoran la idea y la palabra; no se cuidan mas que de la satisfaccion del apetito individual. Casi carecen de conciencia, y hay en su interior una especie de tabla rasa aterradora. Tienen dos madres, ambas á dos madrastras: la ignorancia y la miseria. Tienen un guia, la necesidad; y por toda forma de satisfaccion, el apetito. Son brutalmente voraces, es decir, feroces: no á la manera del tirano, sino al modo del tigre. Del padecimiento, estas larvas pasan al crímen; filiacion fatal; engendro vertiginoso: lógica de la oscuridad. Lo que se arrastra en el foso social, no es la reclamacion ahogada de lo absoluto; es la protesta de la materia. El hombre se convierte allí en dragon. Tener hambre y sed es el punto de partida; ser Satanás es el punto de llegada. De esta cueva sale Lacenaire.

Acabamos de ver há poco, en el libro cuarto, una de las regiones de la mina superior, de la gran zapa política, revolucionaria y filosófica.

Digitized by Google

Allí, acabamos tambien de decirlo, todo es noble, puro, digno y honrado. Allí ciertamente puede uno engañarse, y se engaña; pero el error es venerable porque lleva envuelto en sí el heroismo. El conjunto del trabajo que allí se ejecuta, tiene un nombre: el progreso.

Ha llegado el momento de entrever otras profundidades: las profundidades repugnantes.

Existe bajo la sociedad, insistimos en ello, y existirá hasta el dia en que la ignorancia sea destruida, la gran caverna del mal.

Esta cueva es la última de todas y la enemiga de todas. Es el odio sin escepcion. Esta cueva no conoce filósofo ninguno: su puñal nunca ha servido para tajar una pluma. Su negrura no tiene relacion ninguna con la sublime negrura de la tinta. Nunca los dedos de la noche que se crispan bajo aquel techo asfixiante han hojeado un libro, ni desplegado un periódico. Babeuf es un aristócrata para Cartucho: Marat es un esplotador del género humano para Schinderhannes. Esta cueva tiene por fin la escavacion de todo.

De todo, inclusas las zapas superiores á quienes execra. No mina solamente en su horrible hormiguero el órden social actual; mina tambien la filosofía, la ciencia, el derecho, el pensamiento humano, la civilizacion, la revolucion y el progreso. Se llama simplemente robo, prostitucion, homicidio y asesinato. Es tinieblas, y quiere el caos. Su bóveda está formada de ignorancia.

Todas las demás minas, las de arriba, no tienen mas que un objeto: suprimir esta. A esto tienden por todos sus órganos á la vez, asi por el mejoramiento de lo real, como por la contemplacion de lo absoluto, la filosofía y el progreso. Destruid la cueva Ignoracia, y habreis destruido la sima Crímen.

Condensemos en algunas palabras una parte de lo que acabamos de escribir. El único peligro social es la oscuridad.

Humanidad es identidad. Todos los hombres son del mismo barro. No existe diferencia, por lo menos en este mundo, respecto de la predestinacion. La misma sombra antes, la misma carne ahora, igual ceniza despues. Pero la ignorancia, mezclada con la pasta humana, la ennegrece. Esta incurable negrura se apodera del interior del hombre, y se convierte allí en el mal.

Digitized by Google

III.

BABET, TRAGA-MAR, SUENA-DINERO Y MONTPARNASE.

Desde 1830 á 1835, gobernaba el foco de París una cuadrilla de bandidos, llamados Traga-mar, Suena-dinero, Babet y Montparnase.

Traga-mar era un hércules decaido. Tenia por astro la alcantarilla del Arche-Marion. Tenia seis pies de estatura, pecho de mármol, piernas de acero, la respiracion de caverna, el tono de un coloso, y el cráneo de un pájaro. Creíase ver en él al hércules Farnesio vestido con pantalon de cutí y blusa de veludillo. Formado de esta manera escultural, Traga-mar hubiera podido domar monstruos: le habia parecido mejor y mas corto ser uno de ellos. Frente estrecha, sienes anchas, menos de cuarenta años, y la pata de gallo, el pelo áspero y corto, las mejillas á modo de cepillo, y barba de jabalí: tal era el hombre. Sus músculos solicitaban el trabajo; su estupidez lo rechazaba. Era una gran fuerza perezosa. Era asesino por dejadez: se le suponia criollo. Probablemente habria estado algun tanto en contacto con el mariscal Brune, pues que en 1815 habia sido mozo de cuerda en Avignon. Despues de esto, se habia hecho bandido.

La diafanidad de Babet contrastaba con la corpulencia de Traga-mar. Babet era flaco y sabio. Era trasparente, pero impenetrable. Sus huesos

Digitized by Google

se trasparentaban, pero no su pupila. Decíase químico. Habia sido bufon en casa de Bobiche, y payaso en casa de Bobino. Habia representado el vaudeville en Saint-Mihiel. Era hombre intencionado, gran charlatan, que subrayaba sus sonrisas, y entrecomaba sus gestos. Su industria consistia en vender al aire libre bustos de yeso, y retratos «del jefe del Estado.» Además era sacamuelas. Habia enseñado fenómenos en las ferias, y poseido una barraca con trompeta, y este anuncio: — «Babet, artista dentista, miembro de varias academias; hace esperimentos físicos en metales y metaloides, estirpa los dientes y saca los raigones dejados por sus colegas. Precio: una muela, franco y medio; dos muelas, dos francos; tres muelas, dos francos y medio. Aprovechad la ocasion.— (Este «aprovechad la ocasion» significaba: haceos arrancar todas las muelas posibles). Habia sido casado y tenido hijos, pero no sabia qué habia sido de su mujer ni de sus hijos. Los habia perdido como se pierde un pañuelo. Rarísima escepcion en el mundo en que vivia, Babet leia los periódicos. Un dia, cuando aun vivia con él su familia en su barraca movible, leyó en el *Mensajero* que una mujer habia dado á luz un niño suficientemente viable, el cual tenia hocico de ternera, y esclamó: — *¡Oh qué fortuna! ¡No será mi mujer la que tenga el talento de darme un hijo por el estilo!*

Despues lo abandonó todo para «trabajar en París.» Dicho suyo.

¿Quién era Suena-dinero? Era la noche. Esperaba para presentarse que el cielo se hubiera cubierto de negro. Por la noche salia de un agujero, á donde volvia antes de amanecer. ¿Dónde estaba ese agujero? Nadie lo sabia. Siempre en la mas completa oscuridad, nunca hablaba á sus cómplices sino volviendo la espalda. ¿Se llamaba Suena-dinero? No. Él solia decir: Yo me llamo Nadie. En cuanto aparecia una luz, se ponia una careta. Era ventrílocuo. Babet decia: *Suena-dinero es un nocturno á dos voces*, Suena-dinero era un ser vago, errante, terrible. No habia seguridad de que tuviese un nombre, pues que Suena-dinero era apodo: no era seguro que tuviese voz, pues su vientre hablaba con mas frecuencia que su boca; no era seguro que tuviese rostro, pues nadie habia visto mas que su máscara. Desaparecia como un fantasma, y aparecia como por escotillon.

Montparnase era un ser lúgubre: era casi un niño. Tenia menos de veinte años, linda cara, labios parecidos á las cerezas, hermosos cabe-

Digitized by Google

llos negros, y la claridad de la primavera en los ojos: tenia todos los vicios, y aspiraba á todos los crímenes. La digestion de lo malo le daba apetito para lo peor. Era el pilluelo convertido en ladron, y el ladron convertido en bandido. Era garboso, afeminado, gracioso, robusto, blando, feroz. Llevaba el ala del sombrero levantada hácia la izquierda para dejar bien al descubierto el mechon de pelo rizado segun la moda de 1829. Vivia de robar violentamente. Su levita tenia el mejor corte, pero estaba siempre raida; era una especie de figurin entregado á la miseria, y cometiendo toda clase de crímenes. La causa de todos los atentados de este adolescente, era el deseo de ir bien vestido. La primera modista que le habia dicho: «Eres guapo,» le habia impreso la mancha de las tinieblas en el corazon, y habia hecho un Cain de aquel Abel. Viéndose guapo, quiso ser elegante: ahora bien, la primera elegancia es la ociosidad; y la ociosidad del pobre es el crímen. Pocos ladrones eran tan temidos como Montparnase. A los diez y ocho años habia ya dejado tras de sí algunos cadáveres. Mas de un transeunte con los brazos estendidos yacia en la sombra de aquel miserable, hundida la cara en un charco de sangre. Rizado, perfumado, ajustada la cintura, con caderas de mujer y busto de oficial prusiano, oyendo el murmullo de admiracion que alzaban á su alrededor las muchachas del boulevard, sabiamente atada la corbata, con un rompe-cabezas en el bolsillo y una flor en el ojal; tal era este petimetre del sepulcro.

Digitized by Google

IV.

COMPOSICION DE LA COMPAÑÍA.

Estos cuatro bandidos formaban por sí solos una especie de Proteo que serpenteaba al través de la policía, y procuraba librarse de las miradas indiscretas de Vidocq «bajo distinta forma, árbol, llama ó fuente;» prestándose mutuamente sus nombres y sus guaridas, ocultándose en su propia sombra; teniendo cajas de secreto, y asilos unos para los otros; deshaciéndose de sus personalidades como se despoja uno de una nariz postiza en un baile de máscaras; simplificándose á veces hasta el punto de no ser mas que uno; multiplicándose en otras ocasiones hasta el punto de que el mismo Coco Latour los tomaba por una turba.

Estos cuatro hombres no eran cuatro hombres; eran una especie de ladron misterioso de cuatro cabezas, que trabajaban en grande sobre París; eran el pólipo monstruoso del mal, que habitaba la cripta de la sociedad.

Gracias á sus ramificaciones y á la red subyacente de sus relaciones, Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnase tenian la empresa general de los crímenes del departamento del Sena. Ejercian una especie de soberanía inferior, cuyos golpes de estado descargaban siempre sobre el pobre transeunte. Los que concebian una idea de este género,

Digitized by Google

los hombres de imaginacion nocturna, se dirigian á ellos para la ejecucion. Se suministraba á estos cuatro bribones el argumento, y ellos se encargaban de la representacion. Trabajaban como en un teatro. Siempre se hallaban en situacion de presentar un personal proporcionado y conveniente para todos los atentados en que se pudiera arrimar el hombro, y que fuesen suficientemente lucrativos. Cuando un crímen andaba en busca de brazos, se subarrendaban cómplices. Tenian una compañía de actores de tinieblas á disposicion de todas las tragedias de las cavernas.

Reuníanse habitualmente al caer la noche, hora de su despertar, en las llanuras inmediatas á la Salpêtrière, y allí conferenciaban; tenian ante sí doce horas negras, y arreglaban su empleo.

El *Patron Minette*, tal era el nombre que en la circulacion subterránea se daba á la asociacion de estos cuatro hombres. En el antiguo lenguaje popular y fantástico que diariamente desaparece, *Patron Minette* significa la mañana, lo mismo que *entre perro y lobo* significa la noche. Este apelativo Patron Minette, procedia probablemente de la hora á que concluian su trabajo, pues que el alba es el momento en que se desvanecen los fantasmas, y en que se separan los bandidos.

Bajo esta firma eran conocidos aquellos cuatro hombres... Cuando el presidente del tribunal del Crímen visitó á Lacenaire en su prision, le preguntó sobre un delito que éste negaba:—¿Quién ha hecho esto?—Lacenaire dió esta respuesta enigmática para el magistrado, pero clara para la policía:—Tal vez el Patron Minette.

A veces se adivina toda una pieza de teatro con solo la enunciacion de los personajes: lo mismo se puede apreciar una banda por la lista de los bandidos. Véase, pues que estos nombres sobrenadan en las memorias especiales, á qué apelativos respondian los principales afiliados del Patron Minette.

Panchaud (a) Primaveral (a) Colmenero.

Brujon (Habia toda una dinastía de Brujon, de la cual acaso tendremos ocasion de hablar.)

Bouletruelle, el caminero que ya conocemos.

La viuda.

Finistèrre.

Homero-Hogu-negro.

Digitized by Google

BABET, TRAGA-MAR, SUENA-DINERO Y MONTPARNASE.

Digitized by Google

Digitized by Google

Malanoche.
Estafeta.
Fauntleroy (a) la Ramilletera.
Glorioso, presidiario cumplido.
Para-coches, llamado el señor Puente.
La esplanada del Sur.
Poussagrive.
Carmañoleto.
Kruideniers (a) Bizarro.
Tragaencajes.
Volatinero.
Demi-liard (a) Dos millares.
Etc., etc.

Callemos los de otros, y no de los peores. Estos nombres tienen rostros. No espresan solamente seres, sino especies. Cada uno de estos nombres corresponden á una variedad de esos deformes hongos de las capas inferiores de la civilizacion.

Estos seres, poco pródigos de sus caras, no eran de esos que se ven pasar por las calles. Por el dia, cansados de las noches feroces que tenian, se iban á dormir, ya á los hornos de yeso, ya á las canteras abandonadas de Montmartre ó de Montrouge, y á veces á las alcantarillas. Se agazapaban en la huronera.

¿Qué ha sido de estos hombres? Siempre existen: siempre han existido. Horacio habla de ellos: *Ambubaiarum collegia, pharmacopolæ, mendici, mimæ*; y mientras que la sociedad sea lo que es, serán ellos lo que son. Bajo el oscuro techo de su cueva renacen continuamente de las filtraciones sociales. Vuelven á aparecer, como espectros siempre idénticos; solamente que no llevan los mismos nombres, ni se ocultan bajo las mismas pieles.

Estirpados los individuos, subsiste la tribu.

Tienen siempre las mismas facultades. Del truan al vago la raza se mantiene pura. Adivinan el dinero en los bolsillos, y huelen los relojes en los chalecos. El oro y la plata tienen para ellos olor. Hay hacendados crédulos, de quienes se puede decir están predestinados á ser robados. Estos hombres siguen pacientemente á esas gentes. Al paso de un estrajero ó de un provinciano se estremecen como arañas.

Digitized by Google

Cuando hácia la media noche se descubre ó se ve á estos hombres en una calle desierta, son horribles. No parecen hombres, sino formas hechas de bruma animada. Diríase que habitualmente forman cuerpo con las tinieblas, que no se distinguen de estas, que no tienen mas alma que la sombra, y que solo momentáneamente, y para vivir por espacio de algunos minutos con una vida monstruosa, se han desprendido de la noche.

¿Qué hay que hacer para desterrar estas larvas? Luz, luz á torrentes. No hay un murciélago que resista al alba. Iluminad la sociedad en sus mayores profundidades.

FIN DEL LIBRO SETIMO.

Digitized by Google

LIBRO OCTAVO.

EL MAL POBRE.

Digitized by Google

Digitized by Google

I.

DE CÓMO MARIO BUSCANDO UNA JÓVEN DE SOMBRERO, ENCUENTRA UN HOMBRE CON GORRA.

Pasó el verano y despues el otoño, y llegó el invierno. Ni el señor Blanco, ni la jóven habian vuelto á poner los pies en el Luxemburgo. Mario no tenia mas que un pensamiento, volver á ver aquel dulce y adorable rostro, y le buscaba sin cesar y en todas partes; pero no hallaba nada. No era ya Mario el soñador entusiasta, el hombre resuelto, ardiente y firme, el arriesgado provocador del destino, el cerebro que engendraba porvenir sobre porvenir, con la imaginacion llena de planes, de proyectos, de altivez, de ideas y de voluntad; era un perro perdido. Habia caido en una negra tristeza; todo habia concluido para él. El trabajo le repugnaba, el paseo le cansaba, la soledad le fastidiaba; la vasta naturaleza tan llena para él en otro tiempo de formas, de luz, de voces, de consejos, de perspectivas, de horizontes, de enseñanzas, se presentaba ahora vacía ante sus ojos. Le parecia que todo habia desaparecido.

Continuaba pensando, porque no podia hacer otra cosa; pero ya no encontraba placer en sus pensamientos; y á todo lo que estos le proponian en voz baja, respondia en la sombra:—¿Para qué me sirve?

Digitized by Google

Se reprendia con frecuencia:—¿Por qué la he seguido? ¡Era feliz solo con verla! Me miraba; ¿y no era esto ya una dicha inmensa? Parecia que me amaba: ¿No es esto todo lo que yo podia desear? He querido algo mas. ¿El qué? Nada hay despues de esto. He cometido un absurdo; mia es la culpa, etc., etc. Courfeyrac, á quien nada confiaba, porque asi era propio de su carácter, pero que adivinaba un poco, siendo esto tambien propio del carácter de Courfeyrac, habia empezado felicitándole por su amor; pero asombrándose por otra parte, y despues viendo á Mario sumergido en aquella melancolía, habia concluido por decirle:—Veo que eres simplemente un animal. Anda, ven al baile de la Chaumière.

Una vez, confiando en un hermoso sol de setiembre, Mario se dejó llevar al baile de Sceaux por Courfeyrac, Bossuet y Grantaire, creyendo, ¡qué delirio! que tal vez la encontraria allí. Como era de esperar, no vió á quien buscaba. Y sin embargo, aquí se encuentran todas las mujeres perdidas, decia Grantaire aparte. Mario dejó á sus amigos en el baile, y se volvió á pie, solo, cansado, febril, con los ojos turbados y tristes en la noche, aturdido del ruido y del polvo producido por los alegres carruajes llenos de personas que volvian cantando de la fiesta, y pasaban á su lado, mientras él desanimado, aspiraba para refrescarse la cabeza, el acre olor de los nogales del camino.

Dióse entonces á vivir mas solitario, estraviado, humillado, entregado solo á su angustia interior, yendo y viniendo en su dolor como el lobo en la trampa, y buscando en todas partes el ser ausente, perdido de amor.

Otra vez tuvo un encuentro que le produjo un efecto singular. Habia visto en las callejuelas próximas al boulevard de los Inválidos á un hombre vestido como un obrero, que llevaba en la cabeza una gorra de gran visera, y de la cual salian algunos mechones de blancos cabellos. Mario quedó sorprendido de la belleza de aquellos cabellos blancos, y examinó á aquel hombre que marchaba á pasos lentos, y como absorto en una meditacion dolorosa; y ¡cosa estraña! creyó conocer al señor Blanco. Aquellos eran sus mismos cabellos, el mismo perfil, en cuanto le dejaba ver la gorra, el mismo aspecto, solo que mas triste. ¿Pero por qué llevaba aquel traje de obrero? ¿Qué queria decir esto? ¿Qué significaba aquel disfraz? Mario se quedó absorto; cuando volvió

Digitized by Google

en sí, su primer movimiento fue seguir á aquel hombre; ¿quién sabe si tenia ya la huella que buscaba? En todo caso, bueno era ver al hombre de cerca, y aclarar aquel enigma. Pero esta idea se le ocurrió ya tarde; el hombre habia desaparecido. Sin duda habia entrado en alguna de las calles laterales, y no pudo encontrarle. Este encuentro le tuvo pensativo algunos dias; despues se borró.—No será, se decia, mas que una semejanza.

Digitized by Google

II.

HALLAZGO.

Mario seguia viviendo en la casa de Gorbeau, donde no hacia caso de nadie.

En esta época no habia ya en aquella casa mas vecinos que él y aquellos Jondrette, por quienes habia pagado una vez el alquiler, sin que nunca hubiese hablado al padre, á la madre ni á las hijas. Los demás inquilinos se habian mudado ó se habian muerto, ó habian sido echados por no pagar.

Un dia de aquel invierno habia salido el sol un momento despues del mediodia, pero era el 2 de febrero, es decir, el dia de la Candelaria, en que el sol traidor, precusor de un frio de seis semanas, ha inspirado á Mateo Laensberg estos dos versos, que se han hecho justamente clásicos:

Que llueva ó que no llueva
El oso vuelve á su cueva.

Mario acababa de salir de la suya; caia la noche. Era la hora de comer; porque habia tenido necesidad de volver á comer. ¡Oh debilidad de las pasiones ideales!

Acababa de pasar el umbral de su puerta que estaba barriendo

Digitized by Google

la tia Bougon, mientras murmuraba este monólogo, digno de memoria.

—¿Qué es lo que está ahora barato? Todo está caro. Solo andan baratos los trabajos del mundo; ¡esto sí que no cuesta nada; las penas!

Mario subia lentamente el boulevard hácia la barrera con objeto de llegar á la calle de Santiago: iba pensativo con la cabeza baja.

De repente sintió un empujon en la bruma; se volvió, y vió dos jóvenes cubiertas de harapos, la una alta y delgada, y la otra menor, que pasaban rápidamente sofocadas, asustadas, y como huyendo; venian á su encuentro, no le habian visto, y le habian tropezado al pasar. Mario distinguia en el crepúsculo sus figuras lívidas, sus cabezas despeinadas, sus cabellos esparcidos, sus horribles gorras, sus rotos vestidos y sus pies descalzos. Sin dejar correr, iban hablando. La mayor decia en voz baja:

—Los corchetes han venido: no han podido trincarme.

La otra respondió:—Los he visto: ¡y he chapescado, chapescado, chapescado!

Mario comprendió, al través de este repugnante caló, que los gendarmes ó los agentes de policía habian tratado de prender á estas dos muchachas, y ellas se habian escapado.

Se metieron por entre los árboles del boulevard que estaban detrás de Mario, y formaron por algun tiempo en la oscuridad una sombra blanquecina, que desapareció al fin.

Mario se detuvo un momento.

Iba ya á continuar su camino, cuando vió en el suelo á sus pies un paquetito gris; se bajó y lo cogió. Era como un sobre, y parecia que contenia papeles.

—Bueno, dijo, ¡esas desgraciadas lo habrán dejado caer!

Volvió atrás, llamó, pero no las encontró; creyó que estarian ya lejos; se metió el paquete en el bolsillo, y se fué á comer.

En el camino vió en el paseo de la calle Mouffetard un ataud de niño, cubierto de un paño negro, colocado sobre tres sillas, y alumbrado por una vela. Las dos jóvenes que habia visto en el crepúsculo se presentaron á su imaginacion.

—¡Pobres madres! pensó. Hay una cosa mas triste que ver morir á los hijos; y es verlos con mala vida.

Digitized by Google

Despues, estas sombras que distraian su tristeza, abandonaron su pensamiento, y cayó en sus habituales meditaciones. Volvió á pensar en los seis meses de amor y de felicidad que habia pasado al aire libre y en plena luz bajo los hermosos árboles del Luxemburgo.

—¡Qué sombría se ha hecho mi vida! se decia. Las jóvenes se me presentan sin cesar. Pero antes eran ángeles, y ahora son abismos.

Digitized by Google

III.

CUADRIFRONTE.

Por la noche, cuando se desnudaba para acostarse, encontró en el bolsillo de la levita el paquete que habia recogido en el boulevard. Ya se habia olvidado de él. Creyó que seria útil abrirle, porque tal vez el paquete contuviese las señas de la morada de aquellas jóvenes, si en realidad les pertenecia; y en todo caso, los indicios necesarios para restituirle á la persona que le habia perdido.

Rompió el sobre.

No estaba pegado, y contenia cuatro cartas, sin cerrar tampoco.

Todas tenian señas.

Todas exhalaban un olor repugnante á tabaco.

La primera estaba dirigida: *A la señora marquesa de Grucheray, plaza de en frente de la Cámara de Diputados, núm...*

Mario se dijo que encontraria probablemente las indicaciones que buscaba en ella, y que además, no estando cerrada la carta, era probable que pudiese ser leida sin inconveniente.

Estaba concebida en estos términos:

Señora marquesa:

«La virtud de la clemencia y de la piedad es la que une mas estre-

Digitized by Google

»chamente la soziedad. Dad salida á vuestros cristianos sentimientos, y »dirigid una mirada de compasion á este desgraciado español víctima de »la lealtad y fidelidad á la causa sagrada de la legitimidad, que ha sella»do con su sangre; á que ha consagrado su fortuna, todo por defender »esta causa, y hoy se encuentra en la mayor povreza. No duda que »vuestra honorable persona le concederá un socorro para conservar una »existencia extremadamente penosa para un militar de educacion y de »honor, cubierto de heridas, cuenta de antemano con la humanidad que »os anima, y con el interés que la señora marquesa tiene por una nacion »tan desgraciada. Su súplica no sera vana, y su agradecimiento con»servara su encantador recuerdo.

»Tengo el honor de ofrecer mis sentimientos respetuosos, y ser

»Señora:

»Alvarez, capitan español de caballe»ría, realista refugiado en Francia, que »esta de biaje para su patria, y carece »de recursos para continuar su biaje.»

La firma no tenia señas de habitacion. Mario creyó encontrar las señas en la segunda carta, cuyo sobre decia: *A la señora condesa de Montverdet, calle Cassete, núm.* 9.

Mario leyó lo siguiente:

Señora condesa:

«Os escribe una desgraciada mare de familia con seis hijos, y el me»nor no tiene mas que ocho meses. Yo estoy enferma desde mi ultimo »parto, abandonada de mi marido desde hace cinco meses, no tiniendo »ningun recurso en el mundo en la mas orrorosa endigencia.

»Esperando en la señora condesa, tiene el honor de ser, señora, con »un profundo respeto,

»De Balizard.»

Mario pasó á la tercera carta, que era, como las anteriores, una peticion.

Decia asi:

«Señor Pabourgeot, elector, negociante-gorrero al por mayor, calle »de San Dionisio, esquina á la calle de los Hierros.

Digitized by Google

»Me tomo la libertad de dirigiros esta carta para rogaros que me »concedais el favor precioso de vuestras simpatías, y de interesaros por »un literato que ha presentado un drama al Teatro frances. El argumen»to es historico, y la accion pasa en Auvernia, en tiempo del Imperio; »creo que el estilo es natural laconico, y puede tener algun merito. »Tiene algunos versos cantables en cuatro escenas. Lo comico, lo se»rio, lo imprevisto se mezclan en él con la variedad de los caractéres, y »con una tinta de romanticismo, extendida ligeramente en toda la in»triga que marcha misteriosamente, y va por peripezias sorprendentes »á un desenlace en medio de varias escenas notables.

»Mi objeto principal es satisfacer el deseo que anima progresiva»mente al hombre de nuestro siglo, es decir, á la moda, esa caprichosa »y estraña beleta que cambia casi á cada variacion del biento.

»A pesar de estas cualidades, tengo mis temores de que la envidia, »el egoismo de los autores privilegiados consiga mi esclusion del teatro, »porque no ignoro los disgustos que tienen que pasar los autores nuevos.

»Señor Pabourgeot, vuestra justa reputacion de protector ilustrado »de los letrados, me da balor para enbiaros mi hija, que os expondra »nuestra situacion endigente, sin pan, sin lumbre en esta estacion de »ibierno. Deciros que os ruego admitais la dedicatoria que deseo hace»ros de mi drama y de todos los que haga, es probaros cuanto ambiciono »el honor de colocarme bajo vuestra egida, y honrar mis escritos con »vuestro nombre. Si os dignais honrarme con la mas modesta ofrenda, »me ocuparé pronto en hacer una pieza de verso para pagaros mi trebu»to de reconocimiento. Esta pieza, que trataré de hacer tan perfecta »como me sea posible, os la enviaré antes de insertarse al principio del »drama y de ponerse en escena.

»Al señor
y señora Pabourgeot
»Mis homenajes mas respetuosos,
»Genflot, literato.

»P. D. Aunque no sean mas que cuarenta sueldos.

»Perdonadme que os envie mi hija, y que no me presente yo mis»mo; pero tristes razones de tocador no me permiten ¡ay de mí! salir de »casa...»

Digitized by Google

Mario abrió por fin la cuarta carta: el sobre era este: *Al señor bienhechor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas*; y contenia las siguientes líneas:

Hombre bienhechor:

«Si os dignais acompañar á mi hija vereis una calamidad miserable, »y os enseñaré mis certificados.

»Al ver estos escritos, vuestra alma generosa se convencerá con un »sentimiento de sensible benevolencia, porque los verdaderos filósofos »esperimentan siempre vivas emociones.

»Convenid, hombre compasivo, en que es preciso esperimentar la »mas cruel necesidad, y que es muy doloroso para conseguir algun »consuelo, atestiguarlo con la autoridad, como si uno no fuese libre para »padecer ó para morir de inanicion, esperando que sea socorrida nues»tra miseria. El destino es muy fatal para unos, y demasiado pródigo »para otros.

»Espero vuestra visita ó vuestro socorro si os dignais darle, y os »ruego que recibais los sentimientos respetuosos con que se honra »de ser,

»hombre verdaderamente magnánimo,
»vuestro muy humilde y muy obedien»te servidor,
»P. Fabantou, artista dramático.»

Despues de haber leido estas cuatro cartas, no se encontró Mario mucho mas enterado que antes.

En primer lugar, ningun firmante ponia las señas de su casa.

Además, parecia que provenian de cuatro individuos diferentes: el capitan Alvarez, la mujer de Balizard, el poeta Genflot y el artista dramático Fabantou; pero tenian la particularidad de estar escritas por la misma mano.

De aquí solo podia deducirse que provenian de la misma persona.

Por otra parte, y esto hacia mas verosímil esta sospecha, las cuatro tenian el mismo papel grueso y amarillento, el mismo olor á tabaco, y aunque en ellas se habia tratado evidentemente de variar el estilo, las mismas faltas de ortografía se repetian con profunda tranquilidad, y el literato Genflot no cometia menos que el capitan español.

Digitized by Google

Esforzarse en adivinar este misterio poco importante, era un trabajo inútil. Si no hubiese sido un hallazgo, habria parecido una burla, y Mario estaba demasiado triste para recibir bien una broma de la casualidad, y para prestarse al juego que queria tener con él el empedrado de la calle. Le parecia que estaba jugando á la gallina ciega entre las cuatro cartas que se burlaban de él.

Nada indicaba, por otro lado, que estas cartas perteneciesen á las muchachas que Mario habia encontrado en el boulevard; y sobre todo, eran evidentemente unos papelotes sin valor ninguno.

Mario las volvió al sobre, las tiró á un rincon, y se acostó.

A las siete de la mañana del dia siguiente, cuando acababa de levantarse y desayunarse, iba á ponerse á trabajar, cuando llamaron suavemente á la puerta.

Como no poseia nada, nunca quitaba la llave, sino alguna vez, muy rara, cuando estaba ocupado en un trabajo que corria prisa; aun cuando salia, dejaba la llave en la cerradura.—Mirad que os han de robar, decia la tia Bougon.—¿El qué? decia Mario.—Sin embargo, el hecho es, que un dia le robaron un par de botas viejas, con gran triunfo de la tia Bougon.

Dieron un segundo golpe, tan suave como el primero.

—Adelante, dijo Mario.

Abrióse la puerta.

—¿Qué quereis, tia Bougon? dijo Mario sin levantar los ojos de los libros y manuscritos que tenia encima de la mesa.

Una voz, que no era la de la tia Bougon, respondió:

—Perdon, caballero...

Era una voz sorda, cascada, ahogada, áspera; una voz de viejo enronquecido por el aguardiente y los licores.

Mario se volvió con presteza, y vió á una jóven.

Digitized by Google

IV.

UNA ROSA EN LA MISERIA.

En efecto, una muchacha se hallaba en pie en el hueco que dejaba la puerta entreabierta. La claraboya de la buhardilla por donde entraba la luz, estaba precisamente en frente de la puerta, é iluminaba aquel rostro con un resplandor lívido. Era una criatura flaca, descolorida, descarnada: no tenia mas que una mala camisa y un vestido sobre su helada y temblorosa desnudez. Llevaba por cinturon un bramante; otro le servia de atadero en el pelo: los puntiagudos hombros le salian de la camisa; una palidez rubia y linfática, clavículas terrosas, manos rojas, la boca entreabrierta y desfigurada, con algunos dientes de menos, la vista mate, audaz y baja, las formas abortadas de una jóven, y la mirada de una vieja corrompida: — Cincuenta años mezclados con quince; uno de esos seres que son á la vez débiles y horribles, y que hacen estremecer á aquellos á quienes no hacen llorar.

Mario se habia levantado, y consideraba con cierto estupor á aquel ser, casi semejante á las formas de la vision que atraviesa la imaginacion en los sueños.

Lo que sobre todo era doloroso, es que aquella muchacha no habia venido al mundo para ser fea. En su primera infancia hasta debia de ha-

Digitized by Google

Digitized by Google

EPONINE.

Digitized by Google

ber sido bonita. La gracia de la edad luchaba todavía contra la horrible vejez anticipada de la disolucion y de la pobreza.

Un resto de belleza moria en aquel rostro de diez y seis años, como ese pálido sol que se apaga entre horribles nubes durante el alba de un dia de invierno.

Aquella cara no era absolutamente desconocida á Mario. Creia recordar haberla visto en alguna parte.

—¿Qué quereis, señorita? preguntó.

La jóven contestó con su voz de presidiario borracho.

—Traigo una carta para vos, señor Mario.

Llamaba á Mario por su nombre: no podia dudar que era á él á quien se dirigia; pero ¿quién era aquella muchacha? ¿cómo sabia su nombre?

Sin aguardar que la dijese que pasara adelante, se entró en la habitacion. Entró resueltamente, mirando con cierta especie de seguridad que oprimia el corazon, todo el cuarto y la deshecha cama. Llevaba los pies desnudos. Grandes agujeros en su vestido dejaban ver sus largas piernas y sus flacas rodillas. Estaba tiritando.

Tenia efectivamente en la mano una carta, que presentó á Mario.

Mario al abrir ésta, observó que la oblea grande y enorme estaba aun húmeda. El mensaje, pues, no podia venir de muy lejos. La abrió y leyó:

«Mi amable y jóven vecino:

»He sabido vuestras bondades para conmigo, que habeis pagado mi »alquiler hace seis meses. Os bendigo, jóven. Mi hija mayor os dirá »que estamos sin un pedazo de pan hace dos dias cuatro personas, y »mi mujer enferma. Si mi corazon no me engaña, creo deber esperar »de la generosidad del vuestro que se humanizará á la vista de este es»pectáculo, y que os subyugará el deseo de serme propicio, dignán»doos prodigarme algun socorro.

»Soy con la distinguida consideracion que se debe á los bienhecho»res de la humanidad, vuestro

»JONDRETTE.

»P. D. Mi hija esperará vuestras órdenes, querido señor Mario.»

Esta carta, en medio de la misteriosa aventura que ocupaba la

Digitized by Google

imaginacion de Mario desde la noche anterior, era como una luz en una cueva. Todo quedó para él iluminado de repente.

Aquella carta venia de donde venian las otras cuatro. Era la misma letra, el mismo estilo, la misma ortografía, el mismo papel, el mismo olor á tabaco.

Habia cinco misivas, cinco historias, cinco nombres, cinco firmas y un solo firmante. El capitan español Alvarez, la desgraciada tia Balizard, el poeta dramático Genflot, el viejo cómico Fabantou, se llamaban todos cuatro Jondrette, si es que el mismo Jondrette se llamaba efectivamente de este modo.

Hacia ya mucho tiempo que Mario vivia en el caseron; pero como ya hemos dicho, muy pocas, muy raras eran las ocasiones que habia tenido de ver, mas bien de entrever su ínfima vecindad. Tenia la imaginacion ocupada en otra parte, y donde está la imaginacion está la mirada. Mas de una vez habia debido cruzarse con los Jondrette en el corredor ó en la escalera, pero no eran para él mas que sombras; tampoco habia reparado en ellos que la víspera por la noche habia tropezado en el boulevard, sin conocerlas, con las hijas de Jondrette, porque evidentemente eran ellas, y por cierto que con gran trabajo, la que acababa de entrar en su cuarto, habia despertado en él, al través del disgusto y de la piedad, un vago recuerdo de haberla visto en otra parte.

Ahora veia claramente todo. Comprendia que su vecino Jondrette tenia por industria, en su miseria, esplotar la caridad de las personas benéficas, cuyas señas se proporcionaba, que escribia bajo nombres supuestos á personas que juzgaba ricas y caritativas, cartas que sus hijas llevaban de su cuenta y riesgo, porque aquel padre habia llegado al estremo de arriesgar á sus hijas; jugaba una partida con el destino, y sus hijas eran la puesta. Mario comprendia que probablemente, á juzgar por su fuga de la víspera, por su precipitacion, por su terror y por las palabras que las habia oido en caló, aquellas desgraciadas desempeñaban además no sé qué sombrías ocupaciones, y que de todo esto habia resultado, en medio de la sociedad humana tal como está formada, dos miserables seres, que no eran ni niñas, ni doncellas, ni mujeres, especie de monstruos impuros ó inocentes producidos por la miseria.

Tristes criaturas sin nombre, sin edad, sin sexo, para las que ya no son posibles ni el bien ni el mal; y que al salir de la infancia no poseen

Digitized by Google

ya nada en este mundo, ni libertad, ni virtud, ni responsabilidad: almas abiertas ayer, marchitas hoy, semejantes á esas flores caidas en la calle, manchadas por toda clase de lodos mientras llega una rueda que las aplasta.

Sin embargo, mientras Mario fijaba en ella una mirada admirada y dolorosa, la jóven iba y venia por la buhardilla con una audacia de espectro. Movíase en todos sentidos sin cuidarse para nada de su desnudez. A veces su camisa rota y desgarrada la caia casi hasta la cintura. Movia las sillas, desarreglaba los objetos de tocador colocados sobre la cómoda, tocaba los vestidos de Mario, y rebuscaba lo que habia por los rincones.

—¡Calla! esclamó: ¡teneis un espejo!

Y como si estuviese sola tarareaba coplillas de vaudeville, estribillos ligeros, que cantados por su voz gutural y ronca, parecian lúgubres. Bajo aquel velo de osadía, asomaba á veces cierto encogimiento, cierta inquietud y humillacion. El descaro, en ocasiones, tiene vergüenza.

Nada mas triste que verla andar de un lado para otro, ó por mejor decir, revolotear por el cuarto con los movimientos de un pájaro, á quien la luz asusta, ó que tiene una ala rota. Comprendíase que con otras condiciones de educacion y de fortuna, el aire alegre y libre de aquella jóven, habria podido tener mas dulzura y atractivo. Nunca entre los animales la criatura nacida para ser una paloma se cambia en una oxifraga. Esto solo se ve entre los hombres.

Mario estaba pensativo, y la dejaba hacer.

Aproximóse á la mesa.

—¡Ah! esclamó, ¡teneis libros!

Un relámpago cruzó por sus vidriosas pupilas. Volvió á hablar, y su acento espresaba el placer de poder gloriarse de algo, placer al cual no hay criatura que sea insensible.

—Yo tambien sé leer.

Y cogiendo vivamente el libro que estaba abierto sobre la mesa, leyó con bastante soltura:

«.....El general Bauduin recibió la órden de apoderarse, con los »cinco batallones de su brigada, del castillo de Hougomont, que está »en medio de la llanura de Waterlóo.....»

Digitized by Google

Aquí suspendió su lectura.

—¡Ah! Waterlóo; le conozco. Es una batalla de hace tiempo. Mi padre estuvo allí. Mi padre ha servido en el ejército. ¡Ah! nosotros en casa somos muy bonapartistas. Waterlóo fue contra los ingleses.

Y dejó el libro, cogió una pluma, y esclamó:

—Tambien sé escribir.

Mojó la pluma en el tintero, y se volvió hácia Mario:

—¿Quereis ver? Mirad, voy á escribir una palabra para que veais.

Y antes que Mario hubiera tenido tiempo de contestar, escribió sobre un pedazo de papel blanco que habia sobre la mesa: *Los corchetes están ahí.*

Luego, arrojando la pluma, añadió:

—No hay faltas de ortografía, podeis verlo. Mi hermana y yo hemos recibido educacion. No siempre hemos sido lo que somos. No estábamos criadas para...

Aquí se paró: fijó su pupila apagada en Mario, y rompió á reir, diciendo con una entonacion que contenia todas las angustias ahogadas por todos los cinismos:

—¡Bah!

Y se puso á cantar estas palabras con aire alegre:

Tengo hambre, padre,
Y vos ni una libreta;
El frio, madre,
Me impide hacer calceta.
Tirita,
Lolita.

Luego que hubo acabado la cancion, esclamó:

—¿Vais alguna vez al teatro, señor Mario? Yo voy de cuando en cuando. Tengo un hermanillo que es amigo de los artistas, y algunas veces me da billetes. Pero no me gustan los asientos de galería. Se está allí incómodo, se está mal. A veces hay mucha gente, y á veces hay gente que no huele bien.

Luego consideró á Mario, tomó un aire estraño, y dijo:

—¿Sabeis, señor Mario, que sois un guapo mozo?

Y al mismo tiempo se les ocurrió á ambos la misma idea, que á ella la hizo sonreir, y á él ruborizarse.

Digitized by Google

Aproximóse á él, púsole una mano sobre el hombro, y añadió:

—Vos no habeis reparado en mí; pero yo os conozco, señor Mario. Os suelo encontrar aquí en la escalera y os veo entrar algunas veces en casa del tio Mabeuf que vive hácia el lado de Austerlitz, cuando me paseo por allí. Os sienta muy bien el pelo rizado.

Su voz trataba de ser dulce, y no conseguia mas que ser muy baja. Una parte de sus palabras se perdia en el trayecto de la laringe á los labios, como sobre un teclado donde faltan notas.

Mario se habia retirado suavemente.

—Señorita, dijo con su fria gravedad, tengo un paquete que creo os pertenece. Permitid que os lo devuelva.

Y la alargó el sobre que contenia las cuatro cartas.

Palmoteó ella de contento, y esclamó:

—Lo habíamos buscado por todas partes.

Despues le cogió vivamente, y abriendo el sobre continuó diciendo:

—¡Dios de Dios! Pues apenas hemos buscado mi hermana y yo. ¿Sois vos quien lo habeis encontrado? ¿En el boulevard, no es verdad? Se nos cayó cuando íbamos corriendo. La tonta de mi hermana es la que cometió tal torpeza. Al volver á casa no lo teníamos. Como no queríamos que nos pegasen, porque esto es inútil, completamente inútil, absolutamente inútil, dijimos que habíamos llevado las cartas, y que nos habian dicho ¡Nequaquam! ¡Pobres cartas! ¿Y en qué habeis conocido que eran mias? ¡Ah! sí; en la letra. ¿Luego érais vos con quien tropezamos al pasar ayer noche? No se veia nada. Le dije á mi hermana ¿Es ese caballero? Y mi hermana me dijo: Creo que sí, que es un señor.

Mientras hablaba, habia desplegado la súplica dirigida «al señor benéfico de la iglesia de Santiago de Hau-Pas.»

—¡Calla! dijo: esta es para ese vicjo que va á misa. Y esta es la hora. Voy á llevársela. Tal vez nos dará algo, con lo que podremos almorzar.

Despues se echó á reir, y añadió:

—¿Sabeis de lo que servirá el almuerzo de hoy, si es que almorzamos? Nos servirá para el almuerzo de anteayer, para la comida de anteayer, para el almuerzo de ayer y para la comida de ayer, todo junto, de una vez, esta mañana. Pardiez, si no estais contentos, reventad, perros.

Digitized by Google

Esto hizo recordar á Mario lo que aquella desgraciada habia ido á buscar á su casa.

Registró su chaleco y no halló nada.

La jóven continuaba, y parecia hablar como si ignorase que Mario estaba allí:

—A veces salgo por la noche. Otras no vuelvo á casa. Antes de vivir aquí, el otro invierno, vivíamos bajo los arcos de los puentes. Nos estrechamos unos contra otros para no helarnos. Mi hermanilla lloraba. ¡Qué triste que es el agua! Cuando pensaba en ahogarme, decia: No: está muy fria. Salgo sola cuando quiero; y duermo á veces en los fosos. Por la noche, cuando voy por el boulevard, veo los árboles ahorquillados, y las casas negras y grandes como las torres de Nuestra Señora, y me figuro que las paredes blancas son el rio, y me digo: ¡Toma! ahí está el agua. Las estrellas me parecen hachas de iluminacion; diríase que arrojan humo, y que el viento las apaga: me siento aturdida, como si caballos me resoplasen en los oidos: aunque sea de noche, me parece oir organillos y telares, y qué sé yo qué mas. Creo que me tiran piedras, huyo sin saberlo; todo da vueltas, todo, todo. Cuando no se ha comido es muy raro lo que pasa.

Y miró á Mario con aire espantado.

Mario á fuerza de buscar y rebuscar en sus bolsillos, habia conseguido reunir cinco francos y diez y seis sueldos. Era todo cuanto en el mundo tenia.—Mi comida de hoy, pensó, héla aquí: mañana ya veremos.—Y guardando los diez y seis sueldos, dió los cinco francos á la jóven.

Esta cogió la moneda.

—¡Bueno! esclamó: ¡ya salió el sol!

Y como si el sol hubiera tenido la propiedad de fundir en su cerebro torrentes de caló, prosiguió:

—¡Cinco francos! ¡trigo largo! ¡Un monarca! Sois un chavó de primera. ¡Salud! ¡Adelante los piñones! ¡Dos dias de bureo! Habrá chiscon tinto, y peñascaró, y brinsa, y jamaremos y tragelaremos hasta allí.

Recogió su camisa sobre sus hombros; hizo un profundo saludo á Mario, despues una señal familiar con la mano, y se encaminó hácia la puerta diciendo:

Digitized by Google

—Buenos dias, caballero: voy á buscar á mi viejo.

Al pasar, vió sobre la cómoda una corteza de pan seco, que se enmohecia allí con el polvo: arrojóse sobre ella, y la mordió murmurando:

—Durilla está: casi me va á romper los dientes.

Luego salió.

Digitized by Google

V.

EL VENTANILLO DE LA PROVIDENCIA.

Hacia cinco años que Mario vivia en la pobreza, en la desnudez, en la indigencia; pero entonces advirtió que aun no habia conocido la verdadera miseria. La verdadera miseria era la que acababa de ver. Era aquella larva que acababa de pasar ante sus ojos. Y en efecto, quien no ha visto mas que la miseria del hombre, no ha visto nada. Es menester ver la miseria de la mujer. Quien no ha visto mas que la miseria de la mujer, no ha visto tampoco nada. Es menester ver la miseria del niño ó de la jóven.

Cuando el hombre ha llegado al último estremo, llega tambien á los últimos recursos. Desgraciados los seres sin defensa que le rodean. El trabajo, el salario, el pan, el fuego, el valor, la buena voluntad, todo le falta á la vez. La claridad del dia parece apagarse en el esterior, y la luz moral se apaga en el interior: en esta sombra, el hombre encuentra la debilidad de la mujer y del niño, y las doblega violentamente á la ignominia.

Entonces todos los horrores son posibles. La desesperacion está rodeada de frágiles tabiques, que lindan con el vicio ó con el crímen.

La salud, la juventud, el honor, las santas y pudorosas delicade-

Digitized by Google

zas de la carne, todavía nueva, el corazon, la virginidad, el pudor, esa epidermis del alma, son siniestramente manoseados por ese tiento incierto que busca recursos, que encuentra el oprobio y se acomoda con él. Padres, madres, hijos, hermanos, hermanas, hijas, se adhieren y se agregan casi como una formacion mineral, en esa brumosa promiscuidad de sexos, de parentescos, de edades, de infamias y de inocencias. Se amontonan, pegados los unos á los otros, en una especie de predestinado chirivitil. Allí se entremiran lamentablemente. ¡Oh, infelices! ¡qué pálidos están! ¡qué frio tienen! ¡Parece que se hallan en un planeta mas lejano del sol que el nuestro!

Aquella muchacha fue para Mario una especie de enviado de las tinieblas.

Le reveló todo un lado horrible de la noche.

Mario hasta casi se acusó de los sueños de delirio y pasion que le habian impedido hasta aquel dia dirigir una mirada á sus vecinos. Haber pagado su alquiler era un movimiento maquinal; todo el mundo podia tener aquel movimiento; pero Mario debia haber hecho mas. ¡Cómo! Le separaba solamente un tabique de aquellos seres abandonados, que vivian á tientas en la noche, fuera del resto de los vivientes; codeábase con ellos; era, en cierto modo, el último eslabon del género humano que tocaban; les habia oido vivir, ó mas bien suspirar al lado suyo, y no habia parado la atencion en ellos. Todos los dias, á cada instante, al través de la pared, les oia andar, ir, venir, hablar, y no prestaba el oido; y en aquellas palabras habia gemidos, ¡y tampoco los escuchaba! ¡Su pensamiento estaba en otra parte, soñando, ocupado con visiones imposibles, con amores en el aire, con locuras; y sin embargo, criaturas humanas, sus hermanos en Jesucristo, sus hermanos del pueblo, agonizaban inútilmente á su lado; tenia parte en su desgracia, la agravaba! Porque si hubiesen tenido otro vecino, un vecino menos entregado á quimeras, y mas atento; un hombre ordinario y caritativo, evidentemente su indigencia hubiera sido notada, sus señales de angustia hubieran sido vistas, y desde hace largo tiempo tal vez hubiesen sido recogidos y salvados. Parecian, sin duda, muy depravados, muy corrompidos, muy envilecidos, hasta muy odiosos; pero son raros aquellos que han caido y no se han degradado. Además, hay un punto en que los infortunios y las infamias se confunden y mezclan en una sola palabra

Digitized by Google

fatal: los miserables: ¿de quién es la culpa? Además, ¿no es cuando la caida es mas profunda, cuando la caridad debe ser mayor?

Dándose esta leccion de moral, porque habia ocasiones en que Mario, como todos los corazones verdaderamente honrados, se erigia en su propio pedagogo y se reprendia mas que lo que merecia, consideraba la pared que le separaba de los Jondrette, y hubiera querido hacer pasar al través de aquel tabique su mirada llena de piedad, para con ella reanimar á aquellos desgraciados. La pared estaba formada por una pequeña capa de yeso, sostenida por listones y pies derechos, que, como acabamos de decir, dejaba distinguir perfectamente el ruido de las palabras y de las voces. Era preciso ser el soñador Mario para no haberlo notado todavía. No habia pegado papel ninguno en la pared, ni por el lado de los Jondrette, ni por el de Mario; veíase completamente desnuda la grosera fábrica.

Mario, sin saber casi lo que hacia, examinaba la pared; algunas veces la meditacion examina, observa y escudriña, como lo haria el pensamiento. De pronto se levantó: acababa de observar hácia lo alto, cerca del techo, un agujero triangular, resultado de tres listones que dejaban un hueco entre sí. Faltaba la mezcla que debia llenar aquel hueco, y subiendo sobre la cómoda, se podia ver por aquel agujero la buhardilla de los Jondrette. La conmiseracion debe tener tambien su curiosidad. Aquel agujero formaba una especie de trampilla. Permitido era mirar como á traicion el infortunio para socorrerlo. Veamos, pues, lo que son esa gente, pensó Mario, y lo que hacen.

Escaló la cómoda, aproximó la vista á la abertura, y miró.

Digitized by Google

VI.

EL HOMBRE FIERA EN SU CUEVA.

Las ciudades como los bosques tienen sus antros, donde se oculta todo lo que aquellas tienen de mas malo y de mas temible. Solamente que en las ciudades lo que se oculta asi es feroz, inmundo y pequeño, es decir, feo: en los bosques, lo que se oculta es feroz, salvaje y grande, es decir, bello. Madrigueras por madrigueras, preferibles son las de las fieras á las de los hombres. Las cavernas valen mas que los zaquizamíes.

Lo que Mario veia era un zaquizamí.

Mario era pobre, y su cuarto era indigente; pero asi como su pobreza era noble, su buhardilla era limpia. El tugurio en que su mirada se hundia en aquel momento era abyecto, sucio, fétido, infecto, tenebroso y sórdido. Por todo mueblaje, una silla de paja, una mesa coja, algunos viejos tiestos, y en dos rincones dos tarimas indescriptibles. Por toda claridad, una ventanilla de un pié en cuadro con cuatro vidrios, adornada de telas de araña. Por aquel agujero entraba la luz suficiente para que una cara de hombre pareciese la faz de un fantasma. Las paredes tenian un aspecto leproso, y estaban cubiertas de costurones y cicatrices, como un rostro desfigurado por alguna horrible enfermedad. Des-

Digitized by Google

tilábase al través de ella una humedad legañosa, y se divisaban algunos dibujos obscenos groseramente trazados con carbon.

El cuarto que Mario ocupaba estaba embaldosado de ladrillos ya destrozados; este no estaba ni embaldosado, ni enyesado: andaban los inquilinos sobre la antigua mezcla de la fábrica, que se habia convertido en negra con el roce de los pies. Sobre su suelo desigual, donde el polvo parecia como incrustado, y que solo tenia una virginidad, la de la escoba, se agrupaban caprichosamente constelaciones de calzones viejos, de zapatos viejos y de pingajos horribles: por lo demás, aquel cuarto tenia una chimenea, por lo cual su alquiler valia cuarenta francos al año. De todo habia en aquella chimenea: una estufilla, una marmita, planchas rotas, trapos colgados en clavos, la jaula de un pájaro, ceniza, y aun un poco de fuego. Dos tizones humeaban tristemente.

Lo que hacia aun mas horrible aquel desvan eran su magnitud. Tenia cabos, ángulos, agujeros negros, camaranchones, bahías y promontorios. Allí se veian horribles rincones insondables donde parecia que debian encastillarse las arañas gordas como puños, correderas como el pie, y tal vez no sé qué seres humanos monstruosos.

Una de las tarimas estaba cerca de la puerta, y la otra cerca de la ventana. Ambas tocaban por uno de sus estremos á la chimenea, y daban frente á Mario. En un ángulo próximo á la abertura por donde Mario miraba, estaba colgado en la pared, en un cuadro de madera negra un grabado iluminado, por bajo del cual estaba escrito en letras gruesas El sueño. Este representaba una mujer dormida y un niño dormido, el niño en el regazo de la madre; un águila en una nube con una corona en el pico, y la mujer apartando la corona de la cabeza del niño, por supuesto, sin despertarse: en el fondo, Napoleon en una gloria, apoyándose en una columna de azul oscuro, con un capitel amarillo, adornada con esta inscripcion:

Maringo.
Austerlits.
Iena.
Wagramme.
Elot.

Por bajo de este cuadro, una especie de tablero de madera, mas

Digitized by Google

largo que ancho, estaba colocado en el suelo, y apoyado en plano inclinado contra la pared. Tenia aquello el aire de un cuadro vuelto del revés, de un lienzo, probablemente embadurnado por el opuesto lado, de algun cuadro descolgado de la pared, y olvidado allí, esperando que lo volvieran á colgar.

Cerca de la mesa, sobre la cual Mario divisaba pluma, tinta y papel, estaba sentado un hombre de sesenta años próximamente, pequeño, flaco, lívido, huraño, de aire astuto, cruel é inquieto: un bribon horrible.

Si Lavater hubiera considerado aquel rostro, hubiera hallado allí al buitre, mezclado con el procurador; el ave de rapiña y el curial redomado, afeándose y completándose uno con otro, el curial haciendo innoble al ave de rapiña, y este haciendo horrible al leguleyo.

Aquel hombre tenia una larga barba gris. Estaba vestido con una camisa de mujer, que dejaba ver su pecho velludo, y sus desnudos brazos erizados de pelos grises. Bajo la camisa se veia un pantalon enlodado, y botas, por las cuales asomaban los dedos de los pies.

Tenia una pipa en la boca, y fumaba. En aquella casa no habia pan, pero aun habia tabaco.

Escribia, probablemente alguna carta como las que Mario habia leido.

En una esquina de la mesa se veia un tomo viejo, rojizo, desencuadernado, y cuya forma, que era el antiguo dozavo de los gabinetes de lectura, revelaba que era una novela. En la cubierta campeaba este título impreso en grandes letras: Dios, El Rey, El Honor y las Damas, por Ducray-Dumisnil: 1814.

Mientras escribia el hombre hablaba en voz alta, y Mario le oyó estas palabras:

«¡Decir que ni en la muerte hay igualdad! ¡Véase el padre Lachaise! Los grandes, los que son ricos, están en lo alto, en la calle de las acacias, que está empedrada. Pueden llegar allí en carruaje. Los pequeños, los pobres, los desgraciados, ¡qué! se les mete abajo, donde hay barro hasta las rodillas, en los agujeros, en la humedad. Los meten allí para que se descompongan mas pronto. No se puede ir á verlos sin hundirse en la tierra.»

Detúvose aquí; pegó un puñetazo en la mesa, y añadió rechinando los dientes:

Digitized by Google

«¡Oh! ¡me comeria el mundo!»

Una mujer gorda, que lo mismo podria tener cuarenta años que ciento, estaba acurrucada cerca de la chimenea sobre sus desnudos talones.

Tampoco ella tenia mas traje que una camisa y un vestido de punto, remendado con pedazos de paño viejo. Un delantal de gruesa tela ocultaba la mitad del vestido. Aunque aquella mujer estaba doblada y recogida, se conocia que era muy alta. Era una especie de gigante al lado de su marido. Tenia espantosos cabellos rubios tirando á rojos entrecanos, que removia de cuando en cuando con sus enormes y relucientes manos de uñas chatas.

A su lado estaba colocado en el suelo, abierto por completo, un volúmen de la misma forma que el otro, y probablemente de la misma novela.

En una de las tarimas, Mario entreveia una muchacha larguirucha, sentada, casi desnuda, con los pies colgando, pareciendo por su aire, que ni escuchaba, ni veia, ni vivia. Era la hermana menor, sin duda, de la que habia estado en su cuarto.

Parecia de once á doce años. Examinándola con atencion, se veia que tenia muy bien catorce. Era la muchacha que la víspera por la noche decia en el boulevard:

He chapescado, chapescado.

Era de esa especie enfermiza que está atravesada largo tiempo, y luego crece pronto, y casi de repente. La indigencia es la que forma estas tristes plantas humanas. Estas criaturas no tienen ni infancia, ni adolescencia. A los quince años aparentan doce; á los diez y seis veinte. Hoy niña, mañana mujer. Diríase que saltan la vida para concluir mas pronto.

En este momento aquel ser tenia el aire de un niño. Nada revelaba en aquella habitacion la presencia de ningun trabajo: ni un aparato, ni una rueda, ni un instrumento de ninguna especie. En un rincon habia algunos objetos de hierro de aspecto dudoso. Era esa triste y sombría pereza que sigue á la desesperacion, y que precede á la agonía.

Mario consideró por algun tiempo aquel interior fúnebre, mas espantoso que el interior de una tumba, porque allí se sentia removerse el alma humana, y palpitar la vida.

Digitized by Google

El desvan, la cueva ó el foso desde donde ciertos indigentes se arrastran á lo mas bajo del edificio social, no es del todo el sepulcro: es su antesala; pero como esos ricos que ponen de manifiesto sus mayores magnificencias á la entrada de sus palacios, parece que la muerte, que está al lado, ostenta sus mas grandes miserias en este vestíbulo.

El hombre se habia callado, la mujer no hablaba, la jóven parecia que ni aun respiraba. Oíase rechinar la pluma sobre el papel.

El hombre masculló sin dejar de escribir:—¡Canalla! ¡canalla! y todo ¡canalla!—Este variante al epifonema de Salomon, arrancó un suspiro á la mujer.

—Cálmate, amiguito, dijo. No te pongas malo, querido. Tienes demasiada bondad con escribir á esa gente, marido mio.

Con la miseria los cuerpos se aprietan los unos contra los otros, como con el frio, pero los corazones se alejan. Aquella mujer, segun todas las apariencias, habia debido amar á aquel hombre con la cantidad de amor que habia en ella; pero probablemente, con las reconvenciones cuotidianas y recíprocas de una espantosa miseria que pesaba sobre todo el grupo, aquel amor se habia apagado. No habia ya en ella para su marido mas que cenizas de un afecto. Sin embargo, los apelativos cariñosos, como sucede frecuentemente, habian sobrevivido. Le llamaba *querido, amiguito, marido mio* con la boca, mientras el corazon guardaba silencio.

El hombre se habia puesto nuevamente á escribir.

Digitized by Google

VII.

ESTRATEGIA Y TÁCTICA.

Mario con el corazon oprimido, iba á bajarse de la especie de observatorio que se habia improvisado, cuando un ruido atrajo su atencion, y le obligó á permanecer en el sitio que estaba.

La puerta del desvan acababa de abrirse bruscamente. La hija mayor apareció en el umbral. Llevaba puestos gruesos zapatos de hombre, manchados de barro, que la habia salpicado hasta sus encarnados tobillos, y estaba cubierta con una vieja manta hecha girones, que Mario no la habia visto una hora antes, pero que probablemente dejaria á la puerta para inspirarle mas piedad, y que sin duda habia recogido al salir. Entró, cerró la puerta tras sí, se detuvo para tomar aliento, porque iba muy fatigada, y luego gritó con espresion de triunfo y de alegría:

—¡Viene!

El padre volvió los ojos; la madre la cabeza; la chica no se movió.

—¿Quién? preguntó el padre.

—El señor.

—¿El filántropo?

—Sí.

—¿De la iglesia de Santiago?

Digitized by Google

—Sí.

—¿Ese viejo?

—Sí.

—¿Y va á venir?

—Me sigue.

—¿Estás segura?

—Estoy segura.

—¿Con que de veras viene?

—Viene en un coche de alquiler.

—¡En coche! ¡Es Rothschild! El padre se levantó.

—¿Con que estás segura? Pero si viene en coche, ¿cómo es que has llegado antes que él? ¿Le has dado á lo menos bien las señas? ¿Le has dicho bien claro la última puerta al fondo del corredor á la derecha? ¡Con tal que no se equivoque! ¿Le has hallado en la iglesia? ¿Ha leido mi carta? ¿Qué ha dicho?

—¡Ta, ta, ta! y cómo corres, buen hombre, dijo la muchacha. Mira: he entrado en la iglesia; estaba en su sitio de costumbre; le he hecho una reverencia, le he dado tu carta, la ha leido, y me ha dicho:—¿Dónde vivís, hija mia?—Contesté: yo os llevaré, caballero. Me dijo:—No, dadme vuestras señas; mi hija tiene que hacer algunas compras; tomaré un carruaje, y llegaré á vuestra casa al mismo tiempo que vos. Le dí, pues, las señas. Cuando le dije la casa, pareció sorprendido, y como que dudaba un instante; pero luego añadió: Es igual; iré. Concluida la misa, le ví salir de la iglesia con su hija, y subir á los dos en un coche. Le he indicado bien la última puerta, al último del corredor á la derecha.

—¿Y qué te hace suponer que vendrá?

—Que acabo de ver al coche que llegaba por la calle del Petit-Banquier. Por esto es por lo que he corrido.

—¿Cómo sabes que es el mismo coche?

—¡Toma! Porque habia mirado el número.

—¿Cuál es el número?

—Cuatrocientos cuarenta.

—Bien; eres una chica de talento.

La jóven miró atrevidamente á su padre, y enseñando los zapatos que llevaba en los pies, añadió:

Digitized by Google

—Una chica de talento es posible; pero digo que no me volveré á poner estos zapatos, que no los quiero, primero por la salud, y luego por la limpieza: no conozco nada mas fastidioso que las suelas que rechinan, y que hacen ri, ri, ri, todo lo largo del camino. Prefiero ir con los pies descalzos.

Tienes razon, contestó el padre con un tono de dulzura que contrastaba con la rudeza de la jóven; pero como no te dejarian entrar en las iglesias, es preciso que los pobres tengan zapatos. No se va con los pies descalzos á la casa de Dios, añadió amargamente. Luego, volviendo al objeto que le ocupaba la imaginacion, continuó:

—¿Estás segura, segura de que viene?

—Viene pisándome los talones.

El hombre se enderezó: habia una especie de iluminacion en su rostro.

—Mujer, gritó, ya lo oyes. Aquí tienes al filántropo. Apaga el fuego.

La madre estupefacta no se movió.

El padre, con la agilidad de un saltimbanqui, agarró un puchero desportillado que habia sobre la chimenea, y arrojó el agua sobre los tizones.

Luego dirigiéndose á su hija mayor.

—Quítale el asiento á la silla, añadió.

Su hija no comprendió.

Cogió la silla, y de un talonazo le quitó, ó mejor dicho, la rompió el asiento. Su pierna pasó por el agujero que habia abierto.

Al retirarla, preguntó á la muchacha:

—¿Hace frio?

—Mucho. Está nevando.

Volvióse el padre hácia la hija menor que estaba en la tarima cerca de la ventana, y la gritó con voz tonante:

—¡Pronto! fuera de la cama, perezosa: nunca servirás para nada. Rompe un vidrio.

La niña se levantó tiritando.

—¡Rompe un vidrio! replicó.

La chica permaneció como absorta.

—¿No me oyes? repitió el padre; te digo que rompas un vidrio.

Digitized by Google

La chica, con una especie de obediente pavor, se alzó sobre la punta de los pies, y pegó un puñetazo en uno de los vidrios, el cual se rompió y cayó con estrépito.

—¡Bien! dijo el padre.

Estaba grave y brusco. Su mirada recorria rápidamente todos los rincones del desvan.

Hubiérase dicho que era un general haciendo los últimos preparativos en el momento en que va á comenzar la batalla.

La madre, que aun no habia dicho una palabra, se levantó y preguntó con voz lenta y sorda, cuyas palabras parecian salir como coaguladas.

—Querido, ¿qué pretendes hacer?

—Echate en la cama, respondió el hombre.

La entonacion no admitia réplica.

La madre obedeció, y se arrojó pesadamente en una tarima.

Mientras tanto oíanse sollozos en un rincon.

—¿Qué es eso? preguntó el padre.

La hija menor, sin salir de la sombra en que se habia guarecido, enseñó su puño ensangrentado. Al romper el vidrio se habia herido: habia ido á colocarse cerca de la tarima de su madre, y allí lloraba silenciosamente.

Tocóle ahora á la madre el levantarse, y gritar:

—Ya lo ves. No haces mas que tonterías: al romper el vidrio se ha cortado la mano.

—¡Tanto mejor! dijo el hombre; lo habia previsto.

—¿Cómo tanto mejor? replicó la mujer...

—¡Calma! replicó el padre: suprimo la libertad de la prensa.

Y desgarrando la camisa de mujer que tenia puesta, sacó de ella una tira de tela, con la cual envolvió vivamente el puño ensangrentado de la niña.

Hecho esto, la mirada se fijó con satisfaccion en la desgarrada camisa.

—¡Y la camisa tambien! dijo. Todo tiene un aire magnífico.

Un viento helado silbaba al pasar por el vidrio y entraba en el cuarto. La bruma esterior penetraba en él, y se dilataba como blanquecino algodon vagamente deshecho por dedos invisibles. Al través del vidrio

Digitized by Google

roto se veia caer la nieve. El frio prometido la víspera por el sol de la Candelaria habia llegado en efecto.

El padre paseó una mirada alrededor suyo como para asegurarse de que nada habia olvidado. Cogió una vieja paleta, y echó con ella ceniza sobre los tizones mojados hasta ocultarlos completamente.

Luego enderezándose y apoyándose en la chimenea, dijo:

—Ahora podemos recibir al filántropo.

Digitized by Google

VIII.

EL RAYO DE SOL EN LA CUEVA

La hija mayor se acercó y puso su mano sobre la de su padre.

—Tienta, le dijo, verás qué frio tengo.

—¡Bah! respondió el padre: mas tengo yo.

La madre gritó impetuosamente:

—Siempre lo tuyo es mejor ó mayor que lo de los demás; hasta en lo malo.

—¡Silencio! dijo el hombre.

La madre, mirada de cierto modo, se calló.

Hubo en la cueva un momento de silencio.

La hija mayor deshilaba con aire indiferente el estremo inferior de la manta; la mas pequeña continuaba sollozando: la madre le habia cogido la cabeza entre las manos y la cubria de besos, diciéndole por lo bajo:

—¡Tesoro mio! No llores, te lo suplico; eso no será nada: mira que se va á enfadar tu padre.

—No, gritó este; al contrario, llora, llora; eso está muy bien.

Luego, volviéndose á la mayor, añadió:

—¡Ese hombre no llega! ¡Si no viniese, habria apagado mi fuego,

Digitized by Google

desfondado mi silla, desgarrado mi camisa y roto mi vidrio por nada!

—¡Y herido á la niña! murmuró la madre.

—¿Sabeis, replicó el padre, que hace un frio de perros en este desvan del diablo? ¡Si este hombre no viniera! ¡Oh, cómo se hace esperar! Él dirá: Me esperarán: ¡Allí están para eso!—¡Oh, cómo los aborrezco! y con qué júbilo, con qué alegría, con qué entusiasmo, con qué satisfaccion ahogaria á todos esos ricos! ¡A todos esos ricos, á esos pretendidos hombres caritativos, que se hacen los santos, que van á misa, que predican por aquí y por allá, que se creen por encima de nosotros, y que vienen á humillarnos y á traernos vestidos, como ellos dicen; trapos que no valen cuatro sueldos, y pan! No es eso solo lo que yo quiero, atajo de canallas: es dinero. ¡Ah, dinero, nunca! porque dicen que iríamos á beberlo, y que somos unos borrachos y unos holgazanes. ¿Y ellos? ¿Qué es lo que son y lo que fueron en su tiempo? Ladrones: si no, no se hubieran enriquecido. ¡Oh! debiera cogerse á la sociedad entre las cuatro puntas de una manta y arrojarlo todo por el aire. Todo se romperia, es posible; pero á lo menos nadie tendria nada, y esto habríamos ganado.—Pero, ¿qué es lo que hace el mastin de tu benéfico señor? ¿Vendrá? ¡Tal vez el animal habrá olvidado las señas! Apostemos á que ese viejo bestia...

En aquel momento dieron un ligero golpe á la puerta: el hombre se precipitó hácia ella, y la abrió, esclamando con profundos saludos y sonrisas de adoracion:

—Entrad, señor, dignáos entrar, mi respetable bienhechor, asi como vuestra encantadora hija.

Un hombre de edad madura y una jóven aparecieron en la puerta del desvan.

Mario no habia dejado su puesto. Lo que sintió en aquel momento no puede espresarse en ninguna lengua humana. Era Ella.

Todo el que haya amado sabe las acepciones resplandecientes que contienen las tres letras de esta palabra: Ella..

Era ella efectivamente. Mario apenas la distinguia al través del luminoso vapor que se habia esparcido súbitamente sobre sus ojos. Era aquel dulce ser ausente, aquel astro que para él habia lucido durante seis meses: era aquella pupila, aquella frente, aquella boca, aquel bello rostro desvanecido que le habia dejado sumido en

Digitized by Google

la oscuridad al marcharse. La vision se habia eclipsado y reaparecia.

Reaparecia en aquella sombra, en aquel desvan, en aquella cueva deforme, en aquel horror.

Mario se estremeció. ¡Cómo! ¡Era ella! Las palpitaciones de su corazon le turbaban la vista. Sentíase próximo á prorumpir en llanto. ¡Cómo! ¡La volvia á ver, despues de haberla buscado tanto tiempo! Le parecia que habia perdido su alma, y que acababa de encontrarla.

Se conservaba la misma, solamente un poco mas pálida: formaba el marco de su delicado rostro un sombrero de terciopelo violeta, y ocultaba su talle una manteleta de raso negro. Bajo su larga falda se entreveia su pequeño pie, aprisionado en una botita de seda.

Acompañábala el señor Blanco.

Habia dado algunos pasos por el cuarto, y habia dejado un gran paquete sobre la mesa.

La Jondrette mayor se habia retirado detrás de la puerta, y miraba con tristes ojos aquel sombrero de terciopelo, aquel abrigo de seda, y aquel encantador rostro feliz.

Digitized by Google

IX.

JONDRETTE CASI LLORA.

A tal punto estaba oscuro el chiribitil, que las personas que venian de fuera esperimentaban al entrar en él lo mismo que hubieran sentido al entrar en una cueva. Los dos recien venidos avanzaron con cierta vacilacion, distinguiendo apenas formas vagas en torno suyo, en tanto que eran perfectamente vistos y examinados por los habitantes del desvan, acostumbrados á aquel crepúsculo.

El señor Blanco se aproximó con su mirada buena y triste, y dijo á Jondrette padre:

—Señor, en ese paquete hallareis algunas prendas nuevas, medias y cobertores de lana.

—Nuestro angelical bienhechor nos abruma, dijo Jondrette inclinándose hasta el suelo. Luego acercándose al oido de su hija mayor mientras que los dos visitantes examinaban aquel lamentable interior, añadió por lo bajo y rápidamente:

—¡Hein! ¿no lo decia yo? trapos, pero no dinero. Todos son lo mismo. A propósito, ¿cómo estaba firmada la carta para este babieca?

—Fabantou, respondió la hija.

—El artista dramático, ¡bueno!

Digitized by Google

A tiempo se acordó Jondrette, porque en aquel momento el señor Blanco se volvia hácia él, y le decia con ese aire de quien busca un nombre.

—Veo que sois muy digno de lástima, señor...

—Fabantou, respondió vivamente Jondrette.

—Señor Fabantou, sí, eso es. Ya lo recuerdo.

—Artista dramático, señor, que ha obtenido algunos triunfos.

Aquí Jondrette creyó evidentemente llegado el momento de «apoderarse» del filántropo. Esclamó, pues, con un acento que participaba á la vez de la charla del titiritero en las ferias, y de la humildad del mendigo en las carreteras:—Discípulo de Talma, señor, he sido discípulo de Talma. La fortuna me ha sonreido en otro tiempo. ¡Ah! ahora ha llegado su turno á la desgracia; ya lo veis, mi bienhechor, no tengo ni pan ni fuego. ¡Mis pobres hijas no tienen fuego! ¡Mi única silla sin asiento! ¡Un vidrio roto! ¡Y con el tiempo que hace! ¡Mi esposa en la cama enferma!

—¡Pobre mujer! dijo el señor Blanco.

—¡Mi hija herida! añadió Jondrette.

La muchacha distraida con la llegada de los dos estraños se habia puesto á contemplar á la «señorita,» y habia dejado de llorar.

—¡Llora, chilla! la dijo por lo bajo Jondrette.

Y al mismo tiempo la pellizcó la mano herida; todo esto con un verdadero talento de escamoteador.

La chica puso el grito en el cielo.

La adorable jóven que Mario llamaba en su corazon su «Ursula» se acercó vivamente.

—¡Pobre niña! dijo.

—Ya lo veis, hermosa señorita, prosiguió Jondrette, su puño está ensangrentado. Es un accidente que la ha sucedido trabajando en una mecánica para ganar seis sueldos al dia. Acaso habrá necesidad de cortarla el brazo.

—¿De veras? dijo el señor Blanco alarmado.

La chica, tomando estas palabras por lo serio, comenzó á llorar con mas fuerza.

—¡Ay, sí, mi bienhechor! respondió el padre.

Desde hacia algunos instantes Jondrette contemplaba al «filántropo»

Digitized by Google

de un modo estraño. Mientras hablaba, parecia escudriñar con atencion, como si tratase de buscar algo en sus recuerdos. De pronto, aprovechando el momento en que los recien venidos preguntaban con interés á la niña sobre la herida de la mano, pasó cerca de su mujer, que estaba en la cama, con aire estúpido, y la dijo vivamente y en voz baja:

—¡Mira bien á ese hombre!

Luego volviéndose hácia el señor Blanco, y continuando su lamentacion:

—¡Ya lo veis, señor, tengo por todo vestido una camisa de mi mujer y desgarrada en el rigor del invierno! No puedo salir porque no tengo ropa. Si la tuviera, por mala que fuese, iria á ver á la señorita Mars, que me conoce, y me quiere mucho. ¿No vive aun en la calle de la Tour-des-Dames? Sabed, caballero, que en provincia hemos trabajado juntos. He compartido sus laureles. Celimene vendria á mi socorro, caballero. ¡Elmira daria limosna á Belisario! Pero no, ¡nada! ¡y ni un sueldo en casa! Mi mujer enferma, mi hija peligrosamente herida, y ¡ni un sueldo! Mi mujer padece de espasmos, efectos de la edad, complicados con una afeccion del sistema nervioso: necesita ciertos cuidados lo mismo que mi hija. ¡Pero cómo pagar al médico y la botica sin un cuarto! Me arrodillaria ante una décima, señor. Mirad á lo que están reducidas las artes. ¿Y sabeis, hermosa señorita, y vos, mi generoso protector, vos que respirais la virtud y la bondad, y que perfumais esa iglesia donde mi pobre hija, al ir á rezar, os ve todos los dias... sabeis por qué yo educo religiosamente á mis hijas? No he querido que se dedicasen al teatro. ¡Ah, las picaruelas! Que las vea yo torcerse... ¡No gasto bromas yo! Las echo largos sermones sobre el honor, sobre la moral, sobre la virtud. Preguntádselo. Es menester que anden derechas. Tienen padre. No son de esas desgraciadas que comienzan por no tener familia, y acaban por emparentar con el público: que al principio son la señorita Nadie, y despues se convierten en la señora de Todo-el-mundo. Pardiez: eso no sucederá en la familia Fabantou. Trato de educarlas virtuosamente, y que sean, que sean honradas y buenas, y que crean en Dios, pardiez. Y bien, señor, mi digno señor, ¿sabeis lo que va á pasar mañana? Mañana es el 4 de febrero, el dia fatal, el último plazo que me ha concedido mi casero: si esta noche no le pago, mañana, mi hija mayor, yo, mi esposa con su calentura, mi hija menor con su herida, todos cuatro seremos ar-

Digitized by Google

rojados de aquí y echados á la calle, al boulevard, sin abrigo, en medio de la lluvia y de la nieve. Mirad, señor: ¡debo cuatro trimestres! un año, es decir, ¡sesenta francos!

Jondrette mentia. Cuatro trimestres no hubieran hecho mas que cuarenta francos, y no podia deber cuatro, pues que no hacia seis meses que Mario habia pagado dos.

El señor Blanco sacó cinco francos de su bolsillo, y los echó sobre la mesa.

Jondrette tuvo tiempo de murmurar al oido de su hija mayor:

—¡Tacaño! ¿Qué querrá que haga yo con sus cinco francos? Con eso no me paga ni la silla, ni el vidrio. ¡Haga usted gastos!

Entre tanto se habia quitado un gran sobretodo oscuro que llevaba sobre su levita azul, y lo habia echado sobre la espalda de la silla.

—Señor Fabantou, dijo, no traigo aquí mas que esos cincos francos; pero voy á llevar mi hija á casa, y volveré esta noche: ¿no es esta noche cuando debeis pagar?...

La cara de Jondrette se iluminó con una estraña espresion, y contestó vivamente:

—Sí, mi respetable bienhechor. A las ocho debo estar en casa del propietario.

—Vendré á las seis, y os traeré los sesenta francos.

—¡Oh, ¡mi bienhechor! esclamó Jondrette como delirante.

Y añadió por lo bajo:

—Míralo bien, mujer.

El señor Blanco habia cogido el brazo de su hermosa hija, y se volvió hácia la puerta.

—Hasta la noche, amigos mios, dijo.

—¿A las seis? dijo Jondrette.

—A las seis en punto.

En aquel momento la Jondrette mayor se fijó en el sobretodo dejado sobre la silla:

—Señor, dijo, olvidais vuestro gaban.

Jondrette dirigió á su hija una mirada furibunda, acompañada de un encogimiento de hombros formidable.

El señor Blanco se volvió, y contestó sonriendo:

Digitized by Google

—No lo olvido, lo dejo.

—¡Oh, mi protector! ¡mi augusto bienhechor! dijo Jondrette, voy á llorar á lágrima viva con tantas bondades. Permitid que os acompañe hasta vuestro carruaje.

—Si salís, dijo el señor Blanco, ponéos ese abrigo. Verdáderamente hace mucho frio.

Jondrette no se lo hizo repetir dos veces. Enjaretóse rápidamente el sobretodo oscuro.

Y todos tres salieron del desvan; Jondrette precediendo á los dos visitantes.

Digitized by Google

X.

TARIFA DE LOS CARRUAJES DE ALQUILER: DOS FRANCOS POR HORA.

Mario no habia perdido nada de toda esta escena, y en realidad, sin embargo, nada habia visto. Sus ojos habian estado constantemente fijos en la jóven, su corazon se habia, por decirlo asi, apoderado de ella, y la habia rodeado toda entera desde su primer paso en el desvan. Durante todo el tiempo que ella estuvo allí, Mario habia vivido con esa vida del éxtasis que suspende las percepciones materiales, y precipita toda el alma sobre un solo punto. Contemplaba, no á aquella jóven, sino aquella luz que llevaba una manteleta de raso, y un sombrero de terciopelo. Si la estrella Sirio hubiera entrado en el cuarto no le habria deslumbrado mas.

En tanto que la jóven abria el paquete, desplegaba las prendas y los cobertores, preguntaba á la madre enferma con bondad y á la muchacha herida con enternecimiento, Mario espiaba todos sus movimientos, y procuraba oir sus palabras. Conocia sus ojos, su frente, su belleza, su talle, su andar: lo que no conocia era su voz. Habia creido oir algunas palabras una vez en el Luxemburgo, pero no estaba absolutamente seguro de ello. Hubiera dado diez años de su vida por oirla, por poder llevar

Digitized by Google

en su alma un poco de aquella música. Pero todo se perdia en las declamaciones lastimeras, y en las jeremiadas de Jondrette; lo cual irritaba verdaderamente á Mario, aun en medio de su éxtasis. No apartaba de ella los ojos. No podia imaginarse que fuese realmente aquella criatura divina la que veia en medio de seres tan inmundos en aquel monstruoso tugurio. Parecíale ver un colibri entre sapos.

Cuando la jóven salió, él solo tuvo un pensamiento: seguirla, no perder sus huellas, no dejarla hasta saber dónde vivia, no volverla á perder, á lo menos despues de haberla hallado tan milagrosamente. Saltó de la cómoda y cogió su sombrero. Al poner la mano en el picaporte, cuando iba ya á salir, le detuvo una reflexion. El corredor era largo, la escalera estrecha y empinada, Jondrette muy charlatan, el señor Blanco no habria aun subido en su coche, y si volviéndose en el corredor, en la escalera ó en el portal, le veia en aquella casa, evidentemente se alarmaria, y hallaria medio de escapar de nuevo, y otra vez habria acabado todo. ¿Qué hacer? ¿Esperar un poco? Pero mientras esperaba, el carruaje podria marchar. Mario se hallaba perplejo. Por fin se arriesgó y salió de su cuarto.

No habia ya nadie en el corredor; corrió á la escalera; tampoco habia nadie en la escalera. Bajó á escape, y llegó al boulevard á tiempo para ver á un coche de alquiler volver la esquina de la calle del Petit Banquier y entrar en París.

Mario se precipitó en aquella direccion. Al llegar á la esquina del boulevard, volvió á ver el coche que bajaba rápidamente por la calle Mouffetard. El coche estaba ya muy lejos, y no habia medio de alcanzarle. ¿Qué hacer? ¿Correr detrás de él? Imposible. Además, desde el carruaje podrian observar que un individuo corria á todo escape en su persecucion, y el padre le conoceria. En aquel monto, ¡casualidad inaudita y maravillosa! Mario vió un cabriolé de alquiler que pasaba vacio por el boulevard. Solo habia un partido que tomar; subir en el cabriolé y seguir al coche. Esto era seguro, eficaz.

Mario hizo seña al cochero de que parara, y le gritó:

—¡Por horas!

Mario estaba sin corbata, tenia puesto el traje viejo de los dias de trabajo, al cual le faltaban algunos botones, y su camisa estaba rota por uno de los pliegues de la pechera.

Digitized by Google

El cochero se detuvo, guiñó el ojo, y estendió hácia Mario su mano izquierda, frotando suavemente el índice y el pulgar.

—¿Qué hay? dijo Mario.

—Paga anticipada, dijo el cochero.

Mario se acordó que no llevaba consigo mas que diez y seis sueldos.

—¿Cuánto? preguntó.

—Cuarenta sueldos.

—Al volver, pagaré.

El cochero por toda respuesta silbó la cancion de la Palisse, y aplicó un latigazo al caballo.

Mario miró alejarse el cabriolé con aire consternado. Por veinticuatro sueldos que le faltaban, perdia su alegría, su felicidad, su amor, y volvia á caer en las tinieblas. Habia visto, y quedaba nuevamente ciego. Pensó amargamente, y preciso es decirlo, con un profundo pesar en los cinco francos que aquella misma mañana habia dado á aquella miserable muchacha. Si hubiera tenido sus cinco francos, estaba salvado; renacia, salia del limbo, de las tinieblas; salia del aislamiento, del spleen, de la viudez; reanudaba el negro hilo de su destino á aquel hermoso hilo de oro que acababa de flotar ante sus ojos, y de romperse otra vez. Volvió, pues, á su buhardilla desesperado.

Habria podido reflexionar que el señor Blanco habia prometido volver por la noche, y que solo de él dependia manejarse mejor aquella vez para seguirle; pero en su contemplacion apenas lo habia oido.

En el momento de subir la escalera vió al otro lado del boulevard, junto á la desierta pared de la calle de la Barrera de los Gobelinos, á Jondrette envuelto en el sobretodo del «filántropo,» que hablaba con uno de esos hombres de figura sospechosa, que se ha convenido en llamar *vagos de las barreras*; gentes de aspecto equívoco, de monólogos sospechosos, que tienen aire de mal pensados, y que duermen muy comunmente por el dia, lo que hace suponer que trabajan de noche.

Aquellos dos hombres, hablando inmóviles bajo la nieve que caia á grandes copos, formaban un grupo, que á un agente de policía le hubiera de seguro llamado la atencion, pero que Mario apenas reparó.

Sin embargo, por dolorosa que fuese su meditacion, no pudo menos de decirse, que aquel vago de las barreras con quien Jondrette hablaba se parecia á un tal Panchaud, alias Primaveral, alias Colmenero, que

Digitized by Google

Courfeyrac le habia enseñado una vez, y que pasaba en el barrio por un paseante nocturno bastante peligroso. Ya hemos visto en el libro precedente el nombre de este mozo. Aquel Panchaud, alias Primaveral, alias Colmenero, figuró posteriormente en muchas causas criminales, y llegó á ser un bribon célebre. Entonces no era mas que un bribon notable. Hoy existe en estado de tradicion entre los bandidos y ladrones. A fines del último reinado formaba escuela. Y por la tarde, al anochecer, á la hora en que se forman grupos y se habla en voz baja, hablaban de él en la Fuerza, en la Cueva de los Leones. En aquella prision, precisamente en el sitio donde pasaba bajo el camino de ronda el canal de la alcantarilla que sirvió para la inaudita fuga en pleno dia de treinta presos en 1843, se podia, encima de los ladrillos de la alcantarilla, leer su nombre. PANCHAUD, audazmente grabado por él en la pared en una de sus tentativas de evasion. En 1832, la policía le vigilaba ya; pero aun no se habia estrenado seriamente.

Digitized by Google

XI.

OFERTAS DE SERVICIO DE LA MISERIA AL DOLOR.

Mario subió la escalera de la buhardilla á paso lento: cuando iba á entrar en su celda, vió detrás de sí á la Jondrette mayor que le seguia. Aquella muchacha le era odiosa á la vista: ella era quien tenia sus cinco francos; era ya demasiado tarde para reclamárselos; el cabriolé no estaba ya allí, y el coche del señor Blanco iba muy lejos. Además, no se los devolveria. En cuanto á preguntarla por la casa de los que há poco habian estado allí, era inútil, pues evidentemente no la sabia, toda vez que la carta firmada Fabantou iba dirigida *Al bienhecbor de la iglesia de Santiago de Haut-Pas.*

Mario entró en su cuarto y empujó la puerta tras de sí. No se cerraba, y volviéndose vió una mano que mantenia la puerta entreabierta.

—¿Qué hay? preguntó, ¿quién está ahí?

Era la Jondrette.

—¿Sois vos? replicó Mario con dureza; ¿otra vez vos? ¿Qué me quereis?

Ella parecia pensativa y no le miraba. No tenia la seguridad de aquella mañana. No habia entrado, y se mantenia en la sombra del corredor, donde Mario la veia por entre la puerta entreabierta.

Digitized by Google

—¿Contestais ó no? dijo Mario. ¿Qué me quereis?

Ella levantó hácia él su vista apagada, donde volvió á encenderse vagamente una especie de claridad, y le dijo:

—Señor Mario, parece que estais triste: ¿que teneis?

—¡Yo! dijo Mario.

—Sí, vos.

—No tengo nada.

—Sí.

—No.

—Os digo que sí.

—Dejadme en paz.

Mario empujó nuevamente la puerta, pero ella continuó reteniéndola abierta.

—Mirad, dijo, haceis mal. Aun cuando no seais rico, habeis sido bueno esta mañana, sedlo tambien ahora. Me habeis dado para comer; decidme ahora lo que teneis. Estais apesadumbrado, eso se ve á la legua. No quisiera que tuvierais pena ninguna. ¿Qué hay que hacer para ello? ¿Puedo serviros en algo? Empleadme. No os pregunto vuestros secretos, no necesito que me los digais; pero, en fin, puedo seros útil. Bien puedo ayudaros, pues que ayudo á mi padre. Cuando es menester llevar cartas, ir á las casas, preguntar de puerta en puerta, hallar unas señas, seguir á alguno, yo sirvo para eso. Pues bien: confiadme lo que teneis, iré á hablar á las personas; algunas veces, alguien que hable á las personas basta para que se sepan las cosas, y todo se arregla. Servíos de mí.

Una idea atravesó por la imaginacion de Mario. ¿Quién desdeña una rama cualquiera cuando se siente caer?

Acercóse á la Jondrette.

—Oye... la dijo.

Esta le interrumpió con un relámpago de alegría en los ojos.

—Sí, sí, tuteadme: prefiero eso.

—Pues bien, replicó; ¿tú has traido aquí á ese caballero anciano con su hija?

—Sí.

—¿Sabes dónde viven?

—No.

Digitized by Google

—Averígualo.

La mirada de la Jondrette de triste se habia vuelto alegre, de alegre se tornó sombría.

—¿Es eso lo que quereis? preguntó.

—Sí.

—¿Los conoceis acaso?

—No.

—Es decir, replicó vivamente, no la conoceis, pero quereis conocerla.

Aquellos *los* que se habian convertido en *la* tenian un no sé qué de significativo y de amargo.

—¿Puedes ó no? dijo Mario.

—Tendreis la señas de esa hermosa señorita.

Habia en las palabras *hermosa señorita* un acento que importunó á Mario, el cual replicó:

—¡En fin! no importa: las señas del padre y de la hija. Sus señas es lo que quiero.

La Jondrette le miró fijamente.

—¿Qué me dareis?

—Todo lo que quieras.

—¿Todo lo que yo quiera?

—Sí.

—Tendreis esas señas.

Bajó la cabeza; luego con un movimiento brusco tiró de la puerta que se cerró.

Mario se encontró solo.

Dejóse caer sobre una silla, la cabeza y los codos apoyados en la cama, abismado en pensamientos que no podia retener, y como poseido de un vértigo. Todo lo que habia pasado desde la mañana, la aparicion del ángel, su desaparicion, lo que aquella muchacha acababa de decirle, un vislumbre de esperanza flotando en una inmensa desesperacion, todo esto llenaba confusamente su cerebro.

De pronto se vió interrumpida violentamente su meditacion.

Oyó la voz alta y dura de Jondrette pronunciar estas palabras, que para él tenian el mas estraño interés.

—Te digo que estoy seguro de ello, y que le he conocido.

Digitized by Google

¿De quién hablaba Jondrette? ¿A quién habia conocido? ¿Al señor Blanco? ¿Al padre de «su Ursula?» ¿Acaso Jondrette le conocia? ¿Iba Mario á tener de aquel modo brusco é inesperado todas las noticias, sin las cuales su vida era oscura para él mismo? ¿Iba á saber, por fin, á quién amaba? ¿Quién era aquella jóven? ¿Quién era su padre? ¿Estaba á punto de iluminarse la espesa sombra que les cubria? ¿Iba á romperse el velo! ¡Ah, cielos!

Saltó mas bien que subió sobre la cómoda, y volvió á su puesto cerca del pequeño agujero del tabique.

Desde allí volvió á ver el interior de la cueva de Jondrette.

Digitized by Google

XII.

EMPLEO DE LA MONEDA DE CINCO FRANCOS DEL SEÑOR BLANCO.

Nada habia cambiado en el aspecto de la familia, como no fuese la mujer y las hijas, que habian sacado del paquete y se habian puesto medias y camisetas de lana. Dos cobertores nuevos estaban tendidos sobre las dos camas.

Jondrette acababa evidentemente de entrar. Tenia todavía como una especie de sobre aliento producido por el cansancio. Sus hijas estaban sentadas en el suelo cerca de la chimenea, la mayor curando la mano de la menor. Su mujer estaba como acurrucada en la tarima inmediata á la chimenea, con rostro estupefacto. Jondrette se paseaba por el desvan, de un estremo á otro, á largos pasos, y sus miradas eran estraordinarias.

La mujer que parecia tímida, y como herida de estupor ante su marido, se atrevió á preguntarle:

—Pero ¿de veras? ¿Estás seguro?

—¡Seguro! Hace ya ocho años, pero ¡le conozco! ¡Oh, sí, le conozco! ¡le conocí en seguida! ¡Cómo! ¿no te ha saltado á la vista?

—No.

—¡Y sin embargo, te dije que pusieras atencion! Pero es su estatura,

Digitized by Google

su cara, apenas mas viejo; hay personas que no envejecen, yo no sé cómo hacen; es el mismo eco de voz. Mejor vestido: es la única diferencia. ¡Ah, viejo misterioso del diablo, ya te tengo!

Se paró, y dijo á sus hijas:

—Vosotras idos de aquí.—Es raro que no te haya saltado á la vista.

Las hijas se levantaron para obedecer.

La madre balbuceó:

—¿Con su mano mala?

El aire la hará provecho, dijo Jondrette. Idos.

Evidentemente aquel hombre era de esos á quien no se replica. Las dos muchachas salieron.

En el momento en que iban á atrevesar el umbral de la puerta el padre detuvo á la mayor por el brazo, y dijo con un acento particular.

—Estareis aquí las dos á las cinco en punto: os necesito.

Mario redobló su atencion.

Jondrette, solo ya con su mujer, se puso á pasear nuevamente por el cuarto, y dió dos ó tres vueltas en silencio. Despues ocupó algunos minutos en hacer entrar y pasar por la cintura del pantalon la parte inferior de la camisa de mujer que tenia puesta.

De pronto volvióse hácia la Jondrette, cruzó los brazos, y esclamó:

—¿Quieres que te diga una cosa? La señorita....

—Y bien, ¿qué? replicó la mujer: ¿la señorita?

Mario no podia dudar; era de ella de quien se hablaba. Escuchaba con ardiente ansiedad. Toda su vida estaba en sus oidos.

Pero Jondrette se habia inclinado, y habia hablado bajo á su mujer. Luego se levantó, y terminó en alta voz:

—¡Es ella!

—¿Esa? dijo la mujer.

—Esa, contestó el marido.

No hay palabra que pueda espresar lo que habia en el *esa* de la madre. Eran la sorpresa, la rabia, el odio y la cólera mezclados y combinados en monstruosa entonacion. Habian bastado algunas palabras, el nombre sin duda que su marido le habia dicho al oido, para que aquella mujer gorda adormecida se despertase, y de repugnante se volviese espantosa.

—¡Imposible! esclamó: cuando pienso que mis hijas van con los pies

Digitized by Google

descalzos, y que no tienen un vestido que ponerse: ¡Cómo! ¡Una manteleta de raso, sombrero de terciopelo, botas y todo! Mas de doscientos francos en trapos! ¡Cualquiera creeria que es una señora! No, te engañas; pero en primer lugar, la otra era horrible, y esta no es fea: de veras que no es del todo fea. ¡No puede ser ella!

—¡Te digo que es ella! Ya verás.

A aquella afirmacion tan absoluta, la Jondrette alzó su ancha cara roja y rubia, y miró al techo con una espresion deforme. En aquel momento le pareció á Mario mas temible aun que su marido. Era una cerda con la mirada de una tigre.

—¡Cómo! replicó: esa horrible hermosa señorita, que miraba á mis hijas con aire de piedad, ¿seria aquella pelona? ¡Oh! ¡quisiera destriparla á zapatazos!

Saltó de la cama y permaneció un momento en pie, despeinada, con las ventanas de la nariz dilatadas, entreabierta la boca, crispados los puños y echados hácia atrás. Luego se volvió á dejar caer sobre la tarima.

El hombre iba y venia sin parar la atencion en su hembra.

Despues de algunos momentos de silencio, se aproximó á la Jondrette, y se detuvo delante de ella con los brazos cruzados, como lo habia hecho momentos antes.

—¿Y quieres que te diga otra cosa?

—¿Qué? preguntó ella.

Jondrette respondió en voz baja y breve:

—Que mi fortuna está hecha.

La Jondrette le miró con esa mirada que quiere decir: ¡Si estará loco el que me habla!

Él continuó:

—¡Mil truenos! Ya hace bastante tiempo, me parece, que soy feligrés de la parroquia muérete de hambre si tienes fuego; muérete de frio si tienes pan. Bastante miseria he tenido ya; mi carga y la de los demás. No me chanceo; esto ya no me divierte; ¡basta de bromas, buen Dios! ¡No mas farsas, padre Eterno! Quiero que mi hambre coma, y que mi sed beba: quiero zampar, dormir, y no hacer nada. ¡Quiero que me llegue mi vez antes de tronar! ¡Quiero ser un poco millonario!

Digitized by Google

Dió la vuelta á la cueva, y añadió:

—Como los demás.

—¿Qué quieres decir? preguntó la mujer.

Sacudió la cabeza, guiñó los ojos, y alzó la voz como un charlatan de plazuela que va á hacer una demostracion.

—¿Lo que quiero decir? Escucha.

—¡Chit! murmuró la Jondrette: ¡no tan alto! Si vas á hablar de asuntos, no es menester que nos oigan.

—¡Bah! ¿quién nos ha de oir? ¿el vecino? Le he visto salir hace poco. Además, que ese gran bestia, ni oye, ni ve, ni entiende; y luego, como ya te he dicho, le he visto salir.

Sin embargo, por una especie de instinto, Jondrette bajó la voz, aunque no lo bastante para que sus palabras no llegasen á oidos de Mario. Una circunstancia favorable, y que habia permitido á Mario no perder nada de esta conversacion, es que la nieve que habia caido amortiguaba el ruido de los carruajes en el boulevard.

Mario oyó lo siguiente:

—Escucha: el Creso está cogido, ó como si lo estuviera; es cosa hecha; todo está arreglado. He visto á algunos amigos; él vendrá á las seis. ¡Traerá sesenta francos! ¡canalla! ¿Has visto cómo le he enredado para que suelte los sesenta francos, con mi casero y con el 4 de febrero, que no puede ser fin de trimestre? ¡Qué bestia! Vendrá, pues, á las seis. A esa hora el vecino se habrá ido á comer; la tia Bougon estará fregando los platos en la ciudad; no habrá nadie en la casa. El vecino no vuelve nunca hasta las once; las chicas estarán de escucha; tú nos ayudarás, y él se ejecutará.

—¿Y si no se ejecuta? preguntó la mujer.

Jondrette hizo un gesto siniestro, y dijo:

—Nosotros le ejecutaremos.

Y soltó una carcajada.

Era la primera vez que Mario le veia reir. Aquella risa era fria y suave, y hacia estremecer.

Jondrette abrió un armario que estaba cerca de la chimenea, y sacó de él una gorra vieja, que se puso, despues de haberla limpiado con la manga.

—Ahora, dijo, voy á salir: tengo aun que ver á algunos de los bue-

Digitized by Google

nos. Ya verás cómo esto marcha. Estaré fuera el menos tiempo posible. Es un buen golpe el que vamos á dar: guarda la casa.

Y con las manos metidas en los bolsillos del pantalon permaneció un momento pensativo; luego esclamó:

—¿Sabes que no es mala chiripa que no me haya conocido? Si me hubiese conocido no volveria: ¡Se nos escapaba! ¡Mi barba es la que nos ha salvado! ¡Mi perilla romántica! Mi linda perilla romántica.

Y se echó á reir de nuevo.

Despues se acercó á la ventana. Continuaba nevando, y el cielo estaba gris.

—¡Qué tiempo tan perro! dijo.

Luego abrochándose el sobretodo, añadió:

—Tiene el pelo muy largo. Es igual: ha hecho endiabladamente bien en dejármelo el tunante del viejo. Sin esto no hubiera podido salir, y todo se lo habria llevado la trampa. ¡Qué casualidades hay en el mundo!

Y hundiéndose la gorra hasta los ojos, salió.

Apenas habia tenido tiempo de dar algunos pasos fuera, cuando la puerta se volvió á abrir, y su perfil montés é inteligente reapareció por la abertura.

—Me olvidaba decirte que tengas preparada una estufa de carbon.

Y arrojó á su mujer en el delantal el napoleon que le habia dejado el «filántropo.»

—¿Una estufa de carbon? preguntó la mujer.

—Sí.

—¿Cuánto compro?

—Una arroba.

—Eso costará treinta sueldos: con el resto traeré de comer.

—Diablo, no.

—¿Por qué?

—No vayas á gastarlo todo.

—¿Por qué?

—Porque yo por mi parte tendré que comprar algo.

—¿El qué?

—Algo.

—¿Cuánto necesitarás?

—¿Dónde hay por aquí un quinquillero?

Digitized by Google

—En la calle de Mouffetard.

—¡Ah! sí: á la esquina de la calle; ya recuerdo la tienda.

—Pero dime: ¿cuánto te hace falta para eso que necesitas comprar?

—Cincuenta sueldos, ó tres francos.

—No quedará mucho para la comida.

—Hoy no se trata de comer: hay algo mejor que hacer.

—Basta, hermoso.

Oido este mimo de su mujer, Jondrette cerró la puerta, y esta vez Mario oyó sus pasos alejarse por el corredor del caseron, y bajar rápidamente la escalera.

La una daba en aquel momento en San Medardo.

Digitized by Google

XIII.

SOLUS CUM SOLO, IN LOCO REMOTO, NON COGITABUNTUR ORARE PATER NOSTER.

Por mas soñador que fuese Mario, ya hemos dicho que era una naturaleza firme y enérgica. Los hábitos de recogimiento solitario, desarrollando en él la simpatía y la compasion, habian disminuido tal vez la facultad de irritarse; pero habian dejado intacta la facultad de indignarse. Tenia la benevolencia de un brahman, y la severidad de un juez: se apiadaba de un sapo, pero aplastaba á una víbora. Ahora bien: su mirada habia penetrado en un agujero de víboras: era un nido de monstruos el que tenia en su presencia.

—¡Es preciso aplastar á esos miserables! dijo.

Ninguno de los enigmas que esperaba ver disiparse se habia aclarado: por el contrario, casi todos se habian oscurecido mas tal vez. Nada mas sabia sobre la hermosa jóven del Luxemburgo, ni sobre el hombre á quien llamaba el señor Blanco, sino que Jondrette los conocia. Al través de las tenebrosas palabras que habia oido, solo entreveia una cosa distintamente, y era que se preparaba una emboscada, una emboscada oscura, pero terrible; que los dos corrian un gran peligro; la jóven, probablemente; el padre, de seguro; que era menester salvarlos; que

Digitized by Google

era preciso deshacer las horribles combinaciones de los Jondrette, y romper la tela de aquellas arañas.

Observó un momento á la Jondrette. Habia sacado de un rincon un viejo hornillo de palastro, y andaba revolviendo en sus útiles de hierro viejo.

Bajóse de la cómoda lo mas suavemente que pudo, y cuidando de no hacer el menor ruido.

En su espanto por lo que se preparaba, y en el horror que los Jondrette le habian causado, sentia una especie de alegría con la idea de que le seria dado prestar un gran servicio á la que amaba.

¿Pero qué hacer? ¿Advertir á las personas amenazadas? ¿Dónde encontrarlas? No sabia sus señas. Habian reaparecido un momento á sus ojos, y despues se habian vuelto á hundir en las inmensas profundidades de París. ¿Esperar al señor Blanco á la puerta por la noche á las seis en el momento en que llegase, y prevenirle del lazo? Pero Jondrette y su gente le verian espiar; el sitio estaba desierto, serian mas fuertes que él; hallarian medio de cogerle ó de alejarle, y aquel á quien Mario queria salvar, quedaria perdido. Acababa de dar la una: la emboscada no debia verificarse hasta las seis. Mario tenia cinco horas de que disponer.

No habia mas que una cosa que hacer.

Púsose su frac presentable, atóse un pañuelo al cuello, cogió el sombrero y salió, sin hacer mas ruido que si hubiese caminado sobre musgo y descalzo.

Mientras tanto, la Jondrette continuaba revolviendo sus chismes.

Una vez fuera de la casa, se dirigió á la calle del Petit-Banquier.

Iba como á la mitad de esta calle, cerca de una tapia muy baja, que se podia saltar en ciertos sitios, la cual daba á un terreno erial; caminaba lentamente, pensativo; la nieve amortiguaba el ruido de sus pasos, cuando de pronto oyó voces que hablaban muy cerca de él. Volvió la cabeza: la calle estaba desierta; á nadie se veia; estaba en pleno dia, y sin embargo, se oian distintamente dos voces.

Tuvo idea de mirar por encima de la pared que costeaba.

Habia allí, en efecto, dos hombres pegados á la pared, sentados en la nieve, y hablando bajo.

Aquellas dos figuras le eran desconocidas: el uno era un hombre

Digitized by Google

barbudo con blusa, y el otro un hombre cabelludo, todo desarrapado. El barbudo tenia un gorro griego, el otro la cabeza desnuda y nieve en los cabellos.

Avanzando la cabeza por encima de ellos, Mario podia oir.

El cabelludo empujaba al otro con el codo, y le decia:

—Con el patron Minette la cosa no puede fallar.

—¿Lo crees asi? dijo el barbudo.

Y el cabelludo replicó:

—Siempre dará para cada uno una recua de quinientos machos, y lo peor que puede suceder son: cinco años, seis, diez á lo mas.

El otro contestó con cierta vacilacion, y tiritando bajo su gorro griego:

—Eso es una cosa positiva, y no se debe ir en busca de esas cosas.

—Te digo que el negocio no puede fallar, replicó el cabelludo; desataremos la culebra.

Luego se pusieron á hablar de un melodrama que habian visto la víspera en el teatro de la Gaité.

Mario continuó su camino.

Parecíale que las palabras oscuras de aquellos hombres, tan estrañamente ocultos detrás de la pared, y acurrucados sobre la nieve, tal vez no dejaban de tener alguna relacion con los abominables proyectos de Jondrette. Este debia ser *el negocio*.

Dirigióse hácia el arrabal de San Marcelo, y preguntó en la primera tienda que encontró dónde habia un comisario de policía.

Indicáronle la calle de Pontoise, y el número 14.

Mario se encaminó allá.

Al pasar por delante de una panadería compró un panecillo de dos sueldos, y le comió, previendo que no comeria mas aquel dia.

Mientras andaba, hizo justicia á la Providencia. Pensó que si no hubiese dado por la mañana sus cinco francos á la hija de Jondrette, hubiera seguido al coche del señor Blanco, y por consiguiente, lo habria ignorado todo: nada se hubiera opuesto á la celada de los Jondrette, y el señor Blanco estaba perdido, y sin duda alguna su hija con él.

Digitized by Google

XIV.

DONDE UN AGENTE DE POLICÍA DA DOS CACHORRILLOS (1) Á UN ABOGADO.

Al llegar al número 14 de la calle de Pontoise, subió al piso principal, y preguntó por el comisario de policía.

—El señor comisario de policía no está, contestó un ordenanza de la oficina; pero hay un inspector que le reemplaza. ¿Quereis hablarle? ¿Es cosa urgente?

—Sí, dijo Mario.

El ordenanza le introdujo en el gabinete del comisario. Un hombre de alta estatura estaba allí en pie, detrás de un enrejado, apoyado en una estufa, y levantando con sus dos manos los faldones de un gran carrik de tres esclavinas. Tenia cara cuadrada, boca pequeña y firme, espesas patillas entrecanas, muy erizadas, y una mirada capaz de registrar hasta el fondo de los bolsillos. Hubiérase podido decir de aquella mirada, no que penetraba, sino que registraba.

Aquel hombre tenia el aire no menos feroz y no menos temible que

(1) El original dice: «deux coups de poing,» que traducido literalmente quiere decir: «dos puñetazos.» Escusado es advertir que es uno de tantos retruécanos como se encuentran á cada paso.

Digitized by Google

Jondrette: algunas veces causa tanta inquietud un encuentro de un perro de presa como el de un lobo.

—¿Qué quereis? dijo á Mario, sin añadir: caballero.

—Ver al comisario de policía.

—Está ausente: yo le reemplazo.

—Es para un asunto muy secreto.

—Entonces, hablad.

—Y muy urgente.

—Entonces, hablad pronto.

Aquel hombre tranquilo y brusco, era á la vez temible y tranquilizador: inspiraba temor y confianza. Mario le refirió la aventura:—Que una persona, á quien no conocia mas que de vista, debia ser atraida por la noche á una emboscada: que habitando en el cuarto inmediato á la cueva, él, Mario Pontmercy, abogado, habia oido todo el complot al través de la pared; que el malvado que habia ideado el plan era un hombre llamado Jondrette; que tendria cómplices, probablemente entre los vagos de las barreras, y entre otros un tal Panchaud, alias Primaveral, alias Colmenero; que las hijas de Jondrette estarian en acecho; que no habia medio alguno de prevenir á la persona amenazada, toda vez que ni aun se sabia su nombre; y por último, que todo esto debia verificarse á las seis de la tarde en el punto mas desierto del boulevard del Hospital, en la casa números 50 y 52.

Al oir este número, el inspector levantó la cabeza, y dijo friamente:

—¿Es, pues, en el cuarto del estremo del corredor?

—Precisamente, dijo Mario, y añadió:—¿Por ventura conoceis la casa?

El inspector permaneció un momento silencioso: luego contestó calentándose el tacon de la bota en la puertecilla de la estufa:

—Probablemente.

Y continuó entre dientes, hablando, mas que á Mario á su corbata:

—Por ahí debe de andar el patron Minette.

Esta palabra llamó la atencio de Mario.

—¡El patron Minette! dijo: en efecto, he oido pronunciar esa palabra.

Y refirió al inspector el diálogo que tenian el hombre cabelludo y l

Digitized by Google

hombre barbudo en la nieve, detrás de la tapia de la calle del Petit-Banquier.

El inspector murmuró:

—El cabelludo debe de ser Brujon, y el barbudo debe de ser Demiliard, alias Dos Millares.

Habia bajado nuevamente los párpados, y meditaba.

—En cuanto á la culebra, ya comprendo lo que podrá ser. ¡Bueno! he quemado mi carrik. Siempre ponen demasiado fuego en estas malditas estufas. Números 50 y 52, antigua casa de Gorbeau.

Luego fijó la vista en Mario.

—¿No habeis visto mas que á ese barbudo y á ese cabelludo?

—Y á Panchaud.

—¿Y no habeis visto rondar por allí á un currutaquillo, con quien cargue el diablo?

—No.

—¿Ni á un grandote, macizo, que se parece al elefante del Jardin Botánico?

—No.

—¿Ni á un malafacha, que tiene todo el aire de un antiguo colaroja?

—Tampoco.

—En cuanto al cuarto, nadie le ve, ni aun sus ayudantes, dependientes ó empleados. No es, pues, sorprendente que no lo hayais visto.

—No. Pero ¿qué es eso, y quiénes son esos seres? preguntó Mario.

El inspector respondió:

—Además que tampoco es esa su hora.

Volvió á guardar silencio; luego continuó:

—Números 50 y 52: conozco ese caseron. Imposible que nos ocultemos en el interior sin que los artistas lo noten, y entonces saldrian del paso con dejar ese drama para otro dia. ¡Son tan modestos! el público les incomoda. Nada, nada. Quiero oirles cantar y hacerles bailar.

Terminado este monólogo, se volvió hácia Mario, y le preguntó, mirándole fijamente:

—¿Teneis miedo?

—¿De qué? dijo Mario.

—De esos hombres.

Digitized by Google

—Ni mas ni menos que vos, replicó rudamente Mario, que comenzó á notar que el polizonte no le habia llamado aun caballero.

El inspector miró á Mario mas fijamente todavía, y replicó con una especie de solemnidad sentenciosa:

—Hablais como un hombre valiente, y como un hombre honrado. El valor no teme al crímen, ni la honradez teme á la autoridad.

Mario le interrumpió:

—¡Bueno! pero ¿qué pensais hacer?

El inspector se limitó á contestarle:

—Los inquilinos de esa casa tienen picaporte para entrar por la noche en sus cuartos. Vos debeis tener uno.

—Sí, dijo Mario.

—¿Le llevais por casualidad?

—Sí.

—Dádmelo, dijo el inspector.

Mario sacó su llave del bolsillo, se la dió al inspector, y añadió:

—Si me quereis creer, hareis bien en ir acompañado.

El inspector dirigió á Mario la misma mirada que habria dirigido Voltaire á un académico de provincia que le hubiese dado un consonante. Sumergió con un solo movimiento sus dos manos, que eran enormes, en los dos inmensos bolsillos de su carrik, y sacando de ellos dos pequeñas pistolas de acero, de esas que se llaman cachorrillos, se las presentó á Mario, diciéndole vivamente y con tono breve:

—Tomad esto. Volved á vuestra casa. Ocultáos en vuestro cuarto de modo que crean que habeis salido. Están cargados, cada uno con dos balas. Observareis, pues que hay un agujero en la pared, como me habeis dicho. Esa gente irá; dejadla obrar, y cuando juzgueis la cosa á punto, y que es tiempo de prenderlos, tirareis un pistoletazo: no antes. Lo demás es cosa mia. Un tiro al aire, al techo, á donde se os antoje. Sobre todo, que no sea demasiado pronto. Aguardad á que haya principio de ejecucion: vos sois abogado, y sabeis lo que esto quiere decir.

Mario cogió las pistolas y las metió en el bolsillo del pecho de su frac.

—Eso hace mucho bulto: se ve, dijo el inspector. Metedlas mas bien en los bolsillos del pantalon.

Mario ocultó las pistolas donde el inspector le indicaba.

Digitized by Google

—Ahora, prosiguió el inspector, no hay que perder un minuto. ¿Qué hora es? Las dos y media. ¿No es para las siete?

—A las seis, dijo Mario.

—Tengo tiempo, replicó el inspector, pero solo el tiempo preciso. No olvideis nada de cuanto os he dicho. ¡Pan! ¡Un tiro!

—Descuidad, respondió Mario.

Y al poner la mano en la cerradura de la puerta para salir, el inspector le gritó:

—A propósito: si de aquí á entonces tuviéreis necesidad de mí, venid ó mandadme recado: preguntareis por el inspector Javert.

Digitized by Google

XV.

JONDRETTE HACE SUS COMPRAS.

Algunos momentos despues, hácia las tres, Courfeyrac pasaba por casualidad por la calle de Mouffetard en compañía de Bossuet. La nieve redoblaba y llenaba el espacio; Bossuet iba diciendo á Courfeyrac:

—Al ver caer todos estos copos de nieve, diríase que en el cielo hay peste de mariposas blancas.—De pronto Bossuet divisó á Mario, que subia la calle hácia la barrera con un aire particular.

—Mira, dijo Bossuet, mira á Mario.

—Ya le he visto, dijo Courfeyrac. No le hablemos.

—¿Por qué?

—Va ocupado.

—¿En qué?

—¿No ves la cara que tiene?

—¿Qué cara?

—La del que va siguiendo á alguien.

—Es verdad, dijo Bossuet.

—¿Ves qué ojos pone? dijo Courfeyrac.

—¿Pero á quién diablos sigue?

—A alguna pollita de quince en adelante: está enamorado.

Digitized by Google

—Pero, observó Bossuet, es que por aquí no veo ni pollas ni gallinas, ni ninguna clase de faldas. No hay una mujer en todo lo que alcanza la vista.

Courfeyrac miró, y esclamó:

—Sigue á un hombre.

Un hombre, en efecto, cubierto con una gorra, y cuya barba gris se distinguia, aun cuando no se le veia mas que de espalda, caminaba á unos veinte pasos delante de Mario.

Aquel hombre iba vestido con un sobretodo nuevo, demasiado ancho para él, y con un espantoso pantalon roto y ennegrecido por el lodo.

Bossuet rompió á reir á carcajadas.

—¿Qué especie de hombre es ese?

—¿Ese? replicó Courfeyrac, es un poeta. Los poetas suelen llevar muy amenudo pantalones de mercaderes de pieles de conejo, y sobretodos de pares de Francia.

—Véamos dónde va Mario, dijo Bossuet; veamos dónde va ese hombre: sigámosles, ¿eh?

—Bossuet, esclamó Courfeyrac, águila de Meax, sois un bruto prodigioso. ¡Seguir á un hombre que sigue á otro hombre!

Y volvieron pies atrás.

Mario, en efecto, habia visto pasar á Jondrette por la calle Mouffetard, y le espiaba.

Jondrette caminaba delante de él sin sospechar que le iban vigilando.

Salió de la calle de Mouffetard, y Mario le vió entrar en una de las mas horribles covachas de la calle Gracieuse, donde permaneció como un cuarto de hora, y luego volvió á la calle Mouffetard. Detúvose en casa de un quinquillero que habia en aquella época en la esquina de la calle de Pierre-Lombard, y algunos minutos despues, Mario le vió salir de la tienda, llevando en la mano un gran corta-frios, con mango de madera blanca, que ocultó bajo el sobretodo. A la altura de la calle del Petit-Gentilly, volvió á la izquierda, y se encaminó rápidamente á la calle del Petit-Banquier. El dia iba cayendo; la nieve, que habia cesado por unos momentos, volvia á comenzar; Mario se ocultó detrás de la esquina misma de la calle del Petit-Banquier, que estaba, como siempre, desierta, y no siguió á Jondrette. Hizo bien, porque llegado que hubo á

Digitized by Google

la tapia baja donde Mario habia oido al hombre cabelludo y al hombre barbudo, Jondrette se volvió, se aseguró que nadie le seguia ni le veia, y luego saltó la tapia y desapareció.

El terreno erial que cercaba aquella tapia comunicaba con el corral de un antiguo alquilador de carruajes, no muy bien afamado, que habia hecho quiebra, y que tenia aun bajo los cobertizos algunas viejas berlinas.

Mario creyó que seria prudente aprovechar la ausencia de Jondrette para entrar en la casa: además, la hora se acercaba. Todas las tardes la tia Bougon, al marchar para ir á fregar la vajilla á la ciudad, acostumbraba cerrar la puerta de la casa, que al anochecer quedaba irremisiblemente cerrada. Mario habia dado su llave al inspector de policía: era, pues, importante que se apresurase.

La noche se venia encima, y casi casi habia ya cerrado: no habia ya en el horizonte ni en la inmensidad mas que un punto iluminado por el sol: la luna, que se levantaba rojiza por detrás de la cúpula baja de la Salpêtrière.

Mario llegó á grandes pasos al número 50—52, en ocasion en que todavía estaba la puerta abierta. Subió la escalera de puntillas, y se deslizó á lo largo de la pared del corredor hasta su cuarto. Aquel corredor, ya se recordará, tenia á ambos lados desvanes que en aquel momento estaban todos vacíos y por alquilar. La tia Bougon dejaba habitualmente las puertas abiertas. Al pasar por delante de una de aquellas puertas, Mario creyó divisar en el deshabitado cuarto cuatro cabezas de hombre inmóviles, blanqueadas vagamente por un rayo de luz que penetraba por una claraboya.

Mario no trató de ver, no queriendo ser visto. Consiguió entrar en su cuarto sin ser notado y sin ruido. Ya era tiempo. Pocos instantes despues oyóse á la tia Bougon que se iba y cerraba la puerta de la casa.

Digitized by Google

XVI.

DONDE SE VOLVERÁ Á HALLAR LA CANCION DE MÚSIGA INGLESA QUE ESTABA DE MODA EN 1832.

Mario se sentó en su cama. Podian ser las cinco y media; media hora solamente le separaba de lo que iba á suceder. Oia latir sus arterias, como se oye el movimiento del volante de un reló en la oscuridad. Pensaba en aquella doble marcha que se efectuaba en aquel momento en las tinieblas: el crímen avanzando de un lado; la justicia avanzando del otro. No tenia miedo; pero no podia pensar sin cierto sobresalto en lo que iba á suceder. Como á todo aquel á quien repentinamente asalta una aventura sorprendente, aquel dia entero le causaba el efecto de un sueño, y para no creerse juguete de una pesadilla, necesitaba sentir en sus bolsillos el frio de las dos pistolas de acero.

Ya no nevaba: la luna, cada vez mas clara, se desprendia de las nubes, y su luz, mezclada con el reflejo blanquecino de la nieve que habia caido, daba á la habitacion un aspecto crepuscular.

En el tugurio de los Jondrette habia luz. Mario veia brillar el agujero de la medianería con una claridad rojiza que le parecia sangrienta.

Era evidente que aquella claridad no podia ser producida por una vela. Además, en casa de los Jondrette no se notaba movimiento nin-

Digitized by Google

guno: nadie se movia; nadie hablaba; no se oia un soplo: el silencio era glacial y prufundo, y sin aquella luz se hubiera creido que se estaba al lado de un sepulcro.

Mario se quitó suavemente las botas, y las metió debajo de la cama.

Trascurrieron algunos minutos. Mario oyó la puerta de la calle girar sobre sus goznes; un paso pesado y rápido subió la escalera y recorrió el corredor, levantó el pestillo de la puerta con ruido: era Jondrette que entraba.

Eleváronse al momento muchas voces. Toda la familia estaba en el desvan. Solamente que en ausencia del dueño callaban todos, como callan los lobeznos en ausencia del lobo.

—Soy yo, dijo.

—Buenas noches, papaito, chillaron las hijas.

—¿Y bien? dijo la madre.

—Todo va perfectamente, respondió Jondrette, pero tengo un frio de perros en los pies. Bueno, eso es, te has vestido. Será preciso que puedas inspirar confianza.

—Estoy pronta para salir.

—¿No olvidarás nada de lo que te he dicho? ¿Lo harás bien todo?

—Descuida.

—Es que... dijo Jondrette. Y no acabó la frase.

Mario le oyó dejar algo pesado sobre la mesa, probablemente el cortafrios que habia comprado.

—¡Ah! esclamó Jondrette, aquí se ha comido.

—Sí; dijo la madre: he traido tres grandes patatas y sal: me he aprovechado del fuego para asarlas.

—Bueno, replicó Jondrette. Mañana os llevaré á comer conmigo. Habra pato y accesorios. Comereis como Cárlos X: todo va bien.

Luego añadió bajando la voz:

—La ratonera está abierta. Los gatos están ahí.

Bajó todavía mas la voz, y dijo:

—Pon esto al fuego.

Mario oyó el ruido del carbon empujado con una tenaza ú otro instrumento de hierro, y Jondrette continuó:

—¿Has dado sebo á los goznes de la puerta para que no metan ruido?

—Sí, respondió la madre.

Digitized by Google

—¿Qué hora es?

—Las seis darán pronto, porque la media hace ya rato que dió en San Medardo.

—¡Diablo! dijo Jondrette, es menester que las chicas vayan á ponerse en acecho, venid aquí vosotras, y escuchad.

Hubo un cuchicheo.

La voz de Jondrette se elevó de nuevo.

—¿Ha marchado la tia Bougon?

—Sí, dijo la madre.

—¿Estás segura de que no hay nadie en el cuarto del vecino?

—No ha vuelto en todo el dia, y ya sabes que esta es su hora de comer.

—¿Estás segura?

—Segurísima.

—Es igual, replicó Jondrette; pero no estará demás verlo. Chica, coge la luz, y vé á ver si el vecino está en su cuarto.

Mario se dejó caer á cuatro pies, y se deslizó silenciosamente bajo su cama.

Apenas se habia escondido, cuando divisó la luz al través de las junturas de la puerta.

—Papá, gritó una voz, ha salido.

Marió conoció la voz de la hija mayor.

—¿Has entrado? preguntó el padre.

—No, respondió la hija; pero cuando su llave está en la cerradura es señal de que ha salido.

El padre gritó:

—Entra sin embargo.

La puerta se abrió, y Mario vió entrar á la Jondrette mayor con una vela en la mano. Estaba como por la mañana, solo que mas espantosa con aquella claridad.

Marchó derecha hácia la cama: Mario pasó un inesplicable momento de ansiedad; pero cerca de la cama habia un espejo colgado en la pared, y allí era donde ella se dirigia. Empinóse sobre la punta de los pies y se miró. En la pieza inmediata se oyó un ruido como de remover hierro viejo.

La chica se alisó el pelo con la palma de la mano, y dirigió al

Digitized by Google

espejo varias sonrisas, mientras cantaba con voz ronca y sepulcral:

Duraron mis amores
una semana:
En amores, la dicha
nunca fue larga.
Adorarse ocho dias
es poco tiempo.
Debieran los amores
¡ay! ser eternos.

Mario continuaba temblando; pareciale imposible que no oyese su respiracion.

La Jondrette se dirigió á la ventana y miró al esterior, hablando alto, con ese aire alocado que tenia.

—¡Qué feo es París cuando se pone camisa blanca! dijo.

Volvió al espejo é hizo nuevas muecas, contemplándose sucesivamente de frente y de costado.

—Y bien, gritó el padre, ¿qué es lo que haces?

—Miro debajo de la cama y de los muebles, respondió continuando la operacion de alisarse el pelo: no hay nadie.

—¡Ea! aulló el padre: pronto aquí, y no perdamos tiempo.

—¡Voy, voy! contestó. No hay tiempo para nada en esta casuca.

Y volvió á cantar:

Me dejais por marchar á la gloria;
seguirá el corazon vuestros pasos.

Dirigió una última mirada al espejo, y salió cerrando la puerta.

Un momento despues Mario oyó el ruido de los pies desnudos de las chicas en el corredor, y la voz de Jondrette, que les gritaba:

—Poned cuidado: la una del lado de la barrera, la otra á la esquina de la calle del Petit-Banquier; no perdais de vista un minuto la puerta de la casa, y en notando la menor cosa, inmediatamente aquí. Subid de cuatro en cuatro los escalones; tencis una llave para entrar.

La hija mayor murmuró:

—¡Hacer centinela con los pies descalzos sobre la nieve!

Digitized by Google

—Mañana tendreis botas de seda color de escarabajo, dijo el padre.

Bajaron las chicas la escalera, y algunos segundos despues, el ruido de la puerta que se cerraba, anunció que ya estaban fuera.

No quedaban ya en la casa mas que Mario y los Jondrette, y probablemente tambien los misteriosos seres divisados por Mario á la luz del crepúsculo, detrás de la puerta del deshabitado desvan.

Digitized by Google

XVII.

EMPLEO DEL NAPOLEON DE MARIO.

Mario creyó que habia llegado el momento de volver á ocupar su puesto en su observatorio. En un abrir y cerrar de ojos, y con la agilidad de sus pocos años, se halló junto al agujero de la medianería. Miró.

El interior de la habitacion de los Jondrette ofrecia un aspecto singular, y Mario se esplicó la estraña claridad que en ella habia observado. En un candelero de cobre ardia una vela de sebo; pero no era esta la que alumbraba realmente el cuarto. Toda la cueva estaba como iluminada por la reverberacion de una gran estufa de palastro colocada en la chimenea, y llena de carbon encendido. Era la estufa que la Jondrette habia preparado por la mañana. El carbon estaba hecho ascua, y la estufa roja; una llama azulada vagaba oscilante sobre el fuego, y ayudaba á distinguir la forma del corta-frios comprado por Jondrette en la calle de Pierre Lombard, el cual se enrojecia hundido entre las ascuas. En un rincon cerca de la puerta, y como para usarse próximamente, se veian dos montones, que parecian ser uno de objetos de hierro y otro de cuerdas. Todo esto para el que no hubiese sabido lo que se preparaba, hubiera hecho vacilar la imaginacion entre una idea siniestra y otra sencillísima. La cueva, iluminada de aquel modo, parecia

Digitized by Google

mas bien una fragua que una boca del infierno; pero Jondrette, con aquella claridad, mas tenia el aire de un demonio que de un herrero.

El calor de la estufa era tal, que la vela colocada sobre la mesa se deshacia por el lado del fuego, consumiéndose como cortada á bisel. Una antigua linterna sorda, de cobre, digna de Diógenes convertido en Cartucho, estaba puesta sobre la chimenea.

La estufa, colocada en el mismo fogon al lado de los tizones casi apagados, enviaba su vapor por el conducto de la chimenea, y no daba olor.

La luna, entrando por los cuatro cristales de la ventana, arrojaba su luz blanquecina en el purpúreo y llameante desvan; y á la poética imaginacion de Mario, soñador aun en el momento de la accion, parecíale como un pensamiento celeste, mezclado con los deformes sueños de la tierra.

Una corriente de aire que entraba por el vidrio roto, contribuia á disipar el olor del carbon, y á disimular la estufa.

Recordando cuanto hemos dicho sobre el caseron de Gorbeau, se vendrá en conocimiento de que la cueva de Jondrette se hallaba admirablemente situada para servir de teatro á un hecho violento y sombrío, y de manto á un crímen. Era el cuarto mas retirado de la casa mas aislada del boulevard mas desierto de París. Parecia hecho á propósito para las sorpresas criminales: de tal modo, que si estas no existiesen, allí se hubieran podido inventar.

Todo el espesor de una casa y una porcion de cuartos deshabitados separaban aquel antro del boulevard, y la única ventana que tenia daba á solares desiertos cerrados con tapias ó empalizadas.

Jondrette habia encendido su pipa; estaba sentado sobre la silla desfondada, y fumaba. Su mujer le hablaba por lo bajo.

Si Mario hubiera sido Courfeyrac, es decir, uno de esos hombres que se rien en todas las ocasiones de la vida, habria soltado la carcajada cuando su mirada cayó sobre la Jondrette. Esta tenia un sombrero negro con plumas, muy parecido á los sombreros de los reyes de armas de la consagracion de Cárlos X; un inmenso pañuelo tartan cubria su vestido de punto, y adornaban sus pies los zapatos de hombre que su hija habia desdeñado por la mañana. Este tocado es el que habia arrancado á Jon-

Digitized by Google

drette aquella esclamacion: *¡Bueno! ¡te has vestido! ¡has hecho bien! Es preciso que puedas inspirar confianza.*

Jondrette no se habia quitado el sobretodo nuevo y demasiado ancho para él, que le habia dado el señor Blanco, y su traje continuaba ofreciendo el contraste del sobretodo y del pantalon, que constituia á los ojos de Courfeyrac el ideal del poeta. De pronto Jondrette alzó la voz.

. A propósito: ¡ahora caigo! Con el tiempo que hace vendrá en coche. Enciende la linterna, cógela y baja. Quédate detrás de la puerta: en el momento en que oigas pararse el carruaje, la abrirás; subirá y le alumbrarás por la escalera y el corredor; y mientras entra aquí, bajarás á todo escape, pagarás al cochero, y despedirás el carruaje.

—¿Y el dinero? preguntó la mujer.

. Jondrette rebuscó en los bolsillos del pantalon, y la entregó una moneda de cinco francos.

—¿De dónde te ha venido esto? esclamó la mujer.

Jondrette respondió con dignidad:

—Es el monarca que dió el vecino esta mañana.

Y añadió:

—¿Sabes que aquí hacen falta dos sillas?

—¿Para qué?

—Para sentarse.

Mario sintió correr por todo su cuerpo un estremecimiento glacial al oir á la Jondrette dar esta tranquila respuesta:

—¡Pardiez! Voy á buscarte las del vecino.

Y con un movimiento rápido abrió la puerta del desvan y salió al corredor.

Mario no tenia ni tiempo material para bajar de la cómoda, ir á la cama y ocultarse debajo de ella.

—Coge la luz, gritó Jondrette.

—No, dijo ella, me estorbaria: tengo que traer las dos sillas, y además hay luna.

Mario oyó la pesada mano de la Jondrette buscar á tientas en la oscuridad la llave. La puerta se abrió, y Mario quedó clavado en su sitio, poseido de sorpresa y de estupor.

La Jondrette entró.

La ventanilla abuhardillada dejaba pasar un rayo de luna entre dos

Digitized by Google

grandes trozos de sombra. Uno de aquellos trozos cubria enteramente la pared, á la cual estaba pegado Mario, de modo que desaparecia en la oscuridad.

La tia Jondrette alzó los ojos, no vió á Mario, cogió las dos sillas, únicas que Mario poseia, y se marchó, dejando que la puerta se cerrase ruidosamente detrás de ella.

Volvió á entrar en su cueva.

—Aquí están las dos sillas.

—Y aquí la linterna, dijo el marido. Baja pronto.

Obedeció apresurada, y Jondrette quedó solo.

Colocó las dos sillas á los dos lados de la mesa; dió vuelta al cortafrios en el brasero; puso delante de la chimenea un viejo biombo que ocultaba la estufa; luego fué al rincon donde estaba el monton de cuerdas, y se bajó como para examinar en él alguna cosa. Mario conoció entonces que lo que habia tomado por un monton informe era una escala de cuerda muy bien hecha, con travesaños de madera y dos garfios para colgarla.

Aquella escala y algunos gruesos instrumentos, verdaderas mazas de hierro que estaban entre un monton de herramienta detrás de la puerta, no se hallaban por la mañana en la cueva de los Jondrette, y evidentemente habian sido llevados allí aquella tarde durante la ausencia de Mario.

—Son herramientas de cerrajero, pensó Mario.

Si hubiera sido un poco mas conocedor de aquel oficio, habria conocido en lo que tomaba por herramientas de cerrajero, ciertos instrumentos capaces de forzar una cerradura ó desencajar una puerta, y otros capaces de cortar ó romper; las dos familias de instrumentos siniestros que los ladrones llaman *ganzúas y ruiseñores*.

La chimenea y la mesa con las dos sillas se hallaban precisamente en frente de Mario. Estando oculta la estufa por el biombo, solo iluminaba el cuarto la luz de la vela: el mas pequeño objeto colocado sobre la mesa ó sobre la chimenea producia una gran sombra. Un jarro de agua desportillado ocultaba la mitad de una pared. Habia en aquel cuarto no sé qué calma horrible y amenazadora. Sentíase como la espectacion de alguna cosa espantosa.

Jondrette habia dejado apagarse su pipa, grave signo de meditacion,

Digitized by Google

y habia vuelto á sentarse. La luz hacia resaltar los ángulos fieros y finos de su cara. Grandes fruncimientos de cejas y bruscos movimientos de su mano derecha parecian indicar como que contestaba á los últimos consejos de un sombrío monólogo interno. En una de esas oscuras réplicas que se daba á sí mismo, tiró vivamente hácia sí del cajon de la mesa, cogió de él un ancho cuchillo de cocina que allí estaba oculto, y probó el filo sobre su uña. Hecho esto, volvió á meter el cuchillo en el cajon, y le cerró.

Mario por su parte sacó el cachorrillo que tenia en el bolsillo derecho, y lo montó.

El cachorrillo, al ser montado, produjo un pequeño ruido claro y seco.

Jondrette se estremeció, y medio se levantó de la silla.

—¿Quién anda ahí? gritó.

Mario contuvo su respiracion: Jondrette escuchó un momento, y luego se echó á reir, diciendo:

¡Qué bestia soy! es el tabique que cruje.

Mario conservó el cachorrillo en la mano.

Digitized by Google

XVIII.

LAS DOS SILLAS DE MARIO SE ENCUENTRAN FRENTE Á FRENTE.

De pronto la lejana y melancólica vibracion de una campana conmovió los vidrios. Daban las seis en San Medardo.

Jondrette marcó cada campanada con un movimiento de cabeza. Cuando dió la sesta, despabiló la vela con los dedos.

Despues se puso á andar por el cuarto, escuchó en el corredor, paseó y escuchó nuevamente.—¡Con tal que venga! masculló. Y se volvió á sentar.

Apenas se habia sentado se abrió la puerta.

La tia Jondrette la habia abierto, y permaneció en el corredor haciendo una horrible mueca amable, iluminada de abajo arriba por uno de los agujeros de la linterna sorda.

—Entrad, señor, dijo:

—Entrad, mi bienhechor, repitió Jondrette, levantándose precipitadamente.

Apareció á la puerta el señor Blanco.

Tenia un aire de serenidad que le hacia singularmente venerable.

Puso sobre la mesa cuatro luises, y dijo:

Digitized by Google

—Señor Fabantou, aquí teneis para el alquiler y para vuestras primeras necesidades. Despues ya veremos.

—Dios os lo pague, mi generoso bienhechor, dijo Jondrette; y acercándose rápidamente á su mujer, añadió:

—Despide el coche.

La mujer se marchó en tanto que el marido prodigaba sus saludos y ofrecia una silla al señor Blanco; y poco despues volvió á parecer, y le dijo al oido:

—Ya está:

La nieve que habia caido todo el dia era tan espesa, que no se oyó al carruaje llegar, ni volverse.

En tanto el señor Blanco se habia sentado.

Jondrette tomó posesion de la otra silla en frente del señor Blanco.

Ahora para formarse una idea de la escena que va á seguir, figúrese el lector en su imaginacion la noche helada, las soledades de la Salpêtriere cubiertas de nieve, y blancas á la luz de la luna como inmensos sudarios, la débil claridad de los reverberos acá y acullá, los trágicos boulevares y las largas filas de negros olmos, ni un transeunte tal vez en un cuarto de legua á la redonda, el caseron de Gorbeau en su mas alto punto de silencio, de horror y de oscuridad, y en medio de aquella soledad, en medio de aquella sombra, el vasto desvan de Jondrette, iluminado por una vela de sebo, y en aquella cueva dos hombres sentados juntos á una mesa, el señor Blanco tranquilo, Jondrette risueño y espantoso, la Jondrette, la madre loba, en un rincon, y detrás del tabique, Mario, invisible, en pie, no perdiendo una palabra, ni un movimiento, la vista en acecho, la pistola en la mano.

Mario por su parte sentia una emocion de horror, pero ningun temor. Apretaba la culata de la pistola, y se sentia tranquilo.—Detendré á ese miserable cuando quiera, pensaba.

Sentia tambien que la policía andaba por allí, emboscada en alguna parte, esperando la señal convenida, y pronta á tenderle los brazos.

Esperaba además que de aquel violento encuentro entre Jondrette y el señor Blanco brotaria alguna luz que iluminase todo lo que tenia interés en conocer.

Digitized by Google

XIX.

MIRAR BIEN Á LO OSCURO.

Apenas se sentó el señor Blanco, volvió la vista hácia las tarimas que estaban vacías.

—¿Cómo está la pobre niña herida? preguntó.

—Mal, respondió Jondrette con una sonrisa de triste reconocimiento; muy mal, mi digno señor. Su hermana mayor la ha llevado á la Bourbe para que la curen. Pronto las vereis, pues no deben tardar en volver.

—La señora Fabantou parece algo mejor que esta mañana, replicó el señor Blanco, fijando la mirada en el estraño arreo de la tia Jondrette, que de pie entre él y la puerta, como si guardase ya la salida, le miraba en actitud de amenaza, y casi de combate.

—Está muriéndose, señor, dijo Jondrette; pero ¡qué quereis! es tan animosa esa mujer: no es mujer, es una mula.

La Jondrette halagada por el cumplimiento, esclamó con una arrumaco de fiera acariciada.

—¡Ah, Jondrette! tú siempre has sido bueno para mí.

—¡Jondrette! esclamó el señor Blanco: yo creia que os llamábais Fabantou.

Digitized by Google

—Fabantou, alias Jondrette, replicó vivamente el marido. Es un apodo de artista.

Y arrojando á su mujer una mirada furibunda, que el señor Blanco no vió, prosiguió con voz enfática y acariciadora:

—¡Ah! Siempre hemos hecho buenas migas mi pobre mujer y yo. ¿Qué nos quedaria si no nos quedase el cariño? ¡Somos tan desgraciados, mi respetable señor! ¡Hay brazos, pero no trabajo! ¡Hay voluntad, pero falta obra! No sé cómo el gobierno arregla esto, pero, ¡palabra de honor, caballero! yo no soy jacobino, ni realista, yo no le quiero mal; pero si yo fuera ministro, juro por lo mas sagrado que esto habia de marchar de otra manera. Por ejemplo, yo he querido enseñar á mis hijas á hacer cajas de carton. Me direis: ¡Cómo! ¡un oficio! ¡un simple oficio! ¡un medio de ganar el pan de cada dia! ¡Qué humillacion, mi bienhechor! ¡Qué degradacion, cuando uno ha sido lo que yo! ¡Ay! ¡nada nos queda del tiempo de nuestra prosperidad! Nada mas que una cosa, un cuadro que aprecio en mucho, pero del cual me desharia, sin embargo, porque es preciso vivir. Sí señor: ¡es preciso vivir!

En tanto que Jondrette hablaba con una especie de desórden aparente, que en nada debilitaba la espresion reflexiva y sagaz de su fisonomía, Mario alzó los ojos y vió en el fondo del cuarto un bulto, que hasta entonces no habia visto. Acababa de entrar un hombre, pero tan silenciosamente, que no se habian oido sonar los goznes de la puerta. Aquel hombre vestia una chaqueta de punto color de violeta, vieja, usada, manchada, rota, y con girones en todas las arrugas, un ancho pantalon de pana, escarpines en los pies, sin camisa, el cuello desnudo, los brazos desnudos y pintarrajeados, y la cara manchada de negro. Se habia sentado en silencio y con los brazos cruzados, sobre la cama mas próxima, y como estaba detrás de la Jondrette, solo se le distinguia confusamente.

Esa especie de instinto magnético que advierte á la mirada, hizo que el señor Blanco se volviese casi al mismo tiempo que Mario; y no pudo reprimir un movimiento de sorpresa, que echó de ver Jondrette.

—¡Ah, ya comprendo! eslamó éste, abotonándose con cierta complacencia: mirais vuestro sobretodo: ¡oh! me sienta perfectamente, como si fuera hecho para mí.

Digitized by Google

—¿Quién es ese hombre? dijo el señor Blanco.

—¿Ese? esclamó Jondrette, es un vecino: no hagais caso.

El vecino tenia un aspecto estraño. Sin embargo, en el arrabal de San Marcelo abundaban las fábricas de productos químicos. Muchos obreros de aquellas fábricas podian tener la cara manchada de negro. Toda la persona del señor Blanco respiraba una confianza cándida é intrépida. Replicó:

—Perdonad: ¿de qué me hablábais, señor Fabantou?

—Os decia, mi venerable protector, contestó Jondrette apoyando los codos en la mesa, y fijando en el señor Blanco miradas tiernas, semejantes á las de la serpiente boa, os decia que tenia un cuadro de venta.

Hizo la puerta un ligero ruido. Otro hombre acababa de entrar, y de sentarse en la cama detrás de la Jondrette. Como el primero tenia los brazos desnudos y la cara tiznada con tinta ú hollin.

Aun cuando aquel hombre, mas bien que entrar, se deslizó por el cuarto, no pudo impedir que el señor Blanco le viese.

—No tengais cuidado, dijo Jondrette: son personas de la casa. Decia, pues, que me quedaba un cuadro precioso... Vedle, caballero, vedle.

Se levantó, se dirigió á la pared, en cuya parte baja estaba colocado el bastidor de que hemos hablado, y le volvió conservándole apoyado en la pared misma. Era, en efecto, una cosa que se parecia á un cuadro, iluminado un poco por la luz de la vela. Mario no podia distinguir nada, porque Jondrette se habia colocado entre el cuadro y él: solamente divisaba groseros chafarrinones, y una especie de personaje principal, iluminado con la crudeza chillona de los lienzos de las ferias y de las pinturas de biombo.

—¿Qué es eso? preguntó el señor Blanco.

Jondrette esclamó:

—¡Una obra maestra! Un cuadro de gran precio, mi bienhechor: lo quiero tanto como á mis hijas: depierta en mí recuerdos... pero yo no me desdigo de lo dicho: soy tan desgraciado, que me desharé de él...

Fuese casualidad, fuese que hubiera en él un principio de inquietud, al examinar el cuadro, el señor Blanco volvió la vista hácia el interior

Digitized by Google

de la habitacion. Habia ya allí cuatro hombres, tres sentados en la cama, uno en pie cerca de la puerta, todos cuatro con los brazos desnudos, inmóviles, y el rostro tiznado de negro. Uno de ellos, que estaba sentado en la cama, se apoyaba en la pared, y tenia los ojos cerrados: hubiérase dicho que dormia. Era viejo; sus cabellos blancos sobre su cara negra eran horribles; los otros dos parecian jóvenes: el uno era barbudo, y el otro cabelludo. Ninguno tenia zapatos: los que no llevaban escarpines tenian los pies desnudos.

Jondrette observó que la mirada del señor Blanco se fijaba en aquellos hombres.

—Son amigos, vecinos, dijo. Están tiznados porque trabajan en carbon; son fumistas. No hagais caso de ellos, mi bienhechor; pero compradme mi cuadro. Compadeceos de mi miseria. No os lo venderé caro. A vuestro ver, ¿cuánto vale?

—Pero, dijo el señor Blanco, mirando á Jondrette con ceño y como hombre que se pone en guardia; eso no es mas que una muestra de taberna y valdrá unos tres francos.

Jondrette replicó con amabilidad:

—¿Teneis ahí vuestra cartera? me contentaré con mil escudos.

El señor Blanco se levantó, apoyó la espalda en la pared y paseó rápidamente su mirada por el cuarto. Tenia á Jondrette á su izquierda del lado de la ventana, y la Jondrette y los cuatro hombres á la derecha por el lado de la puerta. Los cuatro hombres no pestañeaban y ni aun parecian verle; Jondrette habia comenzado de nuevo su arenga con acento tan plañidero, miradas tan vagas y entonacion tan lastimera, que el señor Blanco podia creer muy bien que la miseria habia vuelto loco á aquel hombre.

—Si no me comprais mi cuadro, mi querido bienhechor, decia Jondrette, no tengo recurso ninguno, ni me queda otro medio mas que tirarme al rio. ¡Cuando pienso que he querido enseñar á mis hijas á hacer cajas de carton entrefinas y á hacer cajas de aguinaldos! Pues bien: hace falta una mesa con una plancha en el fondo para que los vasos no se caigan al suelo; es preciso un hornillo hecho espresamente para el caso, un cubilete con tres divisiones para los diferentes grados de fuerza que debe tener la cola segun se la emplea en la madera, en el papel ó en la tela; una cuchilla para cortar el carton; un molde para dar for-

Digitized by Google

ma á las piezas, un martillo para clavar los aceros, pinceles, demonios, ¡qué se yo! ¡Y todo esto para ganar cuatro sueldos al dia, y trabajar catorce horas! ¡y cada caja pasa tres veces por la mano de la obrera! ¡y mojar el papel! ¡y no manchar nada! ¡y tener la cola caliente y qué diablos mas! ¡Cuatro sueldos por dia! ¡Cómo quereis que se viva!

Hablando asi, Jondrette no miraba al señor Blanco que le observaba. La mirada del señor Blanco estaba fija en Jondrette y la de Jondrette en la puerta. La atencion jadeante de Mario iba de uno á otro. El señor Blanco parecia preguntarse: ¿es un idiota? Jondrette repitió dos ó tres veces con toda clase de inflexiones variadas del género lloron y suplicante: No tengo mas remedio que tirarme al rio: ¡el otro dia bajé ya tres escalones para hacerlo, por el lado del puente de Austerlitz!

De repente su apagada pupila se iluminó con un horrible fulgor; aquel hombrecillo se enderezó y apareció espantable; dió un paso hácia el señor Blanco, y le gritó con voz tonante:

—No se trata de nada de esto: ¿me conoceis?

Digitized by Google

XX.

LA EMBOSCADA.

La puerta del desvan acababa de abrirse bruscamente, y dejaba ver tres hombres con blusas de tela azul, cubiertas las caras con máscaras de papel negro. El primero era flaco, y llevaba un largo garrote claveteado; el segundo, que era una especie de coloso, llevaba cogida por el medio del mango y con el corte hácia abajo, una cuchilla de las destinadas á matar bueyes. El tercero, fornido de hombros, menos flaco que el primero, y menos macizo que el segundo, empuñaba una enorme llave, robada quizá de la puerta de alguna prision.

Parece que Jondrete esperaba la llegada de estos hombres. Empeñóse un diálogo rápido entre él y el hombre del garrote: el flaco.

—¿Está todo pronto? dijo Jondrette.

—Sí, contestó el flaco.

—¿Dónde está Montparnasse?

—El primer galan se ha paradó á hablar con tu hija.

—¿Con cuál?

—Con la mayor.

—¿Hay abajo un carruaje?

—Sí.

Digitized by Google

—¿Está enganchada la carraca?

—Enganchada está.

—¿Con dos buenos caballos?

—Escelentes.

—¿Espera donde he dicho que esperase?

—Sí.

—Bien, dijo Jondrette.

El señor Blanco estaba muy pálido. Miraba todos los objetos de la cueva en torno suyo, como hombre que comprende dónde ha caido, y su cabeza sucesivamente dirigida hácia todas las cabezas de los que le rodeaban, se movia sobre su cuello con lentitud atenta y admirada, pero sin que hubiese nada en su aire parecido al miedo. Habíase formado con la mesa un improvisado atrincheramiento; y aquel hombre que momentos antes solo tenia el aspecto de un buen anciano, se habia convertido súbitamente en una especie de atleta, y apoyaba su puño robusto sobre el respaldo de la silla con un gesto temible y sorprendente.

Aquel anciano, tan firme y tan valiente, ante tal peligro; parecia ser de esas naturalezas que son valerosas, de la misma manera que son buenas, fácil y sencillamente. El padre de la mujer á quien amamos no es nunca un estraño para nosotros. Mario se sintió orgulloso de aquel desconocido.

Tres de los hombres de quienes Jondrette habia dicho *son fumistas*, habian cogido en el monton de hierro, el uno unas grandes tijeras de cortar metales, el otro la barra de una romana, y el tercero un martillo, y se habian colocado delante de la puerta sin decir una palabra. El viejo se habia quedado en la cama, y solamente habia abierto los ojos. La Jondrette se habia sentado á su lado.

Mario pensó que á los pocos segundos el momento de intervenir habia llegado, y levantó su mano derecha hácia el techo en direccion del corredor, pronto á soltar el tiro.

Terminado su coloquio con el hombre del garrote, Jondrette se volvió de nuevo hácia el señor Blanco, y repitió su pregunta, acompañándola con esa risa baja, contenida y terrible que le era peculiar:—¿No me conoceis?

El señor Blanco le miró á la cara, y respondió:

—No.

Digitized by Google

Entonces Jondrette se llegó hasta la mesa. Inclinóse por encima de la vela, cruzó los brazos, aproximó su mandíbula angulosa y feroz al rostro tranquilo del señor Blanco, y avanzando cuanto podia, sin que éste se retirase, y en aquella postura de fiera montés que va á morder, le gritó:

—Yo no me llamó Fabantou, ni me llamo Jondrette, ¡me llamo Thenardier! ¡Soy el posadero de Montfermeil! ¡Oís bien! ¡Thenardier! ¿Me conoceis ahora?

Un imperceptible rubor pasó por la frente del señor Blanco, el cual contestó sin que la voz le temblase, sin alzarla, con su ordinaria afabilidad:

—Tampoco.

Mario no oyó esta respuesta. Quien le hubiese visto en aquel momento en la oscuridad le hubiera hallado atontado, estúpido, como herido de un rayo. En el momento en que Jondrette habia dicho: *Me llamo Thenardier*, Mario se habia estremecido, y habia tenido que apoyarse en la pared, como si hubiese sentido el frio de una espada que le atravesase el corazon. Luego su brazo derecho pronto á dar la señal se habia bajado lentamente, y en el momento en que Jondrette habia repetido: *Oís bien*: *¡Thenardier!* los desfallecidos dedos de Mario habian estado á punto de dejar caer la pistola. Jondrette, al descubrir quien era, no habia conmovido al señor Blanco, pero habia trastornado á Mario. Aquel nombre de Thenardier que el señor Blanco parecia no conocer, Mario lo conocia. Recuérdese lo que este nombre era para él. Ese nombre lo llevaba sobre su corazon, escrito en el testamento de su padre; lo llevaba en el fondo de su pensamiento, en el fondo de su memoria, en esta sagrada recomendacion: «Un tal Thenardier me ha salvado la vida: si »mi hijo le encuentra hará por él todo lo que pueda.» Este nombre se recordará que era uno de los cultos de su alma: iba mezclado con el nombre de su padre. ¡Cómo! ¡Era aquel el Thenardier, el posadero de Montfermeil, á quien habia buscado en vano durante largo tiempo! ¡Lo hallaba al fin! ¿pero cómo? El salvador de su padre era un bandido: aquel hombre, por el que Mario hubiera querido sacrificarse, era un monstruo. Aquel libertador del coronel Pontmercy estaba á punto de cometer un atentado, cuya forma no veia aun Mario distintamente, pero que se parecia á un asesinato. Y un asesinato de quién ¡gran Dios!

Digitized by Google

¡Qué fatalidad! ¡Qué amarga burla de la suerte! Su padre le mandaba desde el fondo de su ataud que hiciera todo el bien posible á Thenardier: hacia cuatro años que Mario no tenia mas idea que pagar esta deuda de su padre, y en el momento en que iba á hacer que la justicia cogiera á un criminal en el acto de cometer un crímen, el destino le gritaba: ¡Es Thenardier! Iba, en fin, á pagar la vida de su padre salvada entre una granizada de metralla en el campo heróico de Waterlóo, é iba, en fin, á pagarla con el cadalso. Se habia prometido, si llegaba á encontrar á Thenardier, no acercarse á él, sino echándose á sus pies, y le hallaba, en efecto, pero para entregarle al verdugo. Su padre le habia dicho: ¡Socorre á Thenardier! Y él contestaba á esta voz adorada y santa, destruyendo á Thenardier. ¡Dar por espectáculo á su padre en su tumba al hombre que le habia librado de la muerte con peligro de su vida, ejecutado en la plaza de Santiago por culpa de su hijo, de aquel Mario, á cuya proteccion le habia encomendado! ¡Y qué irrision! ¡haber llevado tan largo tiempo en su pecho la última voluntad de su padre, escrita de su mano, para hacer horriblemente todo lo contrario!

Pero por otra parte, ¡asistir a aquel asesinato premeditado, y no impedirlo! ¡Cómo! ¡Condenar á la víctima, y salvar al asesino! Por ventura, ¿debia Mario conservar la menor gratitud á semejante miserable? Todas las ideas que Mario tenia hacia cuatro años se hallaban como trastornadas por este golpe inesperado. Se estremecia; todo dependia de él; tenia en su mano, sin que ellos lo supiesen, la suerte de aquellos que se agitaban ante su vista. Si disparaba el cachorrillo, el señor Blanco se habia salvado, y Thenardier estaba perdido: si no tiraba, el señor Blanco era sacrificado, ¿y quién sabe? Thenardier se salvaba. Precipitar al uno, ó dejar caer al otro; remordimiento por ambos lados. ¿Qué hacer? ¿qué partido elegir? Faltar á los mas imperiosos recuerdos, á tantos y tantos compromisos como consigo mismo habia contraido, al mas santo deber, al texto mas veneradó por él! ¡Faltar al testamento de su padre, ó dejar que se consumase un crímen! Parecíale por un lado oir á su «Ursula,» suplicarle en nombre de su padre, y por otro al coronel que le recomendaba á Thenardier. Estaba loco; doblábansele las rodillas; no tenia tiempo para deliberar, porque la escena que tenia ante la vista se precipitaba con furia hácia el desenlace. Era como un torbellino, del

Digitized by Google

cual se habia creido dueño, y que le arrastrába consigo. Estuvo á punto de desmayarse.

Entre tanto, Thenardier, á quien ya no nombraremos de otro modo, se paseaba á lo largo y á lo ancho por delante de la mesa en una especie de estravío y de triunfo frenético.

Cogió el candelero y lo colocó sobre la chimenea, dando con él un golpe tan violento, que la vela estuvo á punto de apagarse, y la pared quedó salpicada de sebo.

Luego se volvió hácia el señor Blanco, espantoso, y vomitó, mas que pronunció estas palabras:

—¡Chamuscado! ¡ahumado! ¡asado! ¡con salsa picante!

Y volvió á pasear nuevamente en el parasismo de la venganza satisfecha.

—¡Ah! gritaba: ¡al fin os encuentro, señor filántropo, señor millonario raido! ¡señor dador de muñecas! ¡viejo maricon! ¡Ah! ¡no me conoceis! ¡no sois vos quien fué á Montfermeil, á mi posada, hace ocho años la noche de Navidad de 1823! ¡No sois vos quien se llevó de mi casa la hija de la Fantina, la Alondra! ¡No sois vos quien llevaba un carrik amarillo, no! ¡y un paquete lleno de trapos en la mano, como el de esta mañana! ¡Mira, mujer! ¡parece que es su manía, llevar á las casas paquetes de medias de lana! ¡el viejo caritativo! ¡Bah! ¿Sois gorrero, señor millonario? ¡Regalais á los pobres los géneros de vuestra tienda, santo varon! ¡Qué saltimbanqui! ¿Con que no me conoceis? Pues bien: yo os conozco; os conocí en seguida, en cuanto metísteis aquí el hocico. Al fin va á verse que no es todo rosas el ir asi á casa de las personas, á pretesto de que son posadas, con vestidos miserables, con el aire de un pobre á quien se le puede dar una limosna, á engañar á la gente, á hacer el generoso, quitarles su modo de ganar la vida y amenazarles en el bosque, y que cuando esas personas están arruinadas, no queda esto pagado con un sobretodo demasiado ancho, y dos malas mantas de hospital, viejo pelon, ladron de niños.

Se detuvo, y un momento pareció hablarse á sí mismo. Hubiérase dicho que su furor caia como el Ródano en algun agujero. Luego, como si acabase en alta voz cosas que habia comenzado á decirse interiormente, dió un puñetazo en la mesa, y esclamó:

—¡Con su aire bonachon!

Digitized by Google

Y apostrofando al señor Blanco:

—Pardiez, continuó: en otro tiempo os burlásteis de mí: sois causa de todas mis desgracias. Por mil y quinientos francos habeis adquirido una muchacha que yo tenia, y que seguramente era de gente rica, que me habia producido ya mucho dinero, y á costa de la cual debia vivir toda mi vida. Una chica que me hubiera indemnizado de todo lo que he perdido en ese abominable bodegon, donde se hacian grandes orgías, y donde me he comido como un imbécil toda mi hacienda. ¡Oh! quisiera que todo el vino que se ha bebido en mi casa se volviese veneno para los que lo han bebido. En fin, no importa. Decid: Os debí parecer muy grotesco cuando os fuísteis con la Alondra. En el bosque teníais vuestra estaca. Erais el mas fuerte; ahora lo soy yo. Yo soy quien tengo hoy los triunfos. ¡Estais cogido, amiguito! ¡Oh! pero es cosa de risa, y verdaderamente me rio. ¡Cómo ha caido en el garlito! Le dije que era actor, que me llamaba Fabantou, que habia trabajado con la señorita Mars, y con la señorita Muche, que mi casero queria ser pagado mañana 4 de febrero, y no ha caido en que es el 8 de enero y no el 4 de febrero cuando cumple el plazo. ¡Babieca! ¡Y me trae cuatro malos luises! ¡Canalla! ¡Ni aun ha tenido valor para llegar á los cien francos! ¡Y cómo creia en todas mis simplezas! ¡Bah! me divertia, y al mismo tiempo me decia: ¡Anda, majadero! ya te cogí: esta mañana te lamia las manos; pero esta noche te arrancaré el corazon.

Thenardier calló. Se ahogaba. Su pecho mezquino y angosto hipaba como el fuelle de una fragua. Su mirada estaba llena de esa innoble felicidad de una criatura débil, cruel y cobarde, que consigue al fin echar por tierra al que ha temido, é insultar al que ha halagado, alegría de un enano que pusiera su talon sobre la cabeza de Goliat; alegría de un chacal que comienza á desgarrar un toro enfermo, suficientemente muerto para no defenderse ya, y bastante vivo para padecer todavía.

El señor Blanco no le interrumpió, pero le dijo cuando acabó:

—No sé qué quereis decir. Os equivocais. Soy un hombre pobre, y nada mas lejano de mí que ser millonario. No os conozco: me tomais por otro.

—¡Ah! gritó Thenardier: me gusta la tonadilla. ¡Os empeñais en seguir la broma! ¡Ah! ¡palabras en vano, mi viejo! ¿Con que no me recordais? ¿Con que no sabeis quién soy?

Digitized by Google

—Perdonad, respondió el señor Blanco con un acento tan político, que tenia en tal momento algo de estraño y de poderoso: ya veo que sois un bandido.

¡Quién no ha observado que los séres odiosos tienen su susceptibilidad, que los monstruos son quisquillosos! A la palabra bandido, la mujer de Thenardier se levantó de la cama, y éste cogió una silla como si fuera á romperla entre sus manos.—¡No te muevas tú! gritó á su mujer, y volviéndose hácia el señor Blanco, añadió:

—¡Bandido! sí, ya sé que nos llaman asi los señores ricos. ¡Calla! es verdad, he quebrado, me oculto, no tengo pan, no tengo un cuarto, ¡soy un bandido! Tres dias hace que no como, soy un bandido. ¡Ah! vosotros os calentais los pies; vosotros teneis escarpines de Sakoskis; teneis sobretodos entretelados, como los arzobispos; vivís en el piso principal de una casa con portero; comeis trufas, manojos de espárragos á cuarenta francos en el mes de enero, guisantes; os atracais, y cuando quereis saber si hace frio, mirais en el periódico los grados que marca el termómetro del ingeniero Chevalier. Nosotros, nosotros somos los termómetros. No necesitamos ir á ver á la esquina de la torre del reloj cuántos grados hace de frio; sentimos la sangre coagularse en nuestras venas, y al hielo llegar al corazon, y decimos: ¡No hay Dios! ¡Y vosotros venís á nuestras cavernas á llamarnos bandidos! ¡Os comeremos! ¡Os devoraremos, miserables criaturas! Sabed esto: señor millonario: Yo he sido un hombre que he tenido un establecimiento: he pagado contribucion, he sido elector, soy un ciudadano, y vos, vos acaso no lo seais.

Aquí Thenardier dió un paso hácia los hombres que estaban cerca de la puerta, y añadió con cierto estremecimiento.

—¡Cuando pienso que se atreve á venir á hablarme como á un zapatero de viejo!

Luego, dirigiéndose al señor Blanco con cierta recrudescencia de frenesí, añadió:

—¡Y sabed tambien esto, señor filántropo! ¡Yo no soy un hombre oscuro, no! Yo no soy un hombre cuyo nombre se ignora, que va á robar chicos á las casas. Yo soy un antiguo soldado francés. ¡Yo debiera estar condecorado! ¡Yo estuve en Waterlóo, y salvé en la batalla á un general llamado el conde de Pontmercy! Este cuadro que veis, y que ha sido

Digitized by Google

pintado por David en Bruselas, ¿sabeis lo que representa? Pues es á mí. David quiso inmortalizar esta accion. Yo tengo sobre los hombros al general Pontmercy, y lo llevo al través de la metralla. Esa es la historia. ¡Ese general nunca hizo nada por mí! No valia mas que los otros. No por eso dejé de salvarle la vida con peligro de la mia: tengo los bolsillos llenos de certificaciones. ¡Mil rayos! Soy un soldado de Waterlóo. Y ahora que he tenido la bondad de deciros todo esto, acabemos. Necesito dinero, mucho dinero, muchísimo dinero, ¡ú os estermino con mil demonios!

Mario habia cobrado algun imperio sobre sus angustias, y escuchaba. La última posibilidad de duda acababa de desvanecerse. Era aquel efectivamente el Thenardier del testamento. Mario se estremeció al oir la reconvencion de ingratitud dirigida á su padre, y que él estaba á punto de justificar tan fatalmente. Redobló su perplejidad. Además, habia en todas las palabras de Thenardier, en el acento, en el gesto, en la mirada, de la que cada palabra hacia brotar llamas; habia en aquella esplosion de una mala naturaleza, presentándolo todo, en aquella mezcla de fanfarronada y de abyeccion, de orgullo y de pequeñez, de rabia y de tontería, en aquel caos de quejas reales y de sentimientos falsos, en aquel impudor de un malvado saboreando la voluptuosidad de la violencia, en aquella desvergonzada desnudez de una alma fea, en aquella conflagracion de todos los sufrimientos combinados con todos los odios, algo que era horrible, como el mal, y doloroso, como la verdad.

El cuadro de David, la obra maestra de pintura, cuya adquisicion habia propuesto al señor Blanco, no era, como el lector lo habrá adivinado, sino la muestra de su figon, pintada, ya se recordará, por él mismo, único resto que habia salvado de su naufragio de Montfermeil.

Como habia cesado de interceptar el rayo visual de Mario, éste podia ya mirar aquella cosa, y en aquellos chafarrinones distinguió realmente una batalla, un fondo de humo, y un hombre que llevaba á otro. Era el grupo de Thenardier y de Pontmercy; el sargento salvador y el coronel salvado. Mario estaba como ébrio: aquel cuadro le hacia, en cierto modo, el efecto de su padre vivo: no era ya la muestra del figon de Montfermeil; era una resurreccion, era una tumba que se entreabria, un fantasma que se levantaba. Mario oia á su corazon latir en sus sienes, tenia el cañon de Waterlóo en los oidos, su padre ensangrentado, vagamente

Digitized by Google

pintado en aquel lienzo siniestro, le asustaba, y parecíale que aquella figura informe le miraba fijamente.

Cuando Thenardier cobró aliento, fijó sobre el señor Blanco sus sangrientas pupilas, y le dijo en voz baja y breve:

—¿Qué tienes que decir antes que te trinquen?

El señor Blanco callaba. En medio de aquel silencio, una voz cascada lanzó desde el corredor este sarcasmo lúgubre:

—Si hace falta partir leña, aquí estoy yo.

Era el hombre de la maza que se divertia.

Al mismo tiempo apareció en la puerta una enorme cara erizada y terrosa, sonriendo espantosamente, y enseñando, no dientes, sino garfios.

Era la cara del hombre de la maza.

—¿Por qué te has quitado la máscara? le gritó Thenardier enfurecido.

—Para reir, replicó aquel hombre.

Hacia algunos instantes que el señor Blanco parecia seguir y espiar todos los movimientos de Thenardier, el cual cegado y deslumbrado por su propia rabia, iba y venia por el cuarto con la confianza de tener la puerta guardada, de estar armado contra un hombre desarmado, y de ser nueve contra uno, aun suponiendo que la Thenardier no se contase mas que por un hombre. En su apóstrofe al de la maza, volvia la espalda al señor Blanco.

Este aprovechó el momento, rechazó con el pie la silla, la mesa con la mano; y de un salto, con prodigiosa agilidad, antes que Thenardier hubiera tenido tiempo de volverse estaba en la ventana. Abrirla, escalarla, y meter una pierna por ella fue obra de un momento. Ya tenia la mitad del cuerpo fuera, cuando seis robustos puños le cogieron y le volvieron á meter enérgicamente en el antro. Eran los tres «fumistas» que se habian lanzado sobre él. Al mismo tiempo la Thenardier le habia cogido por los cabellos.

Al pataleo que se armó acudieron los otros bandidos del corredor. El viejo, que estaba en la cama y parecia borracho, se bajó de ella, y llegó vacilante con un martillo de picapedrero en la mano.

Uno de los «fumistas,» cuyo rostro tiznado iluminaba la vela, y en quien Mario, á pesar de su tizne, habia conocido á Panchaud, alias Pri-

Digitized by Google

maveral, alias Colmenero, levantaba sobre la cabeza del señor Blanco, una especie de maza, formada por dos bolas de plomo en los dos estremos de una barra de hierro.

Mario no pudo resistir á este espectáculo.—Padre mio, pensó, ¡perdonadme!—Y su dedo buscó el gatillo de la pistola. Iba ya á salir el tiro, cuando la voz de Thenardier gritó:

—¡No le hagais daño!

Aquella tentativa desesperada de la víctima, en vez de exasperar á Thenardier, le habia calmado. Habia dos hombres en él: el hombre feroz y el hombre diestro. Hasta aquél instante, en el desbordamiento del triunfo, ante la presa abatida é inmóvil, el hombre feroz habia dominado. Cuando la víctima intentó luchar y se movió, el hombre diestro volvió á reaparecer y á tomar el ascendiente.

—¡No le hagais mal! repitió; y sin sospecharlo siquiera, por primer triunfo detuvo la pistola de Mario, pronta á dispararse, y paralizó la accion del jóven, para el cual desapareció la urgencia, no viendo inconveniente ante esta nueva fase, en esperar todavía. ¿Quién sabe si no surgiria algun incidente que le libertase de la horrible alternativa de dejar perecer al padre de Ursula, ó de perder al salvador del coronel?

Habíase empeñado una lucha hercúlea. De un puñetazo en la espalda el señor Blanco habia echado á rodar al viejo al medio del cuarto: de un revés de cada mano habia tirado á otros dos de los que le atacaban, y á otros dos los tenia sujetos bajo las rodillas; los miserables se ahogaban bajo aquella presion, como bajo una rueda de granito; pero los otros cuatro habian cogido al temible anciano por los dos brazos y la nuca, y le tenian doblegado sobre los dos «fumistas» que yacian en el suelo. Asi, dueño de unos, y dominado por los otros, aplastando á los de abajo, y ahogado por los de arriba, oponiéndose en vano á todos los esfuerzos de los que se agrupaban sobre él, desaparecia bajo el grupo horrible de bandidos, como un jabalí bajo la jadeante y ladradora trailla de mastines y sabuesos.

Consiguieron echarle sobre la cama mas próxima de la ventana, y contener allí sus esfuerzos. La Thenardier no le habia soltado los cabellos.

—Tú, díjola el marido, no te mezcles en eso. Vas á romperte el pañuelo.

Digitized by Google

La Thenardier obedeció como la loba obedece al lobo, con un gruñido.

—Vosotros, añadió Thenardier, registradle.

El señor Blanco parecia haber renunciado á toda resistencia. Se le registró: no tenia mas que una bolsa de cuero que contenia seis francos y su pañuelo.

Thenardier se guardó el pañuelo en el bolsillo.

—¡Cómo! ¿no hay cartera? preguntó.

—Ni relój, respondió uno de los «fumistas.»

—Es igual, murmuró con voz de ventrílocuo el hombre enmascarado que llevaba la gran llave: es un viejo duro de pelar.

Thenardier fué al rincon de la puerta, y allí cogió un paquete de cuerdas, que les arrojó.

—Atadle al banquillo, dijo; y viendo al viejo que habia permanecido tendido en medio del cuarto del puñetazo que el señor Blanco le habia dado, y notando que no se movia:

—¿Acaso está muerto Boulatruelle? preguntó:

—No, contestó el Colmenero; está borracho.

—Barredle á un rincon, dijo Thenardier.

Dos de los «fumistas» empujaron al borracho con el pie cerca del monton de hierro.

—Babet, ¿por qué has traido tanta gente? dijo Thenardier por lo bajo al hombre del garrote; era inútil.

—¡Qué quieres! replicó el del garrote, todos han querido ser de la partida; el tiempo es malo, y apenas se hacen negocios.

La tarima en que el señor Blanco habia sido derribado era una especie de cama de hospital, sostenida por un par de banquillos de madera, y toscamente labrada. El señor Blanco dejó que hicieran de él lo que quisieran: los ladrones le ataron sólidamente, en pie, y con los pies sujetos al banquillo mas distante de la ventana, y mas cercano á la chimenea.

Cuando fue echado el último nudo, Thenardier cogió una silla y fué á sentarse casi en frente del señor Blanco. Thenardier se habia trasformado: en algunos instantes su fisonomía habia pasado de la violencia desenfrenada á la dulzura tranquila y astuta. Mario apenas podia conocer en la sonrisa política de oficinista, la boca casi bestial que momentos

Digitized by Google

antes echaba espuma; consideraba estupefacto aquella metamorfosis fantástica y alarmante, y sentia lo que sentiria un hombre cualquiera que viese á un tigre cambiarse en procurador.—Caballero... dijo Thenardier.

Y apartando con el gesto á los ladrones, que aun tenian puesta la mano sobre el señor Blanco, añadió:

—Apartaos un poco, y dejadme hablar con este caballero.

Todos se retiraron hácia la puerta, y continuó:

—Caballero, habeis hecho mal en querer saltar por la ventana, porque habríais podido romperos una pierna. Ahora, si lo permitís, vamos á hablar tranquilamente. Ante todo debo comunicaros una observacion que he hecho, y es que todavía no habeis lanzado el menor grito.

Thenardier tenia razon; este detalle era positivo, aun cuando en su turbacion, Mario no lo habia notado. El señor Blanco apenas habia pronunciado algunas palabras sin alzar la voz, y hasta en su lucha cerca de la ventana con los seis bandidos, habia guardado el mas profundo y el mas singular silencio. Thenardier continuó:

—Aunque hubiérais gritado ¡ladrones! ¡ladrones! no me hubiera parecido inconveniente. Se grita ¡al asesino! en ocasiones, y yo no lo hubiera echado en mala parte. Es natural que se meta un poco de bulla cuando uno se encuentra con personas que no le inspiran suficiente confianza. Aun cuando hubiéseis hecho todo esto, no os hubiéramos incomodado. Ni siquiera se os hubiese puesto una mordaza: y voy á deciros por qué. Este cuarto es muy sordo. No tiene mas que esta cualidad, pero la tiene. Es una cueva. Aunque reventase aquí una bomba, el ruido que se sentiria en el cuerpo de guardia mas próximo no pasaria de ser como un ronquido de un borracho. Aquí el cañon haria ¡bum! y el trueno ¡paf! Es un alojamiento cómodo. Pero en fin, no habeis gritado, tanto mejor; os felicito por ello, y voy á deciros lo que deduzco de aquí. Cuando se grita, mi buen señor, ¿quién acude? La policía. ¿Y despues de la policía? La justicia. Pues bien; vos no habeis gritado: es que os cuidais muy poco de que acudan la justicia y la policía. Es que hace tiempo que, lo sospecho, teneis algun interés en ocultar alguna cosa. Por nuestra parte, tenemos el mismo interés; con que podemos entendernos.

Digitized by Google

Hablando asi, parecia que Thenardier, fija la pupila en el señor Blanco, trataba de hundir las puntas agudas que salian de sus ojos hasta la conciencia de su prisionero. Por lo demás, su lenguaje sazonado con cierta especie de insolencia suave y socarrona, era reservado y casi escogido; y en aquel miserable que poco antes era un bandido, se revelaba al presente «el hombre que ha estudiado en seminario.»

El silencio que habia guardado el prisionero, esa precaucion que llegaba hasta olvidarse del cuidado de su vida, esa resistencia opuesta al primer movimiento de la naturaleza que es gritar, todo esto, preciso es decirlo, desde que habia sido observado y consignado, importunaba á Mario y le admiraba penosamente.

La fundada observacion de Thenardier oscurecia aun mas para Mario las misteriosas sombras bajo las cuales se ocultaba aquella figura grave y estraña á la que Courfeyrac habia puesto el apodo de señor Blanco. Pero fuese quien quisiera, aquel hombre, atado, rodeado de verdugos, medio sumido en un foso que se hundia bajo sus pies un grado á cada instante, asi ante el furor como ante la dulzura de Thenardier, permanecia impasible, y Mario no podia menos de admirar en semejante momento aquel rostro soberbiamente melancólico.

Era evidentemente un alma innaccesible al espanto, y que no sabia lo que era la desesperacion. Era uno de esos hombres que dominan las situaciones desesperadas. Por estrema que fuese la crisis, por inevitable que fuese la catástrofe, no habia allí nada de la agonía del ahogado abriendo debajo del agua ojos horribles.

Thenardier se levantó sin afectacion, fué á la chimenea, separó el biombo apoyándole en la cama inmediata, dejó al descubierto la estufa llena de ardientes brasas, en la que el prisionero podia ver perfectamente el corta-frios albando y salpicado á trechos de estrellitas escarlatas.

Luego volvió á sentarse cerca del señor Blanco.

—Continúo, dijo. Podemos entendernos: arreglemos esto amistosamente. Hice mal en incomodarme hace poco; no sé dónde tenia la cabeza; he ido demasiado lejos y he dicho mil locuras. Por ejemplo, porque sois millonario, os he dicho que exigia dinero, mucho dinero, enorme cantidad de dinero. Esto no seria razonable; teneis la suerte de ser rico, pero tendreis vuestras obligaciones; ¿quién no tiene las suyas? No

Digitized by Google

quiero arruinaros; al fin y al cabo yo no soy un desollador. No soy de esos que porque tienen la ventaja de la posicion se aprovechan de ella para ser ridículos. Mirad, yo cedo algo y hago un sacrificio por mi parte. Necesito solamente doscientos mil francos.

El señor Blanco no dijo una palabra. Thenardier prosiguió:

—Ya veis que no dejo de aguar mi vino. No conozco el estado de vuestra hacienda; pero sé que no teneis mucho apego al dinero; y un hombre benéfico como vos bien puede dar doscientos mil francos á un padre de familia que no es feliz. Vos sois ciertamente razonable, y ya os figurareis que no me habré tomado el trabajo de hoy y organizado la cosa de esta noche, que es un plan muy acabado, segun confesion de estos señores, para venir á pediros que me deis con que beber tinto de á doce y comer ternera en casa de Desnoyers. Bien vale esto doscientos mil francos. Una vez fuera de vuestro bolsillo esa bagatela, os respondo de que todo ha concluido y de que no teneis que temer ni lo mas mínimo. Me direis: ¡pero yo no tengo aquí doscientos mil francos! ¡Oh! no soy exagerado: no exijo eso. Solo os pido una cosa. Tened la bondad de escribir lo que voy á dictaros.

Aquí Thenardier suspendió su arenga, y luego añadió marcando cada palabra y dirigiendo una sonrisa hácia el lado de la estufa:

—Os prevengo que no admitiré la escusa de no saber escribir.

Un inquisidor general hubiera podido envidiar aquella sonrisa.

Thenardier empujó la mesa cerca del señor Blanco, y sacó tintero, pluma y papel del cajon, que dejó entreabierto, y en el cual relucia la ancha hoja del cuchillo.

Colocó el papel delante del señor Blanco.

—Escribid, dijo.

El prisionero habló por fin.

—¿Cómo quereis que escriba si estoy atado?

—Es cierto, perdonad, dijo Thenardier; teneis mucha razon.

Y volviéndose hácia el Colmenero, añadió:

—Desatad el brazo derecho del señor.

Panchaud, alias Primaveral, alias Colmenero, ejecutó la órden de Thenardier. Cuando vió libre la mano derecha del prisionero, Thenardier mojó la pluma en el tintero, y se la presentó.

Notad bien que estais en nuestro poder, dijo, á nuestra discrecion;

Digitized by Google

que ningun poder humano puede sacaros de aquí, y que nos afligiria verdaderamente el vernos obligados á recurrir á desagradables estremos. No sé ni vuestro nombre, ni las señas de vuestra casa; pero os prevengo que seguireis atado aquí hasta que vuelva la persona encargada de llevar la carta que vais á poner. Ahora dignaos escribir:

—¿El qué? preguntó el prisionero.

—Ya dicto.

El señor Blanco cogió la pluma.

Thenardier comenzó á dictar.

—«Hija mia...»

El prisionero se estremeció, y alzó los ojos hácia Thenardier.

—Poned: «Mi querida hija,» dijo Thenardier. El señor Blanco obedeció. Thenardier continuó:

—«Ven al momento...»

Aquí se detuvo para preguntar:

—¿La tuteais, no es verdad?

—¿A quién? preguntó el señor Blanco.

—Pardiez, dijo Thenardier, á la niña...

El señor Blanco respondió sin la menor emocion aparente:

—No sé lo que quereis decir.

—Vaya, continuad, dijo Thenardier; y se puso nuevamente á dictar:

—«Ven al momento: necesito absolutamente de tí. La persona que te »entregará esta carta está encargada de conducirte á donde yo estoy. »Te espero. Ven con confianza.»

El señor Blanco habia escrito todo. Thenardier añadió:

—¡Ah! borrad *ven con confianza:* esto podria hacer suponer que la cosa no es natural, y que la desconfianza es posible.

El señor Blanco borró las tres palabras.

—Ahora, prosiguió Thenardier, firmad... ¿Cómo os llamais?

El prisionero dejó la pluma, y preguntó:

—¿Para quién es esta carta?

—¡Bah! ya lo sabeis, respondió Thenardier; para la niña: acabo de decíroslo.

Era evidente que Thenardier evitaba nombrar á la jóven de que se trataba. Decia «la Alondra,» decia «la niña,» pero no pronunciaba el nombre. Precaucion de hombre hábil, guardando su secreto ante sus

Digitized by Google

cómplices. Decir el nombre hubiera sido entregarles todo «el negocio,» y enseñarles mas de lo que tenian necesidad de saber.

Replicó:

—Firmad: ¿cuál es vuestro nombre?

—Urbano Fabre, dijo el prisionero.

Thenardier, con el movimiento propio de un gato, se metió la mano en el bolsillo, y sacó el pañuelo cogido al señor Blanco. Buscó la marca y se aproximó á la luz.

—U. F. Eso es. Urbano Fabre. Pues bien, firmad U. F.

El prisionero firmó.

—Como hacen falta las dos manos para cerrar la carta, dádmela, la cerraré yo.

Hecho esto, Thenardier añadió:

—Poned el sobre: Señorita Fabre, en vuestra casa. Sé que vivis no muy lejos de aquí, en los alrededores de Santiago de Haut-Pas, pues que allí vais á misa todos los dias; pero no sé en qué calle. Veo que comprendeis vuestra situacion. Como no habeis mentido al decir vuestro nombre, tampoco mentireis para vuestras señas. Ponedlas vos mismo.

El prisionero permaneció un momento pensativo; luego cogió la pluma y escribió:

—Señorita Fabre, casa del señor Urbano Fabre, calle Saint-Dominique d'Enfer, número 17.

Thenardier cogió la carta con una especie de convulsion febril.

—¡Mujer! gritó.

La Thenardier acudió.

—Toma esta carta. Ya sabes lo que tienes que hacer. Abajo hay un coche. Marcha inmediatamente, y vuelve idem.

Y dirigiéndose al hombre de la maza, añadió:

—Tú que te has quitado el tapabocas, acompaña á la ciudadana. Subirás en la trasera del coche. Ya sabes donde he dejado la «carraca.»

—Sí, contestó el hombre.

Y dejando su maza en un rincon siguió á la Thenardier.

—Cuando ya se iban, Thenardier sacó la cabeza por la puerta entreabierta, y gritó en el corredor:

—Cuidado con perder la carta: piensa que llevas en ella doscientos mil francos.

Digitized by Google

La voz ronca de la Thenardier respondió:

—Descuida, me la he metido en el pecho.

No habia trascurrido un minuto cuando se oyó el chasquido de un látigo, que fue disminuyendo, y se apagó rápidamente.

—¡Bien! murmuró Thenardier: van á buen paso. Como corran de ese modo, la ciudadana estará de vuelta aqui dentro de tres cuartos de hora.

Acercó una silla á la chimenea, y se sentó cruzando los brazos, y presentando sus botas enlodadas á la estufa.

—Tengo frio en los pies, dijo.

No quedaban en el desvan con Thenardier y el prisionero mas que cinco bandidos. Aquellos hombres, al través de las máscaras y de liga negra que cubriéndoles el rostro hacian de ellos, á eleccion ó gusto del miedo, carboneros, negros ó demonios, tenian aire embotado y triste: se conocia que ejecutaban el crímen como un trabajo cualquiera, tranquilamente, sin cólera y sin piedad, con cierta especie de fastidio. Hallábanse en un rincon amontonados como bestias, y se callaban. Thenardier se calentaba los pies. El prisionero habia vuelto á caer en su taciturnidad. Una sombría calma habia sucedido al feroz estrépito que llenaba el desvan momentos antes.

La vela, que habia criado un largo pábilo, iluminaba apenas el inmenso tugurio; el fuego habia palidecido, y todas aquellas cabezas monstruosas proyectaban sombras deformes en las paredes y en el techo.

No se oia mas ruido que la tranquila respiracion del viejo borracho que dormia.

Mario esperaba con ansiedad siempre creciente. El enigma era mas impenetrable que nunca. ¿Quién era aquella «niña» á quien Thenardier habia llamado la Alondra? ¿Era su «Ursula?» El prisionero no habia parecido conmovido al oir el nombre de Alondra, y habia contestado lo mas naturalmente del mundo:—«No sé lo que quereis decir.»

Por otra parte, las dos letras U. F. estaban esplicadas, era Urbano Fabre, y Ursula no se llamaba ya Ursula. Esto era lo que Mario veia claramente. Una especie de fascinacion horrible le retenia clavado en su sitio, desde donde observaba y dominaba toda la escena. Estaba allí, casi incapaz de reflexion y de movimiento, como aniquilado por tan abominables cosas vistas de cerca. Aguardaba algun incidente, no importa

Digitized by Google

cuál, no pudiendo reunir sus ideas, y no sabiendo qué partido tomar.

—De cualquier modo, decia, si la Alondra es ella, la veré, porque la Thenardier va á traerla aquí. Entonces todo acabará: daré mi vida y mi sangre, si es preciso, pero la libertaré. Nada me detendrá.

Pasó asi media hora. Thenardier parecia absorto en una tenebrosa meditacion: el prisionero no se movia. Sin embargo, Mario creia oir por intervalos, y desde hacia algunos instantes, un pequeño ruido sordo hácia el lado del prisionero.

De pronto Thenardier apostrofó á éste:

—Señor Fabre, escuchad lo que voy á deciros.

Estas pocas palabras parecian dar principio á una declaracion. Mario prestó oido. Thenardier continuó:

—Mi mujer va á volver; no os impacienteis. Creo que la Alondra es verdaderamente vuestra hija, y me parece muy natural que la conserveis. Pero oid lo que voy á deciros: con vuestra carta, mi mujer irá á buscarla. He dicho á mi mujer que se vistiese como habeis visto, para que vuestra hija consienta en seguirla sin dificultad. Las dos subirán al carruaje y mi camarada en la trasera. Hay en cierta parte, fuera de una de las barreras, una «carraca» preparada con dos buenos caballos. Llevará allí á vuestra hija; se apeará del coche; mi camarada subirá con ella en la «carraca,» y mi mujer volverá aquí á decirnos: «Ya está hecho.» En cuanto á vuestra hija no se le hará ningun daño: la «carraca» la llevará á un sitio donde estará tranquila, y en cuanto me hayais dado esos miserables doscientos mil francos, os será devuelta. Si haceis que me prendan, mi camarada dará el golpe de gracia á la Alondra, y todo habrá concluido.

El prisionero no articuló una palabra. Despues de una pausa, Thenardier prosiguió:

—Como veis, es muy sencillo. No habrá nada malo, si vos no quereis que lo haya. Yo os cuento el suceso: os prevengo para que lo sepais.

Se detuvo: el prisionero no rompió el silencio, y Thenardier prosiguió:

—Cuando mi esposa haya vuelto y me haya dicho: la Alondra está en camino, os soltaremos, y podreis ir á dormir á vuestra casa. Ya veis que no tenemos malas intenciones.

Digitized by Google

Imágenes espantosas pasaron por la imaginacion de Mario. ¡Cómo! Aquella jóven á quien robaban, ¿no iba á ser llevada allí? ¿Uno de aquellos monstruos iba á arrebatarla en la oscuridad? ¿Dónde?... ¡Y si era ella! Claro es que era ella. Mario sentia paralizarse y apagarse los latidos de su corazon. ¿Qué hacer? ¿Disparar el tiro? ¿Poner en manos de la justicia á todos aquellos miserables? Pero no por eso dejaria de estar fuera de todo alcance con la jóven el horrible hombre de la maza, y Mario pensaba en estas palabras de Thenardier, cuya sangrienta significacion entreveia: *Si me haceis prender, mi camarada dará el golpe de gracia á la Alondra.*

Ahora ya no le detenia el testamento del coronel, sino tambien su mismo amor, el peligro de la que amaba.

Esta espantosa situacion que duraba ya hacia mas de una hora, cambiaba de aspecto á cada momento. Mario tuvo la fuerza de pasar revista sucesivamente á las mas punzantes conjeturas, buscando una esperanza, y no hallándola. El tumulto de sus pensamientos contrastaba con el fúnebre silencio de la caverna.

En medio de aquel silencio se oyó el ruido de la puerta de la calle, que se abria y luego se cerraba.

El prisionero hizo un movimiento en sus ligaduras.

—Aquí está la ciudadana, dijo Thenardier.

Apenas acababa de hablar, cuando en efecto, la Thenardier se precipitó en el cuarto, amoratada, sofocada, jadeante, llameantes los ojos, y gritó, pegando con sus dos manazas sobre sus dos muslos á la vez:

—¡Señas falsas!

El bandido que habia ido con ella entró detrás, y se dirigió á coger su maza.

—¿Señas falsas? repitió Thenardier.

La mujer replicó:

—Nadie: en la calle de Saint-Dominique, número 17, no vive ningun Urbano Fabre. Nadie da razon de él.

Se detuvo sofocada; luego continuó:

—Mira, Thenardier: ese viejo te la ha pegado: tú eres demasiado bueno; ya ves, yo que tú, le hubiera abierto en canal para empezar, y si se me hubiera hecho de pencas, le habria cocido vivo. Preciso le hubiera sido hablar, y decir dónde está su hija, y dónde tiene el gato.

Digitized by Google

Asi hubiera yo manejado este negocio. Bien dicen, que los hombres son mas bestias que las mujeres. Nada, no habia nadie en el número 17. Es una puerta-cochera muy grande. En la calle de Saint-Dominique no hay ningun señor Fabre; ¡y á escape, y propina al cochero, y todo! He hablado al portero y á la portera, que es una buena mujer, y no le conocen.

Mario respiró: Ella, Ursula ó la Alondra, aquella á quien no sabia cómo llamar, estaba salvada.

Thenardier en tanto que su mujer, exasperada, vociferaba, se habia sentado sobre la mesa: permaneció algunos momentos sin pronunciar una palabra, moviendo la pierna derecha, que colgaba, y considerando la estufa con aire de meditacion salvaje.

Por fin, dijo al prisionero con una inflexion de voz lenta y singularmente feroz:

—¡Señas falsas! ¿Qué es, pues lo que esperabas?

—¡Ganar tiempo! gritó el prisionero con voz tonante.

Y en el mismo instante sacudió sus ataduras: estaban cortadas. El prisionero solo estaba sujeto á la cama por una pierna.

Antes que los siete hombres hubiesen tenido tiempo de comprender la situacion y de lanzarse sobre él, el señor Blanco se inclinó hácia la chimenea, estendió la mano hácia la estufa, luego se levantó, y Thenardier, su mujer y los bandidos, rechazados por el asombro al fondo de la cueva, le vieron estupefactos levantar por encima de su cabeza el cortafrios hecho ascua, del cual se desprendia una claridad siniestra, casi libre y en formidable actitud.

En la sumaria á que mas adelante dió lugar el crímen del caseron de Gorbeau, consta, que cuando la policía hizo uno de sus reconocimientos, halló en el desvan un sueldo cortado y trabajado de un modo particular. Aquel sueldo era una de esas maravillas de industria que la paciencia del presidio engendra en las tinieblas, y para las tinieblas, maravillas, que no son otra cosa sino instrumentos de evasion. Estos productos horribles y delicados, de un arte prodigioso, son en la bisutería lo que las metáforas del caló son en la poesía. Hay Benvenutos Cellini en los presidios, lo mismo que hay Villon en el idioma. El desgraciado que aspira á la libertad halla algunas veces sin instrumentos, con un cortaplumas, con un cuchillo viejo, el medio de aserrar un suel-

Digitized by Google

do en dos hojas delgadas, de ahuecar estas sin tocar á la impresion monetaria, y de practicar un visel ó una rosca sobre el corte del sueldo, de modo que las dos hojas se puedan adherir de nuevo. Asi se juntan ó separan á voluntad, formando una caja. En aquella caja se oculta un muelle de relój, y este muelle, bien manejado, corta los grillos y las barras de hierro. Se cree que un infeliz forzado no tiene mas que un sueldo: nada de eso, posee la libertad. Un sueldo de esta clase fue el que halló la policía en sus pesquisas ulteriores, abierto y en dos pedazos sobre la cama inmediata á la ventana. Se descubrió igualmente una pequeña sierra de acero empavonado que podia ocultarse en el sueldo. Es probable que en el momento que los bandidos registraron al prisionero, llevara consigo este sueldo, que conseguiria ocultar en su mano, y que teniendo en seguida la mano libre, lo abrió y se sirvió de la sierra para cortar las cuerdas que le ataban, lo cual esplicaria el ligero ruido y los movimientos casi imperceptibles que Mario habia observado.

No habiendo podido bajarse por temor de descubrirse, no habia cortado las ligaduras de su pierna izquierda.

Los bandidos habian vuelto de su primera sorpresa.

—Descuida, dijo el Colmenero á Thenardier. Está todavía sujeto por una pierna, y no se irá: yo respondo; como que he sido yo quien le ha atado esa pata.

Sin embargo, el prisionero alzó la voz:

—¡Sois unos miserables; pero mi vida no vale la pena de ser tan defendida! En cuanto á imaginaros que me hareis hablar, que me hareis escribir lo que yo no quiero escribir, que me hareis decir lo que yo no quiero decir...

Se levantó la manga del brazo izquierdo, y añadió:

—Mirad.

Al mismo tiempo alargó el brazo, y puso sobre la carne desnuda el cortafrios ardiendo que tenia en la mano derecha cogido por el mango de madera.

Oyóse el chirrido de la carne quemada, esparcióse por el desvan el olor propio de los cuartos de tormento. Mario vaciló, sobrecogido de horror, los bandidos mismos se estremecieron: el rostro del enigmático anciano apenas se contrajo, y en tanto que el hierro enrojecido penetraba en la herida humeante, impasible, y casi augusto, fijaba en Thenar-

Digitized by Google

dier su hermosa mirada, sin odio, en la que el dolor se desvanecia bajo una magestad serena.

En las naturalezas grandes y escogidas, la resistencia de la carne y de los sentidos, cuando son presa del dolor físico, hacen salir el alma, y la hacen aparecer en la frente, como las rebeliones de la soldadesca hacen aparecer al capitan.

—¡Miserables! dijo: no tengais mas miedo de mí que el que yo tengo de vosotros.

Y arrancando el corta-frios de la herida, lo lanzó por la ventana que habia quedado abierta: el horrible instrumento abrasado desapareció girando en la oscuridad, cayendo á lo lejos, y yendo á apagarse en la nieve.

El prisionero añadió:

—Haced de mí lo que querais.

Estaba ya desarmado.

—¡Sujetadle! gritó Thenardier.

Dos bandidos le echaron mano á los hombros, y el enmascarado con voz de ventrílocuo se colocó en frente, pronto á saltarle el cráneo de un llavazo al menor movimiento.

En aquel momento Mario oyó por bajo de sí en el estremo inferior del tabique, de tal modo, que no podia ver á los que hablaban, este coloquio sostenido en voz baja:

—No hay mas que una cosa que hacer.

—Abrirle en canal.

—Eso.

Eran el marido y la mujer que celebraban consejo.

Thenardier marchó lentamente hácia la mesa, abrió el cajon, y cogió el cuchillo.

Mario atormentaba la culata de la pistola. ¡Perplejidad inaudita! Hacia una hora que se elevaban dos voces en su conciencia; la una le decia que respetase el testamento de su padre, la otra le gritaba que socorriese al prisionero. Aquellas dos voces continuaban sin interrupcion su lucha, que le ponia en la agonía. Habia esperado vagamente hasta aquel momento hallar un medio de conciliar los dos deberes; pero nada posible habia surgido. Entre tanto el peligro apremiaba: habia ya traspasado el último límite de la espera: Thenar-

Digitized by Google

dier, á algunos pasos del prisionero, pensaba con el cuchillo en la mano.

Mario, loco, paseaba sus miradas en torno suyo, último y maquinal recurso de la desesperacion.

De repente se estremeció.

A sus pies, sobre la cómoda, un rayo de clara luna iluminaba y parecia mostrarle una hoja de papel. En aquella hoja leyó esta línea escrita en gruesos caracteres aquella misma mañana por la mayor de las hijas de Thenardier:

—LOS CORCHETES ESTÁN AHI.

Una idea, una luz atravesó la imaginacion de Mario: era el medio que buscaba, la solucion de aquel horrible problema que le torturaba: librar al asesino y salvar á la víctima. Se arrodilló sobre la cómoda, alargó el brazo, cogió el papel, arrancó suavemente un yeson del tabique, lo envolvió en el papel, y arrojó el todo por el agujero en medio de la zahurda.

Ya era tiempo: Thenardier habia vencido sus últimos escrúpulos ó sus últimos temores, y se dirigia hácia el prisionero.

—¡Algo han tirado! gritó la Thenardier.

—¿Qué es? dijo el marido.

La mujer se habia lanzado y habia recogido el yeso envuelto en el papel que entregó á su marido.

—¿Por dónde ha venido esto? preguntó Thenardier.

—Pardiez, ¿por dónde quieres que haya entrado? Por la ventana.

—Yo lo he visto pasar, dijo el Colmenero.

Thenardier desenvolvió rápidamente el papel, y se acercó á la luz.

—Es la letra de Eponina. ¡Diablo!

—Hizó una seña á su mujer que se acercó vivamente, y la enseñó lo escrito en el papel, añadiendo luego con voz sorda:

—¡Pronto! ¡la escala! Dejemos el tocino en la ratonera, y abandonemos el campo.

—¿Sin cortar el cuello al hombre? preguntó la Thenardier.

—No tenemos tiempo.

—¿Por dónde? preguntó el Colmenero.

—Por la ventana, respondió Thenardier. Pues que Eponina ha tirado la piedra por la ventana, es que la casa no está cercada por este lado.

Digitized by Google

El enmascarado de voz de ventrílocuo dejó en el suelo su llave, levantó los dos brazos, y abrió y cerró tres veces rápidamente las manos sin decir una palabra. Fue como la voz de zafarrancho para una tripulacion. Los bandidos que sujetaban al prisionero le soltaron: en un abrir y cerrar de ojos fue desarrollada la escala por fuera de la ventana, y sujetada sólidamente al marco con los dos ganchos de hierro.

El prisionero no ponia atencion en lo que pasaba en torno suyo. Parecia soñar ó rezar.

Una vez corriente la escala, Thenardier gritó:

—Ven, mujer.

Y se precipitó hácia la ventana.

Pero cuando iba á saltar por ella, el Colmenero lo cogió bruscamente del cuello:

—Todavía, no, viejo farsante; despues que nosotros hayamos salido.

—Despues que nosotros, aullaron los bandidos.

—Sois unos chiquillos, dijo Thenardier; estamos perdiendo tiempo. Los podencos nos están ya pisando los talones.

—Pues bien, dijo un bandido, echemos á la suerte quién pasará el primero.

Thenardier esclamó:

—¡Estais locos! ¡Estais borrachos! ¡Vaya un atajo de mandrias! ¡Perder asi el tiempo! Echar á la suerte, ¿no es verdad? ¿Echaremos chinas? ¿Echaremos pajas? Escribiremos nuestros nombres, los pondremos en una gorra...

—¿Quereis mi sombrero? gritó una voz desde el umbral de la puerta.

Todos se volvieron: era Javert.

Tenia el sombrero en la mano, y lo alargaba sonriendo.

Digitized by Google

XXI.

DE CÓMO SE DEBERIA COMENZAR POR PRENDER Á LAS VÍCTIMAS.

Javert, al anochecer habia apostado su gente, y él mismo se habia emboscado detrás de los árboles en la calle de la Barrera de los Gobelinos, que daba frente al caseron de Gorbeau por el otro lado del boulevard. Habia empezado por abrir «su bolsillo» para meter en él á las dos muchachas encargadas de vigilar las inmediaciones de la caverna. Pero solo habia «enjaulado» á Azelma. Eponina no estaba en su puesto; habia desaparecido, y no habia podido cogerla. Luego Javert se habia puesto en acecho, atento el oido á la señal convenida. Las idas y venidas del coche le habian agitado mucho. Por fin, se habia impacientado, y, *seguro de que allí habia un nido*, seguro de estar «de suerte,» habiendo conocido á muchos de los bandidos que habian entrado, acabó por decidirse á subir sin esperar el pistoletazo.

Se recordará que tenia la llave de Mario.

Habia llegado tiempo.

Los bandidos asustados se arrojaron sobre las armas que habian abandonado en el momento de evadirse. En menos de un segundo, aquellos siete hombres espantosos se agruparon en actitud de defensa, uno con su maza, otro con su llave, otro con su barra de hierro, los

Digitized by Google

otros con tenazas, pinzas y martillos. Thenardier cogió su cuchillo: la Thenardier cogió un enorme pedrusco que estaba en el rincon de la ventana, y que servia á sus hijas de taburete.

Javert se puso su sombrero, dió dos pasos por el cuarto con los brazos cruzados, el baston debajo del brazo y el espadin en la vaina.

—¡Alto ahí! dijo; no saldreis por la ventana, sino por la puerta. Es menos mal sano. Sois siete, nosotros somos quince. No nos agarremos como ganapanes. Sed buenos muchachos.

El Colmenero sacó una pistola que llevaba oculta bajo la blusa, y la puso en la mano de Thenardier, diciéndole al oido:

—Es Javert. Yo no me atrevo á disparar contra ese hombre. ¿Te atreves tú?

—¡Pardiez! respondió Thenardier.

—Pues bien, tírale.

Thenardier cogió la pistola y apuntó á Javert.

Este, que se hallaba á tres pasos, le miró fijamente, y se contentó con decirle:

—No tires: te va á faltar.

Thenardier apretó el gatillo: el tiro no salió.

—¡Cuando yo te lo decia! esclamó Javert.

El Colmenero tiró su rompe-cabezas á los pies de Javert.

—¡Eres el rey de los diablos! Me rindo.

—¿Y vosotros? preguntó Javert á los demás bandidos.

—Nosotros tambien.

Javert repitió con calma:

—Bien, bueno; ya decia yo que seríais buena gente.

—Solo pido una cosa, añadió el Colmenero, y es que no se me niegue el tabaco mientras esté en chirona.

—Concedido, dijo Javert.

Y volviéndose y llamando.

—Entrad ya, dijo.

Una escuadra de municipales sable en mano, y de agentes armados de rompe-cabezas y garrotes se precipitó en la habitacion, y ató á los bandidos á la voz de Javert. Aquella multitud de hombres apenas iluminados por una vela, llenaba de sombra el antro:

—¡Esposas á todos! gritó Javert.

Digitized by Google

—¡Acercaos un poco! gritó una voz, que no era voz de hombre, pero de la que nadie hubiera podido decir: es voz de mujer.

La Thenardier se habia atrincherado en uno de los ángulos de la ventana, y ella era quien acababa de lanzar aquel rugido.

Los municipales y agentes retrocedieron.

Se habia quitado el pañuelo; pero conservaba su sombrero: su marido, agachado detrás de ella, desaparecia casi bajo el pañuelo caido: además, ella le cubria con su cuerpo, levantando con ambas manos por cima de su cabeza el pedrusco, con el balanceo de un gigante que va á lanzar una roca.

—¡Cuidado! gritó.

Todos se refugiaron en el corredor, quedando un gran trecho desierto en medio del desvan.

La Thenardier dirigió una mirada á los bandidos que se habian dejado amarrar, y murmuró con acento gutural y ronco:

—¡Cobardes!

Javert se sonrió, y se adelantó al espacio vacío que la Thenardier abrazaba con sus feroces miradas.

—¡No te acerques! ¡vete, gritó, ó te aplasto!

—¡Qué buen granadero! esclamó Javert: vaya, aunque tengas barbas como un hombre, yo tengo uñas como una mujer. Y continuó avanzando.

La Thenardier, desmelenada y terrible, abrió las piernas, se dobló hácia atrás, y tiró el pedrusco á la cabeza de Javert con loca furia. Javert se bajó, la piedra pasó por encima de él, dió en la pared de en frente, arrancando un gran pedazo de yeso, y volvió repercutiendo de ángulo en ángulo, al través del desvan, por fortuna vacío, á morir á los pies de Javert.

En el mismo instante, éste llegaba junto á la pareja Thenardier. Una de sus anchas manos cayó sobre el hombro de la mujer y la otra sobre la cabeza del marido.

—¡Las esposas! gritó.

Los polizontes entraron á escape, y algunos segundos despues, la órden de Javert estaba ejecutada.

La Thenardier, domada, miró sus manos atadas y las de su marido, se dejó caer en el suelo, y esclamó llorando:

Digitized by Google

—¡Hijas mias!

—Están ya á la sombra, dijo Javert.

En tanto, los agentes habian descubierto al borracho dormido detrás de la puerta, y le sacudian. Se despertó balbuceando:

—¿Hemos concluido, Jondrette?

—Sí, respondió Javert.

Los seis bandidos atados estaban de pie: conservaban aun sus caras de espectros: tres tiznados de negro, tres enmascarados.

—Conservad vuestras caretas, dijo Javert.

Y pasándolos revista con la mirada de un Federico II en la parada de Postdam, dijo á los tres «fumistas:»

—Buenas noches, Colmenero; buenas noches, Brujon; buenas noches, Dos-millares.

Luego volviéndose hácia los tres enmascarados, dijo al hombre de la maza:

—Buenas noches Traga-mares.

Y al hombre del garrote:

—Buenas noches, Babet.

Y al ventrílocuo:

—Salud, Suena-dinero.

En aquel momento, vió al prisionero de los bandidos, el cual, desde la entrada de los agentes de policía no habia pronunciado una palabra, y se mantenia con la cabeza baja.

—Desatad al señor, dijo Javert, y que nadie salga.

Dicho esto, se sentó soberanamente ante la mesa, donde habian quedado la vela y el tintero, sacó un papel sellado del bolsillo, y comenzó su sumario.

Luego que escribió las primeras líneas, que son las fórmulas de siempre, alzó la vista.

—Que se acerque el caballero á quien estos señores habian atado.

Los agentes miraron en derredor.

—Y bien, preguntó Javert, ¿dónde está?

El prisionero de los bandidos, el señor Blanco, el señor Urbano Fabre, el padre de la Ursula ó de la Alondra, habia desaparecido.

La puerta estaba guardada, pero la ventana no lo estaba. Inmediatamente que se vió libre, y en tanto que Javert sumariaba, se aprovechó

Digitized by Google

de la confusion, del tumulto, de la multitud, de la oscuridad, y de un momento en que la atencion no estaba fija en él para lanzarse por la ventana.

Un agente corrió á ella y miró. No se veia nada fuera.

La escala de cuerda temblaba todavía.

—¡Diablo! dijo Javert entre dientes; este debia de ser el mejor de todos.

Digitized by Google

XXII.

EL NIÑO QUE LLORABA EN EL TOMO SEGUNDO.

Al dia siguiente del en que se verificaron estos acontecimientos en la casa del boulevard del Hospital, un chico, que parecia venir del lado del puente de Austerlitz, subia por la travesía de la derecha, en direccion á la barrera de Fontainebleau. Era noche oscura. Aquel chico era pálido, flaco; iba vestido de remiendos, con un pantalon de lienzo en el mes de febrero, y cantaba á grito pelado.

En la esquina de la calle del Petit-Banquier, una vieja encorvada rebuscaba en un monton de basura, á la luz del reverbero. El chico la empujó al pasar, y luego retrocedió, esclamando:

—¡Calla! ¡y yo que habia tomado esto por un enorme perro!

Pronunció la palabra enorme por segunda vez con un ronquido gangoso y burlon, que solo letras mayúsculas pueden espresar: ¡un enorme, un ENORME perro!

La vieja se enderezó furiosa.

—¡Bribon! ¡pillastre! murmuró: si yo no hubiera estado inclinada, ya sé dónde te hubiera aplicado la punta del pie.

El chico estaba ya á alguna distancia.

—¡Tuso! ¡tuso! —¡Vaya! ¡ya veo que no me habia engañado!

Digitized by Google

La vieja, sofocada de indignacion, se levantó, y el resplandor de la linterna dió de lleno en su cara lívida, angulosa y arrugada, con patas de gallo que le bajaban hasta casi los ángulos de la boca. El cuerpo se perdia en la sombra, y solo se veia la cabeza. Hubiérase dicho que era la máscara de la decrepitud recortada por una claridad cualquiera en las tinieblas. El chico la miró atentamente.

—Esta señora, dijo, no tiene el género de belleza que me conviene.

Y prosiguió su camino, volviendo á cantar:

Mambrú se fué á la guerra,
montado en una perra,
Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá.

Al acabar el cuarto verso se detuvo. Habia llegado delante del número 50—52, y hallando cerrada la puerta, habia comenzado á descargar sobre ella golpes y taconazos resonantes y heróicos, que revelaban mas bien los zapatos de hombre que llevaba, que los pies de niño que tenia.

Entre tanto, aquella misma vieja que habia encontrado en la esquina de la calle del Petit-Banquier, corria detrás de él, lanzando gritos y prodigando gestos desmesurados.

—¿Qué es eso? ¿qué es eso? ¡Buen Dios! ¡Echan abajo la puerta! ¡Están derribando la casa!

Las patadas continuaban.

La vieja gritaba á mas no poder:

—¡Asi se arreglan las casas ahora!

De pronto se detuvo: habia conocido al pilluelo.

—¡Cómo! ¿eres tú, Satanás?

—¡Calle! es la vieja, dijo el muchacho. Buenas noches, tia Bougoncha. Vengo á ver á mis progenitores.

La vieja respondió con una mueca del órden compuesto, admirable improvisacion del odio sacando partido de la caducidad y de la fealdad, que desgraciadamente se perdió en las tinieblas.

—No hay nadie, carátula.

—¡Bah! replicó el chico, ¿dónde está mi padre?

—En la cárcel de la Fuerza.

Digitized by Google

—¡Calla! ¿y mi madre?

—En la de San Lázaro.

—Muy bien. ¿Y mis hermanas?

—En las Magdalenas.

El chico se rascó la oreja, miró á la tia Bougon, y dijo:

—¡Ah!

Despues giró sobre sus talones, y á los pocos momentos la vieja, que habia quedado en el umbral de la puerta, le oyó que cantaba con voz clara y juvenil, perdiéndose entre los álamos negros, que se estremecian al soplo del cierzo de invierno:

Mambrú se fué á la guerra
montado en una perra:
Mambrú se fué á la guerra,
no sé cuándo vendrá.
Si vendrá por la Pascua,
ó por la Trinidad.

FIN DEL TOMO TERCERO Y DE LA TERCERA PARTE.

Digitized by Google

INDICE.

TERCERA PARTE.

MARIO.

LIBRO PRIMERO.

PARÍS ESTUDIADO EN SU ÁTOMO.

		Páginas.
I.	Parvulus.	7
II.	Señas particulares.	9
III.	Se divierte.	11
IV.	Puede ser útil.	13
V.	Sus fronteras.	15
VI.	Un poco de historia.	18
VII.	De cómo el pilluelo ocupa un lugar en las clasificaciones de la India.	21
VIII.	Donde se leerá una buena ocurrencia del último rey.	24
IX.	El viejo espíritu de los galos.	26
X.	Ecce París, Ecce Homo.	28
XI.	Burlarse es reinar.	32

Digitized by Google

Páginas.

XII. El porvenir latente en el pueblo. 33
XIII. El niño Gavroche. 37

LIBRO SEGUNDO.

EL NOBLE DE LA CLASE MEDIA.

I. Noventa años y treinta y dos dientes. 43
II. Á tal amo, tal casa. 45
III. Lucas-Espíritu. 47
IV. Aspirante á centenario. 49
V. Vasco y Nicolasita. 51
VI. Donde el lector vislumbrará á la Magnon y á sus dos hijos. . 53
VII. Regla: no recibir á nadie mas que por la noche. 56
VIII. Las dos no forman pareja. 57

LIBRO TERCERO.

EL ABUELO Y EL NIETO.

I. Una tertulia antigua. 63
II. Un espectro rojo de aquel tiempo. 67
III. Requiescant. 74
IV. Fin del bandido. 82
V. Donde se verá cuán útil es ir á misa para hacerse revolucionario. 86
VI. Donde se verán las consecuencias de haber encontrado á un mayordomo. 88
VII. Algun amorcillo. 95
VIII. Mármol contra granito. 101

LIBRO CUARTO.

LOS AMIGOS DEL A B C.

I. Un grupo que ha estado á punto de ser histórico. 109
II. Oracion fúnebre de Blondeau, por Bossuet. 125

Digitized by Google

Páginas.

III. Admiracion de Mario. 127
IV. La sala interior del café Musain. 130
V. Ensánchase el horizonte. 138
VI. Res Augusta.. 142

LIBRO QUINTO.

ESCELENCIA DE LA DESGRACIA.

I. Mario indigente. 149
II. Mario pobre. 152
III. Mario hombre. 156
IV. El señor Mabeuf. 161
V. La pobreza buena vecina de la miseria. 166
VI. El sustituto. 169

LIBRO SESTO.

LA CONJUNCION DE DOS ESTRELLAS.

I. El apodo: manera de formar nombres de familia. 177
II. Lux facta est. 181
III. Efecto de primavera. 184
IV. Principio de una grande enfermedad. 186
V. Caen varios rayos sobre la tia Bougon. 190
VI. Prisionero. 192
VII. Aventuras de la letra V en el terreno de las suposiciones. . . 195
VIII. Hasta los inválidos pueden ser dichosos. 198
IX. Eclipse. 201

LIBRO SETIMO.

EL PATRON MINETTE.

I. Las minas y los mineros. 207
II. El bajo fondo. 210
III. Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnase. 212
IV. Composicion de la compañía. 215

Digitized by Google

LIBRO OCTAVO.

EL MAL POBRE.

		Páginas.
I.	De cómo Mario buscando una jóven de sombrero, encuentra un hombre de gorra.	221
II.	Hallazgo.	224
III.	Cuadrifronte.	227
IV.	Una rosa en la miseria.	232
V.	El ventanillo de la providencia.	240
VI.	El hombre en su cueva.	243
VII.	Estrategia y táctica.	248
VIII.	El rayo de sol en la cueva.	253
IX.	Jondrette casi llora.	256
X.	Tarifa de los carruajes de alquiler: dos francos por hora. . .	261
XI.	Ofertas de servicio de la miseria al dolor.	265
XII.	Empleo de la moneda de cinco francos del señor Blanco. . .	269
XIII.	Solus cum solo, in loco remoto, non cogitabuntur orare pater noster.	275
XIV.	Donde un agente de policía da dos cachorrillos á un abogado. .	278
XV.	Jondrette hace sus compras.	283
XVI.	Donde se volverá á hallar la cancion de música inglesa que estaba de moda en 1832.	286
XVII.	Empleo del napoleon de Mario.	291
XVIII.	Las dos sillas de Mario se encuentran frente á frente. . . .	296
XIX.	Mirar bien á lo oscuro.	298
XX.	La emboscada.	303
XXI.	De cómo se deberia comenzar por prender á las víctimas. . .	327
XXII.	El niño que lloraba en el tomo segundo.	332

Digitized by Google

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS.

Muerte del coronel Pontmercy. 84

La sala interior del café Musain. 132

El señor Mabeuf. 164

La tia Bougon. 191

Juan Valjean y Cosette. 196

Babet, Traga-mar, Suena-dinero y Montparnase. 216

Eponine. 233

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google

Digitized by Google